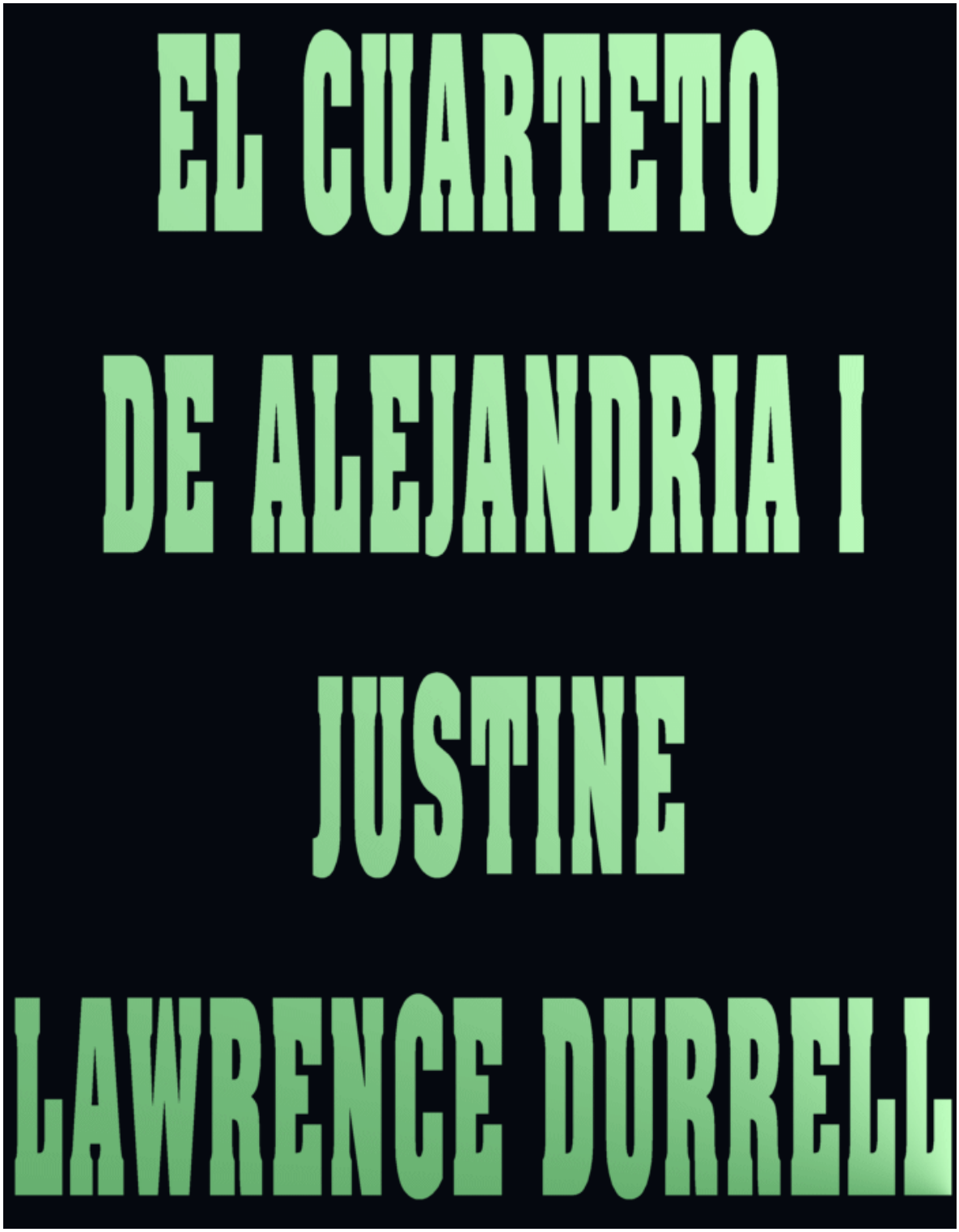
EL CUARTETO DE ALEJANDRIA I, JUSTINE
LAWRENCE DURRELL



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Eva,
estas memorias de su ciudad
natal.

NOTA

Los personajes de esta novela, la primera de una serie, así como el narrador, son ficticios y nada tienen que ver con ninguna persona viviente. Sólo la ciudad es real.

Como la literatura moderna no nos ofrece Unidades me he vuelto hacia la ciencia para realizar una novela como un navío de cuatro puentes cuya forma se basa en el principio de la relatividad. Tres lados de espacio y uno de tiempo constituyen la receta para cocinar un continuo. Las cuatro novelas siguen este esquema. Sin embargo, las tres primeras partes se despliegan en el espacio (de ahí que las considere hermanas, no sucesoras una de otra) y no constituyen una serie. Se interponen, se entretejen en una relación puramente espacial. El tiempo está en suspenso. Sólo la última parte representa el tiempo y es una verdadera sucesora.

La relación sujeto-objeto es tan importante para la relatividad que he debido emplear los dos tonos: el subjetivo y el objetivo. La tercera parte, Mountolive, es una novela estrictamente naturalista en la cual el narrador de Justine y Balthazar se convierte en objeto, es decir, en personaje. Este método. no debe nada ni a Proust ni a Joyce, pues a mi entender sus métodos, ilustran la noción de "duración" de Bergson, no la relación "espacio-tiempo".

El tema central del libro es una investigación del amor moderno. Estas consideraciones pueden parecer un poco presuntuosas e incluso grandilocuentes. Pero valga la pena tratar de descubrir una forma, adecuada a nuestro tiempo, que merezca el epíteto de "clásica". Aunque el resultado sea "ciencia-ficción" en la verdadera acepción del término.

L. D.

Empiezo a creer que todo acto sexual es un proceso en el que participan cuatro personas. Tenemos que discutir en detalle este problema.

S. FREUD:
Cartas.

Hay dos soluciones posibles: el crimen que nos hace felices, o la cuerda que nos impide ser desdichados. Respóndame, querida Thérése, ¿se puede

dudar un solo instante? ¿Y qué argumento podría aducir su pobre inteligencia en contra de aquél?

D. A. F. DE SADE:

Justine.

PRIMERA PARTE

Otra vez hay mar gruesa, y el viento sopla en ráfagas excitantes: en pleno invierno se sienten ya los anticipos de la primavera. Un cielo nacarado, caliente y límpido hasta mediodía, grillos en los rincones umbrosos, y ahora el viento penetrando en los grandes plátanos, escudriñándolos...

Me he refugiado en esta isla con algunos libros y la niña, la hija de Melissa. No sé por qué empleo la palabra "refugiado". Los isleños dicen bromeando que sólo un enfermo puede elegir este lugar perdido para restablecerse. Bueno, digamos, si se prefiere, que he venido aquí para curarme... De noche, cuando el viento brama y la niña duerme apaciblemente en su camita de madera junto a la chimenea resonante, enciendo una lámpara y doy vueltas en la habitación pensando en mis amigos, en Justine y Nessim, en Melissa y Balthazar. Retrocedo paso a paso en el camino del recuerdo para llegar a la ciudad donde vivimos todos un lapso tan breve, la ciudad que se sirvió de nosotros como si fuéramos su flora, que nos envolvió en conflictos que eran suyos y creíamos equivocadamente nuestros, la amada Alejandría.

¡He tenido que venir tan lejos para comprenderlo todo! En este desolado promontorio que Arcturo arranca noche a noche de las tinieblas, lejos del polvo calcinado de aquellas tardes de verano, veo al fin que ninguno de nosotros puede ser juzgado por lo que ocurrió entonces. La ciudad es la que debe ser juzgada, aunque seamos sus hijos quienes paguemos el precio.

En esencia, ¿qué es esa ciudad, la nuestra? ¿Qué resume la palabra Alejandría? Evoco en seguida innumerables calles donde se arremolina el polvo. Hoy es de las moscas y los mendigos, y entre ambas especies de todos aquellos que llevan una existencia vicaria.

Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones; el reflejo de cinco flotas en el agua grasienta, más allá de la escollera. Pero hay más de cinco sexos y sólo el griego del pueblo parece capaz de distinguirlos. La mercadería sexual al alcance de la mano es desconcertante por su variedad y profusión. Es imposible confundir a Alejandría con un lugar placentero. Los amantes simbólicos del mundo helénico son sustituidos por algo distinto, algo sutilmente andrógino, vuelto sobre sí mismo. Oriente no puede disfrutar de la dulce anarquía del cuerpo, porque ha ido más allá del cuerpo. Nessim dijo una vez, recuerdo -y creo que lo había leído en alguna parte- que Alejandría es el más grande lagar del amor; escapan de él los enfermos, los solitarios, los profetas, es decir, todos los que han sido profundamente heridos en su sexo.

Notas para un paisaje... Largas modulaciones de color. Luz que se filtra a través de la esencia de los limones. Polvo de ladrillo suspendido en el aire fragante, y el olor del pa vimento caliente recién regado. Nubes livianas, al ras del suelo, que sin embargo rara vez traen lluvia. Sobre ese fondo se proyectan rojos y verdes polvorientos, malva pastel y un carmesí profundo y diluido. En verano la humedad del mar da una leve pátina al aire. Todo parece cubierto por un manto de goma.

Y luego, en otoño, el aire seco y vibrante, cargado de áspera electricidad estática, que inflama el cuerpo bajo la ropa liviana. La carne despierta, siente los barrotes de su prisión. De noche una prostituta borracha camina por una calle oscura, sembrando los fragmentos de una canción como si fueran pétalos. ¿Fue allí donde escuchó Antonio los acordes arrobadores de esa música sublime que lo impulsó a entregarse para siempre a la ciudad que amaba?

Los cuerpos hoscos de los jóvenes inician la caza de una desnudez cómplice, y en esos pequeños cafés a los que solía ir Balthazar con el viejo poeta de la ciudad ([1]), los muchachos, nerviosos, juegan al chaquete bajo las lámparas de petróleo y, perturbados por el viento seco del desierto -tan poco romántico, tan sospechoso-, se agitan y se vuelven para mirar a los recién llegados. Les cuesta respirar y en cada beso del verano reconocen el gusto de la cal viva...

He venido a reconstruir piedra por piedra esa ciudad en mi mente, esas provincias melancólicas que el viejo ([2]) veía llenas de las "ruinas sombrías" de su vida. Estrépito de los tranvías estremeciéndose en sus venas metálicas mientras atraviesan la meidan color de iodo de Mazarita. Oro, fósforo, magnesio, papel. Allí nos encontrábamos a menudo. En verano había un tenderete abigarrado donde a ella le gustaba saborear tajadas de sandía y sorbetes de colores brillantes. Naturalmente, llegaba siempre un poco tarde, de vuelta quizá de una cita en una habitación oscura en la que yo trataba de no pensar, tan frescos, tan jóvenes eran los pétalos abiertos de la boca que caía sobre la mía para saciar la sed del verano. Quizás el hombre a quien acababa de abandonar rondaba aún en su memoria, quizá persistía aún en ella el polen de sus besos. Pero eso importaba muy poco ahora que sentía el leve peso de su cuerpo apoyando su brazo en el mío, sonriendo con la sinceridad generosa de los que han renunciado a todo secreto. Era bueno estar allí desmañados, un poco tímidos, respirando agitadamente porque sabíamos lo que cada uno esperaba del otro. Los mensajes se transmitían prescindiendo de la conciencia, por la pulpa de los labios, por los ojos, por los sorbetes, por el tenderete abigarrado. Permanecer allí alegremente, tomados de los meñiques, bebiendo la tarde profundamente olorosa a alcanfor, como si fuéramos parte de la ciudad...

Esta noche estuve revisando mis papeles. Algunos han ido a parar a la cocina, la niña ha roto otros. Me gusta esta especie de censura porque tiene la indiferencia del mundo natural por las construcciones del arte, indiferencia que empiezo a compartir. Después de todo, ¿de qué le sirve a Melissa una hermosa metáfora ahora que yace como una momia anónima en la tibia arena del estuario negro?

Pero estos papeles que guardo con cuidado son los tres volúmenes del diario de Justine, y las páginas que registran la locura de Nessim. Nessim me entregó todo a mi partida, diciendo:

[1] "El poeta de la ciudad", C. P. Cavafis.
[2] "El viejo", C. P. Cavafis.

Tome esto y léalo. Aquí se habla mucho de nosotros. Le ayudará a conservar la imagen de Justine sin echarse atrás, como he tenido que hacerlo yo.

Esto ocurría en el Palacio de Verano, después de la muerte de Melissa, cuando Nessim creía aún que Justine volvería a su lado. Muchas veces pienso, y nunca sin cierto terror, en el amor de Nessim por Justine. ¿Puede concebirse algo más amplio, más sólidamente fundado en sí mismo? Daba a su desdicha un aura de éxtasis, era como esas heridas deliciosas que esperamos encontrar en los santos antes que en los simples enamorados. Sin embargo, un poco de sentido del humor le hubiera evitado un sufrimiento tan espantosamente vasto. Pero es fácil criticar, lo sé. Lo sé.

En la gran calma de estas tardes de invierno hay un reloj: el mar. Su palpitación confusa que se prolonga en la mente es la fuga sobre la cual se compone este relato. Vacías cadencias de las olas que lamen sus propias heridas, hoscas en las bocas del delta, bullentes en las playas desiertas, vacías, eternamente vacías bajo el vuelo de las gaviotas: garabatos blancos sobre el gris, masticados por las nubes. Si una vela se acerca hasta aquí, muere antes de que la tierra la cubra con su sombra. ¡Despojos barridos hasta los frontones de las islas, último vestigio carcomido por la intemperie, plantado en la vejiga azul del agua... desaparecido!

Aparte de la vieja campesina arrugada que todos los días viene en su mula desde la aldea para limpiar la casa, la niña y yo estamos absolutamente solos. La niña lleva una vida feliz y activa en un ambiente extraño. Todavía no le he dado nombre. Naturalmente, se llamará Justine; ¿de qué otra manera podía ser?

Por lo que a mí respecta, no soy ni feliz ni desdichado; vivo en suspenso como un cabello o una pluma en la amalgama nebulosa de mis recuerdos. He hablado de la inutilidad del arte, pero no he dicho la verdad sobre el consuelo que' procura. El solaz que me da este trabajo de la cabeza y del corazón, reside en que sólo aquí, en el silencio del pintor o del escritor, puede recrearse la realidad, ordenarse nuevamente, mostrar su sentido profundo. Nuestros actos cotidianos son en realidad la arpillera que oculta la tela laminada de oro, el significado del diseño. Por medio del arte logramos una feliz transacción con todo lo que nos hiere o vence en la vida cotidiana, no para escapar al destino, como trata de hacerlo el hombre ordinario, sino para cumplirlo en todas sus posibilidades: las imaginarias. Si no, ¿por qué habríamos de herirnos unos a otros? No, la paz que busco y que quizá me sea concedida, no la encontraré jamás en los ojos de Melissa, brillantes de cariño, ni en las sombrías pupilas de Justine. Ahora cada uno de nosotros ha tomado un camino distinto, pero en esta primera gran ruptura de mi madurez siento que su recuerdo dilata prodigiosamente los límites de mi arte y de mi vida. Por el pensamiento los alcanzo de nuevo, como si sólo aquí, en esta mesa de madera, frente al mar, a la sombra de un olivo, sólo aquí pudiera enriquecerlos como lo merecen. Así, en el sabor de estas páginas habrá algo de sus modelos vivientes -su aliento, su piel, sus voces- que irá entretejido en la trama flexible de la memoria de los hombres. Quiero que vivan otra vez hasta alcanzar el punto en que el dolor se transmuta en arte... Quizá sea una tentativa inútil, no sé. Pero debo intentarlo.

Hoy la niña y yo hemos terminado de construir la chimenea de la casa; conversamos tranquilamente mientras trabajamos. Le hablo como me hablaría a mí mismo si estuviera solo; ella me contesta en un lenguaje heroico, de su invención. Siguiendo la costumbre de esta isla, enterramos bajo la piedra del hogar los anillos que Cohen había comprado para Melissa. Traerán suerte a todos los que vivan en esta casa.

En la época en que conocí a Justine yo era casi un hombre feliz. Una puerta se había abierto de pronto por obra de mi intimidad con Melissa, intimidad más maravillosa aún por ser inesperada y absolutamente inmerecida. Como todos los egoístas, no puedo vivir solo; la verdad es que mi último año de celibato me había resultado insoportable, y mi ineficacia para la vida doméstica, mi inutilidad en materia de ropa, comida y dinero me abrumaban. Además estaba harto de las habitaciones invadidas de cucarachas donde vivía entonces, con la única ayuda de Hamid, el tuerto, mi criado berberisco.

Melissa no había destruido mis miserables defensas con ninguna de esas cualidades que pueden señalarse en una amante: encanto, belleza excepcional, inteligencia; nada de eso, sino por obra de lo que sólo puedo llamar su caridad, en el sentido griego de la palabra. Recuerdo que solía verla pasar, pálida, más bien delgada, con un raído abrigo de piel de foca, llevando de la traílla a su perrito por las calles invernales. Sus manos de tísica, de venas azules, etc. El arco de las cejas artificialmente acentuado para destacar los hermosos ojos cándidos, osados. Durante muchos meses la vi diariamente, pero su belleza taciturna y decadente no hallaba respuesta en mí. Todos los días me cruzaba con ella al ir al café Al Aktar donde Balthazar me esperaba con su sombrero negro para "instruirme". Nunca pensé que llegaría a ser su amante.

Sabía que había sido modelo en el Atelier -profesión poco envidiable- y que ahora era bailarina; más aún, sabía que era la querida de un peletero de cierta edad, un comer ciante gordo y vulgar. Anoto simplemente estas cosas para

registrar una parte de mi vida que el mar se ha tragado. ¡Melissa! ¡Melissa!

Pienso en la época en que el mundo conocido apenas existía para nosotros cuatro; los días eran simplemente espacios entre sueños, espacios entre capas móviles de tiempo, de actividades, de charla intrascendente... Un flujo y reflujo de asuntos insignificantes, un husmear cosas muertas, fuera de todo ambiente real, que no nos llevaba a ninguna parte, que no nos exigía nada salvo lo imposible: ser nosotros mismos. Justine decía que habíamos quedado atrapados en la proyección de una voluntad demasiado poderosa y deliberada para ser humana, el campo de atracción que Alejandría presentaba hacia los que había elegido para ser sus símbolos vivientes...

Las seis. Ruido de pasos, figura vestida de blanco en los accesos a la estación. Las tiendas se llenan y vacían como pulmones en la Rue des Soeurs. Los rayos pálidos, alargados del sol de la tarde manchan las largas

curvas de la Explanada, y arcos de deslumbradas palomas, como papeles dispersos, se encaraman a los minaretes para recibir en sus alas los últimos resplandores del poniente. Tintineo de la plata en los mostradores de los cambistas. La verja de hierro que rodea el Banco está todavía demasiado caliente para tocarla. Rodar de los carruajes que llevan a los funcionarios, con sus tiestos rojos en la cabeza, a los cafés de la costa. Esta es la hora más difícil de soportar, cuando desde el balcón la veo pasar hacia el centro de la ciudad, con un paso lento de sandalias blancas, todavía medio dormida. La ciudad despierta como una tortuga vieja y echa un vistazo a su alrededor. Por un momento abandona los guiñapos desgarrados de su carne, mientras desde una callejuela escondida, junto al matadero, dominando los mugidos y balidos del ganado, llega entrecortada la melodía nasal de una canción de amor de Damasco; cuartos de tono sobreagudos, pulverizados.

Ahora hombres cansados abren los postigos de sus balcones y avanzan ofuscados en la luz pálida y caliente; flores descoloridas de las tardes de angustia, agitadas en sucios camastros bajo la venda de los sueños. Yo he llegado a ser uno de esos pobres empleados de la conciencia, un ciudadano de Alejandría. Ella pasa bajo mi ventana, sonriendo a alguna satisfacción íntima, apantallándose suavemente las mejillas con el pequeño abanico de caña. Una sonrisa que probablemente no volveré a ver, pues cuando está en compañía se limita a reír, mostrando sus magníficos dientes blancos. Pero esa sonrisa triste y furtiva tiene una calidad que no se hubiera sospechado en ella, cierta capacidad de travesura. Hubiera podido pensarse que era más trágica por naturaleza y que le faltaba el sentido corriente del humor. Pero el recuerdo obstinado de esa sonrisa me hace dudar ahora.

Yo la había visto así muchas veces y la conocía perfectamente mucho antes de que nos habláramos: nuestra ciudad no permite el anonimato a los que tienen más de doscientas libras de renta anuales. La veo sentada a la orilla del mar, sola, leyendo un periódico y comiendo una manzana; o en el vestíbulo del Cecil Hotel, entre las palmeras polvorientas, ceñida en un vestido de lentejuelas plateadas, el magnífico abrigo de piel echado sobre la espalda como los campesinos llevan la capa, su largo índice enganchado en la cadenilla. Nessim se ha detenido a la puerta del salón de baile inundado de luz y de música. No la ha visto. Bajo las palmeras, en un nicho profundo, una pareja de viejos juega al ajedrez. Justíne se ha detenido a mirarlos. No entiende nada del juego, pero el aura de calma y concentración del lugar la fascina. Se queda allí largo rato, entre los jugadores sordos y el mundo de la música, como si no supiera a cuál de los dos lanzarse. Por fin Nessim se acerca suavemente, la toma del brazo y permanecen juntos un instante, ella mirando a los jugadores, él mirándola. Por último Justine se aparta despacio, como a pesar suyo, y con un leve suspiro avanza cautelosamente hacia el mundo de la luz.

Y en otras circunstancias, sin duda menos honrosas para ella o para nosotros, y sin embargo, ¡qué conmovedora, qué dócilmente femenina puede ser la más masculina e ingeniosa de las mujeres! Viéndola no podía dejar, de pensar en esa raza de reinas terribles que dejan tras de sí el olor amoniacal de sus amores incestuosos como una nube flotando sobre el subconsciente de Alejandría. Las gatas gigantes devoradoras de hombres, como Arsinoe, eran sus verdaderas hermanas. No obstante, detrás de los actos de Justine

había otra cosa, producto de una filosofía trágica más tardía, según la cual la moral había de pesar más que la perversión. Era la víctima de dudas sinceras. A pesar de todo sigo estableciendo una, relación directa entre la imagen de Justine inclinada sobre un feto en un sumidero sucio, y la pobre Sofía de Valentino, que murió por un amor tan perfecto como equivocado.

Georges Pombal, un empleado subalterno del consulado, comparte conmigo el pequeño departamento de la Rue Nebi Daniel. Es un caso raro entre los diplomáticos, pues parece poseer una columna vertebral. Para Georges el tráfago cansador del protocolo y las fiestas -tan parecido a una pesadilla surrealista- está lleno de un encanto exótico. Ve la diplomacia con los ojos de un Aduanero Rousseau. Se somete a ella sin permitirle jamás que se trague lo que queda de su intelecto. Supongo que el secreto de su éxito es su enorme pereza que linda casi en lo sobrenatural.

En el Consulado General se sienta delante de su escritorio cubierto permanentemente de un confetti hecho de tarjetas con los nombres de sus colegas. Es la imagen misma de la pereza, cuerpo grande y lento aficionado a las siestas largas y a las obras de Crebillon fils. Sus pañuelos huelen prodigiosamente a Eau de Portugal. Su tema de conversación favorito son las mujeres, y habla por experiencia, a juzgar por el desfile de visitantes que pasan por su pequeño departamento donde es raro ver dos veces la misma cara. "Para un francés, el amor es interesante en Alejandría. Las mujeres actúan antes de reflexionar. Y cuando llega el momento de la duda, del remordimiento, hace demasiado calor, nadie tiene la energía necesaria. Esta animalidad carece de finesse, pero me conviene. Mi corazón y mi cabeza están hartos de amor, y sobre todo, mon cher, no quiero saber nada de esa manía judeocopta de disección, de análisis. Deseo volver a mi granja de Normandía sin ataduras sentimentales."

En invierno Georges se toma largos períodos de vacaciones y entonces me quedo solo en el pequeño departamento húmedo, corrigiendo los cuadernos de ejercicios, con los ronquidos de Hamid por única compañía. Este último año he llegado a un punto muerto. Me falta la voluntad necesaria para hacer algo de mi vida, para mejorar mi situación trabajando intensamente o escribiendo, incluso para hacer el amor. No sé qué me ocurre. Es la primera vez que me falta verdaderamente el deseo de sobrevivir. A veces hojeo las páginas de un manuscrito o las viejas pruebas de una novela o de un libro de poemas, distraído, con disgusto, con tristeza, como si examinara un pasaporte caduco.

De vez en cuando una de las numerosas amigas de Georges cae en mi red y llama a la puerta cuando él está de vacaciones, y el incidente agudiza por un momento mi taedium vitae. Georges es precavido y generoso en este sentido, pues antes de marcharse (y sabiendo lo pobre que soy) suele pagar por anticipado a alguna de las sirias de la taberna del Golfo para que, llegado el caso, pase una noche en el departamento en disponibilité, como él dice. La obligación de la mujer es darme ánimos, tarea poco envidiable, sobre todo teniendo en cuenta que en apariencia nada permite suponer que estoy desanimado. Las conversaciones triviales han llegado a ser una forma útil de automatismo que perdura mucho después de haber desaparecido la necesidad de hablar; en caso necesario puedo incluso hacer el amor con un

sentimiento de alivio -no se duerme muy bien aquí-, pero sin pasión, distraídamente.

Algunos de esos encuentros con pobres criaturas extenuadas que han llegado a esa situación por necesidad física, son interesantes y aun conmovedores, pero he perdido todo gusto por clasificar mis emociones y ellas sólo existen para mí como

figuras planas proyectadas en una pantalla. "Con una mujer sólo se pueden hacer tres cosas", dijo Clea en una ocasión: "Quererla, sufrir o hacer literatura." Yo me sentía incapaz de esas tres formas de sentimiento.

Cuento esto con el único objeto de mostrar el desalentador material humano que Melissa había elegido para actuar, para insuflarle un poco de aliento vital. No debía de serle fácil so portar la doble carga de su pobre vida y de su enfermedad. Para asumir la mía hacía falta un verdadero coraje. Quizá fue fruto de la desesperación, pues Melissa, como yo, había llegado a un punto muerto. Los dos estábamos en quiebra.

Durante semanas el viejo peletero me siguió por las calles con una pistola protuberante en el bolsillo de su abrigo. Era tranquilizador saber, por una amiga de Melissa, que estaba descargada, pero no dejaba de ser alarmante verse perseguido por el viejo. Mentalmente debemos de habernos tiroteado en todas las esquinas de la ciudad. Por mi parte no podía soportar la vista de esa cara espesa, cubierta de pequeñas cicatrices, esa confusión bestial y melancólica de rasgos atormentados y grasientos; no podía soportar la idea de su grosera intimidad con Melissa, aquellas manos pequeñas, sudorosas, cubiertas de un vello negro y espeso como un puerco espín. Esta situación duró mucho tiempo y al cabo de unos meses nació entre nosotros un extraordinario sentimiento de familiaridad. Hacíamos una inclinación de cabeza y nos sonreíamos al cruzarnos. Una vez lo encontré en un bar y pasé casi media hora a su lado; estábamos los dos ansiosos por hablar, pero ninguno tuvo el coraje de empezar. Nuestro único tema común de conversación hubiera sido Melissa. Al salir lo vi en uno de los largos espejos, la cabeza inclinada, contemplando el vaso de vino. Algo me impresionó en su actitud -el aire desmañado de una foca que lucha por remedar sentimientos humanos y comprendí por primera vez que probablemente quería tanto a Melissa como yo. Me compadecía de su fealdad y de la incomprensión vacía y dolorosa con que enfrentaba emociones tan nuevas para él como los celos, la privación de una amante adorada.

Más tarde, cuando vaciaron sus bolsillos vi, en el desorden de pequeños objetos que solemos guardar en ellos, un frasquito de perfume vacío, de esa marca barata que usaba Melissa, y me lo llevé al departamento donde quedó sobre la chimenea durante unos meses hasta que Hamid, en una limpieza a fondo, lo tiró a la basura. Nunca hablé de esto con Melissa, pero muchas veces cuando me quedaba solo de noche mientras ella bailaba o quizá se veía obligada a acostarse con sus admiradores, estudiaba el frasquito que reflejaba triste y apasionadamente el amor de aquel viejo horrible, y lo comparaba con el mío; además, por procuración, era un testimonio de la desesperanza que nos mueve a aferrarnos a algún objeto pequeño y sin valor, impregnado todavía por el recuerdo de la que nos ha traicionado.

Encontré a Melissa, pájaro perdido en el melancólico litoral de Alejandría, semiahogado, con el sexo roto...

Calles que vienen de las dársenas con su hacinamiento de casas destartaladas y decrépitas, que se echan a la cara el aliento, que zozobran. Persianas cerradas en los balcones bullentes de ratas y de viejas con el pelo lleno de sangre seca de garrapatas. Paredes desconchadas y borrachas que se inclinan al este y al oeste de su verdadero centro de gravedad. Cinta negra de las moscas que se anudan a los labios y a los ojos de los niños, húmedas perlas de las moscas estivales, invadiéndolo todo; bajo el peso de sus cuerpos caen los papeles matamoscas colgados en las puertas violetas de tiendas y cafés. Olor a sudor de los berberídeos, un olor como de alfombra de escalera en descomposición. Y los ruidos de la calle: grito agudo del aguatero que golpea sus recipientes de metal para anunciarse, chillidos inesperados dominando de vez en cuando el estrépito como si provinieran de algún animal pequeño y delicado al que arrancan las entrañas. Llagas como pantanos... la incubación de la miseria humana cobra tales proporciones que uno se queda estupefacto y todos los sentimientos humanos se desbordan y convierten en asco y terror.

Hubiera querido tener la audacia con que Justine se abría paso por esas calles hasta el café El Bab, donde yo la esperaba. El portal bajo el arco semiderruido donde con toda inocencia nos sentábamos a charlar (pero nuestra conversación estaba ya llena de sobrentendidos que considerábamos el feliz presagio de una simple amistad). En aquel piso de barro pardo, mientras el cilindro de la tierra se enfriaba rápidamente sumiéndose en las tinieblas, sólo nos animaba el deseo de comunicar pensamientos y experiencias que excedían el nivel corriente de conversación del común de las gentes. Ella hablaba como un hombre y yo le hablaba como a un hombre. Recuerdo la línea y el peso de aquellas conversaciones, pero no su sustancia. Apoyado descuidadamente en un codo, bebiendo el arak ordinario y sonriéndole, yo aspiraba el cálido perfume estival de su ropa y su piel, perfume que se llamaba, no sé por qué, *jamais de la vie*.

Esos momentos son los que colman al escritor, no al enamorado, y perduran para siempre. Podemos evocarlos cuantas veces queramos o utilizarlos como fundamento para construir esa parte de la vida que es la tarea de escribir. Se los puede corromper con palabras, pero no destruir. Recuerdo otro momento semejante: yo tendido junto a una mujer dormida en un cuartucho, cerca de la mezquita. En aquel amanecer primaveral, impregnado de rocío dibujándose en el silencio que inunda la ciudad antes de que despierten los pájaros, me llegó desde la mezquita la dulce voz del muecín recitando el Ebed: una voz suspendida como un cabello en lo alto del aire de Alejandría que las palmeras refrescan: "Alabo la perfección de Dios, el Eterno" (esto repetido tres veces, cada vez más lentamente, en un registro agudo y puro). "La perfección de Dios, el Deseado, el Existente, el Singular, el Supremo; la perfección de Dios, el único, el Solo; la perfección de Aquel que no tiene compañero ni compañera, ni nadie que se Le parezca, ni Le desobedezca, ni Le represente, que es sin igual y sin descendencia. Celebremos su perfección."

La admirable plegaria, como una serpiente desplegando sus anillos de palabras resplandecientes, se abre paso en mi conciencia dormida -la voz del muecín va hundiéndose en registros cada vez más graves- hasta que la mañana entera parece grávida de su maravilloso poder curativo y los signos de una gracia inmerecida e inesperada invaden el cuarto destartalado donde yace Melissa respirando levemente, como una gaviota, mecida por los esplendores oceánicos de una lengua que no conocerá jamás.

¿Quién puede pretender que Justine no tenía su lado estúpido? El culto del placer, las pequeñas vanidades, la preocupación por el juicio de quienes eran inferiores a ella, la arrogancia. Podía ser terriblemente exigente cuando lo quería. Sí. Sí. Pero el dinero es el que hace crecer esa cizaña. Diré solamente que muchas veces pensaba como un hombre, y en sus actos desplegaba en cierto modo esa independencia vertical propia de la actitud masculina. Nuestra intimidad era de un tipo intelectual extraño. No tardé en descubrir que ella podía leer el pensamiento de una manera infalible. Las ideas se nos ocurrían simultáneamente. Recuerdo que una vez me di cuenta de que ella estaba pensando exactamente lo mismo que yo y en los mismos términos: "Esa intimidad no debe ir más lejos, pues hemos agotado ya todas sus posibilidades en la imaginación y lo que terminaremos por descubrir, más allá de los sombríos colores de la sensualidad, es una amistad tan profunda que seremos esclavos uno del otro para siempre." Era, si se quiere, el coqueteo de dos espíritus prematuramente extenuados por la experiencia, mucho más peligroso que un amor fundado en la atracción sexual.

Sabiendo lo mucho que Justine quería a Nessim y el gran afecto que yo también le tenía, no podía contemplar esa posibilidad sin asustarme. Allí estaba a mi lado, respirando leve mente, con sus ojos clavados en los querubines del cielo raso. -Esta aventura entre un pobre profesor y una mujer de la sociedad alejandrina no conduce a nada. Sería penoso que terminara en un escándalo vulgar; cada uno de nosotros se quedaría solo y te verías obligada a pensar qué haces conmigo -le dije.

Justine detestaba oír la verdad. Apoyada en un codo se volvió hacia mí y bajando hasta los míos sus magníficos ojos turbados, me miró largo rato.

-En este caso no podemos elegir -respondió con esa voz ronca que yo había llegado a amar tanto-. Hablas como si la elección fuera posible. No somos ni bastante fuertes ni bastante malos como para elegir. Todo esto forma parte de un experimento organizado por alguien, la ciudad quizá, o por una parte de nosotros mismos. ¿Qué sé yo?

La recuerdo sentada frente a un espejo de varias lunas, en casa de su modista, probándose un vestido de piel de tiburón.

-¡Mira! -exclamó-. Cinco imágenes distintas del mismo sujeto. Si yo fuera escritora trataría de conseguir una presentación multidimensional de los personajes, una especie de visión prismática. ¿Por qué la gente no muestra más que un solo perfil a la vez?

Después bostezó, encendió un cigarrillo y sentándose en la cama, las manos enlazadas en los tobillos delgados, empezó a recitar lentamente, con

un gesto mordaz, esos maravillosos versos del viejo poeta griego en los que se habla de un amor muy antiguo (su belleza se pierde en otra lengua). Y oyéndola decir esos versos, dando a cada sílaba griega deliberadamente irónica un toque de ternura, sentí una vez más el poder extraño y equívoco de la ciudad -su paisaje, la llanura aluvial, su aire de extenuación-, y comprendí que era una hija auténtica de Alejandría, es decir, ni griega, ni siria, ni egipcia, sino un híbrido, una ensambladura.

Y con qué emoción dijo el pasaje en que el anciano arroja la vieja carta de amor que tanto lo había conmovido y exclama: "Me asomo tristemente al balcón; ¡algo que distraiga el curso de mis pensamientos, aunque sea un movimiento insignificante de la ciudad que amo, de sus calles, de sus comercios!" Y Justine abrió las persianas y se asomó al balcón oscuro que dominaba la ciudad con sus luces abigarradas, sintiendo el viento de la noche que venía de los confines de Asia, olvidando por un instante su cuerpo.

Lo de "Príncipe" Nessim es, desde luego, una broma; en todo caso lo era para los tenderos y los commerçants de chaqueta negra que lo veían pasar impasible por la Vía Canópica en el gran Rolls plateado de ruedas amarillas. En primer lugar era copto, no musulmán. Pero el sobrenombre estaba muy bien elegido, pues Nessim mostraba un desapego principesco frente a la codicia en que se fundan los decorosos instintos de los alejandrinos, aun de los más ricos. Sin embargo los rasgos que le habían dado fama de excéntrico nada tienen de notable para quienes no han vivido en el Levante. En primer lugar, no le interesaba el dinero, como no fuera para gastarlo; en segundo lugar, no tenía una garçonniére, y parecía absolutamente fiel a Justine, cosa nunca vista. Por lo que se refiere al dinero, tenía tanto que le producía verdadero asco y nunca lo llevaba encima. Gastaba a la manera árabe y pagaba con vales; los restaurantes y los night-clubs aceptaban sus cheques. Sin embargo saldaba puntualmente sus deudas, y todas las mañanas Selim, su secretario, rehacía en coche el trayecto del día anterior para pagar las deudas que se hubieran acumulado.

Su actitud pasaba por excéntrica y excesivamente aristocrática para los habitantes de la ciudad que con sus criterios bastos y convencionales, sus preocupaciones pedestres y su educación insuficiente, eran incapaces de descubrir el estilo de Nessim, en el sentido europeo de la palabra. Pero Nessim había nacido así, no era un simple producto de una educación; en ese pequeño mundo cuya única preocupación carnal es hacer dinero, no encontraba un verdadero campo de acción para su espíritu esencialmente manso y contemplativo. Siendo el menos autoritario de los hombres, sus actitudes, que llevaban el fuerte sello de su personalidad, provocaban inevitables comentarios. La gente se inclinaba a atribuir su manera de ser al hecho de haberse educado en el extranjero, pero en realidad Alemania e Inglaterra sólo habían logrado desconcertarlo e incapacitarlo para la vida de la ciudad. La una le había infundido un gusto por la especulación metafísica que se contradecía con la índole de su espíritu mediterráneo; Oxford había intentado convertirlo en un pedante, con el único resultado de desarrollar su afición por la filosofía, al punto de hacerlo incapaz de practicar el arte que más amaba: la pintura. Pensaba y sufría mucho, pero le faltaba la fuerza necesaria, para atreverse, primer requisito del que hace algo.

Nessim estaba enemistado con la ciudad, pero como su enorme fortuna lo ponía en contacto diario con los hombres de negocios del lugar, la tensión aflojaba: ellos lo trataban con una indulgencia divertida, esa condescendencia que se adopta con los simples de espíritu. Y si se entraba en su oficina -un sarcófago de vidrio y muebles tubulares de acerono era raro encontrarlo sentado como un huérfano delante del gran escritorio (lleno de timbres y lámparas), comiendo pan negro con mantequilla y leyendo a Vasari mientras firmaba distraídamente cartas y recibos. Alzaba hacia el visitante su cara pálida, en forma de almendra, con un gesto abstraído, absorto, casi suplicante. Y sin embargo, debajo de esa mansedumbre había una fibra de acero, y sus empleados se asombraban siempre de ver que, a pesar de su aire distraído, no ignoraba detalle alguno de sus negocios, y sus transacciones se fundaban siempre en el buen sentido. Era una especie de oráculo para sus subordinados; ¡no obstante (decían inspirando y encogiéndose de hombros), parecía no darles importancia! Eso es lo que Alejandría considera una locura.

Yo los conocía a ambos de vista muchos meses antes de que nos encontráramos, como conocía a todo el mundo en la ciudad. De vista y también de reputación, pues su manera de vivir altanera, desenvuelta y tan poco respetuosa de las convenciones, les había dado cierta notoriedad entre los provincianos habitantes de la ciudad. De ella se decía que había tenido muchos amantes; a Nessim se lo consideraba un mari complaisant. Los había visto bailar juntos en varias ocasiones: él esbelto, con una cintura fina de mujer y hermosas manos largas y flexibles; Justine, con su preciosa cabeza, su nariz árabe de ángulo pronunciado y los ojos translúcidos, agrandados por la belladona. Miraba a su alrededor como una pantera semidomesticada.

Hasta que un día acepté pronunciar una conferencia sobre el poeta de la ciudad en el Atelier des Beaux Arts, especie de club donde los aficionados al arte podían reunirse, alquilar estudios, etc. Acepté porque era el modo de conseguir un poco de dinero; se acercaba el otoño y Melissa necesitaba un abrigo nuevo. Pero era una tarea penosa para mí, pues sentía al viejo a mi alrededor, por así decirlo, impregnando las sombrías callejuelas que se abrían en torno a la sala de conferencias con el olor de aquellos versos destilados de sus amores miserables y sin embargo enriquecedores, amores quizá conseguidos con dinero, fugaces, pero que seguían viviendo en sus versos; ¡con cuánta paciencia y ternura había capturado el minuto de la realización para fijarlo con colores indelebles! ¡Qué impertinencia hablar de un ironista que con tanta naturalidad, con un instinto tan seguro había convertido en tema de su obra las calles y burdeles de Alejandría! Y hablar, además, no a un público de vendedores de tienda y pequeños empleados -a los que él había inmortalizado- sino a una digna asamblea de señoras de la sociedad para quienes la cultura que el viejo poeta había representado era una especie de banco de sangre: ellas habían ido para una transfusión. Para eso muchas habían rechazado una partida de bridge, aunque supieran que en lugar de sentirse enaltecidas saldrían de allí estupefactas.

Lo único que recuerdo es haber dicho que irte obsesionaba su rostro -la cara dulce y horriblemente triste de su última fotografía-, y cuando las

esposas de los buenos burgueses se volcaron por la escalera de piedra hasta las calles húmedas donde las aguardaban sus coches con las luces encendidas, dejando la sala desolada donde seguían resonando sus perfumes, observé que atrás había quedado una solitaria estudiosa de las pasiones y las artes. Estaba sentada en el fondo de la sala, pensativa, las piernas cruzadas en una actitud masculina, fumando un cigarrillo. No me miraba; tenía los ojos clavados en el piso, a sus pies. Me halagó pensar que quizá una persona había comprendido mis dificultades. Recogí mi portafolio húmedo y mi viejo impermeable y salí a las calles barridas por una llovizna fina y penetrante, sacudida por el viento que venía del mar. Me encaminé a casa, donde Melissa estaría despierta y habría preparado la mesa cubierta por un diario, después de enviar a Hamid a la panadería en busca del asado, pues no teníamos horno.

Hacía frío en la calle, y eché a andar junto a las tiendas brillantemente iluminadas de la Rue Fuad. En el escaparate de un almacén vi una latita de aceitunas con el nombre de Orvieto, y asaltado por una súbita nostalgia de estar en la buena orilla del Mediterráneo, entré en el almacén, la compré, la hice abrir y allí mismo, sentado a una mesa de mármol, en aquella luz siniestra, empecé a comerme Italia, su oscura carne abrasada por el sol, su suelo fecundo, modelado a mano, sus viñas consagradas. Sabía que Melissa no comprendería mi gesto. Tendría que pretextar que había perdido el dinero.

Al principio no vi el gran automóvil que había quedado en la calle con el motor en marcha. Entró en el almacén, brusca, resuelta, y con el aire de autoridad de las lesbianas o de las mujeres adineradas cuando se dirigen a la gente evidentemente pobre, me dijo:

-¿Qué entiende usted por la naturaleza antinómica de la ironía? (o bien otra salida por el estilo que he olvidado). Incapaz de separarme de Italia, la miré de mala gana y en los tres espejos que cubrían las paredes del almacén vi que inclinaba hacia mí su rostro oscuro y terrible, perturbado y a la vez arrogante en su reserva. Por supuesto, yo había olvidado lo que hubiera podido decir sobre la ironía o lo que fuese, y así se lo di a entender con una indiferencia que no era fingida. Lanzó un breve suspiro, como de alivio, y sentándose frente a mí encendió un cigarrillo negro, francés, y haciendo varias inspiraciones breves y profundas, lanzó el humo en finos hilos que se elevaron en la cruda luz del recinto. Me miraba con desconcierto, con una franqueza que me hacía sentir incómodo, como si se preguntara qué hacer conmigo.

-Me gusta su manera de citar los versos sobre la ciudad. Usted habla bien el griego. Se ve que es escritor.

-Se ve -le respondí.

Siempre ofende que no lo conozcan a uno. No tenía sentido seguir por ese camino. Siempre he detestado las conversaciones literarias. Le ofrecí una aceituna que comió rápida mente; escupió el carozo en la mano enguantada, como de gato, y lo conservó distraída.

-Me gustaría presentarle a Nessim, mi marido. ¿Quiere venir?

En la puerta había aparecido un policía, evidentemente inquieto por el automóvil abandonado. Era la primera vez que yo veía la gran casa de Nessim con sus estatuas, sus logias con palmeras, sus Courbet, sus Bonnard, y todo el resto. Era magnífica y horrible a la vez. Justine subió velozmente la gran escalera, deteniéndose sólo para sacar del bolsillo de su abrigo el carozo de la aceituna y depositarlo en un vaso de porcelana china, y llamó repetidas veces a Nessim. Pasamos de una habitación a la otra quebrando los silencios. Nessim terminó por responder desde el gran estudio situado en los altos, y precipitándose hacia él como un perro de caza, Justine me lanzó metafóricamente a sus pies y se quedó atrás sujetando alegremente la cola. Me había atrapado.

Nessim estaba leyendo, sentado en el último peldaño de una escalera; bajó despacio, mirándonos alternativamente. En su timidez, no sabía qué actitud adoptar frente a mi desaliño, mi pelo empapado, la lata de aceitunas; por mi parte no podía explicar mi presencia porque yo mismo no sabía con qué objeto me habían llevado allí.

Me dio lástima y le ofrecí una aceituna; nos sentamos juntos y terminamos la lata mientras Justine iba a buscar las bebidas, hablando, si mal no recuerdo, de Orvieto, donde ninguno de los dos había estado. Es un gran consuelo evocar aquel primer encuentro. Nunca estuve tan cerca de ambos, quiero decir, de ellos como pareja; en ese momento me parecieron ese magnífico animal bicéfalo que puede ser un matrimonio. Viendo la cálida y afable luz que brillaba en los ojos de Nessim, y recordando los rumores escandalosos que circulaban sobre Justine, comprendí que todo lo que ella hubiera hecho -incluso lo que pudiera parecer malo o dañino a los ojos del mundo-, en cierto sentido lo había hecho para él. El amor de Justine era como una piel en la que Nessim estaba cosido, como Hércules niño; y los esfuerzos de Justine por realizarse, lejos de alejarla, siempre la habían acercado a él. El mundo no comprende esta clase de paradoja; lo sé pero tuve la impresión de que Nessim la entendía y aceptaba de una manera imposible de explicar a quien no puede separar el amor de la idea de posesión.

Una vez, mucho más tarde, me dijo:

-¿Qué podía hacer yo? Justine era demasiado fuerte para mí en muchos sentidos. No me quedaba otro recurso que amarla por encima de todo; era mi carta de triunfo. Me adelantaba a ella, anticipaba todos sus errores para que me encontrase siempre allí donde hubiera caído, dispuesto a ayudarla a incorporarse y a demostrarle que la cosa no tenía importancia. Después de todo, Justine sólo comprometía el lado más insignificante de mi vida: mi reputación.

Esto fue mucho después; antes del desdichado tejido de desgracias que nos envolvió, no nos conocíamos tan bien como para hablar con tanta libertad. También recuerdo sus palabras en otra ocasión, en la villa de verano, cerca de Bourg El Arab:

-Le asombrará si le digo que siempre he visto en Justine una especie de grandeza. Como usted sabe, hay ciertas formas de grandeza que si no se aplican al arte o a la religión, hacen estragos en la vida corriente de los hombres. El error está en que Justine consagró sus dones al amor. Es cierto que en muchos casos ha sido mala, pero en ninguno de ellos su actitud tenía importancia. Tampoco puedo decir que nunca haya hecho daño a nadie. Pero los perjudicados han salido ganando. Los arrancó de sí mismos. Era forzoso que sufrieran, y muchos no han comprendido la naturaleza del dolor que ella les infligía. Yo sí.

Y con esa sonrisa que todos le conocían, dulce y al mismo tiempo de una inexpresable amargura, murmuró otra vez:

-Yo sí.

Capodistria... ¿cómo se sitúa en el cuadro? Más parecería un duende que un hombre. La cabeza de serpiente, chata y triangular, con los dos grandes lóbulos frontales; el pelo que avanza en punta como una toca de viuda. Una lengua blancuzca y temblorosa que humedece continuamente los labios. Es indeciblemente rico, no tiene necesidad de mover un dedo para vivir. Se está el día entero en la terraza del Broker's Club mirando pasar a las mujeres, con el ojo inquieto del que baraja incesantemente un viejo mazo de naipes pringosos. De vez en cuando un gesto rápido, veloz como la lengua del camaleón, señal casi imperceptible para quien no esté prevenido. Entonces sale furtivamente de la terraza una figura en seguimiento de la mujer señalada. A veces sus agentes detienen e importunan abiertamente, en su nombre, a una mujer en la calle, ofreciéndole una suma de dinero. En nuestra ciudad nadie se ofende por eso. Algunas muchachas se limitan a reír. Otras aceptan inmediatamente. Pero nunca se advierte un gesto de ofensa. Entre nosotros no se finge la virtud. El vicio tampoco. Ambos son naturales.

Capodistria permanece alejado de todo esto, con su inmaculado traje de piel de tiburón y el pañuelo de seda asomando en el bolsillo del pecho. Sus estrechos zapatos relucen. Sus amigos lo llaman Da Capo por sus proezas sexuales tan fabulosas, según parece, como su fortuna o su fealdad. Hay un oscuro parentesco entre él y Justine. Ella dice: "Lo compadezco. Su corazón está reseco y sólo le han quedado los cinco sentidos como los fragmentos de un vaso roto." Pero la monotonía de su vida no parece deprimirlo. Su familia es conocida por la cantidad de suicidas, y su herencia psicológica está cargada de trastornos y enfermedades mentales. Pero eso no lo afecta, y llevándose un largo índice a la sien, dice: "A todos mis antepasados les faltaba un tornillo. A mi padre también. Era un gran mujeriego. Siendo ya muy viejo mandó hacer un maniquí de goma, a imagen de la mujer perfecta, de tamaño natural.

En invierno se la podía llenar de agua caliente. Era hermosísima. Se llamaba Sabina, como mi abuela paterna, y la llevaba consigo a todas partes. Tenía

la pasión de los viajes en barco, y en realidad pasó los dos últimos años de su vida yendo y viniendo a Nueva York. Sabina tenía un guardarropa magnífico. Era un espectáculo verlos llegar al comedor, elegantemente

vestidos. Mi padre viajaba con un criado llamado Kelly. Sabina iba entre los dos, del brazo, tambaleándose con sus maravillosos vestidos de noche, como una hermosa mujer borracha. La noche que mi padre murió, le dijo a Kelly: 'Envíale un telegrama a Demetrius y dile que Sabina murió en mis brazos, sin sufrir. La enterraron con él en Nápoles." Nunca oí una risa más natural y franca que la suya.

Más tarde, ya medio trastornado por las desgracias y muy endeudado con Capodistria, me resultó un camarada mucho menos complaciente; y una noche que Melissa, semi borracha, estaba sentada en un banquito junto al fuego, sosteniendo entre sus largos dedos pensativos el pagaré que yo había firmado a Capodistria, con la simple palabra saldado escrita al través en tinta verde... Estos recuerdos duelen. Melissa dijo: "Justine hubiera debido cancelar tu deuda; no se hubiese arruinado por eso. Pero no quise que aumentara su poder sobre ti. Además, aunque ya no te importe demasiado de mí, quería hacer algo por ti, y esto no era un sacrificio. No creí que te causara tanta pena que yo me acostase con él. ¿Acaso no has hecho lo mismo por mí, quiero decir, acaso no le pediste dinero prestado a Justine, para mis rayos X? Mentiste, pero lo supe. Yo no puedo mentir, nunca miento. Toma, rómpelo, pero no juegues nunca más con él. \o es un hombre para ti." Y volviendo la cabeza hizo un esto de escupir, a la manera árabe.

De la vida pública de Nessim -aquellas recepciones gigantescas y aburridas, primero dedicadas a sus colegas, hombres de negocios, y luego al servicio de oscuros fines políticos- prefiero no hablar. Cuando me escabullía por el enorme vestíbulo y las escaleras hasta el estudio, me detenía a contemplar el gran escudo de cuero colgado sobre la chimenea, donde figuraba el plano de la mesa, a fin de ver quiénes se sentarían a izquierda y derecha de Justine. Durante un tiempo trataron amablemente de que participara en esas reuniones, pero yo pretextaba en seguida una indisposición, feliz de poder disponer del estudio y la inmensa biblioteca. Después nos encontrábamos como conspiradores y Justine se despojaba de la máscara de alegría, tedio y petulancia que usaba en sociedad. Arrojaba los zapatos al aire y jugábamos al piquet a la luz de las velas. En el momento de ir a acostarse, se miraba en el espejo del primer rellano y exclamaba: "¡Me tienes harta, judía presuntuosa, histérica!"

La barbería de Mnemjian, el babilonio, estaba situada en la esquina de Faud y Nebi Daniel; allí todas las mañanas Pombal se instalaba a mi lado frente al espejo. Nuestros asientos subían simultáneamente y luego bajábamos envueltos en un lienzo como faraones muertos, para reaparecer al mismo tiempo a la altura del cielo raso, en exhibición, como ejemplares raros. Un muchachito negro nos ponía las servilletas blancas mientras el barbero, en una gran bacía victoriana, revolvía la espuma espesa y perfumada antes de aplicarla en brochazos justos y directos sobre nuestras mejillas. Después de extendida la primera capa, relegaba su tarea a un ayudante, mientras él se dirigía al gran asentador que colgaba entre los papeles matamoscas, en el fondo de la barbería, para asentar el filo de una navaja inglesa.

El pequeño Mnemjian es un enano cuyos ojos violetas no han perdido su expresión infantil. Es el Hombre-Memoria, el archivo de la ciudad. Quien

desee conocer los antepasados o las rentas del primero que pase, no tiene mas que preguntárselo a él; le salmodiará todos los detalles con su voz cantarina mientras asienta la navaja y prueba el filo en el vello negro y duro de su antebrazo. Lo que no sabe, lo puede averiguar en contados minutos. Además, está tan informado sobre los vivos como sobre los muertos, afirmación que debe entenderse literalmente, pues el Hospital Griego le encarga la tarea de afeitar y preparar a sus víctimas antes de entregarlas a los empresarios de pompas fúnebres, labor que realiza con ese deleite teñido de unción característico de su raza. Ejerce su antiguo oficio en los dos mundos, y algunas de sus mejores observaciones empiezan con estas palabras: "Fulano de Tal me dijo al lanzar el último suspiro." Dicen que tiene un éxito fantástico con las mujeres y que ha reunido una pequeña fortuna a costa de ellas. Pero también son sus clientas permanentes varias señoras egipcias de cierta edad, esposas y viudas de pachás, a cuyas casas acude regularmente para peinarlas. Como dice socarronamente, "han pasado todos los límites", y estirándose para tocar la repugnante joroba que corona su espalda, añade con orgullo: "Esto las excita." Entre otras cosas tiene una cigarrera de oro, regalo de una de sus admiradoras, llena de papel de cigarrillos suelto. Su griego es defectuoso pero original y expresivo, y Pombal no admite que le hable en francés, lengua que conoce mucho mejor

A veces hace de intermediario galante con mi amigo, y siempre me asombra el súbito vuelo poético de que es capaz cuando describe a sus protégées. Inclinado sobre la cara de luna de Pombal, dice en tono discreto, mientras se oye raspar la navaja: "Tengo algo para usted, algo especial." Pombal sorprende mi mirada en el espejo y desvía rápidamente la suya para que no se nos contagie la risa. Lanza un gruñido prudente, Mnemjian se empina sobre las puntas cíe los pies, bizqueando un poco. La vocecita carga de doble sentido todo lo que dice y subraya sus palabras con leves suspiros escépticos. Durante unos segundos reina el silencio. Veo en el espejo la coronilla de Mnemjian, ese afloramiento obsceno de pelo negro acomodado en dos espirales pegadas como con saliva a sus sienes, sin duda con la esperanza de desviar la atención de su joroba de papier máché. Mientras maneja la navaja, sus ojos se empañan y su cara se vuelve tan inexpresiva como un leño. Sus dedos se deslizan por nuestros rostros vivientes con la misma indiferencia con que recorren los rostros exigentes (y felices, sí) de los muertos.

-Esta vez -dice Mnemjian-, quedará encantado en todo sentido. Es joven, cuesta poco, es limpia. Ya verá usted mismo; una perdiz joven, un panal con toda su miel intacta, una paloma. Anda en este momento en apuros económicos. Acaba de salir del Hospicio de Helwan donde su marido intentó internarla. Le he dicho que esté en el Rose Marie, sentada a la última mesa, en la acera. Vaya a verla a la una; si desea que lo acompañe, dele esta tarjeta que preparo para usted. Pero recuerde que debe pagarme a mí. Entre caballeros: es la única condición que pongo.

No dijo nada más. Pombal siguió mirándose en el espejo, sintiendo su curiosidad natural en conflicto con la desesperante apatía del verano. Más tarde irrumpiría seguramente en el departamento con alguna criatura sin fuerzas, desorientada, cuya sonrisa forzada sólo despertaría en él un sentimiento de compasión. No puedo decir que mi amigo no sea bueno; siempre

está tratando de conseguir trabajo para esas muchachas; en la mayoría de los consulados hay muchas de esas ex indigentes que procuran con todas sus fuerzas parecer dignas, y que si tienen empleo es porque Georges ha importunado a los colegas de la carrera. Sin embargo no hay mujer, por humilde, corrida o vieja que sea, que no reciba esas señales exteriores de consideración, esas menudas galanterías y esas sorties de ingenio que he llegado a asociar con el temperamento galo, ese encanto francés cerebral, vulgar, que con tanta facilidad se transforma en orgullo y pereza mental, así como el pensamiento francés se pierde rápidamente en moldes de arena y el esprit original se petrifica inmediatamente en conceptos resecos. Los escarceos del sexo que planean sobre sus pensamientos y acciones tienen, sin embargo, una apariencia de desinterés que los diferencia cualitativamente de las acciones y pensamientos de un Capodistria, por ejemplo, que suele reunirse con nosotros en la barbería. Capodistria tiene un don absolutamente involuntario para feminizarlo todo; bajo sus ojos las sillas cobran una conciencia dolorosa de la desnudez de sus patas. Capodistria impregna las cosas. ¡He visto en la mesa una sandía que bajo su mirada cobraba conciencia y sentía vivir y moverse las semillas en su interior! Las mujeres se sienten como el pájaro frente a

la serpiente en presencia de ese rostro chato y estrecho, esa lengua que humedece continuamente los labios. Pienso en Melissa una vez más: *hortus conclusus, soror mea sponsor...*

-*Regard dérisoire* -dice Justine-. ¿Cómo es posible que sea usted hasta tal punto uno de los nuestros, y al mismo tiempo... no lo sea?

Se peina frente al espejo, con el cigarrillo en los labios.

-Claro que por ser irlandés es usted un refugiado mental, pero le falta nuestra *angoisse*...

En realidad lo que Justine busca a tientas es esa cualidad distintiva que emana, no de nosotros, sino del paisaje, ese olor metálico y enervante que impregna el aire del lago Mareotis.

Mientras habla pienso en los fundadores de la ciudad, el Dios-soldado metido en su ataúd de vidrio, el cuerpo juvenil en su envoltura de plata, descendiendo por el río hacia su tumba. O esa gran cabeza cuadrada de negro en la que reverbera el concepto de Dios concebido en un puro juego intelectual: Plotino. Es como si las preocupaciones de ese paisaje convergieran en un punto que está fuera de alcance para la mayoría de los habitantes, en una región donde la carne despojada de sus reticencias últimas por una indulgencia excesiva, tuviera que someterse a una preocupación muchísimo más vasta, o perecer en esa especie de agotamiento que representan las obras del Museion, el juego cándido de los hermafroditas en las grandes praderas del arte y la ciencia.

Poesía, desmañado intento de inseminación artificial de las Musas; estúpida, llameante metáfora de la cabellera de Berenice centelleando en el cielo nocturno sobre la cara de Melissa dormida.

-¡Ah -dijo Justine un día-, si por lo menos hubiera algo libre, algo polinésico en la licencia en que vivimos!

O siquiera mediterráneo, hubiera podido añadir, pues las connotaciones de cada beso serían diferentes en Italia o en España; aquí nuestros cuerpos quedaban desollados por los vientos rigurosos y secos de los desiertos de África, y nos veíamos obligados a sustituir el amor por una ternura mental más sabia pero más cruel que, lejos de expurgar la soledad, la exacerbaba.

La ciudad misma tenía dos centros de gravedad: el norte real y el norte magnético de su personalidad, y entre ambos, el temperamento de sus habitantes se agotaba en un chisporroteo seco como una descarga eléctrica. Su centro espiritual era el emplazamiento olvidado de la Soma donde yació alguna vez el cuerpo azorado del joven soldado en su Divinidad prestada; su asiento temporal, el Broker's Club donde, como los Caballi ([3]), los corredores de algodón se sentaban a tomar café, fumar cigarros rancios y mirar a Capodistria como los mirones contemplan en los muelles a un pescador o un pintor. Uno simbolizaba para mí las grandes conquistas del hombre en el campo de la materia, el espacio y el tiempo, cuya cosecha inevitable para el conquistador tendido en su ataúd era una ardua conciencia de la derrota; el otro no era un símbolo sino el limbo viviente del libre arbitrio en el que erraba mi amada Justine buscando en aterradora soledad espiritual la chispa que la completara y le permitiera elevarse a una nueva perspectiva de su ser. En ella, como alejandrina que era, la licencia constituía una curiosa forma de abnegación consigo misma, una máscara de la libertad; y si yo veía en Justine un ejemplar típico de la ciudad, no pensaba necesariamente en Alejandría o en Plotino, sino en el triste hijo de Valentino, el trigésimo, que cayó "no como Lucifer, por haberse rebelado contra Dios, sino por su deseo demasiado ardiente de unirse a El ([4]).Todo exceso se convierte en pecado.

Separada de la divina armonía de sí misma cayó, dice el filósofo trágico, y se convirtió en la manifestación de la materia; y el universo entero de su ciudad, del mundo, nació de su agonía, de su remordimiento. La simiente trágica de la cual surgieron sus pensamientos y acciones era la simiente de un gnosticismo pesimista.

Sé que esta identificación era verdadera porque mucho más tarde, cuando con tanto recelo me permitió incorporarme al pequeño círculo que se reunía todos los meses en torno a Balthazar, lo que más le interesaba era lo que él pudiese decir sobre el gnosticismo. Recuerdo una noche en que con gran fervor y humildad le preguntó si había interpretado correctamente su pensamiento:

-Quiero decir, que Dios no nos ha creado ni ha deseado crearnos, pero que somos obra de una divinidad inferior, un Demiurgo que

[3] Caballi: Cuerpos astrales de los hombres que han tenido una muerte prematura. "Creen que cumplen acciones temporales cuando en realidad no tienen cuerpo físico sino que actúan en pensamiento:' Paracelso.

[4] "Sostiene la doctrina gnóstica que la creación es un error... Imagina un Dios primordial, centro de una armonía divina, que ha emitido manifestaciones de sí mismo en forma de parejas de macho y hembra. Cada pareja era inferior a la precedente, y Sofía ('sabidura'), la hembra de la trigésima pareja, la menos perfecta de todos. Mostró su imperfección no como Lucifer, por haberse rebelado contra Dios, sino por su deseo demasiado ardiente de unirse a El. Cayó amor." (E. M. Forster, Alexandria)

equivocadamente se creyó Dios, ¿verdad? Ah, qué probable parece; y esa *hubris* arrogante ha sido transmitida a nuestros hijos.

Y plantándose delante de mí, me tosió de las solapas de la chaqueta y mirándome fijo en los ojos añadió:

-¿A ti qué te parece? Nunca dices nada, te limitas a reír de vez en cuando.

Yo no sabía qué responder; todas las ideas me parecen igualmente buenas, y el hecho de que existan prueba que alguien las está creando.

-¿Qué importa -dije- si son objetivamente verdaderas o falsas? No pueden permanecer invariables largo tiempo.

-Sí que importa -exclamó con un énfasis conmovedor--. Importa muchísimo, querido.

Somos hijos de nuestro paisaje; nos dicta nuestra conducta e incluso nuestros pensamientos en la medica en que armonizarnos con él. No concibo una identificación mejor.

Tus dudas, por ejemplo, que encierran tanta ansiedad y tanta sed de verdad absoluta, son muy distintas del escepticismo de los griegos, del despliegue intelectual del espíritu mediterráneo con su deliberado recurso a la sofística como parte del juego del pensamiento; porque tu pensamiento es un arma, una teología.

-¿Pero de qué otra manera puede ser juzgada la acción?

-No puede ser juzgada con amplitud mientras no se juzgue el pensamiento mismo, puesto que nuestros pensamientos son actos. La tentativa de formular juicios parciales sobre ambos es la que nos conduce a la duda.

Me gustaba tanto su manera de sentarse bruscamente en una pared o en una columna rota del recinto en ruinas donde se encuentra la columna de Pompeyo, esa manera de sumirse en una pena indecible ocasionada por el impacto de alguna idea que acababa de surgir en su espíritu.

-¿Crees que realmente es así? -decía con una aflicción tan conmovedora como divertida-. ¿Por qué sonríes? Siempre sonríes ante las cosas más serias. ¡Ah, sin embargo deberías estar triste!

Si más tarde llegó a conocerme habrá comprendido que para todos los que sienten profundamente y tienen una aguda conciencia del inextricable laberinto del pensamiento humano, sólo hay una respuesta posible: la ternura irónica, el silencio.

En esa noche tan constelada de estrellas, en que las luciérnagas sobre la hierba crujiente y seca devolvían al cielo su espectral resplandor verdoso, no quedaba más que sentarse a su lado, acariciar su hermoso pelo negro y

callar. Por debajo corría como un río subterráneo la noble cita que Balthazar había elegido como tema y que leyera con voz temblorosa, en parte por la emoción, en parte por la fatiga de tanto pensamiento abstracto: "El día de los corpora es la noche de los spiritus. Cuando los cuerpos descansan, los espíritus inician su tarea. La vigilia del cuerpo es el sueño del espíritu y el sueño del espíritu es una vigilia del cuerpo." Y luego, como un trueno: "El mal es el bien pervertido." ([5])

Durante mucho tiempo dudé de que Nessim la vigilara; después de todo, parecía libre como un murciélago de revolotear de noche por la ciudad, y nunca vi que tuviera que rendir cuenta de sus movimientos. No hubiera sido tácil espiar a un ser tan proteiforme, que tenía tantos puntos de contacto con la vida de la ciudad. Y sin embargo, es posible que la vigilara para evitarle todo daño. Un incidente me persuadió de ello, una noche que me habían invitado a comer en la vieja casa.

Cuando estaban solos cenábamos en un pequeño pabellón situado en el fondo del jardín donde la frescura del verano podía mezclarse con el susurro del agua de la fuente que brotaba de cuatro cabezas de leones. Aquella noche Justine no había llegado todavía y Nessim estaba solo, sentado delante de la ventana; los resplandores del poniente se reflejaban en un jade amarillo de su colección que sostenía en sus dedos largos y flexibles.

La comida se había retrasado ya cuarenta minutos, y Nessim había dado orden de que la sirvieran cuando el pequeño receptor telefónico empezó a repicar agudamente. Se acercó a la mesa, lo descolgó con un suspiro y le oí pronunciar un "sí" impaciente; después habló un rato en voz baja, pasando bruscamente al árabe, y por un momento tuve la súbita intuición de que hablaba con Mnemjian. No sé por qué lo pensé.

Garabateó algo rápidamente en un sobre y colgando el receptor trató de memorizar lo que había escrito. Luego se volvió hacia mí, y de pronto fue un Nessim diferente el que me dijo:

-Justine puede necesitar nuestra ayuda. ¿Quiere venir conmigo?

Y sin esperar una respuesta, bajó velozmente las escaleras y contorneó el estanque de los nenúfares camino del garaje. Lo seguí como pude, y en cuestión de minutos el pequeño coche de sport pasaba por las pesadas puertas en dirección a la Rue Fuad y corría hacia el mar por el dédalo de callejuelas que bajan hacia Ras El Tin. No era tarde pero se veía poca gente, y nos lanzamos por las curvas del camino costanero hacia el Yacht Club, dejando atrás, implacables, algunos coches de punto ("los carros del amor") que se paseaban lentamente por la orilla.

Al llegar al fuerte doblamos y nos metimos en los tugurios que se hacinan detrás de la calle Tatwig; la rubia luz de nuestros focos destacaba los cafés repletos y las plazas populosas con un brillo inusitado; desde algún lugar, detrás del horizonte inmediato de casas en ruinas, aisladas, nos llegaban los aullidos y alaridos de un cortejo fúnebre cuyas lloronas profesionales envilecían la noche con las lamentaciones por el muerto. Dejamos

[5] Cita de Paracelso.

el coche en una callejuela estrecha, junto a la mezquita, y Nessim se metió en la entrada sombría de un gran edificio ocupado en gran parte por oficinas con ventanas enrejadas y chapas semiborradas. Un boab solitario (el concierge de Egipto), en cuclillas, envuelto en trapos, parecía un desperdicio cualquiera (un neumático viejo, por ejemplo); fumaba un narguile de caña corta. Nessim le dirigió unas palabras cortantes y casi antes de que el hombre pudiera responder, atravesó el edificio y llegó a una especie de patio oscuro flanqueado por una hilera de casas destartaladas, de ladrillo ordinario y yeso desconchado. Se detuvo para prender su encendedor, y a su débil luz empezamos a revisar las puertas. Al llegar a la cuarta apagó el encendedor y golpeó con el puño. Como no recibiera respuesta, la abrió.

Un oscuro pasillo conducía a un cuartucho apenas iluminado por lámparas de mecha de junco. Aparentemente habíamos llegado.

La escena que presenciamos era absolutamente extraordinaria, aunque más no fuera por la luz que, subiendo del piso de tierra, rozaba las cejas, los labios y las mejillas de los personajes, poniendo grandes manchas de sombra en sus rostros, como si estuvieran roídos por las ratas que se oían corretear entre las vigas de ese antro sórdido. Era un burdel de niñas: allí en la penumbra, vestidas con grotescos camisones de pliegues bíblicos, los labios pintados, collares de abalorios y sortijas de lata, había una docena de chiquillas desgreñadas que no tendrían mucho más de diez años; la inocencia de la niñez que asomaba a través de las ropas absurdas contrastaba violentamente con la silueta bárbara del marinero francés en el centro de la habitación, las piernas dobladas, el rostro marcado y torturado vuelto hacia Justine a quien veíamos de perfil, pues había girado la cabeza al oírnos entrar. Lo que el marinero acababa de gritar se había hundido en el silencio, pero su violencia se advertía aún en la mandíbula proyectada hacia adelante, en los tendones oscuros y salientes que unían la cabeza con los hombros. El rostro de Justine estaba dibujado con una especie de precisión académica, dolorosa. Tenía una botella en una mano levantada, y era evidente que nunca hasta entonces la había utilizado como arma, pues la sujetaba al revés.

Sobre un sofá desvencijado, en un rincón de la pieza, magnéticamente iluminado por la cálida penumbra que reflejaban las paredes, yacía una niña en camisón, horriblemente encogida, en una actitud como de muerte. Sobre el sofá la pared estaba cubierta de impresiones azules de manos juveniles, talismán que en esta parte del mundo protege a la casa contra el mal de ojo. Era la única decoración de la pieza, la más corriente en todo el barrio árabe de la ciudad.

Allí nos quedamos Nessim y yo durante más de medio minuto, estupefactos, pues la escena tenía una especie de belleza espantosa, como algunos de esos grabados en color que figuran en las ediciones populares de la biblia de la época victoriana, por ejemplo, en cuyo tema hubiera algo tergiversado y fuera de lugar. Justine respiraba agitadamente, como si es' tuviera al borde del llanto.

Supongo que nos abalanzamos sobre ella y la arrastramos a la calle; lo único que recuerdo es que llegamos hasta el mar y nos lanzamos por el

camino costanero bajo una luna limpia y bronceada; la cara triste y silenciosa de Nessim se reflejaba en el retrovisor, junto a la figura callada de su mujer, mirando las olas de plata en la rompiente y fumando un cigarrillo que había sacado del bolsillo de Nessim. Después, en el garaje, antes de bajarse del auto, besó tiernamente a Nessim en los ojos.

He llegado a considerar todo esto como una especie de preludio de aquel primer encuentro verdadero, cara a cara, cuando el entendimiento que había nacido entre nosotros -alegría y amistad fundadas en gustos comunes a los tres se desintegró en algo que no era amor -¿cómo podía serlo?-, sino una especie de posesión mental en la que las ataduras de una sexualidad devoradora no tenían demasiada importancia. ¿Cómo dejamos que nos ocurriera, a nosotros, tan parejos en la experiencia, curtidos y sazonados en otras comarcas por las decepciones del amor?

En otoño las bahías femeninas adquieren inquietantes fosforescencias y después de días calcinados, polvorientos, se sienten las primeras palpitaciones del otoño, como una mariposa aleteando para despojarse del capullo. El lago Mareotis vira al limón malva, y sus flancos barrosos resplandecen de radiantes anémonas que crecen en el lado vivificante de la orilla. Un día, mientras Nessim estaba en el Cairo, fui a su casa a pedirle varios libros en préstamo y para mi sorpresa encontré a Justine, sola en su estudio, remendando un viejo pullover. Había vuelto a Alejandría en el tren nocturno, dejando a Nessim en alguna conferencia de negocios. Tomamos el té y, cediendo a un súbito impulso, buscamos los trajes de baño y nos lanzamos en un auto a través de los enmohecidos montones de escoria de Mex, hacia las playas de arena de Bourg El Arab que centelleaban en la luz malva limón de la tarde declinante. Allí el mar abierto arrojaba violentamente sobre las alfombras de arena fresca una espuma de mercurio oxidado; su percusión melodiosa y profunda servía de fondo a nuestro diálogo. Chapoteamos en los turbios charcos, que absorbían las esponjas arrancadas de cuajo y arrojadas a la playa. No encontramos a nadie salvo a un joven beduino flaco que llevaba en la cabeza una jaula de alambre llena de pájaros silvestres cazados con liza. Codorniz ofuscada.

Nos quedamos largo rato acostados uno junto al otro, con los trajes de baño todavía húmedos, para aprovechar los últimos y pálidos rayos del sol en la deliciosa frescura del crepúsculo. Yo tenía los ojos semicerrados mientras Justine (¡con qué claridad la veo!) apoyada en un codo, se protegía la vista con una mano y me miraba fijamente.

Tenía la costumbre de mirar mis labios cuando hablaba, con un aire burlón, casi

impertinente, como si estuviera esperando que yo pronunciara mal alguna palabra. Todo empezó en ese momento, pero si he olvidado la forma en que ocurrió, recuerdo su voz hosca y alterada diciéndome algo como:

-Y si tuviera que sucedernos... ¿qué dirías?

Y antes de darme tiempo a contestar, se inclinó y me besó en la boca, y sentí en su beso escarnio y antagonismo. Todo parecía tan fuera de lugar que me incorporé, tratando de formular un reproche. Pero a partir de ese

instante sus besos fueron como profundas puñaladas, suaves y jadeantes, puntuando la risa salvaje que desbordaba en ella, una risa burlona y entrecortada. Me hizo pensar en alguien que acaba de pasar por un miedo espantoso. Quizá dije en ese momento:

-No debe sucedernos.

Y ella debió de contestar:

-Pero supongamos que suceda... ¿Qué ocurrirá? Entonces, lo recuerdo muy claramente, se apoderó de ella la manía de la justificación (hablábamos en francés: el idioma crea el carácter nacional), y en esos instantes en que tratábamos de recobrar el aliento y yo sentía sus labios firmes contra los míos, y sus brazos morenos y carnales apretando mis brazos, le oí decir:

-Lo sé, no es por glotonería ni por ceder a la tentación. Tenemos demasiada experiencia para eso; sencillamente tenemos algo que aprender el uno del otro. ¿Qué?
¿Qué?

-¿Y crees que ésta es la manera? -pregunté, mientras veía la alta y tambaleante silueta de Nessim contra el cielo del anochecer.

-No sé -dijo Justine con una expresión de humildad a la vez salvaje, terca, desesperada-. No sé...

Y se apretó contra mí como quien aprieta una magulladura. Era como si deseara borrarme hasta de su pensamiento y sin embargo, en el frágil y tembloroso fondo de cada beso encontrara una especie de penoso alivio, como el agua fría sobre una torcedura. ¡Hasta qué punto reconocía ahora en ella a la hija de la ciudad, que impone a sus mujeres la voluptuosidad del dolor y no del placer, condenándolas a perseguir a aquellos a quienes menos quisieran encontrar!

Levantándose, se alejó siguiendo la vasta perspectiva curva de la playa, cruzando lentamente los charcos formados en la lava, inclinada la cabeza. Pensé en el hermoso rostro de Nessim, sonriéndole desde cada uno de los espejos de la habitación. Toda la escena que acabábamos de representar me parecía tan improbable como un sueño. Desde un punto de vista objetivo resultaba curioso observar cómo temblaban mis manos cuando encendí un cigarrillo, antes de levantarme para seguirla.

Pero cuando la alcancé y quise detenerla, el rostro que volvió hacia mí era el de un demonio maligno. La rabia la dominaba.

-¿Creías que lo único que quería era hacer el amor? ¡Por Dios! ¿No hemos tenido ya bastante? Por una vez, ¿eres incapaz de comprender lo que siento? ¿Cómo puede ser?

Golpeó la arena húmeda con el pie. No era solamente como si una falla geológica acabara de abrirse en el terreno que habíamos pisado con tanta confianza. En mi propio carácter, una mina abandonada desde hacía mucho

tiempo, una galería acababa de desplomarse. Comprendí que ese tráfico estéril de ideas y sentimientos había abierto un camino hasta las selvas más densas del corazón, y que allí nos convertíamos en siervos de la carne, dueños de un conocimiento enigmático que sólo podía ser transmitido, recibido, descifrado, entendido, por los pocos seres que son nuestros complementarios en el mundo. (¡Cuán pocos, y qué raras veces se los encuentra!) Recuerdo que ella dijo:

-Después de todo, esto no tiene nada que ver con el sexo. Sentí ganas de reír, aunque percibía en sus palabras la desesperada tentativa de disociar la carne del mensaje que contenía. Me imagino que estas cosas les ocurren siempre a los fracasados que se enamoran. Vi en ese momento lo que debería haber visto mucho antes: que nuestra amistad había llegado a un punto de madurez en que ya éramos parcialmente dueños el uno del otro.

Pienso que nos horrorizó este pensamiento, pues a pesar de nuestro cansancio no pudimos dejar de retroceder aterrados ante esta nueva relación. En silencio, tomados de la mano e incapaces de pronunciar una sola palabra, regresamos por la playa hasta el sitio donde habíamos dejado nuestras ropas. Justine parecía al borde del agotamiento. Los dos ansiábamos separarnos lo antes posible para poder escudriñar en nuestros sentimientos. No nos dijimos nada más. Volvimos a la ciudad, y ella me dejó en la esquina de siempre, cerca de mi departamento. Cerré la portezuela de un golpe, y la vi alejarse sin decir una palabra, sin mirar siquiera.

Cuando abrí la puerta de mi pieza todavía veía la huella del pie de Justine en la arena mojada. Melissa estaba leyendo. Me miró, y con su tranquilidad y su lucidez habituales me dijo:

-Algo ha sucedido. ¿Qué es?

Pero no podía decírselo, puesto que yo mismo no sabía. Tomé su cara entre mis manos y la examiné en silencio, con un cuidado, una atención, una tristeza y un deseo como no recordaba haber sentido antes.

-No es a mí a quien ves, sino a otra -dijo Melissa.

Y sin embargo estaba viendo a Melissa por primera vez. Paradójicamente, Justine me permitía ahora ver a Melissa tal cual era, y comprender el amor que le tenía. Sonriendo, encendió un cigarrillo y dijo:

-Te estás enamorando de Justine.

Le respondí con toda la sinceridad, la honradez y el dolor de que era capaz:

-No, Melissa, es peor que eso.

Pero me hubiera sido totalmente imposible explicarle cómo y por qué.

Cuando pensaba en Justine, veía una gran composición a mano alzada, un cartón donde una figura de mujer representaba a alguien que se ha

liberado de la servidumbre impuesta por el macho. "Allí donde hay carroña -dijo una vez citando orgullosamente a Boehme y refiriéndose a su ciudad natal-, las águilas se amontonan." Y en este momento parecía verdaderamente un águila. En cambio, Melissa era la triste pintura de un paisaje invernal bajo un cielo nublado; un tiesto con unos pocos geranios, olvidado en la ventana de una fábrica de cemento.

Recuerdo ahora un pasaje del diario de Justine. Lo reproduzco aquí aunque se refiere a episodios muy anteriores al que acabo de contar, porque expresa casi exactamente esa cu riosa encarnación de un amor que he llegado a considerar más propio de la ciudad que de nosotros mismos. "Es inútil -escribe- imaginar que uno se enamore por una correspondencia espiritual o intelectual; el amor es el incendio de dos almas empeñadas en crecer y manifestarse independientemente. Es como si algo explotara sin ruido en cada una de ellas. Deslumbrado e inquieto, el amante examina su experiencia o la de su amada; la gratitud de ésta, proyectándose erróneamente hacia un donante, crea la ilusión de que está en comunión con el amante, pero es falso. El objeto amado no es sino aquel que ha compartido simultáneamente una experiencia, a la manera de Narciso; y el deseo de estar junto al objeto amado no responde al anhelo de poseerlo, sino al de que dos experiencias se comparen mutuamente, como imágenes en espejos diferentes. Todo ello puede preceder a la primera mirada, al primer beso o contacto; precede a la ambición, al orgullo y a la envidia; precede a las primeras declaraciones que marcan el instante de la crisis, porque a partir de allí el amor degenera en costumbre, posesión, y regresa a la soledad." ¡Cuán característico como descripción del don mágico, y qué falta de sentido del humor! ¡Y a la vez tan cierto... tan de Justine!

"Todo hombre -escribe en otra parte, y me parece escuchar los hoscos y doloridos acentos de su voz repitiendo las palabras mientras su mano las traza-, todo hombre está hecho de barro y de *daimon*, y no hay mujer que pueda nutrir a ambos."

Aquella tarde Justine llegó a su casa y supo que Nessim había regresado en el avión vespertino. Pretextó que se sentía afiebrada, y se acostó temprano. Cuando Nessim se sentó a su lado para tomarle la temperatura, Justine le dijo algo que lo impresionó lo bastante como para recordarlo y repetírmelo mucho tiempo después: "No es un malestar que requiera medicinas, apenas un enfriamiento. Las enfermedades no se interesan por los que tienen ganas de morir." Y agregó, con una de esas características desviaciones de la asociación, como una golondrina que cambia de rumbo en pleno vuelo.-, "¡Ah, Nessim, siempre he sido tan fuerte! ¿Será por eso que jamás me han querido de verdad?"

Gracias a Nessim empecé a moverme con mayor libertad en la gran tela de araña de la sociedad alejandrina, pues mis exiguas rentas no me permitían siquiera concurrir al club noc turno donde bailaba Melissa. Al principio me avergonzaba un poco ser el invitado permanente de Nessim, pero como no tardamos en convertirnos en amigos íntimos, empecé a ir con él a todas partes sin preocuparme en absoluto. Melissa desenterró de una de mis maletas un viejo smoking, y lo puso en condiciones de ser usado. Con ellos visité por primera vez el club donde bailaba Melissa. Parecía extraño

estar sentado entre Justine y Nessim, y que de pronto la blanca luz de un proyector cayera sobre una Melissa irreconocible bajo un maquillaje que daba a su rostro encantador un aire de grosera y precoz insensibilidad. Me aterró asimismo lo vulgar de sus danzas, que excedían todo lo imaginable; y sin embargo, mientras observaba los blandos y poco sugestivos movimientos de sus manos y sus pies tan finos (como una gacela atada a una noria), me conmovía tiernamente su mediocridad, su manera de responder a los tibios aplausos con un saludo en el que había vergüenza y descontento de sí misma. Más tarde tuvo que pasar entre las mesas con una bandeja, recogiendo propinas para la orquesta, y lo hizo con una timidez invencible y bajando los párpados adornados con horrendas pestañas artificiales; al acercarse a mi mesa, vi que le temblaban las manos. Por aquel entonces mis amigos no estaban al tanto de nuestra relación, pero reparé en la mirada curiosa y burlona de Justine mientras yo revisaba mis bolsillos en busca de unos billetes que tiré en la bandeja con una mano no menos temblorosa que la de Melissa; tan agudamente participaba de su turbación.

Más tarde, cuando volví al departamento bastante borracho y alegre por haber estado bailando con Justine, la encontré despierta. Hacía hervir agua en el calentador eléctrico.

-¿Por qué, por qué pusiste todo ese dinero en la bandeja? -me dijo-. El sueldo de una semana... ¿Estás loco? ¿Qué vamos a comer mañana?

Los dos éramos incurablemente imprevisores en cuestiones de dinero, pero de alguna manera nos arreglábamos mejor juntos que separados. De noche, cuando Melissa regresaba muy tarde del club, se detenía en el callejón y silbaba suavemente si veía la luz encendida; al oír su señal yo abandonaba la lectura y bajaba silenciosamente la escalera, imaginándome sus labios apretados en torno al suave, líquido silbido, como si fueran a recibir la delicada caricia de un pincel. En la época a que me refiero, el viejo o sus agentes todavía la seguían y la importunaban. Sin cambiar palabra, nos tomábamos de la mano y corríamos por el laberinto de callejas que bordean el Consulado de Polonia, deteniéndonos aquí y allá en alguna puerta oscura para cerciorarnos de que nadie nos seguía. Por fin, cuando las tiendas empezaban a ralear y a mezclarse con el azul del cielo, nos asomábamos a la noche alejandrina, a su lechosa fosforescencia marina. Nuestras preocupaciones se perdían eri el aire cálido y delicioso; caminábamos hacia el lucero del alba que palpitaba sobre el oscuro seno aterciopelado de Montaza, acariciado por el viento y las olas.

En aquellos días la absorta e incitante bondad de Melissa tenía todas las cualidades de una juventud recobrada. Sus dedos largos y titubeantes, que yo sentía andar por mi cara cuando me creía dormido, como si quisiera fijar en su memoria la felicidad que habíamos compartido... Había en ella una docilidad, una flexibilidad orientales, una pasión por servir. Mis ropas raídas, la forma en que tomaba una de mis camisas sucias, como incorporándola a sí misma con una solicitud desbordante... De mañana encontraba mi navaja inmaculadamente limpia, y hasta la pasta dentífrica puesta ya sobre el cepillo. Su preocupación por mí era como un acicate, me incitaba a dar a mi vida un contorno y un estilo que pudieran armonizar con la simplicidad de la suya. Jamás hablaba de sus experiencias amorosas,

descartándolas con una fatiga y una repugnancia indicadoras de que habían sido el resultado de la necesidad y no del deseo. Me hacía el honor de decir: "Por primera vez no tengo miedo a perder la cabeza o hacer locuras por un hombre."

Nuestra pobreza era otro vínculo profundo. Los paseos que emprendíamos eran en su mayoría las simples excursiones que pueden permitirse los provincianos en las ciudades ribereñas. El pequeño tranvía nos llevaba chirriando hasta las playas de Sidi Bishr, o bien pasábamos el Shem El Nessim en los jardines de Nouzha, comiendo sobre el césped, bajo las adelfas, rodeados de docenas de humildes familias egipcias. Los estorbos de la muchedumbre nos distraían y eran una fuente de profunda intimidad entre nosotros. En las orillas del canal de aguas putrefactas mirábamos cómo los niños se zambullían para pescar monedas en el fango o comíamos una tajada de sandía comprada en un tenderete, ambulando entre los otros ociosos de la ciudad, sintiéndonos anónimamente felices. Hasta los nombres de las palabras de los tranvías eran como ecos de la poesía de aquellos paseos: Chatby, Campo de César, Laurens, Mazarita, Glymenópulos, Sidi Bishr...

Pero estaba también el reverso de la medalla: volver tarde de noche y encontrarla dormida, las pantuflas rojas tiradas en cualquier parte, la pequeña pipa de hachís sobre la almo hada... Comprendía entonces que había empezado una de sus depresiones. No se podía hacer nada para aliviarla; palidecía, estaba melancólica, agotada, y durante días era incapaz de salir de ese letargo. Hablaba mucho sola, se pasaba horas escuchando la radio y bostezando, o bien hojeando con desgana una pila de viejas revistas de cine. Cuando el cafard de la ciudad se apoderaba de ella, yo me desesperaba tratando de imaginar la manera de despertarla de su apatía. Tendida en la cama, con ojos que miraban a lo lejos como una sibila, me acariciaba el rostro y repetía infatigablemente:

--Si supieras lo que ha sido mi vida me abandonarías. No soy mujer para ti, ni para hombre alguno. Estoy agotada. No malgastes tu bondad...

Sí yo protestaba, asegurándole que no se trataba de bondad sino de amor, hacía una mueca y agregaba:

-Si fuera amor me envenenarías para que no siga así. Empezaba a toser, agotando el pulmón que le quedaba sano, y yo, incapaz de soportar esa tos, salía a dar una vuelta por las sombrías callejuelas del barrio árabe, o entraba en la biblioteca del Consejo Británico para consultar algún libro; y allí, envuelto en una atmósfera de cultura británica de la que parecía emanar cierta avaricia, cierta pobreza, una impresión de ir intelectualmente colgado de una agarradera, pasaba la noche a solas, feliz de escuchar los murmullos y las charlas de los estudiosos que me rodeaban.

Pero había también otros momentos: las tardes atormentadas por el sol -"sudando miel", como decía Pombal-, en que yacíamos juntos, aplastados por el silencio, observando cómo las cortinas amarillas aspiraban suavemente contra la luz, con la calma respiración de la brisa del lago Mareotis que se confundía con nuestro aliento. Entonces Melissa se

levantaba e iba a mirar el reloj, después de sacudirlo y escuchar atentamente. Se sentaba desnuda ante el tocador y encendía un cigarrillo, con un aire juvenil y encantador, levantando el delgado brazo para lucir la modesta pulsera que yo le había regalado. ("Sí, me miro en el espejo, pero eso me ayuda a pensar en ti.") Y alejándose de esa frágil contemplación, cruzaba vivamente al horrible fregadero que constituía mi único cuarto de baño, y de pie en el sucio sumidero de hierro empezaba a lavarse con rápidos y diestros movimientos, jadeando bajo el agua fría, mientras yo seguía tendido en la cama, aspirando el calor y la dulzura de la almohada donde había descansado su cabeza morena, observando su rostro griego, largo y demacrado, su nariz regular y afilada, sus ojos francos, la piel satinada que sólo poseen los que están bajo la influencia del timo, y el lunar en el esbelto fuste del cuello. Esos son los momentos que no pueden medirse, que no pueden expresarse con palabras; momentos que viven flotando en la memoria, como maravillosas criaturas, únicas en su género, que surgen a veces de las grandes fosas de algún océano inexplorado.

Ese verano, Pombal decidió alquilar su departamento a Pursewarden, cosa que me fastidió. Me desagradaba ese personaje literario porque no tenía nada que ver con su obra, poesía y prosa llenas de encanto. No lo conocía muy bien pero sabía que sus novelas se vendían, lo cual me llenaba de envidia, y muchos años de vida mundana le habían dado una especie de savoir (aire del que yo me sentía absolutamente incapaz. Pursewarden era de pequeña estatura, grueso y rubio; daba la impresión de un jovencito que descansa en su madre. No puedo decir que no fuera amable o bondadoso, puesto que lo era, pero me amargaba la idea de tener que compartir el departamento con alguien que no me gustaba. Sin embargo, como hubiera sido mucho peor tener que mudarme, acepté el cuartucho que daba al fondo del pasillo, pagando menos alquiler, y me resigné a utilizar el sucio fregadero como cuarto de baño.

Pursewarden podía permitirse recibir en su casa, y dos veces por semana el bullicio de los que bebían y reían en el departamento no me dejaba descansar. Una noche, muy tarde, llamaron a mi puerta. Pursewarden estaba en el pasillo, muy pálido pero desenvuelto; me hizo pensar en un acróbata proyectado a la red de un cañonazo. A su lado había un robusto fogonero naval, de una fealdad desagradable y con el aire de todos los fogoneros, o sea como si de niño lo hubieran vendido en un mercado de esclavos.

-Oiga -chilló Pursewarden-, Pombal me dijo que usted era médico. ¿Podría venir a echar un vistazo a un enfermo?

Alguna vez yo le había hablado a Georges del año que había pasado estudiando medicina, y eso bastó para que me considerara un médico hecho y derecho. No sólo se ponía en mis manos cada vez que se sentía indispuesto -entre sus males solían contarse las ladillas-, sino que una vez llegó al extremo de pedirme que practicara un aborto sobre la mesa del comedor. Me apresuré a decir a Pursewarden que yo no era médico, y le aconsejé que telefoneara pidiendo uno; pero el teléfono estaba descompuesto y no había manera de conseguir que el boab se despertara. Por eso, y más por curiosidad desinteresada que por otra cosa, me eché un impermeable sobre el pijama y lo seguí.

Cuando se abrió la puerta, me cegaron el resplandor y el humo. La fiesta parecía fuera de lo corriente; los huéspedes eran tres o cuatro cadetes navales bastante alicaídos, y una prostituta de la taberna del Golfo que olía a sal y a tafia ([6]). Con aire irreal, la prostituta se inclinaba sobre una figura acurrucada en un diván; ahora sé que la figura era Melissa, pero en ese momento me pareció una lamentable máscara de comedia griega. Melissa parecía delirar, pero no profería el menor sonido, y daba la impresión de estar actuando en una película muda. Tenía las facciones hundidas. La otra mujer estaba aterrada, la abofeteaba y le tiraba del pelo, mientras uno de los cadetes la rociaba torpemente con agua, utilizando una bacinilla decorada con las armas reales de Francia que era uno de los tesoros más preciados de Pombal. Alguien a quien no alcancé a ver, vomitaba lenta y untuosamente. Pursewarden se detuvo a mi lado para observar la escena, y me pareció que se sentía un poco avergonzado.

Melissa estaba bañada en sudor, y tenía el cabello pegado a las sienes; cuando alejamos a sus torturadores volvió a caer en un silencio tembloroso e inexpresivo, conservando algo así como un alarido grabado en sus facciones. Hubiera sido necesario averiguar dónde había estado y qué había comido y bebido, pero una ojeada al grupo lloriqueante y parlanchín que me rodeaba bastó para saber que no sacaría gran cosa de esa gente. No obstante, tomé del brazo al muchacho más cercano y empecé a interrogarlo, pero en ese momento la bruja de la taberna del Golfo, que estaba igualmente histérica y a quien un fogonero mantenía quieta sujetándole los brazos por detrás, se puso a gritar con voz ronca y mascullada: -¡Le hizo tomar un afrodisíaco!

Escabulléndose como una rata de los brazos que la apresaban, se apoderó de su bolso y lo descargó con un ruido seco en la cabeza de uno de los marinos. El bolso debía de estar lleno de frascos, porque el hombre cayó pataleando y se levantó con el pelo sembrado de pedazos de vidrio. La mujer empezó a sollozar con una voz extrañamente grave, y a pedir que viniera la policía. Tres marinos se precipitaron hacia ella con las manos tendidas, aconsejándole, suplicándole que no insistiera. Nadie quería líos con la policía naval, pero nadie deseaba recibir un golpe de ese bolso prometeico, rebosante de preservativos y frascos de belladona. La mujer empezó a retroceder paso a paso. (Entre tanto yo tomaba el pulso a Melissa, le arrancaba la blusa y la auscultaba.

Empecé a temer por ella, y también por Pursewarden que se había ubicado estratégicamente detrás de un sillón y hacía gestos elocuentes a todo el mundo. Entonces empezó la diversión, porque los marinos habían conseguido acorralar a la bruja vociferante, pero por desgracia la habían arrinconado contra el elegante aparador Sheraton donde Pombal guardaba su preciada colección de cerámicas. Buscando una defensa, sus manos dieron con un almacén casi inagotable de municiones, y luego de soltar el bolso con un ronco grito de triunfo, empezó a bombardear a todo el mundo con piezas de porcelana, procediendo con una concentración y una puntería como jamás he vuelto a ver. El aire se llenó de lacrimatorios egipcios y griegos, de figuritas de Ushabti y de Sévres. No podía faltar mucho para que oyéramos el temible y familiar golpe de las botas ferradas contra la puerta,

[6] Aguardiente extraído de la caña de azúcar.

pues ya las luces empezaban a encenderse en el resto del edificio. Pursewarden estaba alarmadísimo; en su calidad de residente extranjero, y además célebre, no podía permitirse un escándalo como el que la prensa egipcia no dejaría de fabricar con lo sucedido. Se tranquilizó cuando le hice una seña y empecé a envolver con una suave alfombra de Bokhara el cuerpo ya casi insensible de Melissa. Juntos la llevamos tambaleándonos a lo largo del corredor, y en la bendita intimidad de mi cuarto la desenrollamos como a Cleopatra y la instalamos en la cama.

Recordé entonces a un viejo médico griego que vivía calle abajo, y no me llevó mucho convencerlo de que subiera conmigo la tenebrosa escalera, tropezando y jurando en un demó tico vulgarísimo, y dejando caer sondas y estetoscopios a lo largo del camino.

Declaró que Melissa estaba muy grave, pero su diagnóstico fue general y vago, dentro de la tradición de la ciudad.

-Hay de todo: desnutrición, histeria, alcoholismo, hachís, tuberculosis, cantáridas... Sírvanse lo que quieran.

E hizo el gesto de meter la mano en el bolsillo y sacarla llena de enfermedades imaginarias que nos fue ofreciendo para que eligiéramos. Pero también mostró su sentido práctico, y propuso que al día siguiente trasladáramos a Melissa al hospital griego; entre tanto no debía moverse de la cama con ningún pretexto.

Aquella noche y la siguiente las pasé en el diván, a los pies de la cama de Melissa. Cuando me iba a trabajar, la dejaba a cargo del tuerto Hamid, el más bondadoso de los berberiscos. Melissa estuvo muy grave las primeras doce horas; deliraba a ratos, y pasaba por horribles crisis de ceguera, horribles porque se asustaba espantosamente. Empleando una rudeza amable conseguimos darle ánimo para sobreponerse a lo peor, y en la tarde del segundo día se sintió bastante mejor y murmuró algunas frases. El médico griego se declaró satisfecho de sus progresos. Le preguntó de dónde era oriunda, y el rostro de Melissa se llenó de aprensión al contestar: "De Esmirna." No quiso dar el nombre y el domicilio de sus padres, y cuando él insistió volvióse hacia la pared y sus ojos se llenaron de lágrimas de agotamiento. El médico tomóle la mano y examinó el anular.

-Vea -me dijo con una objetividad clínica, señalándome la falta de un anillo-, ésa es la razón. Su familia la ha repudiado y la ha arrojado a la calle. Ocurre con tanta frecuencia en estos tiempos...

Sacudió su hirsuta cabeza con aire de conmiseración. Melissa no dijo nada, pero cuando llegó la ambulancia y prepararon la camilla para transportarla, me agradeció calurosa mente mi ayuda, apoyó la mano de Hamid contra su mejilla, y me sorprendió con un gesto al que mi vida me había desacostumbrado.

-Si no tiene mujer cuando yo salga del hospital, piense en mí. Si me llama, vendré.([7])

[7] Frase en Griego (Nota del Digitalizador)

No se me ocurre cómo traducir a otra lengua que no sea el griego esta franqueza tan valiente.

Así fue como la perdí de vista durante un mes o más; en realidad ni pensaba en ella, absorbido por muchas otras preocupaciones. Pero una tarde en que estaba asomado a la ventana observando cómo la ciudad iba saliendo de su sueño, vi a una Melissa completamente transformada que bajaba por la calle y se perdía en el pórtico sombrío de la casa. Llamó a mi puerta y entró con los brazos cargados de flores. Instantáneamente sentí que habían pasado muchos siglos desde aquella noche ya olvidada. Había en Melissa algo de esa inseguridad que le vi más tarde, cuando recogía el dinero para la orquesta. Parecía una imagen del orgullo, pero con la cabeza gacha.

Se apoderó de mí un prurito de cortesía exasperante. Le ofrecí una silla, y Melissa se sentó en el borde. Las flores eran evidentemente para mí, pero no se atrevía a ofrecérmelas, y me di cuenta de que miraba angustiadamente en torno, buscando un florero donde colocarlas. No había más que una palangana esmaltada llena de patatas a medio mondar. Empecé a desear que no hubiera venido. Me hubiera gustado ofrecerle té, pero se me había roto el calentador eléctrico y no tenía dinero para invitarla a salir; en esa época yo estaba endeudado hasta el cuello. Para colmo había enviado a Hamid a que hiciera planchar mi único traje de verano, y me había envuelto en una bata rota. Melissa, en cambio, vestía con una elegancia maravillosa e intimidante; llevaba un vestido nuevo de verano, con un diseño de hojas de viñas secas, y un sombrero de paja semejante a una gran campana de oro. Empecé a rogar fervientemente para mis adentros que Hamid volviera en seguida y nos sacara de esa situación. Me hubiera gustado ofrecerle un cigarrillo pero no tenía ninguno y tuve que aceptar uno de los suyos, extrayéndolo de la pequeña cigarrera de filigrana que llevaba consigo. Lo fumé tratando de parecer lo más calmo posible, y le dije que había aceptado un nuevo trabajo cerca de Sidi Gabr, lo cual aumentaría un poco mis ingresos. Ella dijo que reanudaría su trabajo; le habían renovado el contrato pero le pagarían menos. Después de un rato de hablar de cosas así, anunció que debía marcharse, porque tenía una cita a la hora del té. La acompañé hasta el rellano y le pedí que volviera el día que tuviese ganas. Me lo agradeció, apretando todavía las flores que su timidez le había impedido entregarme, y bajó lentamente la escalera. Cuando se hubo marchado, me senté al borde de la cama y dije todas las palabrotas que era capaz de recordar en cuatro idiomas, aunque no comprendía bien a quién estaban destinadas. Cuando el tuerto Hamid entró sigilosamente, aún me duraba la cólera y la descargué contra él. Se sorprendió muchísimo porque hacía largo tiempo que no me enojaba con él, y se refugió en el fregadero, murmurando, meneando la cabeza e invocando la ayuda de los espíritus.

Me vestí, conseguí que Pursewarden me prestara algo de dinero, y cuando salía para echar una carta vi a Melissa sentada en un café, sola, con el mentón entre las manos. Su sombrero y su bolso descansaban a su lado; miraba la copa con un aire reflexivo en el que había un malicioso regocijo. Impulsivamente entré en el café y fui a sentarme a su lado. Le dije que venía a excusarme por haberla recibido tan mal, pero que... Y me puse a contarle todo lo que me preocupaba, sin omitir nada: el calentador roto, la ausencia

de Hamid, mi traje de verano. Mientras enumeraba los males que me agobiaban empecé a encontrarlos bastante graciosos, y cambiando el tono se los volví a contar con una exasperación tan lúgubre que Melissa lanzó una de las risas más deliciosas que jamás he oído. Con respecto a mis deudas exageré bastante, a pesar de que después de la noche del incidente, Pursewarden se había mostrado siempre dispuesto a prestarme pequeñas sumas. Y para coronarlo todo, agregué que ella había aparecido cuando apenas terminaba de curarme de una afección venérea, insignificante pero muy molesta, fruto de la solicitud de Pombal y de la cual sin duda era culpable alguna de las sirias que tan generosamente me había dejado al irse. Esto era una mentira, pero me sentí obligado a decírselo a pesar mío. Agregué que me había aterrado la idea de volver a hacer el amor antes de estar completamente restablecido. Al oír esto, Melissa tendió su mano y la posó en la mía, mientras se reía arrugando la nariz; su risa era tan sincera, tan leve y espontánea, que allí mismo y en ese instante decidí que la amaría.

Aquella tarde ambulamos a orillas del mar, tomados del brazo. Nuestra conversación parecía hecha de restos de vidas vividas sin previsión, sin orden alguno. Nuestros gustos no tenían absolutamente nada en común. Tanto por el carácter como por las tendencias éramos absolutamente diferentes, y sin embargo había en nuestra amistad una espontaneidad tan mágica, que sentíamos en ella una promesa. También me gusta recordar aquel primer beso junto al mar, el viento que levantaba un mechón de pelo en mis sienes canosas... Un beso interrumpido por la carcajada que Melissa no pudo contener al recordar el relato de mis calamidades. Un símbolo de la pasión que nos unía, de su humor y su falta de intensidad: de su caridad.

Dos temas sobre los cuales era inútil interrogar a Justine con demasiada insistencia: su edad, sus orígenes. Nadie, ni siquiera Nessim, sabía nada seguro de ella. Hasta Mnemjian, oráculo de la ciudad, parecía incapaz de la menor revelación, aunque estaba enterado de sus más recientes aventuras amorosas. Sin embargo entrecerraba sus ojos violetas cuando se refería a Justine y, vacilando un poco, afirmaba que era oriunda del populoso distrito de Attarine y que descendía de una pobre familia judía que más tarde había emigrado a Salónica. Su diario no es una buena fuente de información, porque no contiene claves tales como nombres, fechas y lugares, y abunda sobre todo en fulgurantes vuelos de su fantasía alternados con anécdotas menudas y ácidas, y penetrantes siluetas de diversas personas cuya identidad ha sido enmascarada con una simple inicial. Escribe un francés no muy correcto, pero vivaz y sabroso, donde persiste la resonancia incomparable de su voz ronca y velada. Por ejemplo: "Clea hablando de su infancia. Pienso en la mía, apasionadamente. Infancia de mi raza, de mi tiempo... Primero, los golpes en el cobertizo detrás del Estadio, la tienducha del relojero. Me veo a mí misma observando el rostro dormido de un amante, con esa concentración apasionada del relojero inclinado sobre un reloj descompuesto, bajo la cruda luz que caía sobre él silenciosamente. Puñetazos y palabrotas, y en todas las paredes de barro rojo (como golpes descargados por la conciencia) las huellas de manos azules con los dedos abiertos, que nos protegían del mal de ojo. Crecimos en medio de esos golpes, del dolor de cabeza, de las miradas huidizas. Una casa con piso de tierra donde pululan las ratas, apenas alumbrada por pabilos que flotan en aceite. El viejo usurero, borracho y roncador, aspirando en cada

bocanada de aire los hedores del estiércol. del suelo, de los excrementos de murciélago; sumideros tapados con hojas secas y pedazos de pan empapados en orina; amarillas guirnaldas de jazmines, sofocantes, lujuriosos. Agreguemos los alaridos en la noche, detrás de otros postigos de esa tortuosa callejuela: el bey que golpeaba a sus mujeres porque era impotente. La vieja vendedora de hierbas, vendiéndose a sí misma todas las noches en el terreno baldío entre las casas arrasadas; un lamento enfurruñado y misterioso. La suave resonancia -pelin, pelen- de pies negros y desnudos pisando el barro reseco de la calle, en la noche avanzada. Nuestra pieza reventando de oscuridad y pestilencia, y nosotros, los europeos, sin armonía alguna con la terrible salud animal de los negros que nos rodeaban. Las fornicaciones de los boabs que estremecían la casa como si fuese una palmera. Tigres negros de dientes brillantes. Y por todas partes velos, gritos, risotadas delirantes bajo los pimenteros, la locura, la lepra. Esas cosas que los niños presencian y acumulan para fortalecer o desorientar sus vidas. Un camello exhausto se ha desplomado en mitad de la calle, frente a casa. Como pesa demasiado para transportarlo hasta el matadero, dos hombres armados de hachas lo despedazan vivo allí mismo. Los filos se hunden en la carne blanca, y la pobre bestia parece cada vez mas triste, más aristocrática, más perpleja a medida que le cortan las patas. Por último sólo queda viva la cabeza, los ojos abiertos que miran en torno. Ni un grito de protesta, ni una convulsión. El animal se somete como una palmera. Pero durante muchos días el barro de la calle queda empapado en su sangre, y nuestros pies descalzos dejan sus huellas en esa humedad...

"Monedas que caen en las escudillas de latón de los mendigos. Jirones de todas las lenguas: armenio, griego, etíope, marroquí; judíos de Asia Menor, de Turquía, de Grecia, de Georgia; madres nacidas en colonias griegas del Mar Negro; comunidades tronchadas como ramas de árboles privadas de un tronco central, soñando con el Edén. Así son los barrios pobres de la ciudad blanca; nada tienen en común con las hermosas calles trazadas y decoradas por los extranjeros, donde los corredores de cambios se instalan a saborear el diario de la mañana. Ni siquiera el puerto existe para nosotros. Una que otra vez, en invierno, oímos el mugido de una sirena, pero es algo que viene de otro mundo. ¡Ah, la miseria de los puertos y los nombres que evocan cuando no se tiene parte alguna adonde ir! Es como una muerte, la muerte del propio ser cada vez que se repite la palabra Alejandría, Alejandría."

Bab-el-Mandeb, Abu-el-Dardar, Minet-el-Bassal (calles en las que se resbala sobre los copos de algodón que han volado de los mercados), Nuzha (el rosedal, besos no olvidados), o las paradas de autobús con sus nombres que obsesionan: Saba Pacha, Mazlum, Zizinia Bacos, Schutz, Gianaclis.

Una ciudad es un mundo cuando amarnos a uno de sus habitantes.

Como consecuencia de mis frecuentes visitas a la gran residencia empecé a recibir muestras de atención de aquellos que, considerando a Nessim un personaje influyente, presumían que si pasaba su tiempo en mi compañía era porque yo a mi vez, de alguna manera misteriosa, era rico o distinguido. Una tarde, estando yo medio dormido, Pombal entró en mi cuarto y se sentó en el borde de la cama.

-Escucha -me dijo-, la gente empieza a fijarse en ti. En la vida alejandrina, un chichisbeo es cosa bastante natural, por supuesto, pero si sigues saliendo tanto con esos dos, te verás metido en dificultades. ¡Mira!

Me alcanzó una gran cartulina profusamente decorada; era una invitación para un coctel en la embajada francesa. La leí sin comprender nada, hasta que Pombal añadió:

-Es una estupidez. Mi jefe, el cónsul general, está enamorado a rabiar de Justine.

Hasta ahora ha fracasado en todas sus tentativas de encontrarse con ella. Sus espías le han dicho que tienes libre acceso al círculo de familia, y que en realidad eres el... Ya sé, ya sé. Pero tiene la esperanza de ocupar tu lugar.

Soltó una gran carcajada. Por entonces, nada me parecía más absurdo que lo que acababa de oír.

-Dile al cónsul general... -contesté, completando la frase de tal manera que Pombal chasqueó reprobatoriamente la lengua y meneó la cabeza.

-Me encantaría decírselo -observó-. Pero, mon cher, entre los diplomáticos existe una Orden del Picotazo al igual que entre los volátiles. Y yo dependo del cónsul general para lograr mi pequeña cruz.

Removiendo su corpachón, sacó del bolsillo una novelita ajada, de tapas amarillas, y me la puso sobre las rodillas.

-Esto te puede interesar. Siendo muy joven, Justine se casó con un escritor francés, de origen albanés. Este librito se refiere a ella, es una especie de autopsia pero muy digna.

Miré la novela. Se titulaba Moeurs, y su autor era un tal Jacob Arnauti. Según decía la solapa, el libro había sido reeditado varias veces, allá por el treinta y tantos.

-¿Cómo te enteraste de esto? -pregunté. Georges guiñó un gran ojo de reptil.

-Hicimos algunas averiguaciones. El cónsul no piensa más que en Justine, y el personal en pleno se ha pasado semanas enteras recopilando informaciones sobre ella. Vive la France!

Cuando se fue, me puse a hojear Aloeurs, todavía semidormido. Era un diario de la vída alejandrina hacia el año treinta y cinco, vista por un extranjero, y estaba admirablemente escrito en primera persona. El autor del diario había recogido materiales para una novela que se proponía escribir; su descripción de la vida cotidiana en Alejandría era precisa y sagaz, pero lo que retuvo mi atención fue el retrato de una joven judía con la que terminaba casándose, viajando a Europa y divorciándose. El naufragio de

ese matrimonio al volver a Egipto estaba contado con una lucidez encarnizada que ponía al desnudo el carácter de Claudia, su mujer. Y lo que me asombró e interesó fue ver en esa descripción un retrato de Justine que yo era capaz de reconocer aunque no la -hubiera conocido: una Justine más joven y más desorientada, pero inconfundible. La verdad es que cada vez que leía el libro, y lo leí muchas veces, no podía dejar de sustituir un nombre por el otro en el texto, tan asombrosa era la coincidencia.

Se habían conocido en el mismo lugar donde yo la vi por primera vez, en el descolorido vestíbulo del Cecil, en un espejo. "En el vestíbulo de este hotel moribundo, las palmeras se quiebran y reflejan sus hojas inmóviles en los espejos de marcos dorados. Aquí sólo pueden vivir permanentemente los ricos, envueltos en este otro marco dorado que dan la vejez segura y la jubilación. Yo busco un alojamiento más barato. Entra en el salón un pequeño grupo de sirios corpulentos: trajes oscuros, piel amarilla bajo el fez escarlata; se sientan solemnemente. Las mujeres, semejantes a hipopótamos, con un leve bigote, se marchan a la cama entre tintineos de joyas. Los hombres, con sus rostros extrañamente ovalados y tersos y sus voces afeminadas, se inclinan sobre los cofrecillos de alhajas, pues cada uno de estos comerciantes las lleva consigo, y después de la cena hablan de joyas para hombre. Es el único tema de conversación que queda en el mundo mediterráneo: el interés por la propia persona, un narcisismo derivado del agotamiento sexual que se expresa en el símbolo de la riqueza. Basta ver a un hombre para saber en seguida cuánto vale, y basta ver a su mujer para enterarse, en un murmullo imperceptible, del monto de su dote. Los sirios canturrean como eunucos inclinados sobre las alhajas, haciéndolas girar a la luz para justipreciarlas. Sus leves sonrisas mujeriles ponen al descubierto dientes muy blancos y cuidados. Suspiran. Un camarero de blanco, cara de ébano pulido, trae el café. Se levanta una tapa de plata y aparecen los cigarrillos blancos y gruesos como los muslos de las egipcias, cada uno con sus briznas de hachís. Una pizca de embriaguez antes de irse a la cama. Me he quedado pensando en la muchacha que conocí anoche en el espejo: negro sobre blanco de marfil y mármol, cabello oscuro y brillante, ojos profundos como suspiros, en los que nuestra mirada se hunde porque son ojos inquietos, entregados a una curiosidad sexual. Pretende pasar por griega, pero debe ser judía. Hace falta un judío para descubrir a otro, y ninguno de los dos tiene el valor de confesar su raza. Le dije que era francés. Tarde o temprano acabaremos por descubrir la verdad.

"Las mujeres de las comunidades extranjeras son más bellas aquí que en otras partes. El miedo y la inseguridad las domina. Tienen la impresión de naufragar en el tenebroso océano que las rodea. Esta ciudad ha sido alzada como un dique para detener la inundación de la oscuridad africana, pero los negros de suaves pisadas han empezado a abrir vías de agua en los barrios europeos; se está operando una especie de ósmosis racial. Para ser feliz aquí una mujer tendría que ser musulmana, egipcia: absorbente, suave, blanda, demasiado madura; entregada a las apariencias; piel de cera que vira

al amarillo limón o al verde melón bajo los resplandores de la nafta. Cuerpos insensibles como cofres. Senos verde manzana, duros, una frialdad de reptil en la superficie de la carne, con las avanzadas óseas de los pies y los dedos. Sus sentimientos están sepultados en lo preconsciente. No dan

nada de sí mismas en el amor, pues no tienen nada que dar; se cierran en torno del hombre, en un reflejo doloroso, y ese dolor es un anhelo inexpresado que se sitúa en el polo opuesto de la ternura y del placer. Durante siglos han estado relegadas al corral de los bueyes, veladas, circuncisas. Nutridas en la oscuridad con dulces y grasas perfumadas, se han convertido en toneles de placer, balanceándose sobre piernas de una blancura de papel y de venas azules.

"Cuando se atraviesa el barrio egipcio, el olor de la carne va cambiando: amoníaco, sándalo, salitre, especias, pescado. No me dejó que la acompañara a su casa, probablemente por que se avergonzaba de vivir en esos arrabales. Y sin embargo me habló maravillosamente de su infancia. Tomé algunas notas: su regreso a la casa, donde el padre casca nueces con un martillito, a la luz de una lámpara de aceite. Me parece verlo. No es griego, sino judío, de Odessa, con un gorro de piel de bordes grasientos. Y también el beso del berberisco, el enorme pene rígido como una obsidiana de la época glacial; inclinándose para morder el labio inferior de ella con sus hermosos dientes parejos. Europa ha quedado detrás de nosotros, y avanzamos hacia una nueva latitud espiritual. Se me entree,(un desdén tal, que por primera vez en mi vida me sorprendí ante una ansiedad semejante; era como si hubiera perdido las esperanzas, como si las calamidades la hubieran magullado. Y sin embargo, las mujeres que pertenecen a esas comunidades aisladas tienen un coraje desesperado muy diferente dei nuestro. Han explorado la carne al punto de convertirse en extranjeras para nosotros. ¿Cómo escribir sobre todo esta? ¿Volverá, o habrá desaparecido para siempre? Los sirios se van a la cama soltando gritos, como pájaros migratorios."

La muchacha llega. Hablan. ("Bajo esa sofisticación superficial y provinciana, bajo esa veteranía espiritual, me pareció entrever una inexperiencia, no del mundo, claro está, sino de lo mundano. Me di cuenta de que yo le interesaba por ser extranjero de buenos modales; proyectaba sobre mí la mirada tímida y prudente de un buho de enormes ojos castaños, en los que el blanco levemente azulado y las pestañas larguísimas ponían de relieve el esplendor de las pupilas brillantes y francas.")

Puede imaginarse con qué dolorosa y anhelante ansiedad leí por primera vez esta crónica de una aventura con Justine; aun después de haberla leído muchas veces -al punto que la sé casi de memoria-, sigue siendo para mí un documento que me llena de dolor y de asombro. "Nuestro amor -escribe mucho más adelante-, era como un silogismo al que le faltaban las premisas verdaderas, quiero decir el respeto. Una especie de posesión mental que nos atrapaba, haciéndonos derivar sobre las aguas poco profundas y tibias del lago Mareotis, como ranas desovando, en las garras de los instintos que nacían del cansancio y el calor... No, no es esa la manera de decirlo. Intentemos nuevamente hacer el retrato de Claudia con estos instrumentos insuficientes e inseguros. ¿Por dónde empezamos?

"Preciso es decir que su talento para enfrentar las situaciones la había ayudado mucho a lo largo de veinte años de vida errante y desordenada. Poco supe de sus orígenes, aparte de que había sido muy pobre. Me dio la impresión de que trataba de mostrar una serie de crueles caricaturas de sí

misma, pero esto es habitual en los solitarios, convencidos de que su verdadera personalidad no puede encontrar correspondencia, en nadie. La rapidez con que pasaba de un ambiente a otro, de un hombre a otro, de un lugar o un momento a otro, me aturdía. Pero había en esa inestabilidad algo magnífico e impresionante. Cuando más la conocía, más imprevisible me resultaba; la única constante era esa lucha desesperada por franquear la barrera de su solipsismo. Y cada uno de sus actos acababa en error, en culpa, en arrepentimiento. Bien lo recuerdo... 'Querido, esta vez será diferente, te lo prometo.'

"Más tarde. cuando viajamos al extranjero: en el Adlon, el polen de los reflectores cayendo sobre los bailarines españoles envueltos en el humo de miles de cigarrillos; junto a las aguas sombrías de Buda, sus lágrimas calientes goteando entre las hojas secas que pasaban flotando lentamente; cabalgando por las escuálidas planicies españolas, el silencio marcado como con huellas de viruela por los cascos de nuestros caballos; en el Mediterráneo, tendidos sobre alguna roca olvidada... No me afligían sus traiciones, pues con Justine el orgullo masculino de la posesión pasaba a ser algo secundario. Lo que me hechizaba era la ilusión de que tal vez podría llegar a saber cómo era de verdad; pero ahora veo que no era realmente una mujer sino la encarnación de la Mujer, que no admite vínculo alguno en la sociedad en que vivíamos. 'En todas partes ando al acecho de una vida que valga la pena de ser vivida. Quizá si me muriera o me volviera loca, llegaría a encauzar todos esos sentimientos que no tienen salida. El médico de quien estuve enamorada me dijo que yo era una ninfomaníaca, pero en mi placer no hay glotonería ni complacencia, Jacob. Desde ese punto de vista es un derroche completo. ¡Derroche, querido, derroche! Dices que gozo tristemente, como los puritanos. Pero aun en eso eres injusto conmigo. Gozo trágicamente, y si mis amigos médicos necesitan una palabra complicada para describir la criatura sin corazón que parezco ser, se verán forzados a admitir que lo que me falta de corazón me sobra de alma. Y ahí está la raíz del mal.' Como se ve, no son éstas las distinciones de que suelen ser capaces las mujeres. Parecía como si a su mundo le faltara en cierto modo una dimensión, y que el amor se hubiera replegado hasta volverse una especie de idolatría. Al principio confundí esta manera de ser con un egotismo arrasador, que se consumía a sí mismo, porque Justine parecía ignorar todas las menudas reglas de lealtad que constituyen la base del afecto entre hombres y mujeres. Esto suena un tanto pomposo, pero no tiene importancia. Ahora, recordando los terrores y exaltaciones de Justine, me pregunto si yo tenía razón. Pienso en aquellos dramas tediosos, aquellas escenas en cuartos amueblados, Justine abriendo los gritos para ahogar el sonido de sus sollozos. Yendo y viniendo, con las manos apretadas bajo las axilas, murmurando algo para sí, inflamándose como un barril de pólvora a punto de estallar. Mi salud precaria, mis nervios frágiles, pero sobre todo mi sentido europeo del humor, la exasperaban en esos momentos más allá de toda medida. Si se sentía ofendida, por alguna afrenta imaginaria recibida en el curso de una cena, iba y venía como una pantera por la alfombra tendida a los pies de la cama. Si yo me quedaba dormido, se ponía furiosa y me sacudía por los hombros, gritando: ¡Levántate, Jacob! ¿No ves cómo sufro? Si me negaba a participar en el juego, era capaz de romper cualquier objeto del tocador, con tal de tener un pretexto para llamar a la triada. Cuántas veces habré visto las caras aterradas de las sirvientas en presencia de esa

mujer enfurecida, con su vestido de fiesta dorado o plateado, que les decía con una cortesía espantosa: 'Hágame el favor de limpiar esa mesa. He roto no sé qué, soy tan torpe... Y luego se sentaba a fumar cigarrillo tras cigarrillo.

"--Sé muy bien lo que te pasa - le dije una vez-. Cada vez que me eres infiel y te devoran los remordimientos, me provocas para que yo te golpee y te absuelva así en cierto modo de tus pecados. Pues bien, querida, me niego a ser el alcahuete de tus satisfacciones. A ti te toca cargar con tus penas. Tratas de que yo te azote, pero sólo me das lástima.

"Debo reconocer que esto la dejó muy pensativa por un rato, y que sus manos se pusieron a acariciar involuntariamente la suave piel de sus piernas, que había depilado esa misma tarde...

"Pero más adelante, cuando empecé a cansarme de ella, me aburría tanto ese abuso de las emociones que terminé por insultarla y reírme de ella. Una noche la traté de judía histéri ca y exasperante. Estalló en esos terribles sollozos roncos, tantas veces escuchados que aún ahora su recuerdo (su riqueza, su densidad melodiosa) me hiere, y se tiró en la cama, los miembros fláccidos, sacudida por espasmos de histeria que eran como chorros brotando de una manguera.

"¿Eran tan frecuentes esas escenas o mi memoria las multiplica? Quizá sólo sucedió una vez, y los ecos me engañan. Como quiera que fuese, muchas veces me parece oír el ruido que hacía ella al destapar el frasco del somnífero y el menudo rumor de las tabletas cayendo en el vaso. Aunque estuviera medio dormido, las contaba para asegurarme de que no tomaría demasiadas. Pero todo esto sucedió mucho más tarde; al principio le pedía que viniera a mi cama, y ella obedecía sin naturalidad, de mala gana, fría. Yo estaba lo bastante loco como para creer que podría fundir ese hielo y darle la tranquilidad física sobre la cual suponía que descansaba la paz espiritual. Me equivocaba. Había allí un nudo profundo que ella hubiera querido desatar, y que era muy superior a mis posibilidades como amante y como amigo. Por supuesto. Por supuesto. Yo sabía todo lo que se podía saber en esa época sobre la psicopatología de la histeria. Pero detrás de eso había otra cosa, que creí poder descubrir. En cierto modo Justine no buscaba la vida, sino una revelación integradora que pudiera darle un sentido.

"Ya he dicho cómo nos encontramos, en el gran espejo del Cecil, ante las puertas abiertas del salón de baile, una noche de carnaval. Las primeras palabras que nos dijimos fueron pronunciadas, y es ya todo un símbolo, en el espejo. Justine estaba con un hombre parecido a una jibia, que esperaba mientras ella se miraba atentamente el rostro moreno. Me detuve a ajustar una corbata de lazo a la que no estaba habituado. Había en Justine una franqueza ávida. tan natural que no hubiera podido confundírsela con el menor asomo de descaro, cuando sonrió y me dijo:

"-Nunca hay bastante luz. "Sin reflexionar, le contesté:

"-Para las mujeres, quizá. Los hombres somos menos exigentes.

"Nos sonreímos, y me adelanté a ella para entrar en la sala de baile, pronto a salir para siempre de su vida en el espejo, sin volver a pensar en lo sucedido. Más tarde, los azares de una de esas horribles danzas inglesas, que creo se llama la Paul Jones, me puso frente a ella. Cambiamos unas pocas frases, deshilvanadas -soy muy mal bailarín-, y he de confesar que su belleza no me causó la menor impresión. Sólo más tarde empezó su juego, consistente en trazar bosquejos rápidos e indefinidos de mi carácter, sembrando el desconcierto en mis facultades críticas con sus observaciones agudas y penetrantes, atribuyéndome cualidades que inventaba en el momento y que le eran inspiradas por un despiadado deseo de atraer mi atención. Las mujeres atacan siempre a los escritores, y apenas supo que yo lo era, decidió disecarme para volverse interesante a mis ojos. Todo ello hubiera halagado muchísimo a mi *amour propre* si algunas de sus observaciones hubiesen dado lejos del blanco. Pero era una observadora aguda, y yo demasiado débil para resistir ese juego, esas emboscadas mentales que constituyen los gambitos de apertura de la galantería.

A partir de ese momento no recuerdo nada hasta aquella noche, maravillosa noche de verano en un balcón bañado de luna sobre el mar, en que Justine, poniéndome una mano caliente en la boca para sofocar mis palabras, me dijo algo como

"-Pronto, *engorge-moi*. Del deseo a la revulsión... Terminemos de una vez.

"Parecía como si ya me hubiera agotado en su propia imaginación. Pero había en sus palabras tanta fatiga y humildad... ¿Cómo dejar de amarla?

"Es inútil volver a evocar todo aquello con los medios tan inseguros de la palabra.

Recuerdo las aristas y los rincones de tantos encuentros, y veo una especie de Justine compuesta, procurando ocultar un hambre devoradora de saber, de lograr el dominio y la fuerza por medio del conocimiento, todo ello bajo apariencias sentimentales. Me veo precisado a preguntarme amargamente si llegué a conmoverla de veras o si existí como un mero laboratorio donde ella podía trabajar. Aprendió mucho de mí; aprendió a leer y a reflexionar, cosas que jamás había hecho antes de encontrarse conmigo. Quizá lo que tomé por amor no era más que gratitud. Entre un millar de personas olvidadas, de impresiones, de temas de estudio, me veo de pronto a la deriva, flotando, tendiendo los brazos. Es extraño, jamás me encontré de verdad con ella como amante, sino como escritor. Nos estrechábamos las manos en ese mundo amoral, de juicios diferidos, donde la curiosidad y la maravilla parecen más importantes que el orden: el orden silogístico impuesto por el espíritu. Allí se espera en silencio, conteniendo el aliento para no empañar los cristales. Así la observaba yo, perdidamente enamorado.

"Como buena hija del Museion, ella tenía muchos secretos y yo debía defenderme desesperadamente de los celos o del deseo de penetrar en la faz oculta de su vida. Estuve a punto de conseguirlo, y si la espiaba era por mera curiosidad, por saber qué podía estar haciendo o pensando cuando no

estaba a mi lado. Por ejemplo, solía visitar a una mujer que vivía en la ciudad, y que ejercía sobre ella una influencia tal que llegué a sospechar una relación ilícita. También había un hombre a quien escribía extensas cartas, aunque por lo que alcancé a saber vivía también en la ciudad. ¿Sería quizá un inválido? Hice averiguaciones, pero mis espías no consiguieron ningún dato de interés. La mujer era una adivina de edad madura, viuda. El hombre a quien escribía -oigo su pluma chirriando sobre el papel de mala calidad resultó ser un médico que desempeñaba un empleo de media jornada en uno de los consulados locales. No era inválido, pero sí homosexual, y se dedicaba a la filosofía hermética tan de moda en estos tiempos. Cierta vez Justine dejó una huella clarísima en el papel secante, y el espejo (¡siempre el espejo!) me permitió leer: ... mi vida es una especie de Llaga No Cicatrizada como tú dices, y que procuro mantener llena de gentes, accidentes, enfermedades, todo lo que encuentro a mano. Tienes razón cuando me dices que es una excusa para no vivir mejor, con más sensatez. Pero aunque respeto tus disciplinas y tu saber, siento que si alguna vez he de aceptarme a mí misma, sólo lo lograré pasando a través de las escorias de mi carácter, quemándolas. Cualquiera podría resolver artificialmente mi problema, depositándolo en manos de un sacerdote. Los alejandrinos somos demasiado orgullosos para eso, y respetamos demasiado la religión. No sería justo con Dios, querido mío, y a pesar de todas mis traiciones (te veo sonreír) estoy dispuesta a no traicionar a Dios, Quienquiera que sea.

"Me pareció que si lo que acababa de leer era parte de una carta de amor, no podía estar sino dirigida a un santo. Una vez más, a pesar de la torpeza y la incorrección de su lenguaje, me asombró la fluidez con que disociaba las ideas en diferentes categorías. Empecé a verla bajo otra luz, como a alguien muy capaz de destruirse por obra de un excesivo y obstinado coraje, malogrando la felicidad que anhelaba al igual que todos nosotros y por la cual vivía. Estos pensamientos terminaron por debilitar in¡ amor, y en algunas ocasiones llegaron a asquearme. Pero lo que me aterró fue que muy poco tiempo después descubrí con espanto que no podía vivir sin ella. Lo intenté. Me fui de viaje por algunos días. Pero sin ella la vida me parecía de un hastío torturante, insoportable. Me había enamorado. La sola idea me colmaba de una desesperación y una repugnancia inexplicables. Era como si me diera cuenta inconscientemente de que en ella había encontrado mi genio del mal. Venir a Alejandría con el corazón en libertad, y descubrir allí un *amor fati*, era una racha de mala suerte que ni mi salud ni mis nervios podían soportar. Mirándome en el espejo me recordé a mí mismo que ya estaba en la cuarentena, y que tenía algunas canas en las sienes... Una vez pensé en terminar con ese vínculo, pero en cada sonrisa, en cada beso de Justine mi resolución se tundía. Y sin embargo junto a ella uno sentía la proximidad de esas sombras que iban invadiendo la vida y dándole una nueva resonancia. Un sentimiento tan rico en ambigüedades no podía ser truncado por un mero acto de la voluntad. A veces me daba la impresión de una mujer cuyos besos eran otros tantos golpes mortales. Por ejemplo, cuando descubrí (cosa que ya sabía) que me había sido infiel reiteradas veces, eso en la época en que me había sentido más cerca de ella, no experimenté ninguna impresión demasiado intensa; más

bien un torpor en el que me iba hundiendo, como el que podría sentirse cuando se deja a un amigo en el hospital y se entra en un ascensor que baja seis pisos calladamente, y uno está de pie junto a un autómata de uniforme

y lo siente respirar... El silencio de mi cuarto me ensordecía. Después, pensando en todo eso, concentrándome en lo sucedido, terminé por darme cuenta de que lo que Justine había hecho no se relacionaba conmigo; era una tentativa para librarme de ella, para darme lo que ella sabía que era mío. No pretendo que esto fuera sofisma; sin embargo, mi corazón parecía reconocer su verdad, y me dictaba un silencio lleno de tacto al que ella respondía con una calidez y un ardor nuevos, en los que la gratitud se sumaba al amor. Y esto volvía a repugnarme en cierto modo.

"¡Ahl Si el lector hubiera podido verla como la veía yo en sus momentos más humildes y más tiernos, cuando recordaba que era sólo una niña, nadie habría podido acusarme de cobardía. Por la mañana temprano, dormida entre mis brazos, sus cabellos esparcidos sobre la boca sonriente, no se parecía a ninguna otra mujer en mis recuerdos; no, más que una mujer era como una criatura maravillosa en el período pleistoceno de su evolución. Y mucho más adelante, pensando en ella como lo hacía y lo he hecho en estos años, descubrí sorprendido que aunque la amaba profundamente sabiendo que no volvería a amar así a ninguna otra, retrocedía sin embargo ante la idea de que pudiera volver a mí. Las dos tendencias coexistían en mi espíritu sin excluirse. 'Sí. Por fin he amado realmente. He sabido lo que es eso.' Y entonces mi otro yo agregaba 'Sálvame de las angustias de un amor compartido con Justine.' Esta enigmática polaridad del sentimiento me resultaba por completo inesperado. Si eso era amor, entonces estaba en presencia de una variedad de esa planta que jamás había visto antes. ('Maldita palabra', dijo una vez Justine. 'Me gustaría decirla al revés, como tú me contaste que los isabelinos pronunciaban el nombre de Dios ([8]). Llámale evol ([9]), y conviértelo en una parte de 'evolución' o de 'revólver'. Nunca uses esa palabra conmigo´).

Estos extractos proceden de una parte del diario de Arnauti, titulada Vida Póstuma, en la que el autor se esfuerza. por resumir y evaluar todo lo sucedido.

Pombal encuentra que mucho de esto es vulgar y hasta aburrido. ¿Pero quién que haya conocido a Justine no se conmovería ante esas páginas? Tampoco puede decirse que las intenciones del autor carezcan de interés. Sostiene, por ejemplo, que las personas reales sólo pueden existir en la imaginación de un artista dotado de fuerza suficiente para retenerlas y darles forma. "La vida, materia primera, sólo es vivida in potentia hasta que el artista la despliega en su obra. Ojalá pudiera yo ser capaz de este acto de amor con la pobre Justine." (Quiero decir "Claudia", naturalmente.) "Sueño con un libro tan intenso que pudiera contener todos los elementos de su ser, pero no es el tipo de libro al que estamos habituados en estos tiempos. Por ejemplo, en la primera página, un resumen del argumento en pocas líneas. Eso nos permitiría prescindir de toda articulación narrativa. Lo que siguiera sería el drama liberado de las ataduras formales. Mi libro quedaría en libertad de soñar."

Pero desde luego, nadie escapa tan fácilmente de las formas que considera una prisión, y que en realidad se desarrollan orgánicamente en el seno de la obra y le dan su sentido. Lo que falta en su obra -pero esta crítica

[8] Dog, pero, en vez de God, Dios. (N. del T.)
[9] Love, amor.

vale para todas las obras que no alcanzan a situarse en primera fila- es el sentido del juego. Se entrega a su tema de tal manera, con tal fuerza, que algo de la ferocidad desequilibrada de la misma Claudia acaba por inficionar su estilo. De esa manera, todo lo que es una fuente de emoción tiene para él la misma importancia: un suspiro de Claudia entre las adelfas de Nussha, la chimenea donde quemó el manuscrito de la novela que había escrito acerca de ella ("Días y días me estuvo mirando como si quisiera leer mi libro a través de mí"), la pequeña habitación de la calle Lepsius, con su silla de caña crujiente... Dice de sus personajes: "Todos atados por el tiempo en una dimensión que no es la realidad tal como la quisiéramos, sino la creada por las necesidades de la obra. Toda acción dramática crea ataduras, y el acto sólo es significativo en la medida en que está sujeto por ellas."

Pero al margen de esas reservas, ¡cuánta gracia y justeza hay en su retrato de Alejandría, de Alejandría y sus mujeres! Ha trazado las siluetas de Léonie, Gaby, Fosca ([10]), la de color pálido, la áurea, la de betún. Algunas pueden reconocerse fácilmente en esas páginas. Clea, que todavía vive en aquel estudio encaramado como un nido de golondrina hecho de telarañas y pedazos de género... Un retrato inconfundible. Pero en su mayoría estas mujeres alejandrinas sólo se distinguen de las mujeres de otras partes por una honradez y una fatiga sobrecogedoras. Ya es mucho que un escritor haya conseguido aislar esos rasgos auténticos de la ciudad del Soma. Imposible esperar más de un extranjero de talento que, casi por error, logró perforar el caparazón insensible de Alejandría y acabó descubriéndose a sí mismo.

En cuanto a Justine, las páginas pesadamente acorazadas de su diario contienen escasas referencias a Arnauti, si es que aluden a él. Aquí y allá encuentro la inicial A., pero casi siempre en pasajes de pura introspección. He aquí uno donde la identificación parece más plausible:

"Lo que primero me atrajo en A. fue su habitación. Me parecía siempre que detrás de los pesados postigos, algo estaba fermentando. Había libros por todas partes, con la sobrecubierta del revés, o forrados con papel de dibujo blanco, como queriendo ocultar sus títulos. Una espesa capa de periódicos llenos de agujeros, como si los ratones los hubieran estado devorando: los recortes de A. en eso que llamaba 'la vida verdadera', esa abstracción que sentía tan alejada de su propia existencia. Se sentaba frente a sus periódicos como si fuera a almorzar, con una bata remendada y pantuflas de terciopelo, cortando aquí y allá con unas tijeras de uñas embotadas. Tenía la perplejidad de un niño ante la 'realidad' del mundo exterior a su obra; la imaginaba como un lugar donde la gente podía ser feliz, reír, procrear."

Unas pocas pinceladas de este género componen el retrato del autor de Moeurs; magra y decepcionante recompensa de tan penosa y amante observación de su parte. Tampoco encuentro una sola palabra referente a su separación después del breve y estéril matrimonio. Pero es interesante comprobar en su libro que Arnauti había hecho sobre el carácter de Justine las mismas observaciones que más tarde llegaríamos a hacer Nessim y yo.

[10] Fosca murió de parto. Sus cenizas fueron dispersadas en el desierto.

La sumisión que nos arrancaba a todos era su rasgo más extraordinario. Parecía como si los hombres se dieran cuenta en seguida de que estaban en presencia de alguien que no podía ser juzgado con los mismos cánones aplicados hasta entonces a las mujeres. De ella dijo un día Clea (y sus opiniones eran rara vez caritativas): -Los hombres prefieren a la ramera auténtica... como Justine. Sólo una ramera es capaz de herirlos. Pero, claro está, nuestra amiga es una pálida reproducción, siglo veinte de las grandes Hetairae del pasado, tipo al que pertenece sin saberlo: Lais, Charis y todas las otras... El papel de Justine es ése, y la sociedad le ha echado a la espalda un complejo de culpa para aumentar sus penas. Una lástima, porque es realmente una alejandrina.

También a Clea el librito de Arnauti le parecía huero, y malogrado por el deseo (le explicarlo todo.

-Ahí está nuestro mal -decía-. Queremos meter todo en los moldes de la psicología o la filosofía. Al fin y al cabo a Justine no se la puede justificar ni disculpar. Justine *es*, es admirablemente, y tenemos que aceptarla tal cual, como el pecado original. Llamarla ninfomaníaca o aplicarle los principios freudianos es vaciarla de su sustancia mítica... de lo único que realmente es. Como todos los seres amorales, está en, el límite de la Diosa. Si nuestro mundo fuera un mundo de verdad, habría templos donde Justine podría refugiarse y encontrar la paz que busca. Templos donde podría superar esa herencia que ha recibido; no esos malditos monasterios llenos de jovencitos católicos granujientos que han convertido sus órganos sexuales en asiento de bicicleta.

Clea pensaba en los capítulos que Arnauti titula El impedimento, y en los cuales cree haber encontrado la clave de la inestabilidad afectiva de Justine. Pueden ser hueros como lo estima Clea, pero puesto que toda cosa es susceptible de más de una explicación, vale la pena tenerlos en cuenta. Personalmente no creo que esos inmensos viajes que emprendieron juntos a través de toda Europa expliquen a Justíne, pero en cierto modo iluminan sus actos. "En el meollo mismo de la pasión -escribe- (pasión que para ella era el más vulgar de los dones), había un impedimento, una profunda traba cíe los sentimientos que empecé a advertir sólo muchos meses después. Se alzaba entre nosotros como una sombra, y yo reconocía o creía reconocer en él al verdadero enemigo de la felicidad que anhelábamos compartir y de la que nos sentíamos en cierto modo excluidos. ¿Qué podía ser?

"Ella me lo dijo una noche en que estábamos tendidos en aquella enorme y horrible cama de una pieza de hotel; una pieza desnuda y rectangular, de forma y aire vagamente franco-levantino, con cielo raso de estuco donde había querubines medio podridos y ramos de hoja de viña. Me lo dijo, y me dejó sumido en celos rabiosos que luché por ocultar, celos por completo diferentes de los que había podido sentir antes. Su objeto era un hombre que, si bien vivía aún, ya no existía. Quizá se tratara de eso que los freudianos llaman un recuerdo-pantalla de incidentes acaecidos en su adolescencia. Había sido (y no podía equivocarme sobre la trascendencia de su confesión, porque iba acompañada de un torrente de lágrimas, y jamás la vi sollozar como entonces, ni antes ni después), había sido violada por uno de sus conocidos. Imposible dejar de sonreír ante la vulgaridad de la idea. No

se podía llegar a saber a qué edad le había ocurrido. No obstante -y aquí pensé que había penetrado en el fondo del Impedimento-, desde entonces ella no había podido obtener ninguna satisfacción en el amor, a menos que reviviera mentalmente la escena y volviera a representarla. Así, para ella, sus amantes -todos nosotros- éramos tan sólo sustitutos mentales de su primer acto infantil, de suerte que el amor, como una especie de masturbación, se coloreaba con todos los tintes de la neurastenia. Justine padecía una anemia imaginaria, pues no conseguía poseer plenamente a nadie en la carne. No podía apropiarse del amor que tanto necesitaba, porque sus satisfacciones salían de los rincones crepusculares de una vida que ya no vivía. Todo esto me interesaba apasionadamente. Pero lo más divertido fue que recibí ese golpe en mi *amour propre* masculino, tal como si ella me hubiera confesado una infidelidad deliberada. ¡Cómo! ¿Cada vez que yacía en mis brazos, sólo el recuerdo del otro podía hacerla gozar? Es decir que, en un sentido, yo no podía poseerla, no la había poseído nunca. No era más que un maniquí. Incluso ahora, mientras lo escribo, no puedo dejar de sonreír al recordar la voz ahogada con que le pregunté quién era ese hombre y dónde estaba. (¿Qué pretendía? ¿Desafiarlo a duelo?) El hecho era que estaba ahí, erguido entre Justine y yo, entre Justine y la luz del sol.

"Y sin embargo, tenía la objetividad suficiente para comprobar que el amor se alimenta de celos, porque esa mujer fuera de mi alcance y, sin embargo, en mis brazos se volvía diez veces más deseable, más necesaria. Era una situación terrible para un hombre que no quería enamorarse, y para una mujer que sólo deseaba que la libraran de una obsesión y le devolvieran su libertad de amar. De todo ello se deducía que si yo era capaz de vencer el Impedimento, podría poseerla de verdad, como ningún hombre la poseyera hasta entonces. Podía ocupar el lugar de aquella sombra y recibir realmente sus besos, que ahora sólo tocaban a un cadáver. Y me pareció que había llegado a entenderlo todo.

"Esto explica el largo viaje que emprendimos, tomados de la mano por decirlo así, a fin de librarnos juntos del íncubo con ayuda de la ciencia. Juntos entramos en la celda tapizada de libros de Czechnia, donde el famoso mandarín de la psicología se deleitaba morbosamente con los ejemplares que caían en su manos. Basilea, Zurich, Baden, París... relumbre de los rieles de acero en los sistemas arteriales del cuerpo de Europa, ganglios de acero que se juntan y separan a través de montañas y valles. Rostros que se confrontan en los manchados espejos del Orient Express. Llevamos su enfermedad de un lado a otro de Europa, como un niño en su cuna, hasta que empecé a desesperar y a pensar que quizá Justine no quería curarse. Porque a la traba involuntaria de su psiquis ella agregaba otra, la de su voluntad. No me era posible entender por qué, pero se negaba a revelar su nombre, el nombre de la sombra. Un nombre que a esa altura podría significar todo o nada para ella. Al fin y al cabo, ese hombre debe de estar en alguna parte, el pelo gris y ralo a fuerza de negocios y de excesos, y un parche negro sobre un ojo, como era su costumbre después de un ataque de oftalmía. (Si puedo describirlo así es porque una vez lo vi.)

"-¿Qué razón hay para que revele su nombre? -solía gritar Justine-. Ya no significa nada para mí... nunca significó nada. ¿No comprendes que está muerto? Cuando lo veo...

"Fue como si me hubiera picado una serpiente. "-¿De modo que lo ves?

"Retrocedí inmediatamente a posiciones más seguras. "

-Cada tantos años nos cruzamos en la calle. Nos saludamos con un gesto.

"De modo que ese individuo, esa suma de vulgaridad, estaba todavía vivo, todavía respiraba. ¡Qué absurdos e innobles son los celos! Pero los celos que nacen de la mera imaginación de un amante bordean lo ridículo.

"Y luego, cierta vez, en pleno centro de El Cairo, inmovilizados por una interrupción del tráfico en medio del calor sofocante de una noche estival, un taxi se detuvo a la altura del nuestro y algo en la expresión de Justine me hizo mirar en su misma dirección. En ese calor palpitante y húmedo, que la humedad del río convierte en algo espeso, y que las emanaciones repugnantes de la fruta podrida, los jazmines y el sudor de los cuerpos negros vuelven casi intolerable, alcancé a distinguir en el taxi a un hombre de aspecto más que vulgar. Aparte del parche negro sobre un ojo, nada había en él que lo distinguiera de los miles de hombres de negocios agobiados y raídos que pululan en esa horrible ciudad. Cabello escaso, perfil agudo, el ojo fijo como una cuenta de vidrio, traje de verano gris. La expresión de sorpresa y angustia de Justine era tan intensa, que grité sin querer:

-¿Qué te pasa?

"Mientras la circulación se reanudaba y el taxi seguía su camino, Justine me contestó con un extraño resplandor en la mirada y un aire casi provocativo:

"-Es el hombre que todos ustedes han estado persiguiendo.

"Antes de que hubiera pronunciado esas palabras, comprendí. Como en una pesadilla, hice detener el taxi y me lancé a la calle. Vi las luces rojas del otro coche que entraba en Sulieman Pacha, ya demasiado lejos para poder distinguir su color o el número de la placa. Era imposible darle caza, pues el tránsito había vuelto a espesarse. Volví al taxi, temblando y sin poder decir palabra. De modo que ése era el individuo cuyo nombre había perseguido Freud con toda la enorme fuerza de su afectuoso desapego. Por causa de ese individuo maduro y de aire inofensivo, Justine había estado en suspenso, con los nervios tensos como en el acto de la levitación, mientras la fina voz acerada de Magnani repetía incansablemente

"-Dígame su nombre; tiene que decirme su nombre.

"Y desde los paisajes olvidados donde su memoria estaba prisionera, su voz repetía como un oráculo de la edad del maquinismo:

"-No me acuerdo. No me acuerdo.

"Entonces me pareció evidente que, con cierta perversidad, ella no quería vencer el Impedimento, y que toda la ciencia de los médicos no llegaría a persuadirla. Tal era el caso desnudo, sin adorno alguno; tal era la supuesta ninfomanía que según esos dignos caballeros afligía a Justine. A veces llegué a pensar que tenían razón, a veces lo dudé. No obstante era tentador encontrar para su comportamiento la excusa de que todo hombre representaba para ella una promesa de liberación afectiva, un escape de ese sofocante enclaustramiento en el propio yo, donde el sexo sólo podía ser alimentado por las ardientes llamas de la fantasía.

"Quizá nos equivocamos al hablar abiertamente de lo que le sucedía, dándole calidad de problema, pues sólo sirvió para provocar un sentimiento exagerado de su propia importancia, junto con una estabilidad nerviosa que hasta entonces no había tenido. En su vida pasional era directa, como un hacha que cae. Recibía los besos como una superficie recibe capas sucesivas de pintura. Me desconcierta recordar cómo busqué largo tiempo y en vano las excusas que pudieran hacerme aceptar su amoralidad como algo comprensible, ya que no deleitoso. Ahora me doy cuenta del tiempo que perdí en eso, en vez de gozar sencillamente de su amor y dejar de lado las preocupaciones. Hubiera bastado pensar: 'Es tan hermosa como indigna de confianza. Recibe el amor como una planta el agua, livianamente, sin pensar', y entonces hubiéramos andado juntos, del brazo, a lo largo del canal maloliente, o hubiéramos navegado por el lago Mareotis inundado de sol, y yo la hubiera tomado tal cual era, gozado tal cual era... ¡Qué maravillosa capacidad de desdicha tenemos los escritores! Sólo sé que este largo y penoso examen de Justine sirvió no sólo para quitarle seguridad en sí misma, sino para volverla más conscientemente deshonesta. Y lo peor es que empezó a mirarme como a un enemigo atento a sus más mínimos errores, a la menor palabra o gesto que pudieran traicionarla. Se mantenía en guardia, y acabó por decirme que mis celos eran insoportables. Quizá tuviera razón. Recuerdo que me dijo un día:

-Ahora vives en mi intimidad imaginaria. Fui una tonta cuando te lo conté todo, cuando fui honrada contigo. Mira cómo me interrogas ahora. A la menor contradicción te lanzas sobre mí. Sabes que jamás cuento una historia dos veces de la misma manera. ¿Acaso eso significa que miento?

"En vez de tomar en cuenta sus palabras, redoblé mis esfuerzos para franquear esa barrera tras de la cual imaginaba a mi adversario con un parche negro en el ojo. Me man tenía en correspondencia con Mágnani, y procuraba recoger todos los indicios que pudieran ayudarlo a elucidar el misterio, pero mi labor era inútil. En esa selva espinosa de impulsos culpables que constituyen la psiquis humana, ¿quién puede abrirse paso, incluso si el paciente está ansioso por colaborar? Perdíamos el tiempo en fútiles investigaciones sobre sus preferencias y repulsiones. Si Justine hubiera tenido una pizca de sentido del humor, ¡cómo se hubiera reído de nosotros! Recuerdo una serie de cartas motivadas por el hecho de que no podía leer sin repugnancia las palabras 'Washington D. C.', en un sobre... Me arrepiento amargamente de haber malgastado todo ese tiempo, que debí dedicar a amarla como ella lo merecía. El viejo Magnani debió de compartir también mis dudas, porque recuerdo un pasaje de una de sus cartas: '... querido amigo, no olvidemos nunca que esta ciencia en pañales a la que nos

dedicamos, y que parece tan pródiga en promesas y milagros, se funda en gran parte en hechos tan inciertos como la astrología. Después de todo, ¡cuánta importancia damos a los nombres de las cosas! Si se quiere, la ninfomanía puede ser considerada como otra forma de virginidad; por lo que toca a Justine, quizá jamás haya conocido el amor. Puede ser que un día encuentre a un hombre frente al cual todas esas aburridas quimeras se disuelvan en inocencia. No crea que esto es imposible.' No trataba de herirme, claro está. La idea de que ese fuera su propósito me resultaba desagradable, pero no dejó de impresionarme cuando leía la carta del viejo sabio."

Yo ignoraba esas páginas de Arnauti aquella tarde en Bourg El Arab en que nuestras relaciones futuras se vieron comprometidas por la aparición de un nuevo elemento, de algo que no me atrevo a llamar amor por miedo de escuchar en mi recuerdo aquella risa dulce y cruel, aquella risa que en alguna parte despertaría como un eco la del autor del diario. Pero tan fascinante me resultó su análisis del tema, y tanto se parecían nuestras relaciones a las que él había mantenido con Justine, que por momentos llegué a considerarme como uno de los personajes de Moeurs. Lo que es más, ahora estoy tratando de hacer lo mismo con ella por medio de las palabras, aunque me falta su talento y no tengo pretensiones artísticas. Quiero exponer los hechos, sencilla y crudamente, sin ningún estilo, sin yeso ni jalbegue; grabar directamente el retrato de Justine en el muro, dejando como fondo, sin cubrir, las piedras de la angustia.

Después del episodio en la playa no nos vimos durante algún tiempo, atenaceados ambos por una incertidumbre vertiginosa: al menos ése era mi sentimiento. Nessim se había ido a El Cairo por cuestiones de negocios, pero aunque todo me hacía suponer que Justine estaba sola en su casa, no me decidía a visitar el estudio. Una vez que pasaba por allí, escuché sonar el Bluthner y estuve a punto de llamar, tan nítida se me aparecía su imagen delante del piano negro. Otra noche, al pasar frente al jardín, vi a alguien -tenía que ser ella- paseando al borde del estanque de los nenúfares y protegiendo la llama de una vela con la palma de la mano. Por un momento me detuve ante las grandes puertas, preguntándome indeciso si debía llamar o no. En esta época Melissa también se había marchado al Alto Egipto a visitar a una amiga. El verano crecía, la ciudad se volvía irrespirable. Yo iba a bañarme al mar cuando mi trabajo me lo permitía; tomaba el pequeño tranvía de hojalata y me mezclaba con la muchedumbre en las playas.

Y un día en que yo estaba en cama sufriendo los efectos de una insolación, Justine entró con vestido y zapatos blancos, llevando bajo el brazo una toalla arrollada junto con su bolso. El esplendor de su pelo negro y su piel morena era aún más. deslumbrante en medio de esa blancura. Habló con voz ronca e insegura, y por un momento pensé que había estado bebiendo; quizá fuese cierto.

Tendió una mano y se apoyó en la repisa de la chimenea.

-Quiero acabar con esto lo antes posible -dijo-. Creo que hemos ido demasiado lejos para retroceder.

Por mi parte, me sentía como devorado por una espantosa falta de deseos, una voluptuosa angustia del cuerpo y del espíritu que me impedían hablar y aun pensar. Me resultaba imposible imaginarme haciendo el amor con ella, porque la trama emocional que habíamos tejido alrededor de nosotros nos separaba como una barrera: una invisible tela de araña hecha de fidelidades, ideas, vacilaciones que yo no tenía el coraje de arrancar. Cuando Justine dio un paso hacia mí, le dije débilmente

-Esta cama es horrible y huele mal. Además he estado bebiendo. Quise hacer el amor solo, pero no pude... no hacía más que pensar en ti.

Sentí que me ponía pálido mientras me dejaba caer otra vez sobre la almohada, consciente del silencio que reinaba en el pequeño departamento, sólo interrumpido por un grifo que goteaba en un rincón. La bocina de un taxi sonó a lo lejos, y desde el puerto, como el rugido ahogado de un minotauro, llegó el llamado breve y negro de una sirena. Ahora parecía como si estuviéramos absolutamente solos los dos.

La habitación pertenecía por completo a Melissa: el mísero tocador lleno de fotos y de cajas de polvos vacías, la graciosa cortina que palpitaba suavemente en ese atardecer sofocante, como la vela de un barco. Cuántas veces habíamos reposado el uno en brazos del otro, observando la lenta respiración de esa tela transparente y brillante... A través de todo eso, como a través de la imagen de alguien muy querido que se sostiene en el lente de aumento de una lágrima gigantesca, vi avanzar el moreno y rígido cuerpo desnudo de Justine. Hubiera tenido que estar ciego para no comprender hasta qué punto había en su resolución una mezcla de tristeza. Nos quedamos largo rato mirándonos cara a cara; nuestros cuerpos se tocaban, sin comunicarse otra cosa que la lasitud animal de aquel atardecer moribundo. Mientras la sostenía livianamente en el hueco del brazo, no pude dejar de pensar en lo poco que nos pertenecen nuestros cuerpos. Recordé las palabras de Arnauti: "Empecé a darme cuenta de que esa mujer me había privado horriblemente de mi *force morale*. Me sentía como si me hubieran rapado." Pero los franceses, con su interminable ir y venir del *bonheur* al *chagrin*, deben sufrir sin remedio cada vez que tropiezan con algo que no admite el menor *prejugé*; nacidos para la táctica y el virtuosismo, carecen de fuerza y de ese ligero toque de grosería que acoraza la mentalidad de los anglosajones. Pensé: "Muy bien, que me lleve adonde quiera. Se va a encontrar con su igual. Y ninguno de los dos hablará de *chagrin* cuando todo haya terminado." Después pensé en Nessim, que nos observaba (aunque yo no lo sabía) como a través de un enorme telescopio al revés, mirando nuestras minúsculas figuras perfiladas en el horizonte de sus propios planes y esperanzas. Yo deseaba sobre todo que no sufriera.

Justine había cerrado los ojos, tan suaves y brillantes como si los puliera el espeso silencio que nos rodeaba. Sus dedos temblorosos se habían aquietado y descansaban en mi hombro. Nos volvimos el uno contra el otro, cerrándonos como las dos hojas de una puerta sobre el pasado, dejando a todo el mundo afuera, y sentí que sus, besos, felices y espontáneos, empezaban a componer la oscuridad a nuestro alrededor, como capas sucesivas de color. Cuando hubimos hecho el amor y nos despertamos, oí que me decía:

-Soy siempre tan torpe la primera vez... ¿Por qué será? -Los nervios, tal vez. A mí me pasa lo mismo.

-Me tienes un poco de miedo.

Enderezándome sobre un codo, como si acabara de despertarme, le dije:

-Justine, ¿qué demonios vamos a hacer de todo esto? Si ha de ser...

La acometió una crisis de espanto y tapándome la boca con la mano, exclamó:

-¡Por el amor de Dios, nada de justificaciones! Si nos justificamos sabré que estábamos equivocados. Comprendes, nada puede justificarlo, nada. Y sin embargo tiene que ser así.

Se levantó, se acercó al tocador cubierto de fotografías y cajas de polvos, y de un solo manotón, como un zarpazo de leopardo, arrojó todo al suelo.

-Esto es lo que hago con Nessim, y tú con Melissa. Sería innoble pretender o intentar otra cosa.

Su proceder coincidía con la tradición que Arnauti había mostrado y hecho prever; no dije nada. Volvió entonces a mí y empezó a besarme con una desesperación tan hambrienta que mis hombros quemados por el sol se estremecieron de dolor, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

-¡Ah, estás llorando! -dijo, tristemente-. Ojalá yo pudiera llorar. He olvidado cómo se hace.

Mientras la tenía en mis brazos, sintiendo el calor y la suavidad de su cuerpo, saboreando la sal marina -los lóbulos de sus orejas tenían gusto a sal-, recuerdo que pensé: "Cada beso la aproxima a Nessim, pero me aparta de Melissa." Y sin embargo, cosa extraña, yo no sentía ningún abatimiento o angustia, y ella por su parte, supongo, debía de estar pensando algo parecido, porque me dijo bruscamente:

-Balthazar afirma que los traidores auténticos, como tú o yo, son en realidad Caballi. Dice que estamos muertos, y que esta vida nuestra es una especie de limbo. A pesar de eso, los vivos no pueden prescindir de nosotros, les infundimos el deseo de intentar experiencias nuevas, de crecer.

Yo trataba de convencerme de la perfecta estupidez de todo eso, una vulgar historia de adulterio que se sumaba a los lugares comunes más insignificantes de la ciudad, y que no merecía el menor aditamento romántico o literario. Y sin embargo, en un plano más profundo, me parecía comprender que la experiencia en la que acababa de embarcarme tendría el carácter definitivo de una lección bien aprendida.

-Eres demasiado seria -le dije con algún resentimiento, porque era vanidoso y no me gustaba que me arrancaran de mis profundidades.

-¡Oh, no! -repuso Justine, como si hablara consigo misma-. Sería estúpido haber hecho todo el mal que yo he hecho, y no darme cuenta de que ese es mi papel.

Sólo así, sabiendo muy bien lo que hago, puedo llegar a realizarme plenamente. No es fácil ser lo que soy. Deseo tanto ser responsable de mí misma. Por favor, no lo pongas jamás en duda.

Nos dormimos, hasta que me despertó el ruido seco de la llave girando en la cerradura; era Hamid, que empezaba su habitual representación vespertina. A pesar de ser un hombre muy piadoso -su pequeño tapiz de oraciones estaba arrollado, al alcance de la mano, en el balcón de la cocina-, Hamid era extraordinariamente supersticioso. Como decía Pombal, lo "acosaban los djins", y parecía como si hubiera un djin en cada rincón del departamento. Había llegado a hartarme su continuo mascullar: "Destur, destur", mientras vertía el agua sucia en el sumidero de la cocina; en ese sumidero moraba un poderoso djin, cuyo perdón había que solicitar cada vez. También vivían en el baño, y yo siempre sabía cuando Hamid utilizaba el retrete exterior (cosa que le habíamos prohibido), pues tan pronto se sentaba en el inodoro, una ronca invocación escapaba involuntariamente de sus labios ("¡Permiso, oh benditos!"), sin lo cual el djin que allí habitaba lo hubiese arrebatado consigo a las cloacas.

Ahora lo escuchaba andar en la cocina, arrastrando sus viejas babuchas de fieltro con un roce de boa constrictor, y murmurando en voz muy baja.

Desperté a Justine de su sueño inquieto y examiné sus ojos, su boca y su hermoso cabello con esa angustiada curiosidad que para mí ha sido siempre el elemento dominante en la sensualidad.

-Tenemos que irnos -dije-. Pombal volverá del consulado de un momento a otro.

Recuerdo la furtiva languidez con que nos vestimos y, silenciosos como cómplices, bajamos a la calle por la sombría escalera. No nos atrevíamos a tomarnos del brazo, pero nuestras manos se encontraban sin querer mientras caminábamos, como si aún no hubiera roto el hechizo de la tarde y no pudieran soportar la separación. Nos despedimos sin decir palabra, en la plazoleta con sus árboles moribundos que el sol había abrasado hasta darles el color del café; nos despedimos mirándonos tan sólo, como si cada uno hubiese querido grabar para siempre su imagen en la memoria del otro.

Me pareció como si la ciudad se hubiera derrumbado de golpe a su alrededor; anduve de un lado a otro sin rumbo, como me imagino que han de ambular los sobrevivientes de un terremoto que ha destruido su ciudad natal, y que recorren las calles estupefactos ante el cambio operado en algo que les era tan familiar. Tenía la curiosa impresión de estar sordo, y no recuerdo nada más hasta que mucho más tarde tropecé con Pursewarden y Pombal en un bar, y el primero recitó unos versos de "La Ciudad", el famoso poema del viejo bardo, que, aunque ya conocía, me impresionó por su nueva

significación, como si hubiera sido nuevamente acuñado. Y cuando Pombal observó: "Esta noche estás en las nubes. ¿Qué te ocurre", tuve ganas de contestarle con las palabras de Amr ([11]) moribundo: "Me siento como si el cielo estuviera pegado a la tierra, y yo entre los dos, respirando por el ojo de una aguja."

[11] Amr, conquistador de Alejandría, era poeta y soldado. Sobre la invasión árabe, escribe E. M. Forster: "Aunque no era esa su intención, la destruyeron como un niño jugando con un reloj. No volvió a marchar bien durante cerca de mil años."

SEGUNDA PARTE

Haber escrito tanto sin decir nada de Balthazar es seguramente una omisión, porque en cierto sentido el es una de las Claves de la ciudad. La Clave. Si, en aquellos días lo tome tal como era, pero mis recuerdos me dicen ahora que necesita una nueva evaluación. Por entonces había muchas cosas que yo no comprendía y que aprendí mas tarde. Recuerdo sobre todo aquellas interminables veladas en el café Al Aktar, las partidas de chaquete mientras el fumaba su Lakadif favorito en una larga pipa. Si Mnemjian representa los archivos de la ciudad, Balthazar es su daimon platónico, el mediador entre sus dioses y sus hombres. Se muy bien que todo esto parece traído por los cabellos.

Veo a un hombre alto, con un sombrero negro de alas estrechas. Pombal lo apodaba "el chivo botánico". Es muy delgado, tiene las espaldas un poco agobiadas, y su voz profunda y áspera es muy hermosa, sobre todo cuando declama o cita alguna frase. Cuando habla con alguien, jamás mira a la cara, rasgo que he advertido en muchos homosexuales. Pero en el eso no significa inversión, tendencia que no sólo no lo avergüenza sino que lo deja indiferente; sus ojos amarillos de chivo son los de un hipnotizador. No mira a su interlocutor para evitarle una mirada implacable que lo dejaría desconcertado durante el resto de la velada. Uno se pregunta cómo es posible que ese cuerpo pueda tener unas manos tan monstruosamente feas. Yo no podía verlas sin sentir el deseo de cortárselas y tirarlas al mar. Bajo cl mentón le brota una pequeña mata negra, como las que se ven a veces en las pezuñas de las estatuas de Pan.

Muchas veces, en las largas caminatas que hacíamos por las orillas del triste canal de aguas aterciopeladas y corrompidas, me pregunté con asombro cuál era el rasgo que me atraía en él. Esto ocurría antes de conocer la Cábala. Aunque gran lector, la conversación de Balthazar no está cargada de elementos librescos, como la de Pursewarden. Ama la poesía, las parábolas, la ciencia y la sofistica, pero su pensamiento está Reno de sensatez y liviandad. Y sin embargo, por debajo de la liviandad hay otra cosa, una resonancia que ahonda su pensamiento. Le gusta expresarse mediante aforismos, y eso lo convierte a veces en un oráculo menor. Ahora comprendo que era una de esas raras personas que han encontrado una filosofia personal y dedican su existencia a la tarea de vivirla. Creo que está característica es la que da tanta mordacidad a su conversación.

Como médico, pasa gran parte de su tiempo en el dispensario de enfermedades venéreas. (Cierta vez dijo secamente: "Vivo en el centro de la vida de la ciudad... su sistema genitourinario; no hay mejo- sitio para sosegarse."). Es asimismo el único hombre que conozco cuya pederastia no influye de alguna manera en la virilidad innata de su espíritu. No es ni un puritano ni lo contrario. Muchas veces me ocurrió entrar en su cuartito de la calle Lepsius -el cuartito con la silla de caña que cruje-, y encontrarlo durmiendo con un marinero. En esas ocasiones no se excusaba, ni aludía siquiera a su compañero. A veces, mientras se estaba vistiendo, se inclinaba sobre la cama y arropaba cariñosamente al hombre dormido. Esa naturalidad se me antojaba un cumplido.

Hay en él una extraña mezcla. En ocasiones he oído cómo le temblaba la voz cuando se refería a algún aspecto de la Cábala que trataba de explicar a los asistentes a la reunión. Pero cierta vez que yo aludí con entusiasmo a algunas observaciones suyas, suspiró y me dijo, con ese perfecto escepticismo alejandrino que había debajo de su innegable fe y su devoción a la Gnosis:

-Todos buscamos motivos racionales para creer en el absurdo.

Otra vez, al cabo de una larga y fatigosa discusión con Justine acerca de la herencia y el ambiente, exclamó: -Ah, querida mía! Después de todo lo que han investigado los filósofos y los médicos sobre el alma y el cuerpo, qué podemos afirmar del hombre? Que en resumidas cuentas no es mas que un pasaje para líquidos y sólidos, un tubo de carne.

Había sido condiscípulo y amigo intimo del viejo poeta, y hablaba de él con tanta penetración y tanto fervor, que sus palabras me conmovían siempre.

-Pienso a veces que aprendí mas de él que de toda la filosofía. De haber sido un hombre religioso, su exquisito equilibrio entre la ternura y la ironía lo hubiera llevado a figurar entre los santos. Por elección divina no era mas que un poeta, muchas veces desdichado, pero frente a él se tenia la impresión de que apresaba cada minuto en su transcurso, y lo volvía del revés para mostrar su lado mejor. Gastaba en vivir lo mas profundo de su ser. Muchos hombres mienten y dejan que la vida pase por ellos como los chorros de agua tibia de una lavativa. A la proposición cartesiana: "Pienso, luego soy", oponía una proposición personal, que podría enunciarse así: "Imagino, luego estoy en la realidad, y soy libre."

De si mismo, Balthazar dijo una vez:

-Soy judío, con todo el Interés sanguinario de mi raza por las facultades del raciocinio. Eso explica muchas de las debilidades de mi pensamiento, que estoy tratando de compensar con el resto de mi persona, principalmente a través de la Cábala.

También recuerdo haberlo encontrado en un triste anochecer invernal, andando por la Corniche barrida por la lluvia y saltando para evitar los chorros de agua salada que brotaban de las bocas de tormenta. Bajo el sombrero negro, un cráneo en el que resonaban Esmirna y las Espóradas, donde había transcurrido su infancia. También bajo el sombrero negro, la iluminación obsesiva de una verdad que más tarde procuró transmitirme por medio de un inglés tanto más irreprochable cuanto que había sido aprendido. Nos habíamos encontrado ya con anterioridad, pero sólo de paso, y probablemente nos hubiéramos cruzado con una mera inclinación de cabeza, de no estar él tan agitado que me detuvo y me tomó del brazo.

-¡Ah, usted puede ayudarme! -exclamó-. ¡Por favor, ayúdeme!

En la noche que se avecinaba, su pálido rostro se inclinó sobre el mío, y vi brillar sus ojos de macho cabrío.

Las primeras lámparas, húmedas y mortecinas, habían empezado a endurecer el empapado telón de fondo de Alejandría. De la avenida costanera, con sus cafés semiocultos por la bruma marina, venía una borrosa y titilante fosforescencia. El viento soplaba violentamente hacia el sur. Rígido como una esfinge, el lago Mareotis estaba acurrucado entre sus juncos. Balthazar me dijo que buscaba la llave de su reloj, de su hermoso reloj de oro fabricado en Munich. Después pensé que ese apremio ocultaba el significado simbólico que ese reloj tenía para Balthazar: el tiempo libre que fluía a través de su cuerpo y el mío, delimitado durante tantos años por ese reloj histórico. Munich, Zagreb, los Cárpatos... El reloj había pertenecido a su padre. Un judío de alta estatura, envuelto en pieles, que viajaba en trineo: Balthazar había entrado en Polonia en brazos de su madre, y su única experiencia del mundo era el contacto helado de las joyas que ella llevaba en ese paisaje de nieve. El reloj bahía latido suavemente contra el cuerpo de su padre, y después contra su cuerpo, como un tiempo que fermentara en ellos. Se le daba cuerda con una llavecita en forma de ankh, atada a su llavero con una cinta negra.

-Hoy es sábado --dijo roncamente-, hoy es sábado en Alejandría.

Hablaba como si allí hubiera un tiempo diferente, y no estaba equivocado.

-Si no encuentro la llave, se detendrá.

Bajo las últimas luces del crepúsculo húmedo, extrajo tiernamente el reloj del bolsillo forrado de seda de su chaleco.

-Tengo tiempo hasta el lunes por la noche. Después se detendrá.

Sin la llave, era inútil abrir la fina tapa de oro y exponer al aire las vísceras palpitantes del tiempo en movimiento.

-He ido y venido tres veces, buscándola. Debo de haberla perdido entre el café y el hospital.

Me hubiera gustado ayudarlo, pero caía la noche, y después de andar un trecho escudriñando entre los intersticios de las piedras tuvimos que renunciar a la búsqueda.

-Supongo que puede mandar hacer otra llave -dije.

-Por supuesto -me contestó con impaciencia-. Pero usted no comprende. La llave pertenecía a este reloj. Era parte de él.

Recuerdo que fuimos a un café de la avenida costanera y nos sentamos desanimados a beber café mientras él graznaba a propósito del histórico reloj. En el curso de esa misma conversación me dijo:

-Creo que usted conoce a Justine. Me ha hablado con gran simpatía de usted. Lo llevará a las reuniones de la Cábala.

-¿Qué es eso? -pregunté.

-Estudiamos la Cábala -repuso, casi con timidez-. Somos una pequeña logia. Justine me dijo que usted sabía algo de esas cosas, y que le interesaría venir.

Me quedé estupefacto, porque no recordaba en lo más mínimo haber mencionado a Justine los estudios que hacía entre los largos períodos de letargo y repugnancia hacia mí mismo. Y estaba seguro de que el maletín donde guardaba la Hermética y otros libros parecidos, había estado siempre bajo mi cama y cerrado con llave. No obstante, no dije nada. Balthazar hablaba ahora de Nessim.

-De todos nosotros es en cierto modo el más feliz, porque no tiene una idea preconcebida de lo que quiere a cambio de su amor. Y amar de una manera tan impremeditada es algo que mucha gente tiene que aprender de nuevo después de los cincuenta años. Los niños aman así, y Nessim es como ellos. Lo digo en serio

-¿Conoció usted a Arnauti, el escritor?

-Sí, el autor de Moeurs.

-Háble me de él.

-Se introdujo en nuestro medio, pero no vio la ciudad espiritual que yace bajo la temporal. Bien dotado, muy sensible, pero tan francés... Cuando conoció a Justine era ella demasiado joven como para que no lo lastimara. Pura mala suerte. Si hubiera dado con otra algo mayor -todas nuestras mujeres son Justines, sabe usted, en estilos diferentes-, hubiera podido... no diré escribir mejor, porque su libro está bien escrito, sino encontrar en él una especie de realización que lo hubiera convertido en una obra de arte más auténtica.

Se detuvo, y aspiró largamente el humo de su pipa antes de agregar sin prisa:

-En su libro Arnauti eludió una serie de cosas referentes a Justine que él sabía ciertas, pero que dejó de lado por razones puramente artísticas, como por ejemplo el episodio de su hija. Supongo que le pareció demasiado melodramático.

-¿Una hija?

-Justine tenía una hija. No sé quién era el padre. Un día la raptaron, y desapareció. Tendría unos seis años. Usted sabe que estas cosas ocurren con frecuencia en Egipto. Más tarde Justine oyó que alguien la había visto o reconocido, y empezó una búsqueda frenética en los barrios árabes de cada ciudad, en las casas de mala fama, pues es sabido lo que ocurre con los

niños huérfanos en este país. Arnauti jamás mencionó el episodio, aunque la ayudó en la búsqueda de la niña y no ignoraba hasta qué punto esa pérdida había contribuido a la infelicidad de Justine.

-¿De quién estuvo enamorada antes de Arnauti?

-No me acuerdo. Usted sabe que muchos de los amantes de Justine siguen siendo sus amigos, pero con más frecuencia puede afirmarse que sus mejores amigos no fueron jamás sus amantes. La ciudad está siempre pronta a murmurar.

Pero yo pensaba en un pasaje de Moeurs donde Justine acude a encontrarse con Arnauti en compañía de un hombre que es su amante. Dice: "Delante de mí abrazó con tanta ternura a ese hombre, su amante, besándolo en la boca y los ojos, en las mejillas, hasta en las manos, que quedé perplejo. Y después, con un estremecimiento, se me ocurrió que era a mí a quien ella besaba realmente en su imaginación."

Balthazar añadió con calma:

-Gracias a Dios he tenido la suerte de que el amor no me interesara demasiado. Por lo menos los invertidos escapan a esa horrible lucha en que el uno se entrega al otro. Cuando un hombre se acuesta con otro hombre, saborea una experiencia y puede conservar en libertad esa parcela del espíritu que se consagra a Platón, a la jardinería o al cálculo diferencial. En nuestros días el sexo ha abandonado el cuerpo para invadir la imaginación; si Arnauti sufrió tanto con Justine fue precisamente porque ella se precipitaba ávida sobre todo aquello que él hubiera deseado mantener aparte, su condición de artista si usted quiere. Al fin de cuentas es una especie de Antonio en pequeña escala, y ella una Cleopatra. Todo eso ya está en Shakespeare. Además, en lo que concierne a Alejandría, comprenderá usted por qué es la ciudad del incesto; quiero decir que aquí se fundó el culto de Serapis. Sí, esa separación del corazón y los riñones en el acto del amor nos lleva a volvernos hacia nuestra propia hermana. El amante se mira, como Narciso, en el espejo de su familia; no se puede escapar a esa penosa situación.

Nada de todo esto me resultaba muy claro, pero vagamente sentía una especie de correspondencia entre las asociaciones de Balthazar; y sin duda mucho de lo que decía, si bien no explicaba a Justine, formaba un marco en torno al retrato de esa sombría y vehemente criatura en cuyo diario, escrito con su letra directa y enérgica, había leído por primera vez la cita de Laforgue: *Je n'ai pas une jeune fille qui saurait me goüter. Ah! oui, une garde-malade! Une garde-malade pour l'amour de l'art, ne donnant ses baisers qu'á des mourants, des gens in extremis...* A continuación de estas líneas, ella había agregado: "Citado a menudo por A., y descubierto por casualidad en Laforgue."

-¿Ya no está enamorado de Melissa? -me dijo de golpe Balthazar-. No la conozco más que de vista. Perdóneme. Lo he herido.

En esa época yo empezaba a darme cuenta de lo mucho que sufría Melissa. Pero jamás brotaba de sus labios una palabra de reproche, jamás mencionaba siquiera a Justine. Su tez se había vuelto opaca, mortecina; hasta su carne... Paradójicamente, aunque en ese momento no podía hacer el amor con ella sin esforzarme, me sentía al mismo tiempo más enamorado que nunca. Me atenaceaban sentimientos encontrados, un complejo de frustración que jamás había experimentado antes; a veces me ponía furioso con ella.

Justine, que padecía la misma confusión que yo entre sus ideas y sus intenciones, reaccionaba de manera muy diferente cuando decía:

-Me pregunto quién inventó el corazón humano. Dímelo, y muéstrame el lugar donde lo ahorcaron.

¿Qué se puede decir de la Cábala misma'? Alejandría es una ciudad de sectas y evangelios, y por cada asceta ha producido siempre un libertino religioso -Carpócrates, Antonio-, dispuesto a sumirse en lo sensual con tanta hondura y verdad como cualquiera de los padres del desierto en lo espiritual.

-Usted parece menospreciar el sincretismo -me dijo una vez Balthazar-, pero debería comprender que para trabajar aquí con provecho (hablo ahora como maniático de la religión, no como filósofo), hay que tratar de reconciliar dos polos opuestos en materia de costumbres y conducta, que no se deben a las tendencias intelectuales de los habitantes sino al suelo, al aire, al paisaje en que viven: me refiero a la sensualidad y al ascetismo intelectual. Los historiadores presentan siempre el sincretismo como resultante de una mezcla de principios intelectuales hostiles, pero el problema no es ése. No se trata siquiera de una cuestión de mezcla de razas y lenguas. La característica nacional de los alejandrinos consiste en que buscan la reconciliación de los dos rasgos psicológicos más profundos de que tienen conciencia. Por eso somos histéricos y extremistas. Y por eso somos amantes incomparables.

No trataré aquí de decir lo que sé de la Cábala, y no lo haría aunque sintiera el deseo de definir "el fundamento tácito de esa Gnosis"; ningún aspirante a la ciencia hermética lo haría, porque esos fragmentos de revelación tienen sus raíces en los Misterios. No es que no se los pueda revelar, sino que son experiencias en bruto, que sólo los iniciados pueden compartir.

Me había dedicado a esas cuestiones en París, en la seguridad de que podrían ofrecerme un camino que me condujera a una comprensión más profunda de mí mismo, de una personalidad que parecía tan sólo un enorme amontonamiento de deseos e impulsos desorganizados e informes. Consideraba que esos estudios podrían ser útiles a mi yo interior, aunque un escepticismo innato me hubiera mantenido siempre al margen de las fatigas de cualquier confesión religiosa. Durante casi un año había estudiado con un sufi, Mustafá, sentado noche a noche en la destartalada terraza de madera de su casa, escuchando su suave voz como una tela de araña. También había bebido sorbetes con un sabio musulmán de Turquía. Por eso pude acompañar con cierta sensación de familiaridad a Justine; mientras

recorríamos el laberinto de callejas que coronan el fuerte de Kom El Dick, yo trataba distraídamente de imaginar cuál habría sido su aspecto „dando había allí un parque consagrado a Pan, en la suave loma morena en forma de piña. La estrechez de las calles creaba un sentimiento de intimidad, aunque sólo estaban flanqueadas por tugurios piojosos y pequeños cafés nocturnos alumbrados con temblorosas bujías de junco. Una extraña sensación de reposo envolvía aquel mínimo rincón de la ciudad, dándole una cierta atmósfera de aldea del delta. Más abajo, en la amorfa meidan pardo-violeta que se extendía paralela a la estación de ferrocarril, grupos de árabes borrosos en el anochecer se reunían en torno a los que practicaban esgrima de bastón; sus gritos se ahogaban en la oscuridad creciente. Hacia el sur brillaba apenas la escudilla empañada del lago Mareotis. Justine caminaba con su rapidez habitual, silenciosa e impaciente por mi tendencia a quedarme atrás para espiar a través de las puertas o asistir a esas escenas de la vida doméstica que, iluminadas como teatros de juguete, parecían llenarse de una profunda significación dramática.

La Cábala se reunía esa vez en lo que parecía ser la cabaña de madera de un guardián, construida contra el flanco de un talud de tierra roja, muy próximo a la Columna de Pompeyo. Presumo que la sensibilidad enfermiza de la policía egipcia en materia de reuniones políticas dictaba la elección de semejante lugar de encuentro. Había que atravesar las desiertas trincheras y los parapetos abandonados por los arqueólogos, y seguir un sendero fangoso más allá de la puerta de piedra; luego, doblando bruscamente en ángulo recto, se penetraba en el grosero cobertizo, una de cuyas paredes estaba formada por el muro de tierra del talud. El piso era de barro apisonado, y dos lámparas de petróleo iluminaban el interior; había sillas de paja.

Los asistentes eran unas veinte personas procedentes de diversas regiones de la ciudad. Reparé con cierta sorpresa en la figura flaca y aburrida de Capodistria, metido en un rincón. Estaba allí Nessim, naturalmente, pero pocos eran los representantes de los sectores más ricos o educados de la ciudad. Se veía, por ejemplo, a un anciano fabricante de relojes, de esbelta figura y cabello canoso, cuyas facciones austeras me habían parecido reclamar siempre un violín bajo el mentón para ponerlas de relieve. Vi a unas cuantas señoras elegantes y anodinas. También había un farmacéutico. Balthazar estaba sentado frente a ellos en una silla baja, con sus horribles manos sobre los muslos. En seguida se me apareció de una manera totalmente distinta a la del "habitué" del café Al Aktar con quien una vez había jugado una partida de chaquete. Durante un rato se habló de cosas insignificantes, mientras la Cábala esperaba a algunos de sus miembros; luego el viejo relojero se puso de pie y propuso que Balthazar abriera la sesión. Echándose hacia atrás en su silla, mi amigo cerró los ojos y, con su voz áspera y graznante que poco a poco se iba llenando de una dulzura extraordinaria, empezó a hablar. Me acuerdo que se refirió a la fons signatus de la psique y a su capacidad de aprehender un orden inherente al universo por debajo de lo informe y arbitrario de los fenómenos. Las disciplinas mentales podían facilitar el acceso más allá del velo de la realidad, y descubrir armonías en el espacio y el tiempo que correspondieran a la estructura íntima de la psiquis. A través de toda la exposición de Balthazar asomaban extraordinarios fulgores mentales, en forma de penetrantes aforismos que hostigaban el espíritu mucho después de haberse

separado del maestro. Recuerdo, por ejemplo, haberle oído decir: "Las grandes religiones no hacen más que establecer una larga lista de prohibiciones. Pero las prohibiciones crean el deseo que pretenden curar. En nuestra Cábala decimos: Cede al deseo pero refinándolo. Todo lo acogemos a fin de que la plenitud del hombre pueda equipararse a la plenitud del universo; incluso el placer, la proliferación destructora del espíritu en el placer."

La Cábala estaba formada por un núcleo de iniciados (Balthazar hubiera pestañeado al oír la palabra, pero no encuentro otra para expresarme), y un grupo de discípulos al que pertenecían Nessim y Justine. Integraban el núcleo doce miembros diseminados por todo el Mediterráneo, Beirut, Jaffa, Túnez y otras ciudades. En cada ciudad había una pequeña academia donde los estudiantes aprendían a-utilizar ese extraño cálculo mental-emocional que la Cábala ha erigido en torno a la idea de Dios. Los miembros del núcleo se comunicaban continuamente por carta, empleando esa curiosa y antigua forma de escritura llamada bustrofedón, que se lee de derecha a izquierda y de izquierda a derecha en líneas alternadas. Las letras de su alfabeto eran ideogramas correspondientes a estados mentales o espirituales. No diré más.

Aquella primera noche Justine se sentó entre nosotros, sus brazos ligeramente apoyados en los nuestros, escuchando con una humildad y concentración que me emocionaron. De cuan do en cuando, los ojos del orador se posaban por un instante en ella con una expresión de familiaridad afectuosa. ¿Sabía yo entonces -o lo descubrí más tarde- que Balthazar era tal vez su único amigo, y con toda seguridad el único confidente que tenía en la ciudad? No me acuerdo. ("Balthazar es el único hombre a quien puedo decírselo todo. Lo único que hace es reírse. Pero a veces me ayuda a borrar esa sensación de vacío que siento en todo lo que hago.") Él era el destinatario de aquellas largas cartas atormentadas que picaban la curiosidad de Arnauti. En su diario Justine cuenta cómo una noche de luna consiguieron entrar en el Museo, y pasaron una hora entre las estatuas, "ciegas como pesadillas", oyéndolo hablar. Dijo muchas cosas que la impresionaron, pero más tarde le resultó imposible recordarlas y anotarlas en el diario. No obstante recordaba que, con su voz serena y reflexiva, Balthazar había dicho algo acerca de "aquellos de nosotros condenados a someter sus cuerpos a los ogros", y la idea la tocó en lo más íntimo como si fuera una referencia a la clase de vida que llevaba. Por su parte, Nessim me confió una vez las palabras que le había dirigido Balthazar al verlo horriblemente atormentado por causa de Justine: *Omnis ardentior amator propriae uxoris adulter est.* Y había agregado secamente:

-Hablo ahora como miembro de la Cábala y no a título personal. El amor apasionado, aunque tenga por objeto a la propia mujer, es también adulterio.

La Estación Central de Alejandría: medianoche. Un rocío letal y espeso. El rechinar de las ruedas en el pavimento resbaladizo y desigual. Charcos amarillos de luz fosforescente, y corredores tenebrosos como lágrimas en la lóbrega fachada de ladrillo de un decorado teatral. Policías en la sombra. De pie contra una pared maloliente, me despido de ella con un beso. Se va por

una semana, pero medio dormido, lleno de pánico, se me ocurre que no volverá jamás. Su beso suave y resuelto, sus ojos brillantes, me llenan de vacío. En el oscuro andén se oyen golpes de culatas de fusil y el castañeteo del bengalí: un destacamento de tropas indias en tránsito a El Cairo.

Cuando el tren arranca y la figura asomada a la ventanilla, negra sobre el fondo negro, abandona mi mano que apretaba la suya, comprendo que Melissa se marcha de verdad, comprendo todo aquello que nos es negado inexorablemente; el tren que se estira largamente en la luz plateada me recuerda el largo y repentino estirarse de las vértebras de su espalda blanca cuando se vuelve en la cama. Grito: "¡Melissa!", pero los monstruosos resoplidos de la locomotora tapan cualquier otro sonido. Se va inclinando, curvando, deslizando, rápida como un cambio de decorado, la estación baraja sus anuncios uno tras otro, amontonándolos en la oscuridad. Me quedo como un náufrago en un iceberg. A mi lado, un Sikh se echa a la espalda el rifle en cuyo cañón hay una rosa. La sombría silueta resbala a lo largo de los rieles de acero, entra en las tinieblas; un último vaivén, y el tren resbala por el túnel como si fuera un líquido.

Me paso la noche andando por Moharrem-Bey, mirando la luna que se nubla, devorado por una ansiedad inexpresable. Detrás de las nubes, una luz intensa; a las cuatro de la madrugada, una fina llovizna deja caer sus agujas. En el jardín del consulado las poinsettias erguidas hacen brillar gotas de plata en sus estambres. Ningún pájaro canta al alba. Una brisa agita el cuello de las palmeras con un ruido seco y apagado.

Maravillosa calma de la lluvia sobre el Mareotis.

Las cinco de la mañana. Me paseo por su cuarto, estudiando los objetos inanimados con una intensa concentración. Cajas de polvos vacías. Depilatorios de Sardis. Olor de raso y cuero. La horrible premonición de un escándalo...

Escribo estas frases en circunstancias muy diferentes, y muchos meses después de esa noche; estoy aquí, bajo este olivo, en el charco de luz que arroja una lámpara de petróleo. Escribo y vuelvo a escribir esa noche que se ha ubicado en el inmenso acopio de recuerdos de la ciudad. En alguna otra parte, en un gran estudio de cortinas leonadas, Justine copiaba en su diario los terribles aforismos de Heráclito. El cuaderno está ahora en mis manos. Leo en una página: "Cuesta mucho luchar contra el deseo del corazón; todo lo que quiere obtener, lo compra al precio del alma." Y más abajo, en el margen: "Los caminantes nocturnos, Magos, Bakchoi, Lenai, y los iniciados..."

Me pregunto si fue en esa época cuando Mnemjian me susurró al oído, haciéndome sobresaltar:

-Cohen se está muriendo, ¿sabe?

El viejo peletero había desaparecido en los últimos meses. Melissa había oído decir que estaba en el hospital, enfermo de uremia. Pero la órbita que alguna vez habíamos descrito en torno a ella había cambiado; una nueva

sacudida del calidoscopio, y Cohen se había borrado como desaparece un pedacito de vidrio coloreado. Y ahora, ¿iba a morirse? Me quedé callado, mientras exploraba los recuerdos de aquellos primeros tiempos, los encuentros en las esquinas y los bares. En el silencio que siguió, Mnemjian me marcó la raya del pelo con ayuda de la navaja, y empezó a echarme bayrum en la cabeza.

Suspirando levemente, dijo:

-Ha estado clamando por su Melissa. Noche y día, todo el tiempo.

-Se lo diré -repuse, y el hombrecito-archivo asintió con una musgosa mirada de complicidad.

-¡Qué enfermedad tan horrible! -dijo en voz muy baja-. Huele espantosamente. Tienen que rasparle la lengua con una espátula... ¡Puf!

Y se puso a vaporizar hacia lo alto, como si quisiera desinfectar la evocación, como si el mal olor hubiera invadido el salón.

Melissa estaba tendida en el sofá; se había puesto un peinador y miraba hacia la pared. Creí que dormía, pero al sentirme llegar se volvió hacia mí y se enderezó. Le transmití las noticias de Mnemjian.

-Ya lo sé -repuso-. Recibí un aviso del hospital, pero ¿qué puedo hacer? No puedo ir a verlo. No significa nada para mí, nunca ha significado nada.

Se levantó, anduvo de un lado a otro por la pieza, y agregó con rabia, al borde de las lágrimas:

-Tiene mujer e hijos. ¿Qué están haciendo?

Me senté y evoqué una vez más el recuerdo de aquella foca domesticada que miraba tristemente un vaso de vino. Melissa debió de interpretar mi silencio como una crítica, porque se acercó y tomándome por los hombros me sacudió suavemente hasta arrancarme a mis pensamientos.

-Pero, ¿y si se está muriendo? -dije.

La pregunta se dirigía tanto a mí como a ella.

Melissa estalló en sollozos y cayendo de rodillas puso su cabeza sobre mis rodillas.

-¡Oh, es tan repugnante! ¡No me obligues a ir a verlo!

-Por supuesto que no.

-Pero si crees que debo ir, iré.

No le respondí. En cierto modo Cohen ya estaba muerto y enterrado. Había perdido su lugar en nuestra historia, y parecía inútil conmoverse por

él. La emoción nada tiene que ver con ese hombre cuyo viejo cuerpo se iba disolviendo en una sala enjalbegada de hospital. Para nosotros había pasado a ser un mero personaje histórico; y sin embargo estaba ahí, luchando obstinadamente por afirmar su identidad, procurando reingresar en nuestras vidas por otro punto de la circunferencia. ¿Qué podía darle ya Melissa? ¿Y qué podía negarle?

-¿Quieres que vaya yo? -le pregunté.

Acababa de ocurrírseme, fuera de toda razón, que la muerte de Cohen me permitiría estudiar mi propio amor y su muerte. Que alguien in extremis y que llama en su auxilio

a una antigua amante, sólo pudiera obtener por respuesta una exclamación de repugnancia, me llenaba de terror. Era demasiado tarde para que el viejo despertara la compasión, o siquiera el interés de mi amante, sumergida ya en nuevos infortunios contra cuyo telón de fondo los más antiguos se habían ido borrando. Quizá, un poco más adelante, ¿qué pasaría si ella me reclamara, o yo a ella? ¿Nos alejaríamos el uno del otro con una exclamación de vacío y repugnancia? Comprendí en ese momento la verdad del amor: un absoluto que lo toma o lo pierde todo. Los sentimientos restantes, compasión, ternura, sólo existen en la periferia y pertenecen a las estructuras de la sociedad y la costumbre. Pero ella, la austera e implacable Afrodita, es pagana. No se apodera de nuestra mente o nuestros instintos, sino de nuestros huesos con su tuétano. Me aterró pensar que el viejo, en ese momento cíe su vida, había sido incapaz de suscitar un instante de ternura a través del recuerdo de todo lo que había podido decir o hacer; ternura de la más dulce y bondadosa de las mujeres. Ser olvidado así era morir como un perro.

-Iré a verlo de tu parte -dije, aunque me estremecía de asco ante la perspectiva.

Pero Melissa se había quedado dormida con su morena cabeza sobre mis rodillas. Cada vez que algo la perturbaba, buscaba refugio en el mundo sin culpas del sueño, resbalando hacia él con la suavidad y la facilidad de un ciervo o un niño. Deslicé mis manos por debajo del desteñido quimono, acaricié suavemente su pecho, sus delgadas caderas. Se movió apenas, semidormida, murmurando palabras inaudibles, mientras yo la alzaba y la llevaba delicadamente hasta el diván. Me quedé largo rato mirándola dormir.

Había anochecido, y la ciudad derivaba como un banco de algas hacia los cafés iluminados o los barrios de lo alto. Entré en el bar de Pastrudi y pedí un whisky doble, que bebí lenta y meditativamente. Después me fui al hospital en taxi. Seguí a la enfermera de turno por los largos y anodinos pasillos verdes, cuyas paredes pintadas al aceite exudaban humedad. Las lamparillas blancas y fosforescentes que puntuaban nuestro camino se regodeaban en la penumbra como gordas luciérnagas.

Lo habían instalado en la salita de una sola cama con cortinas que, según supe luego por Mnemjian, se reservaba para los casos desesperados. En el primer momento no me vio, porque observaba con un aire de cansada exasperación a la enfermera que le arreglaba las almohadas. Me asombró el

pleno dominio de sí mismo, la pensativa reserva de ese rostro; había enflaquecido al punto de volverse casi irreconocible. La carne se había hundido, dejando al descubierto los pómulos, exponiendo la larga nariz ligeramente aguileña hasta la raíz, las profundas fosas nasales. Todo ello daba a su boca y a su mandíbula la liviandad, la vivacidad que debía de haber tenido en su juventud. La fiebre le había trazado grandes ojeras, y una barba negra le sombreaba el cuello y la garganta, pero la parte descubierta del rostro era tan firme como la de un hombre de treinta años. La imagen que durante tanto tiempo había vivido en mi recuerdo -un puerco espín sudoroso, una foca domesticada- se disolvió en un instante y fue reemplazada por este rostro nuevo, este hombre nuevo que parecía... uno de los animales del Apocalipsis. Me quedé más de un minuto observando estupefacto a ese personaje desconocido que aceptaba los cuidados de las enfermeras con un aire de fatiga y sopor soberanos.

La enfermera de turno me dijo al oído:

-Me alegro de que haya venido. Nadie quiere venir a verlo. A veces delira, pero después se despierta y pregunta por la gente. ¿Usted es de la familia?

-Un socio -repuse.

-Le hará bien ver una cara conocida.

Me pregunté si me reconocería. De haber cambiado la mitad de lo que él había cambiado, le resultaría un perfecto desconocido. Ahora se había echado hacia atrás, respirando dificultosamente, y un silbido escapaba de su larga nariz de zorro que se destacaba contra el resto de la cara como el altivo mascaron de proa de un navío abandonado. Nuestros susurros lo habían perturbado, porque volvió hacia mí unos ojos vagos y sin embargo cristalinos y pensativos, que parecían los de un gran pájaro de presa. No me reconoció hasta que me acerqué a un costado de la cama. Entonces, de pronto sus ojos se llenaron de luz, de una extraña mezcla de humildad, orgullo herido y miedo inocente. Volvió el rostro hacia la pared. Solté entonces mi mensaje en una sola frase. Dije que Melisa estaba ausente y que le había telegrafiado para que volviese lo antes posible; entre tanto quería saber si podía ayudarlo en alguna forma. Sus hombros se estremecieron, y me pareció que un quejido involuntario iba a brotar de sus labios; en cambio soltó una carcajada burlona, ronca y discordante, en la que su inteligencia no participaba. Como si riera de una broma tan gastada, tan muerta y podrida que sólo podía arrancar ese horroroso rictus dibujado en las mejillas resecas.

-Sé que está aquí -dijo; y una de sus manos se arrastró por el cobertor como una rata asustada, en busca de la mía

-Gracias por su amabilidad.

Sus palabras parecieron calmarlo bruscamente, aunque seguía sin volver el rostro hacia mí.

-Quisiera -dijo despacio, como si se centrara para dar a sus palabras un significado preciso-, quisiera cancelar honorablemente mi deuda con ella. La traté mal, muy mal. No se daba cuenta, por supuesto; es demasiado simple, pero tan buena, es una compañera tan buena.

Parecía raro oír la expresión "bonne copine" en labios de un alejandrino, pronunciada con ese acento cantarín y arrastrado propio de las gentes educadas de la ciudad.

Con esfuerzo, luchando contra una terrible resistencia interior, agregó:

-La engañé acerca de su abrigo. En realidad era de piel de foca. Las polillas lo habían estropeado. Le hice cambiar el forro. ¿Por qué procedí así? Cuando estaba enferma, no le daba dinero para que fuese a ver al médico. Bicocas, pero que pesan mucho.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y su garganta se contrajo como si la enormidad de sus pensamientos lo sofocara.

Tragó con dificultad y dijo:

-No estaba en mi carácter hacer esas cosas. Pregúntele a cualquier comerciante que me conozca. A cualquiera.

A partir de ese momento empezó la confusión; llevándome suavemente de la mano, me arrastró a la densa selva de sus ilusiones, caminando con paso tan seguro y reconociéndolas con una calma tan grande que me sentí a punto de compartirlas a su lado. Árboles desconocidos se cernían sobre él, rozándole la cara, mientras los guijarros saltaban bajo los neumáticos de una ambulancia negra llena de objetos metálicos y de otros cuerpos oscuros que hablaban una lengua del limbo, soltando gañidos repulsivos mezclados con admoniciones en árabe. El sufrimiento había empezado también a afectar su razón y a dejar en libertad sus fantasías. Los bordes del lecho, duros y blancos, se convertían en nichos de ladrillos coloreados, y la blanca hoja de temperatura era el rostro pálido de un botero. .

Melissa y él derivaban, abrazados, por las aguas sanguinolentas y poco profundas del Mareotis, hacia las miserables chozas de barro situadas en el antiguo emplazamiento de Rhakotis. Repetía con tanta perfección sus diálogos, que si lo que decía mi amante era inaudible para mí, podía sin embargo oír su voz fresca, deducir sus preguntas de las respuestas que él le daba. Melissa estaba tratando desesperadamente de que Cohen se casara con ella, y él contemporizaba, deseoso de conservar la belleza de su persona y de no perder al mismo tiempo su propia independencia. Lo que más me interesaba era la extraordinaria fidelidad con que reproducía la larga conversación, que sin duda se había grabado en su memoria como una de las grandes experiencias de su vida. Entonces no sabía cuánto la amaba; a mí me había tocado darle esa lección. Y en cambio, ¿cómo podía ser que Melissa no me hubiera hablado jamás de matrimonio, no hubiera traicionado jamás las honduras de su debilidad y su cansancio, como lo había hecho con él? Me sentí profundamente herido. La idea de que ella le hubiera mostrado un aspecto de su persona que a mí me ocultaba, era una tortura para mi vanidad.

Pero ahora la escena volvía a cambiar, y el enfermo entraba en una zona más lúcida. Era como si en la inmensa selva de la locura llegáramos a un calvero de sensatez, donde todas sus ilusiones poéticas se desvanecían. Habló de Melissa con afecto pero fríamente, como un marido o un rey. Ahora que su cuerpo se disolvía, era como si los fundamentos de su vida interior, tanto tiempo bloqueados por las falsedades de una existencia mal vivida, hicieran reventar los diques e inundaran el primer plano de su conciencia. No se trataba sólo de Melissa, porque también hablaba de su mujer, y a veces confundía los nombres. Había también un tercer nombre, Rebeca, que pronunciaba con una reserva más honda, una pena más apasionada que cuando nombraba a las otras dos. Me imaginé que se refería a su hijita, porque en esas atroces transacciones del corazón los niños se encargan siempre de descargar el coup de grace.

Sentado junto a él, sintiendo latir nuestros pulsos al unísono y oyéndolo hablar de mi amante con una calma extraordinaria, no pude dejar de ver todo lo que Melissa hubiera podido llegar a querer en ese hombre. ¿Por qué extraño azar había estado ciega a lo más auténtico de él? Lejos de ser un objeto de irrisión (como siempre lo había supuesto), me daba ahora la impresión de un peligroso rival cuyas posibilidades se me habían escapado, y pensé algo tan innoble que me avergüenza escribirlo. Me alegré de que Melissa no hubiera venido, porque de haberlo visto como yo lo estaba viendo en ese momento, hubiera podido descubrirlo de pronto. Por una de esas paradojas en que se complace el amor, me sentí mucho más celoso de él a la hora de su muerte que durante su vida. Horribles pensamientos para alguien que había estudiado el amor con tanta atención y larga paciencia; pero una vez más reconocí en ellos el rostro austero, indiferente y primitivo de Afrodita.

En cierto sentido percibía en la resonancia misma de su voz cuando pronunciaba el nombre de Melissa, que la madurez de Cohen me faltaba. Había superado su amor por ella sin dañarlo ni herirlo, permitiéndole madurar, como debería ocurrir con todo amor, hasta convertirse en una amistad voraz y despersonalizada. Lejos de temer la muerte y llamar a Melissa para que lo confortara, sólo quería ofrecerle, extrayéndolo del tesoro inagotable de la muerte, un postrer regalo.

El magnífico abrigo de martas estaba sobre una silla al pie de la cama, envuelto en papel de seda. Me bastó mirarlo para comprender que no era la clase de obsequio que convenía a Melissa, pues sembraría la confusión y la vergüenza en su pobre y vulgar guardarropas.

-Me he pasado la vida preocupado por cuestiones de dinero -dijo Cohen alegremente-. Pero cuando uno va a morir descubre de golpe que tiene fondos.

Por primera vez en su existencia se sentía contento y liviano. Sólo la enfermedad estaba allí como un monitor paciente y cruel.

De vez en cuando caía en un breve sopor agitado, y la oscuridad zumbaba en mis oídos agotados como un enjambre. Se hacía tarde, y sin embargo no me decidía a dejarlo solo. Una enfermera me trajo una taza de

café, y hablamos en voz baja. Me hacía bien oírla hablar, pues para ella la enfermedad era simplemente una rutina que había llegado a dominar, y la contemplaba con la mirada de un profesional.

Con su voz indiferente me dijo:

-Abandonó a su mujer y a su hija por une *femme quelconque*. Y ahora ni su mujer ni su amante quieren verlo. ¡En fin!

Se encogió de hombros. Esas enredadas fidelidades no despertaban su compasión, pues las consideraba una debilidad despreciable.

-¿Por qué no viene su hija? ¿No ha preguntado por ella?

Se limpió un diente con la uña del meñique, y respondió:

-Sí. Pero no quiere que se asuste al verlo tan enfermo. Usted comprende, no es agradable para una niña.

Tomando un pulverizador, echó al descuido un poco de desinfectante en el aire de la sala; volví a pensar en Mnemjian.

-Ya es tarde -me dijo-. ¿Se va a quedar toda la noche?

Me disponía a levantarme, pero el enfermo despertó en ese momento y volvió a tomar mi mano.

-No se vaya -dijo con una voz quebrada pero lúcida, como si hubiera escuchado las últimas frases de nuestra conversación-. Quédese un poco más. He estado pensando en otra cosa que quiero decirle.

Volviéndose hacia la enfermera, le ordenó en voz baja pero muy clara:

-Váyase.

La enfermera alisó las cobijas y volvió a dejarnos solos. Cohen suspiró profundamente; de no haber estado mirando su rostro, hubiera podido pensar que era un suspiro de plenitud, de felicidad.

-En el armario está mi ropa -dijo.

Había dos trajes negros y, siguiendo sus instrucciones, retiré el chaleco de uno de ellos y exploré sus bolsillos hasta encontrar dos anillos.

-Había decidido proponerle a Melissa que se casara conmigo ahora, si lo quería. Por eso la mandé llamar. Después de todo, ya no sirvo para nada. Mi nombre...

Sonrió vagamente, mirando el cielo raso.

-Y los anillos...

Los alzó delicadamente, con veneración, sosteniéndolos entre los dedos como si fueran hostias.

-Son los anillos que ella había elegido hace mucho. Le pertenecen, y quizá...

Me miró largamente, con ojos inquisitivos y apenados.

-No -dijo-, usted no se casará con ella. ¿Por qué habría de hacerlo? En fin, no tiene importancia. Llévele los anillos y el abrigo.

Guardé los anillos en el bolsillo interior de mi chaqueta, sin decir palabra. Volvió a suspirar y después, para mi sorpresa, se puso a tararear con una voz de gnomo casi imperceptible una canción popular que en otros tiempos había hecho furor en Alejandría, y a cuyo compás Melissa bailaba todavía en el cabaret.

-¡Escuche la música! -me dijo, y yo pensé de pronto en Antonio moribundo tal como lo evoca Cavafis en un poema que Cohen no había leído ni leería jamás. Desde el puerto llegó el mugido de las sirenas, como planetas dando a luz. Y una vez más oí la voz de gnomo cantando suavemente el estribillo que hablaba de chagrin y de bonheur, y no cantaba para Melissa sino para Rebeca. Qué diferencia con el magnífico coro desgarrador que había oído Antonio, la penetrante riqueza de las voces y los instrumentos de cuerda creciendo en la oscuridad de la calle... postrer legado de Alejandría a sus elegidos. Pensé que cada uno se marcha a los acordes de su propia música, y recordé con dolor y vergüenza los torpes movimientos de Melissa cuando bailaba.

Cohen estaba ahora al borde del sueño, y me dije que era tiempo de dejarlo. Tomé el abrigo, lo guardé en el cajón superior del armario, y salí de puntillas después de llamar a la enfermera.

-Es muy tarde -me dijo.

-Volveré por la mañana -repuse. Tenía intención de hacerlo.

Mientras regresaba despacio a casa por la oscura avenida arbolada, saboreando el aire salobre del puerto, me acordé de las palabras que había pronunciado Justine en la cama: "Nos servimos de los demás como si fueran hachas para talar a quienes realmente amamos."

Se nos ha repetido muchas veces que la historia es indiferente, pero siempre consideramos su parsimonia o su generosidad como resultado de un plan preconcebido; nunca prestamos oído de verdad...

Ahora, en esta tenebrosa península en forma de hoja de plátano, como una mano de dedos separados donde la lluvia invernal crepita igual que la paja entre las rocas, envuelto en la vaina rígida del viento, camino a orillas del mar pisoteando esponjas que parecen quejarse, y busco el sentido de todo eso. Como poeta de la conciencia histórica, supongo que me corresponde considerar el paisaje como un campo que la voluntad del

hombre ha domeñado y torturado hasta convertirlo en granjas y caseríos, que ha arado hasta dar nacimiento a una ciudad. Sin embargo empiezo a creer que esa voluntad se hereda del lugar, que depende de la situación del hombre en la tierra, de que sea usufructuario de eras fecundas o de bosques malsanos. No consigo imaginarme el impacto de su libre albedrío en la naturaleza, como lo creí en un tiempo, sino el irresistible desarrollo, a través de él, de las doctrinas ciegas e informuladas de la naturaleza misma, de sus variaciones y sus tormentos. La naturaleza ha elegido como su parangón a esa pobre criatura bifurcada. Por eso me parece vano decir, como una vez le escuché a Balthazar: "Si la Cábala tiene una misión, es la de ennoblecer todas las funciones, al punto de que el comer y el excretar ascienden al nivel de las artes." En todo eso se adivina la flor de un perfecto escepticismo que mina la voluntad de sobrevivir. Sólo el amor puede sostenernos un tiempo más.

Se me ocurre que Arnauti debió de pensar también de manera parecida, cuando escribió: "Para el escritor, los personajes considerados como psicologías están liquidados. La psique contemporánea ha reventado como una pompa de jabón después de las investigaciones de los mistagogos. ¿Qué le queda ahora al escritor?"

Quizá por haber comprendido esto elegí un lugar tan desolado para vivir los próximos años, un promontorio de las Cícladas abrasado por el sol. Rodeada totalmente de historia, sólo esta isla solitaria está libre de toda connotación. Jamás se la menciona en los anales de la raza que la posee. Su pasado histórico no se ha amortizado en el tiempo sino en el lugar mismo: no hay templos, bosques, anfiteatros, que corrompan las ideas con falsas comparaciones. Una hilera de barcas pintadas, un puerto al pie de las colinas, y una aldea empobrecida por la indiferencia. Eso es todo. Una vez por mes el vapor de Esmirna toca puerto.

En estas noches de invierno las tempestades marinas escalan las colinas e invaden los plátanos gigantescos de la arboleda por donde me paseo, rugiendo un idioma vulgar y salvaje, tumbando y ladeando los navíos vegetales.

Me paseo por allí con esas codiciadas alusiones a un pasado que nadie puede compartir conmigo, y del que ni siquiera el tiempo podría despojarme. Siento el cabello pegado al cráneo, mi mano protege el hornillo de la pipa contra la fuerza del viento. En lo alto, el cielo es un panal de estrellas. Antares chorrea luz en lo alto, sumergida en el rocío... He abandonado voluntariamente libros y amigos serviciales, habitaciones iluminadas, chimeneas propicias a la conversación, la entera cofradía del espíritu civilizado, y es algo que no lamento, pero que me maravilla.

Veo además esta decisión como algo fortuito, derivado de impulsos que considero ajenos a mi naturaleza auténtica. Y sin embargo, por extraño que parezca, sólo aquí consigo por fin volver a entrar, volver a habitar con mis amigos en la ciudad exhumada, envolverlos en las espesas mallas de acero cíe metáforas que durarán mucho menos que la ciudad misma... así lo espero. Por lo menos aquí soy capaz de abarcar su historia y la de la ciudad como un solo y único fenómeno.

Lo más extraño de todo: debo esta liberación a Pursewarden, la última persona a quien se me hubiera ocurrido considerar como un posible benefactor. Aquel postrer encuentro, por ejemplo, en el horrible y lujoso cuarto de hotel donde se instalaba cada vez que Pombal volvía de sus vacaciones... No comprendí que el olor rancio y espeso de la habitación era el de su inminente suicidio. ¿Cómo hubiera podido darme cuenta? Sabía que era desdichado; incluso de no haberlo sido, se habría sentido obligado a simular la infelicidad. En nuestros días todos los artistas están forzados a cultivar una pequeña infelicidad a la moda. Y, siendo anglosajón, tendía a cierta lástima quejumbrosa de sí mismo, a una debilidad que lo impulsaba a beber más de la cuenta. Aquella noche se mostró salvaje, tonto e ingenioso alternativamente; escuchándolo, recuerdo que me dije: "He aquí alguien que al cultivar su talento ha descuidado su sensibilidad, no por accidente sino a propósito, sabedor de que su auténtica expresión lo habría llevado a chocar con el mundo, o que su soledad habría puesto en peligro su razón. No podía soportar que no se lo admitiera en vida en los salones de la fama y la consideración. Por debajo, se veía implacablemente obligado a contemporizar con una conciencia casi insoportable de poltronería mental. Y ahora su carrera ha llegado a una etapa interesante: las mujeres hermosas, que su timidez de provinciano había considerado siempre fuera de su alcance, están encantadas de mostrarse en su compañía. En su presencia adoptan un aire de musas un poco locas, enfermas de constipación. En público, se consideran halagadas si él retiene una mano enguantada entre las suyas, un segundo más de lo que las conveniencias permiten. Al principio todo esto debe de haber sido como un bálsamo para la vanidad de un solitario, pero al final sólo contribuye a aumentar su sentimiento de inseguridad. Su libertad, lograda mediante un modesto éxito financiero, ha empezado a fatigarlo. Día a día aumenta su deseo de una verdadera grandeza, mientras las letras de su nombre crecen a la par como en un vulgar cartel callejero. Se ha dado cuenta de que la gente se pasea por las calles en compañía de una Reputación y no de un nombre. No lo ven tal cual es... y sin embargo toda su obra tenía por objeto atraer la atención sobre esa figura dolorosa y solitaria que él imaginaba ser. Su nombre lo ha cubierto como una lápida. Y aquí el terrible pensamiento: ¿No será que ya no hay nadie a quien ver? ¿Quién es él, después de todo?

No me siento demasiado orgulloso de estas reflexiones, pues traicionan la envidia del fracasado por los que triunfan; sólo que a veces el despecho es tan lúcido como la caridad. En efecto, corriendo en mi mente como por vías paralelas, me perseguían las palabras que había pronunciado Clea acerca de Pursewarden y que, por alguna razón, no se me habían olvidado: "Hay en él algo desagradable. El secreto reside en parte en su falta de gracia. Su aire marchito ha contagiado de timidez su talento. Y la timidez tiene sus leyes: el tímido sólo puede entregarse, y eso es lo trágico, a aquellos que menos lo comprenden, pues ser comprendido significaría tener que admitir la lástima por la propia fragilidad. Así, las mujeres que ama, las cartas que les escribe, son como símbolos de las mujeres que cree necesitar, o merecer, cher ami." Las frases de Clea se cortaban siempre por la mitad y terminaban en una mágica sonrisa de ternura.

"¿Acaso soy el guardián de mi hermano?..."

(Lo que necesito es registrar las experiencias, no en el orden en qué se produjeron porque eso es la historia sino en el orden en que me impusieron por primera vez su significación.)

¿Cuál pudo ser entonces el motivo de que me legara quinientas libras con la única condición de que las gastara en compañía de Melissa? Pensé que quizá hubiera estado enamorado de ella, pero después de madura reflexión llegué a convencerme de que no amaba a Melissa, sino mi amor por ella. De todas mis cualidades sólo envidiaba la capacidad de responder afectuosamente a un cariño cuyo valor reconocía e incluso deseaba, pero del cual lo aislaría eternamente la barrera de repulsión que sentía hacia sí mismo. Y he de decir que esto constituyó un golpe para mi orgullo, porque me hubiera gustado que admirara, si no la obra que he realizado, por lo menos las promesas de lo que todavía me queda por hacer. ¡Qué estúpidos y limitados somos! Un poco de vanidad sobre dos piernas...

No nos habíamos visto durante semanas, porque en general no nos frecuentábamos, y el lugar de nuestro encuentro fue la pequeña pissotiére de hojalata de la plaza contigua a la estación de tranvías. Era de noche, y no nos hubiéramos reconocido de no ser por los faros de un auto que rociaron con un chorro de luz blanca el fétido cubículo.

-¡Ah! -dijo al reconocerme, con un aire indeciso y preocupado, porque estaba borracho. (Unas pocas semanas antes me había legado quinientas libras; en cierto modo me había resumido, juzgado... aunque ese juicio sólo me llegaría desde el otro lado de la tumba.)

La lluvia repiqueteaba sobre el techo de hojalata. Yo no veía el momento de volver a casa, porque había tenido un día agotador, pero me demoré sin ganas, retenido por esa urbanidad en la que hay en cierto modo una excusa y que me inspira siempre la gente por la que no siento verdadera simpatía. La silueta titubeante se destacaba contra la oscuridad, frente a mí.

-Permítame -me dijo con tono quejumbroso- que le confíe el secreto de mi oficio de novelista. Yo tengo éxito, y usted es un fracaso. La respuesta, viejo, es sexo; mucho sexo.

Levantó la voz y el mentón mientras decía, o más bien declamaba, la palabra "sexo", echando hacia atrás el flaco pescuezo como un pollo que bebe, y soltando el término en una especie de fuerte y ronco chillido, como un sargento instructor.

Diluvios de sexo -repitió, más tranquilo-. Pero recuerde -y bajó el tono hasta reducirlo a un murmullo confidencial-, siempre correcto, abotonado hasta arriba, ¡Oh María, abuela mía! Siempre abotonado y sufriendo. Trate de dar la impresión de que está constipado, como en los libros que eligen los clubs de lectores. Lo que no se tolera es la perfecta salud, la basura, lo natural y lo divertido. Estaba muy bien para Chaucer y los isabelinos, pero hoy nadie la pega con eso; siempre correcto, abotonado hasta arriba con sólidos botones presbiterianos.

Y en el momento mismo en que se sacudía después de orinar, me mostró con una mueca cómo era una bragueta: tirante, estrecha y grotesca. Le di las gracias, pero él hizo un gesto majestuoso.

-Es gratis -dijo, y tomándome de la mano me guió por la oscura calleja. Caminamos como colegas hacia el centro de la ciudad lleno de luces, igualmente agobiados por el peso de diferentes fracasos. Iba murmurando frases sobre cuestiones que le interesaban, pero yo no alcanzaba a entenderlas.

De pronto, cuando entrábamos en la rue des Soeurs, se detuvo ante la puerta iluminada de un prostíbulo y declaró:

-Baudelaire afirma que la cópula es el lirismo del populacho. ¡Ah, ya ni siquiera es así, porque el sexo se está muriendo! Dentro de un siglo meteremos la lengua en la boca de algún otro, tan silenciosos y fríos como las ostras. ¡Oh, sí, indudablemente!

Y citó el proverbio árabe que había usado como epígrafe para su trilogía:

-El mundo es como un pepino: hoy lo tienes en la mano, mañana en el culo.

Reanudamos nuestra marcha indecisa, como de cangrejos, hacia su hotel, mientras él repetía la palabra "indudablemente", gozando de su resonancia, de su suave sonoridad explosiva.

No se había afeitado y tenía un aire macilento, pero el paseo le había devuelto un tanto el ánimo y sacó una botella de ginebra que guardaba al lado de su cama. Hice un comentario sobre las dos pesadas valijas que descansaban, ya cerradas, sobre la mesa; en una silla vi su impermeable repleto de periódicos, un pijama, un tubo de dentífrico y otras cosas por el estilo. Me dijo que pensaba tomar el tren nocturno a Gaza. Necesitaba un descanso, y aprovecharía para visitar Petra.

Las pruebas de galera de su última novela ya estaban corregidas, empaquetadas y prontas para ser despachadas; vi el paquete sobre el mármol de la mesa de tocador. En el aire huraño y desanimado de Pursewarden reconocí el agotamiento que invade al artista después que ha completado una obra. Son los momentos de depresión en que reanuda una vez más el largo coqueteo con el suicidio.

Por desgracia, a pesar de mis obstinados esfuerzos, no recuerdo casi nada de nuestra conversación. El hecho de que fuera nuestra última entrevista le ha dado retrospectivamente una significación que sin duda no tuvo. Para los fines de esta narración Pursewarden no ha dejado de existir; tan sólo ha entrado en el azogue de un espejo como debemos hacerlo todos a fin de que nuestros males, nuestras acciones perversas y el avispero de nuestros deseos sigan actuando, para bien o para mal, en el verdadero mundo, es decir, en el recuerdo de nuestros amigos. Sin embargo, la presencia de la muerte refresca siempre la experiencia, pues tal es su función: ayudarnos a reflexionar sobre esa novedad que es el tiempo. Pero en

ese momento ambos estábamos situados en puntos equidistantes de la muerte, o por lo menos así me lo imaginaba. Quizá florecía en él una tranquila premeditación; no importa. No sé. Nada tiene de misterioso que un artista quiera terminar con una vida que ha agotado. (Uno de sus personajes del último volumen dice: "Durante años uno tiene que resignarse al sentimiento de que la gente no se preocupa, lo que en verdad se llama preocuparse, por nuestra persona; un día, alarmados nos damos cuenta de que el que no se preocupa es Dios; no sólo no se preocupa, sino que le somos totalmente indiferentes.")

Pero este paréntesis me recuerda un fragmento de nuestra conversación de borrachos. Se refirió con desprecio a Balthazar, a su interés por la religión, a la Cábala (que sólo conocía de oídas). Lo escuché sin interrumpirlo, y poco a poco su voz fue bajando de tono como un reloj aplastado por el peso de los segundos. Poniéndose de pie para servirse otro vaso, me dijo:

-Hace falta una inmensa ignorancia para acercarse a Dios. Me temo que yo siempre he sabido demasiado. Fragmentos como éstos hostigan mi pensamiento insomne cuando me paseo en noches ventosas, hasta que termino por regresar al fuego chisporroteante de ramas de olivos que arde en la vetusta chimenea, a cuyo lado duerme Justine en su camita de pino fragante.

¿Hasta qué punto conozco a Pursewarden? Lo que sabemos de una persona se reduce a un aspecto de su carácter. Ofrecemos a cada uno una cara diferente del prisma. Repetidas veces me han asombrado ciertas observaciones que me confirman en esta idea. Por ejemplo, cuando Justine dijo de Pombal que era "uno de los grandes primates del sexo". Mi amigo nunca me había dado una impresión de capacidad; lo encontraba indulgente hacia sí mismo a un punto casi ridículo. Me parecía divertido y digno (te afecto, y su ridiculez esencial me enternecía. Pero Justine debió de ver en él al gran felino de andar silencioso que era (para ella).

En cuanto a Pursewarden, recuerdo que en el momento mismo en que se refería a la ignorancia en materia de religión, enderezó el talle y contempló su pálido rostro en el espejo. Tenía la copa a la altura de la boca, e inclinándose escupió un chorro de bebida sobre su reflejo. Me acuerdo muy bien de eso: una imagen licuefacta en el espejo de esa habitación lujosa y raída, que ahora me parece un escenario tan apropiado para la escena que se desarrollaría más tarde, aquella noche.

La plaza Zaglul; platería y palomas enjauladas. Un sótano abovedado, con un cinturón de barriles negros y un olor sofocante de boquerones fritos y de *retzinnato*. Un mensaje garabateado en el borde de un periódico. Allí derramé vino en su abrigo y, mientras trataba de ayudarla a reparar el daño, rocé accidentalmente sus senos. No hablamos una palabra. Entre tanto Pursewarden discurría brillantemente sobre Alejandría y el incendio de su biblioteca. En el cuarto de arriba gritaba un pobre infeliz, enfermo de meningitis...

Hoy, inesperadamente, un chaparrón de primavera aplana el polvo y el polen de la ciudad, agotando los cristales del estudio donde Nessim trabaja

en un croquis para el retrato de su mujer. La ha representado sentada junto al fuego, con una guitarra en las manos, un pañuelo moteado al cuello, cantando con la cabeza inclinada. Su voz se confunde en lo profundo de la conciencia de Nessim con la banda de sonido de un terremoto pasada al revés. Prodigioso tiro al arco en los parques, donde las palmeras se doblan lacias; una mitología de olas de amarilla melena atacando el Faro. De noche la ciudad se llena de sonidos nuevos, empujones y tensiones del viento, hasta dar la impresión de haberse convertido en un barco cuyas viejas cuadernas gimen y crujen a cada asalto de la borrasca.

Este es el tiempo que Scobie prefiere. Tendido en la cama, acaricia amorosamente su catalejo, lanzando una mirada anhelante a la pared de estropeados ladrillos de adobe que le oculta la vista del mar.

Scobie anda por los setenta, y sigue teniendo miedo de morir; su gran temor es despertarse una mañana y descubrir que está muerto: Teniente de navío Scobie, O. B. E. ([12]). Por eso, cada mañana se despierta con un sobresalto al oír el chillido del aguatero debajo de su ventana. Según él, durante un rato no se atreve a abrir los ojos. Manteniéndolos bien apretados (por miedo de que se abran y le revelen el celestial ejército de los querubines cantando), tantea sobre el cajón que le sirve de mesa de noche y aferra su pipa. La ha dejado cargada la noche anterior, y hay una caja de fósforos al lado. La primera bocanada del espeso tabaco de marinero le devuelve la serenidad y la vista al mismo tiempo. Sonríe. Se refocila. Subiendo hasta las orejas la pesada piel de oveja que hace de cobertor, entona su breve himno triunfal de la mañana, con una voz que cruje como papel de estaño: "*Taisez-vous, petit babouin: laissez parler votre mére.*"

Sus mejillas fláccidas de trompetista enrojecen con el esfuerzo. Reflexionando, advierte su inevitable jaqueca. Una lengua espesa de resultas del coñac de la noche anterior. Pero las perspectivas de otro día de vida pesan demasiado por comparación con esas menudas incomodidades. "*Taisez-vous, petit babouin*", etcétera, con una pausa para ajustarse la dentadura postiza. Posa los arrugados dedos sobre el pecho, y se siente confortado por los latidos de su corazón, que lucha por mantener una circulación vacilante en ese sistema venoso cuyas deficiencias (reales o imaginarias, no lo sé) sólo son compensadas por dosis cotidianas y poco menos que mortales de coñac. Scobie está bastante orgulloso de su corazón. Si se lo va a visitar mientras está en cama, es casi seguro que se apoderará de una mano del visitante para hacerle sentir los latidos de su corazón.

-Fuerte como un buey, ¿eh? ¿Verdad que late admirablemente?

Así dice, a pesar del coñac. Entonces, tragando saliva metemos la mano bajo el pijama de mala calidad, para sentir esos pequeños y tristes sobresaltos de vida, que parecen venir de muy lejos, como el corazón de un feto en el séptimo mes. Scobie se abotona el pijama con `un orgullo enternecedor, y lanza lo que él cree un rugido de salud animal.

-Salto de la cama como un león -suele añadir.

[12] Order of the British Empire. (N. dei T.)

No se puede apreciar todo el encanto de ese hombre mientras no se lo haya visto doblado en dos por el reumatismo, deslizándose fuera de las burdas sábanas de algodón como un ser desamparado. Sólo en los meses más cálidos del año sus huesos se deshielan lo bastante como para permitirle marchar erguido. En las tardes estivales se pasea por el parque, el pequeño cráneo reluciente como un sol en miniatura, la pipa apuntando al cielo, la mandíbula proyectada en una violenta mueca de salud lujuriosa.

Ninguna mitología de la ciudad estaría completa sin su Scobie, y Alejandría se empobrecerá el día en que su cuerpo macerado por el sol y envuelto en la Unión Jack, baje finalmente a la profunda fosa que lo espera en el cementerio católico contiguo a la línea del tranvía.

Su magra pensión le alcanza apenas para pagar un cuartito lleno de cucarachas en los tugurios que se extienden detrás de Tatwig Street; la redondea con un sueldo igualmente exiguo del gobierno egipcio, que le vale el orgulloso título de Bimbashi de las Fuerzas Policiales. Clea lo ha retratado maravillosamente de uniforme, con el turbante escarlata y el gran caza-moscas, grueso como una cola de caballo, cruzado con elegancia sobre sus huesudas rodillas.

Clea le proporciona tabaco, y yo admiración, compañía y, si las circunstancias lo permiten, coñac. Bebemos unas veces en homenaje a su salud, y otras para hacerlo reaccionar cuando se golpea con demasiada fuerza el pecho en una demostración entusiasta de su buen estado físico. Scobie no tiene orígenes: su pasado prolifera en una docena de continentes, como un auténtico tema mítico. Y su presencia es tan rica en salud imaginaria que no le hace falta nada más, salvo a veces un viaje a El Cairo durante Ramadán, cuando su oficina está cerrada y cabe presumir que se suspenden los crímenes en razón de la festividad.

La segunda infancia es tan imberbe como la primera. Scohie acaricia tiernamente los restos de una barba antaño florida y frondosa; lo hace con mucha suavidad, por miedo

de arrancar esos pocos pelos y quedarse completamente des- nudo. Se aferra a la vida como una lapa; cada año le va trayendo su casi imperceptible transformación, su erosión marina. Es como si su cuerpo se fuera encogiendo y reduciendo al paso de los inviernos; pronto su cráneo tendrá el tamaño del de un niño. Un año o dos más, y estaremos en condicione: de introducirlo en una botella y convertirlo en un encurtido eterno. Las arrugas se van acusando cada vez más. Sin los dientes, tiene la cara de un mono viejo; sobre la barba rala, las dos mejillas rojas como cerezas que él llama afectuosamente '.'babor" y "estribor", lucen encendidas en todas las es-taciones.

Desde el punto de vista físico, debe mucho al departamento de accesorios. En mil novecientos, una caída sobre lo alto del palo de mesana le desvió la mandíbula dos puntos al oeste-sudoeste, y le aplastó el seno frontal. Cuando habla, su dentadura se comporta como una escalera rodante, moviéndose hacia arriba y en círculo dentro de la boca como en una espiral espasmódica. Tiene una sonrisa caprichosa que aparece en cualquier lado, como la del Gato de Cheshire. En el ochenta y cuatro miró con buenos ojos a la mujer de otro (por lo menos así dice) y perdió uno de ellos. Salvo Clea, se supone que nadie está enterado de esto. pero la sustitución no es

demasiado perfecta. No se nota mucho en los momentos de calma, pero apenas Scobie se anima, la diferencia entre ambos ojos es evidente. Se plantea además un pequeño problema técnico: su ojo sano está casi siempre inyectado en sangre. La primera vez que me obsequió con una aflautada versión de "Watchmart, What of the Night?", de pie en un ángulo de la pieza y sosteniendo una vieja bacinilla en la mano, noté que su ojo derecho se movía con más lentitud que el izquierdo. Me pareció entonces una imitación aumentada de los ojos del águila embalsamada que mira lúgubre y amenazadora desde su nicho en la biblioteca pública. En invierno, sin embargo, el que palpita de un modo insoportable es el ojo falso, y Scobie siente mal gusto en la boca y anda malhumorado hasta que bebe un poco de coñac para aplacar el estómago.

Es como un perfil de protozoario en la lluvia y la niebla, porque lleva siempre consigo una especie de clima británico y sólo se siente feliz cuando puede instalarse en invierno junto a un microscópico fuego de leña y charlar. Uno tras otro sus recuerdos se van filtrando a través de la defectuosa maquinaria de su mente, hasta que al final no sabe cuáles son los propios y cuáles los ajenos. Tras de él adivino las largas olas grises del Atlántico que rompen sobre sus recuerdos, ahogándolos en espuma y dejándolo ciego. Se refiere al pasado con una serie de telegramas breves y confusos, como si las comunicaciones fueran precarias y las condiciones atmosféricas desfavorables a la transmisión. Los diez que remontaron el río en Dawson City perecieron helados. El invierno les cayó encima como un hacha, dejándolos sin sentido: whisky, oro, asesinatos... una nueva cruzada hacia el norte, hacia la región de la madera. En esa época su Hermano se ahogó en las cataratas de Uganda; en sueños vio su diminuta figura, como una mosca arrebatada por las zarpas amarillentas del agua. No, eso fue más tarde, cuando por la mira de una carabina contemplaba la caja craneana de un boer. Scobie trata de recordar exactamente cuándo ocurrió eso, la cabeza reluciente apoyada en las manos; pero las grandes olas grises están ahí, las vastas mareas patrullan entre él y sus recuerdos. Por eso se me ocurrió hablar de erosión marina mientras pensaba en el viejo pirata; su cráneo parece haber sido mondado y chupado hasta de iar sólo un delgadísimo tegumento entre su sonrisa y la del esqueleto escondido. Basta observar la caja craneana con sus muescas marcadas, los bastoncillos de hueso dentro de los dedos de cera... Como tan bien lo hiciera notar Clea, el viejo Scobie parece una pequeña y antigua máquina experimental del siglo pasado, algo tan patético y enternecedor como la primera locomotora de Stephenson.

Vive en su pequeña buhardilla como un anacoreta. "¡Un anacoreta!", es otra de sus expresiones favoritas, y al decirla apoya un dedo en la mejilla, con un chasquido vulgar, mientras su ojo móvil insinúa todas las complacencias femeninas que se permite en secreto. Pero esto no es más que un homenaje a Clea; en presencia de una "perfecta dama" Scobie se siente obligado a adoptar una actitud protectora que desaparece tan pronto ella se ha marchado. La verdad es algo más triste.

Durante un tiempo fui instructor de boy scouts -me dice sotto voce-. Con los chicos de Hackney, después que me retiré del servicio activo por invalidez. Lo malo fue que no podía quedarme en Inglaterra, viejo. La tensión era demasiado grande, a cada momento esperaba encontrarme con los titulares de News of the World: "Otro adolescente víctima de los innobles

apetitos de un instructor de boy scouts." En Hackney todo andaba bastante bien. Los chicos eran muy entendidos en cuestiones forestales. Jóvenes y saludables etonianos, como me gustaba llamarlos. Pero el instructor anterior a mí había cosechado veinte años de cárcel. Era bastante como para que uno se sintiera lleno de dudas. Son cosas que hacen pensar. No sé por qué, no lograba afincarme en Hackney. Observe que ya estoy un poco al margen de todo eso, pero me gusta la tranquilidad... por las dudas. Y en Inglaterra, no sé bien por qué, uno ya no se siente libre. Vea lo que están haciendo con los pastores, con eclesiásticos respetables. No podía dormir pensando en todo eso. Por último me fui al extranjero en calidad de preceptor privado... El padre de Toby Mannering era miembro del parlamento, y Toby buscaba una excusa para viajar. Le dijeron que necesitaba un preceptor. Toby quería entrar en la marina. Así fue como vine a parar aquí. Me di cuenta en seguida de que había la más amplia libertad. Conseguí inmediatamente un empleo en la brigada de represión del vicio, en tiempos de Nimrod Pashá. Y aquí me tiene, querido muchacho. Como ve, no he tenido motivos de queja. Si contemplo de este a oeste toda la extensión del fértil delta, ¿qué veo? Kilómetros y kilómetros de negritos angelicales.

El gobierno egipcio, con ese típico y generoso quijotismo que el Levante prodiga a todo extranjero que demuestre un poco de simpatía y amistad, le había proporcionado los me dios de vivir en Alejandría. Se murmuraba que con motivo de su nombramiento en la brigada de represión del vicio, este último había asumido proporciones tan alarmantes que había sido necesario ascender a Scobie y cambiarlo de empleo; pero él sostuvo siempre que su traslado al departamento de investigaciones criminales, donde le esperaba un trabajo de mera rutina, había sido tan sólo un merecido ascenso; yo, por mi parte, nunca tuve el valor de bromear sobre este punto. Sus tareas no son fatigosas. Trabaja dos horas por la mañana en una destartalada oficina de la ciudad alta, en compañía de las pulgas que invaden las maderas carcomidas del viejo escritorio. Almuerza modestamente en el Lutetia y, si sus fondos se lo permiten, compra una manzana y una botella de coñac para cenar en su buhardilla. Las interminables y, ardientes tardes del verano las pasa durmiendo y hojeando los periódicos que le presta un diariero griego que le tiene afecto. (Mientras lee, una vena late suavemente en lo alto de su cráneo.) La madurez es todo.

Los muebles de su cuartito revelan un espíritu muy ecléctico; los pocos objetos que ornan la vida del anacoreta tienen un sabor rigurosamente personal, como si en conjunto compusieran la personalidad de su dueño. El retrato de Clea da una sensación de plenitud total, precisamente porque ha pintado como fondo todas las posesiones del viejo. Por ejemplo, el pequeño crucifijo de pésima calidad que cuelga sobre la cabecera del lecho; hace ya algunos años que Scobie decidió aceptar los consuelos de la Iglesia Católica para compensar la vejez y los defectos de carácter que han llegado a ser en él una segunda naturaleza. Cerca del crucifijo hay una pequeña reproducción de Mona Lisa, cuya enigmática sonrisa le ha recordado siempre la de su madre. (Por mi parte, la famosa sonrisa me ha parecido siempre la de una mujer que acaba de comerse a su marido.) Sea como fuere, esa imagen ha terminado por incorporarse en cierto modo a la existencia de Scobie. Parecería que su Mona Lisa fuese diferente de las otras, y que hubiera escapado de Leonardo.

También figura, claro está, el viejo aparador que le sirve de cómoda, biblioteca y escritorio. Clea le ha concedido el tratamiento generoso que merece, pintándolo con microscópica fidelidad. Tiene cuatro estantes de elegantes bordes biselados. Lo compró en Euston Road por nueve peniques y un cuarto, en 1911, y ha dado dos veces la vuelta al mundo en su compañía. Scobie lo ofrece a la admiración ajena sin la menor malicia o timidez.

-Un mueblecito encantador, ¿no es cierto? -dice garbosamente, mientras le quita el polvo con un trapo. Luego explica en detalle que el estante superior estaba destinado a las tostadas con mantequilla, el del medio a los bizcochos, y el inferior "a dos clases diferentes de pasteles". Por el momento, sin embargo, el mueble cumple otras funciones. En el estante superior descansan el catalejo, la brújula y la Biblia; en el del medio figura la correspondencia, consistente tan sólo en el sobre donde, viene su pensión; y en el inferior reposa con tremendo gravedad una bacinilla a la que Scobie se refiere siempre como "la herencia de familia", y con respecto a la cual existe una historia misteriosa que algún día me confiará.

La habitación está iluminada por una débil lamparilla eléctrica y un manojo de bujías de junco, colocadas en un nicho donde hay también una jarra de terracota llena de agua fresca y potable. La única ventana, sin cortina, se abre a ciegas sobre una lúgubre y desollada pared de adobe. Cuando Scobie está en cama, bajo la débil luz humeante de las bujías que se reflejan en el cristal de su brújula y, pasada la medianoche, el coñac palpita en su cabeza, me hace pensar en una vieja torta de cumpleaños a la espera de que alguien se incline y apague las velas...

Cuando uno lo ha llevado a la cama por la noche, y lo ha instalado cómodamente, su última frase (aparte de un vulgar "Bésame mucho", que se acompaña siempre con una mueca y un chasquido) es más seria.

-Dime la verdad: ¿represento la edad que tengo?

Para decirlo francamente, Scobie puede tener cualquier edad; es más viejo que el nacimiento de la tragedia, más joven que la muerte del mundo ateniense. Engendrado en el Arca por el acoplamiento ocasional de un oso y un avestruz; nacido antes de término cuando la quilla crujió ominosamente al encallar en el monte Ararat. Scobie salió del vientre materno en una silla de ruedas con neumáticos, llevando un gorro de cazador y una faja de franela roja. En sus pies de dedos prensiles, un par de resplandecientes botas elásticas. En su mano, una estropeada Biblia de familia con la inscripción: "Joshua Samuel Scobie, 1870. Honrarás a tu padre y a tu madre." A esas posesiones se agregaban ojos como lunas muertas, una marcada curvatura de la espina dorsal de viejo pirata, y una predilección por las galeras de cinco filas de remos. Por las venas de Scobie no corría sangre sino agua de mar verde y salada, la sustancia de las grandes profundidades. Su andar es lento, ondulante y penoso como el de un santo recorriendo Galilea. Su lenguaje, una jerga recogida en las aguas verdes de cinco océanos, una fabulosa tienda de antigüedades, reluciente de sextantes, astrolabios, puerco espines e isobaras. Cuando canta, y lo hace con frecuencia, logra las resonancias del mismísimo Viejo del Mar. Como un santo patrono, ha ido

dejando jirones de su carne en todo el mundo, en Zanzíbar, Colotnbo, Togo, Wu Fu; trocitos perecederos que ha ido desperdigando durante tanto, tanto tiempo, viejas astas, gemelos de camisas, dientes, cabellos... Y ahora el reflujo ha dejado en seco, por encima de las rápidas corrientes del tiempo, a Joshua, el meteorólogo insolvente, el isleño, el anacoreta.

Clea, la gentil, encantadora, impenetrable Clea, es la mejor amiga de Scobie, y pasa gran parte de su tiempo junto al viejo pirata. Abandona su taller de telarañas para ir a prepararle el té y gozar de sus interminables monólogos acerca de una vida que ha periclitado hace mucho, que ha perdido su impulso vital para sobrevivir única y vicariamente en los laberintos del recuerdo.

Por lo que toca a Clea, ¿deberá creer que mi imaginación tiene la culpa de que me resulte tan difícil hacer su retrato? Pienso tanto en ella, y sin embargo advierto que en todo lo que llevo escrito hay una especie de resistencia a ocuparme directamente de su persona. Quizá la dificultad esté en que no parece existir una correspondencia entre sus costumbres y su verdadero carácter. Si describo las formas exteriores de su vida, tan sencilla, reservada y llena de gracia, corro el peligro de hacer Cl:' ella una monja para quien toda la gama de pasiones humanas ha cedido terreno ante la búsqueda absorbente de su yo mas profundo, o una virgen despechada y ensimismada que se ha apartado del mundo a causa de algún desequilibrio psíquico o de alguna herida remota que no ha podido superar.

En ella todo es como de miel, dorado y cálido; el cabello rubio y rizado, peinado hacia atrás y sujeto en un sencillo rodete bajo. El peinado realza su fisonomía franca y abierto de musa modesta, cuyos ojos verde-grises sonríen. Sus manos tranquilas poseen una eficacia y unas proporciones que sólo se advierten en el trabajo, cuando sostienen un pincel o entablillan la pata rota de un gorrión con ayuda de unos fósforos.

Debería decir algo como esto: que Clea fue vertida, todavía caliente, en el cuerpo de una joven Gracia, es decir, en un cuerpo nacido sin instintos ni deseos.

Una gran belleza, dinero suficiente para vivir con independencia, vocación... he ahí los factores que inducen a los envidiosos y los fracasados a considerar inmerecida su suerte. ¿Pero por qué, se preguntan sus críticos y observadores, no ha querido casarse jamás?

Vive de una manera modesta, aunque no mezquina, en un confortable estudio situado en una buhardilla, cuyos únicos muebles son una cama de hierro y unas cuantas sillas de playa bastante estropeadas, que durante el verano transporta a su pequeña cabaña a orillas del mar, en Sidi Bishr. El único lujo que se permite es un cuarto de baño de azulejos resplandecientes, en un ángulo del cual ha instalado una minúscula cocina que le permite preparar lo que se le antoje; eso, y una biblioteca cuyos estantes atiborrados prueban que no se priva de nada en ese sentido.

Vive sin amantes ni lazos de familia, sin malicia, sin animales domésticos, concentrada exclusivamente en su pintura, que toma en serio aunque no demasiado. La suya es también una obra feliz, porque esas telas

audaces y elegantes a la vez irradian indulgencia y humorismo. Están llenas de sentido del juego, como los niños que tanto le gustan.

Pero he cometido una tontería al decir que "no ha querido casarse". La frase la enojaría, porque recuerdo que una vez me dijo:

-Si hemos de ser amigos, no hable de mí como de alguien que se niega alguna cosa en esta vida. Mi soledad no me priva de nada, ni estoy hecha para ser diferente de como soy. Quiero que comprenda cómo he realizado mi vida, y que no se ponga a imaginar fracasos íntimos. En cuanto al amor en sí, cher ami, ya le dije que me interesa apenas, y los hombres todavía menos. He tenido pocas experiencias; en realidad una sola me marcó para siempre, y fue con una mujer. Todavía vivo en la felicidad de esa relación perfectamente consumada; cualquier sustituto físico me parecería hoy horriblemente vulgar y hueco. Pero no se imagine que mi corazón está desgarrado a la manera que se estila. No. Es curioso, pero en cierto modo pienso que nuestro amor salió ganando con la pérdida del objeto amado, como si los cuerpos se interpusieran en el camino del verdadero amor, de su auténtica realización. ¿No le parece desastroso?

Y se echó a reír.

Me acuerdo de que recorríamos la Corniche azotada por la lluvia, en otoño, bajo un cielo nublado que se iba oscureciendo. Mientras hablaba, Clea pasó afectuosamente su brazo por el mío, sonriéndome con tanta ternura que cualquiera hubiera podido confundirse y tomarnos por amantes.

-Hay otra cosa -agregó- que tal vez usted descubrirá por su cuenta. En el amor hay algo que no llamaré imperfecto, porque la imperfección está en nosotros, pero sí algo que no hemos comprendido. Por ejemplo, el amor que usted siente por Justine no es un amor diferente inspirado por un objeto diferente, sino el mismo amor que siente por Melissa y que trata de realizarse por intermedio de Justine. El amor es terriblemente estable, y a cada uno nos toca una sola porción, digamos una ración. Puede presentarse en infinidad de formas, y volcarse en una infinidad de personas. Pero es limitado en su cantidad, se gasta, se aja y estropea antes de haber alcanzado su verdadero objeto. Su meta está en alguna de las regiones más recónditas de la psiquis, donde puede llegar a reconocerse como un amor a sí mismo, fundamento sobre el que alzamos una especie de salud del espíritu. Y no me refiero al egoísmo ni al narcisismo.

Conversaciones como ésta, que se prolongaban a veces hasta muy avanzada la noche, empezaron a aproximarme a Clea, mostrándome que podía confiar en la fuerza que ella había sacado de la reflexión y el conocimiento de sí misma nuestra amistad nos permitía compartir nuestros pensamientos más íntimos y confrontarlos en una forma que no hubiera sido posible si hubiésemos estado unidos por vínculos más estrechos que, aunque parezca paradójico, separan más de lo que unen, cosa que la ilusión humana se niega a reconocer.

-Es muy cierto -me dijo un día en que yo había aludido a ese hecho tan extraño- que de alguna manera yo estoy más cerca de usted que Melissa o

Justine. El amor de Melissa es demasiado confiado, y la ciega. En cambio la cobarde monomanía de Justine inventa una representación imaginaria de usted, que lo obliga a actuar de un modo demoníaco, como ella. No me mire con enojo, se lo digo sin ninguna malicia.

Aparte de la pintura de Clea, no debo dejar de mencionar el trabajo que hace para Balthazar. Es su pintora clínica. Por alguna razón, mi amigo no se contenta con el procedimiento ordinario de registrar fotográficamente las anomalías médicas. Según su teoría personal, en ciertos estadios de las enfermedades que le interesan, tiene suma importancia la pigmentación de la piel. Por ejemplo, Clea ha registrado en una serie de dibujos coloreados de gran tamaño, terriblemente implacables y tiernos, los estragos de la sífilis en todas sus manifestaciones. En cierto sentido se trata de auténticas obras de arte; su propósito utilitario ha liberado al pintor de todo esfuerzo por expresar su propia personalidad; se ha limitado a registrar; y esos cuerpos torturados y condenados que Balthazar escoge a diario en la larga y penosa fila de pacientes que acuden a los servicios externos del dispensario, como quien va sacando de un barril las manzanas podridas, tienen la misma elocuencia que los retratos de seres humanos; vientres reventados como espoletas, pieles arrugadas y desolladas como paredes de yeso, carcinomas estallando a través de las membranas de caucho que los retienen...

Recuerdo la primera vez que la vi trabajar; había ido a la clínica para que Balthazar me diera un certificado que me reclamaban en la escuela donde enseñaba. A través de los cristales de la sala de consultas tuve una rápida visión de Clea, a quien entonces no conocía, sentada bajo el peral marchito del arruinado jardín. Tenía puesta una blusa de enfermera, y había ordenado metódicamente los tubos de colores sobre una losa de mármol. Frente a ella, sentada en una silla de paja, había un muchacha fellah, de enormes senos y cara de esfinge, con la falda recogida hasta la cintura descubriendo la parte de su cuerpo que mi amigo quería estudiar. Era un día brillante de primavera y a lo lejos se escuchaba el galope del mar. Los diestros e inocentes dedos de Clea corrían de un lado a otro del papel, seguros, eficaces, con una serena premeditación. En su cara había el arrobamiento y el placer concentrado del especialista que examina los colores de un tulipán raro.

A la hora de su muerte, Melissa preguntó por Clea, y fue Clea quien pasó largas noches a su cabecera, contándole historias y cuidándola. En cuanto a Scobie, no me atrevo a decir que la inversión de ambos constituyera un vínculo secreto, sumergido como un cable submarino que une dos continentes, porque sería una injusticia para los dos. No cabe duda de que el viejo no sospechaba nada de Clea, y en cuanto a ella, tiene demasiado tacto como para darle a entender que sus alusiones a sus proezas amorosas son absolutamente huecas. Los dos congenian a la perfección, y están encantados de su amistad que es como la de un padre y su hija. La única vez que lo escuché reprocharle que no se hubiera casado, el rostro encantador de Clea se puso redondo y lustroso como el de una 'colegiala, y fingiendo una profunda seriedad que la chispa maliciosa de sus ojos traicionaba, contestó que aún esperaba al hombre de su vida. Entonces Scobie asintió gravemente, y estuvo de acuerdo en que ésa era la conducta más sensata.

Entre una cantidad de telas polvorientas amontonadas en un rincón del estudio, encontré un día un retrato de Justine, de tres cuartos, manchado a la manera impresionista y evidentemente inconcluso. Clea contuvo la respiración y lo miró con la misma compasión con que una madre podría mirar a un hijo a quien sabe feo, pero que, sin embargo, es tan hermoso para ella.

-Oh, es muy viejo -dijo, y después de mucho pensarlo me lo regaló para mi cumpleaños. Cuelga ahora sobre la vieja y combada repisa de la chimenea, para recordarme la anhelante, incisiva belleza de esa cabeza morena tan querida. Acaba de retirar el cigarrillo de los labios, y está a punto de decir algo que su mente ha formulado pero que sólo se ha asomado a sus ojos. Los labios están separados, a punto de pronunciar las palabras.

La manía de justificarse a sí mismo se da tanto en los que tienen la conciencia intranquila como en los que buscan un fundamento filosófico para sus acciones, pero en ambos casos lleva a extrañas formas de pensamiento. Sus ideas no son espontáneas, sino *voulues*. En el caso de Justine, esa manía provocaba una corriente perpetua de ideas, de especulaciones sobre actos cometidos o por cometer, que ejercían sobre su espíritu la presión que ejerce la masa líquida en un dique. Y a pesar del lamentado desgaste de energías y del apasionado ingenio con que se examinaba a sí misma, era imposible no desconfiar de sus conclusiones, puesto que cambiaban continuamente, sin descanso. Iba rechazando teorías acerca de sí misma como quien arroja los pétalos de una flor. "¿No te parece que el amor consiste esencialmente en paradojas?", preguntó una vez a Arnauti. Recuerdo que también a mí me hizo la pregunta, con esa voz velada en que la ternura se mezclaba a veces a la amenaza.

-¿Y si te dijera que sólo he consentido en ser tuya para salvarme del peligro y la ignominia de enamorarme verdaderamente de ti? Sentía que estaba salvando a Nessim con cada beso que te daba.

Pero ése, por ejemplo, ¿podía haber sido el auténtico motivo de aquella extraordinaria escena en la playa? La duda, la duda constante y sin descanso. En otra ocasión aludió al problema desde un ángulo diferente, y quizá no menos cierto: -La moral es... ¿qué es la moral? No era pura avidez la nuestra, ¿verdad? ¿Hasta qué punto esta aventura ha cumplido todas sus promesas... por lo menos en mi caso? Nos encontramos y nos sucedió lo peor, pero sin afectar a lo mejor de nosotros mismos, es decir, a nuestros amantes. ¡Oh, no te rías, por favor!

Yo me quedaba invariablemente estupefacto y mudo frente a las perspectivas que abrían semejantes rumbos del pensamiento; y también sentía miedo, tan raro me parecía emplear esos términos necrológicos para hablar de lo que estábamos viviendo. A veces me sentía al borde de gritar, como Arnauti en una ocasión parecida: "¡Por el amor de Dios, acaba con esa manía de infelicidad, o será la catástrofe! Estás agotando nuestras vidas antes de haber tenido la oportunidad de vivirlas." Sabía muy bien lo inútil de semejante exhortación. En este mundo hay seres condenados a la autodestrucción, y ningún argumento racional influye en ellos. Justine me

hacía pensar siempre en una sonámbula que avanza peligrosamente por la cornisa de una torre; si se le grita para despertarla, hay el peligro de que se desplome. Lo único que sabía hacer era seguirla en silencio, confiando en alejarla poco a poco de los negros precipicios que flanqueaban su camino.

Por una curiosa paradoja, esos mismos defectos de carácter, esas vulgaridades de la psiquis, constituían para mí la máxima atracción de un personaje tan misterioso y en continuo movimiento. Presumo que en cierto modo esas falencias correspondían a otras debilidades de mi propio carácter, que yo tenía la suerte de ocultar mejor que ella. Sé muy bien que hacer el amor sólo era para nosotros una pequeña parte de la

- imagen total que se desprendía de una intimidad espiritual y que se multiplicaba y ramificaba diariamente en torno de nosotros. ¡Cuánto hablábamos! Noche tras noche, en los miserables cafés de la avenida costanera (tratando en vano de ocultar a Nessim y a otros amigos comunes una relación de la que nos sentíamos culpables). A medida que hablábamos nos íbamos acercando insensiblemente, hasta tomarnos de las manos o caer casi uno en brazos del otro; y no por esa sensualidad que suele afligir a los enamorados, sino como si esperáramos que el contacto físico pudiera aliviar el dolor de esa exploración de nuestras conciencias.

Sí, ésta es la más desdichada de las relaciones amorosas que puede mantener un ser humano, una relación agobiada por algo tan desgarrador como la tristeza que sigue al coito, que se aferra a todas las caricias y permanece como un sedimento en las claras aguas de un beso. "Es fácil escribir sobre los besos -dice Arnauti-, pero allí donde la pasión hubiera debido estar llena de signos y de claves, sólo servían para saciar nuestros pensamientos. No aportaban un conocimiento nuevo, como ocurre por lo común. Había tantas otras cosas de por medio." En efecto, mientras hacía el amor con ella, también yo empecé a darme plena cuenta de lo que Arnauti había querido decir al describir el Impedimento como "la sensación agostadora de yacer con una estatua deliciosa, incapaz de devolver los besos y las caricias de la carne que la toca. Había algo extenuante y corruptor en el hecho de amar tan bien y sin embargo tan poco."

El dormitorio, por ejemplo, con su luz cobriza y fosforescente, los sahumerios ardiendo en la verde urna tibetana y difundiendo un aroma de rosas en la habitación. Junto a la cama, el olor capitoso de sus polvos, que impregnan las colgaduras. Una mesa de tocador, con sus potes de cremas y ungüentos. En la cabecera de la cama... ¡el Universo de Ptolomeo! Lo ha mandado dibujar sobre pergamino, y le ha puesto un marco magnífico. Allí colgará eternamente sobre el lecho, sobre los iconos en sus nichos de cuero sobre la marcial formación de los filósofos. Kant con su gorro de dormir, subiendo la escalera. Júpiter tonante. Hay algo fútil en esa acumulación de grandes hombres, entre los cuales ha permitido la presencia de Pursesvarden. Pueden verse allí cuatro de sus novelas, aunque no sé si las ha puesto para esa ocasión (estamos cenando todos juntos). Justine rodeada de sus filósofos me hace pensar en una inválida rodeada de medicinas: cápsulas vacías, botellas y jeringas. "Cuando uno la besa -escribe Arnauti-, se da cuenta de que sus ojos no se cierran sino que se van abriendo cada vez más, con una duda, una locura que va en aumento. Su conciencia está tan despierta que la entrega del cuerpo no puede ser más que parcial; la domina

un pánico que sólo podría corresponder al que provocaría la curette. De noche se oye latir su cerebro como un despertador barato."

En la pared del fondo hay un ídolo cuyos ojos se ilumina con luz eléctrica desde dentro, y para ese esculpido mentor Justine representa su papel privado. Imagínese una lámpara colocada en el hueco de la garganta de un esqueleto, que proyecte su luz en la bóveda craneana donde meditan las órbitas vacías. Las sombras palpitan en su prisión de hueso. Cuando falta la corriente eléctrica, la lámpara es sustituida por un cabo de vela; entonces, desnuda y de puntillas, Justine introduce un fósforo encendido en el ojo del dios. Instantáneamente cobran relieve los surcos de la mandíbula, el hueso frontal pelado, la arista rectilínea de la nariz. Justine no se sentiría tranquila si ese visitante de una lejana mitología no velara sobre sus pesadillas. Debajo del ídolo se ven algunos juguetes baratos: una muñeca de celuloide, un marinero, sobre los cuales nunca he tenido el valor de interrogarla. Ha compuesto para el ídolo sus diálogos más maravillosos. Afirma que puede hablar en sueños y entonces la escucha la sabía y comprensiva máscara que ha llegado a representar lo que ella denomina "su Yo Noble". Tristemente, con una sonrisa incrédula, agrega: "Sabes, existe de verdad."

Las páginas de Arnauti se abren en mi mente mientras la observo y hablo con ella. "Un rostro demacrado por la luz interna de su terrores. En la oscuridad, después que me he dormido, ella despierta para meditar sobre alguna cosa que he dicho acerca de nuestra relación. Cada vez que abro los ojos la encuentro preocupada por algo, sentada ante el espejo, desnuda, fumando y golpeando la lujosa alfombra con su pie descalzo." Es extraño, pero cada vez que evoco a Justine la veo en ese dormitorio que ella no pudo conocer antes de que Nessim se lo diera. Allí la veo siempre, entregándose a esas terribles intimidades de las que Arnauti escribe: "No hay dolor comparable al de amar a una mujer que nos ofrece su cuerpo y, sin embargo, es incapaz de darnos su verdadero ser, porque no sabe dónde está." Cuántas veces, tendido a su lado, he rumiado esas observaciones que, para el lector común, podrían pasar inadvertidas en el flujo y reflujo de las ideas que componen *Moeurs*.

Justine no resbala de los besos al sueño -una puerta que da a un jardín privado- como lo hace Melissa. En la luz cálida, bronceada, su piel parece aun más pálida, y en

sus mejillas se abren rojas flores sabrosas que absorben la luz y la conservan. Se levanta la falda y baja un poco una de sus medias para mostrarme la oscura cicatriz sobre la rodilla, entre las dos marcas del portaligas. No puedo describir lo que siento al contemplar esa herida -como un personaje al margen del libro- y recordar su terrible origen. En el espejo, la morena cabeza, más joven y graciosa que el original al que ha sobrevivido, restituye una imagen que es el vestigio de una Justine joven, como la huella de un helecho fósil en la caliza: la juventud que ella cree haber perdido.

No puedo admitir que haya vivido de una manera tan plena en cualquier otra habitación, que el ídolo colgara en otra parte, en otro ambiente. La veo siempre subiendo la gran escalera, atravesando la galería con sus *putti* y sus helechos, y pasando por la puerta baja para entrar en la más privada de las habitaciones. La sigue la doncella negra Fatma, la etíope.

Invariablemente Justine se reclina en la cama y tiende las manos llenas de sortijas; con un aire casi alucinado, la negra va retirando los anillos de los largos dedos y los guarda en un cofrecito sobre la mesa de tocador. La noche en que Pursewarden y yo cenamos a solas con ella, nos invitó a recorrer la gran residencia, pero después de mirar las frías salas de recepción, giró de golpe sobre sus talones y nos guió escaleras arriba, en busca de un ambiente capaz de serenar a mi amigo, a quien ella admiraba y temía muchísimo.

Durante toda la velada Pursewarden había estado enfurruñado, como le sucedía muchas veces, dedicándose a beber con exclusión de toda otra actividad. El pequeño ritual con Fatma pareció librar a Justine de su timidez; ahora podía mostrarse natural, ir de un lado a otro con "ese aire insolente y errático, maldiciendo su vestido que acababa de engancharse en la puerta del aparador", o detener la marcha para apostrofarse a sí misma en el gran espejo en forma de corazón.

Nos habló de la máscara y añadió tristemente:

-Suena a algo barato y teatral, ya lo sé. Me vuelvo hacia la pared y hablo con el ídolo. Me perdono a mí misma todas mis ofensas, así como perdono a los que me ofenden. A veces rabio un poco y golpeo la pared pensando en locuras que han de parecer insignificantes a los demás o a Dios, si lo hay. Hablo a la persona a quien siempre he imaginado habitando un lugar verde y tranquilo, como el Salmo 23.

Después se acercó y puso su cabeza sobre mi hombro, mientras me ceñía entre sus brazos.

-Por eso te pido tantas veces que seas tierno conmigo. Parecía como si la casa se hubiera resquebrajado; necesito palmaditas y mimos como los que haces a Melissa. Sé muy bien que estás enamorado de ella. ¿Quién podría estarlo de mí?

Pienso que Pursewarden no era insensible a la naturalidad y al encanto del tono con que dijo esas palabras, porque se fue a un rincón del cuarto y empezó a mirar los anaqueles de libros. A la vista de sus propias obras se puso pálido, y después muy rojo, aunque no sé si de vergüenza o de cólera. Volviéndose a nosotros estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea. Una vez más giró sobre los talones con un aire de pena culpable, para examinar el terrible anaquel.

Justine dijo:

-Si no lo toma como una impertinencia, me gustaría que me dedicara uno de sus libros.

Pursewarden no contestó. Inmóvil, con el vaso en la mano, contemplaba los libros.

Luego giró bruscamente y de pronto dio la impresión de que estaba borracho; en tono feroz respondió:

-¡La novela moderna! El *grumus merdae* que dejan los criminales en el escenario de sus fechorías.

Y resbalando tranquilamente de costado, de manera que su vaso quedara bien posado en el piso, se hundió en seguida en un sueño perfecto.

Gran parte del coloquio siguiente se desarrolló junto a su tendido cuerpo. Yo lo creía dormido, pero en realidad no debía de estarlo porque después aprovechó gran parte de la conversación de Justine para escribir un cuento satírico muy cruel, que por alguna razón divirtió a Justine aunque a mí me hizo mucho daño. Describía sus ojos negros donde brillaban las lágrimas no derramadas (sentada ante el espejo, el peine deslizándose por sus cabellos, crujiendo y crepitando como su voz)

-La primera vez que oí a Nessim y supe que iba a enamorarme de él, traté de salvarlo y de salvarme. Escogí a propósito un amante, un sueco brutal y torpe, esperando herirlo y obligarlo a que renunciara a sus sentimientos. La mujer del sueco lo había abandonado, y lo le dije (¡todo antes de oírlo lloriquear!): "Díme cómo se comporta ella, y la imitaré. En la oscuridad todas somos igualmente carne y traición, por diferente que sea nuestro pelo o el olor de nuestra piel. Dímelo, y yo sonreiré con la sonrisa de la boda y caeré en tus brazos como una montaña de seda." Y todo el tiempo pensaba: "Nessim, Nessim."

De esa época recuerdo también una observación de Pursewarden que resumía su actitud hacia nuestros amigos.

-¡Alejandría! -exclamó, en uno de nuestros paseos a la luz de la luna-. Esos judíos con su misticismo de cafetería. ¿Cómo explicarlo con palabras? El lugar, la gente, ¿cómo?

Quizá estaba tramando ya su cuento tan-cruel, y buscando la mejor manera de retratamos.

-Justine y su ciudad se parecen -agregó- en que ambos tienen un sabor intenso a la vez que les falta todo carácter auténtico.

Recuerdo ahora que aquella última primavera (la última) paseábamos juntos bajo la luna llena, agobiados por el aire suavemente embriagador de la ciudad, por las silenciosas abluciones del agua y de la luna que la pulían como a un enorme cofre. Una demencia lunar en los árboles solitarios de las plazas en sombra, y las largas rutas polvorientas alejándose de medianoche en medianoche, más azules que el oxígeno.

Los rostros de los que pasaban eran como gemas, rostros en trance: el panadero en su homo, fabricando la materia para la vida de mañana, el amante apresurándose a volver a su casa, cubierto con un argentado casco de pánico, los enormes carteles cinematográficos de una magnificencia fantasmal robada a la luna, la luna que parecía deslizarse sobre los nervios, tensa como un arco.

Damos vuelta en la esquina y el mundo se convierte en una red de arterias salpicadas de plata y flanqueadas de sombra. En otra lejana punta de Kom el Dick no se ve ni un alma, salvo a veces la figura obsesionante de un policía que merodea como un deseo culpable en la conciencia de la ciudad. Nuestras pisadas resuenan con la precisión de un metrónomo en el pavimento desierto: dos hombres, en su tiempo y su ciudad, remotamente alejados del mundo, caminando como si recorrieran alguno de los lúgubres canales de la luna. Pursewarden habla del libro que siempre ha querido escribir, y de las dificultades que acosan a un hombre de la ciudad cuando se enfrenta con la obra de arte.

-Si usted se imagina a sí mismo como una ciudad dormida, por ejemplo... Puede quedarse quieto y oír todo lo que sucede, todo lo que está ocurriendo: volición, deseo, voluntad, cognición, pasión, resolución. Como las cien patas de la escolopendra que arrastran el cuerpo incapaz de impedir ese movimiento. Uno se agota tratando de circunnavegar esos inmensos campos de experiencia. Los escritores no estamos nunca libres. Podría explicárselo con mucha mayor claridad si ya hubiera amanecido. Sueño con ser musical en cuerpo y alma. Quiero estilo, armonía. No los chorritos mentales que se escapan del teletipo de la mente. Es el mal de la época, ¿no es cierto? Y explica las grandes olas de ocultismo que chapotean en derredor de nosotros.

La Cábala, Balthazar... Balthazar no comprenderá jamás que con Dios debemos tener la máxima prudencia, puesto que es Él quien determina el poderoso atractivo de todo lo más bajo de la naturaleza humana: nuestro sentimiento de insuficiencia, él miedo a lo desconocido, los fracasos personales, y sobre todo nuestro monstruoso egotismo que en la corona del mártir ve el premio de una proeza atlética difícil de lograr. La auténtica y sutil naturaleza de Dios no admite distinciones: una copa de agua pura, insípida e inodora, que solamente refresca; y no hay duda de que sólo pocos, muy pocos seres verdaderamente contemplativos pueden sentir su atracción. Para la mayoría está incluido en esa parte de su naturaleza que menos desean admitir o examinar. No creo que exista ningún sistema que no desnaturalice la idea esencial. Y todas esas tentativas por circunscribir a Dios con palabras o ideas... No hay nada que pueda explicarlo todo, aunque todo puede servir para iluminar alguna cosa. Dios mío, debo de estar borracho. Si Dios fuera alguna cosa, sería un arte. Escultura o medicina. Pero el inmenso desarrollo del conocimiento en nuestra época, la aparición de nuevas ciencias, hacen que nos resulte imposible condensar los aromas disponibles y utilizarlos.

"Quiero decir que si usted tiene una vela en la mano, puede proyectar la sombra de los vasos sanguíneos de la retina en la pared. No es lo bastante silencioso. Nunca hay allí una inmovilidad absoluta; nunca hay el silencio suficiente para alimentar al trimegisto.

De noche puede oír la carrera de la sangre en las arterias cerebrales. Los lomos del pensar. Lo hace retroceder a uno a través de los engranajes de la acción histórica: causas y efectos. Imposible descansar, imposible detenerse y empezar a mirar en la bola de cristal. Hay que trepar por el cuerpo físico, separando suavemente las masas musculares para abrirse

paso, los músculos lisos y los estriados; hay que examinar el sistema de alumbrado de las tripas en el abdomen, el páncreas, el hígado atascado de basura como un sifón de lavabo, la bolsa de orina, el rojo cinturón desabrochado de les intestinos, el suave y córneo pasillo del esófago, la glotis con su mucílago más aterciopelado que la bolsa de un canguro. ¿Qué quiero decir con eso? Que uno busca el esquema coordinador, la sintaxis de una Voluntad capaz de lograr la estabilización total y suprimir su tragedia. El sudor inunda la cara, el pánico nos invade al sentir las suaves contracciones y dilataciones de las vísceras que cumplen su tarea sin tener en cuenta para nada al hombre que las está observando y que es uno mismo. Una ciudad completa con sus actividades, una fábrica productora de excrementos, Dios mío, un sacrificio cotidiano. Una ofrenda al retrete por cada ofrenda al altar. ¿Pero dónde se encuentran? ¿Dónde está la correspondencia? Ahí en la oscuridad, junto al puente del ferrocarril, la amante de ese hombre lo está esperando con la misma gusanera indescriptible en su cuerpo y en su sangre; el vino fermenta en sus conductos, el píloro se desborda como un tubo, el inconmensurable mundo bacteriológico se multiplica en cada gota de semen, de saliva, de gargajo, de moco. Y el amante toma una columna vertebral en sus brazos, los tubos rebalsan de amoníaco, las meninges exudan su polen, la córnea brilla en su pequeño crisol..."

Lanza su risa desagradable y pueril, echando la cabeza hacia atrás hasta que la luz de la luna juega sobre sus dientes ' blanquísimos y perfectos, debajo del breve y triste bigote rubio.

En una noche como esa nuestros pasos nos llevaron hasta la casa de Balthazar, y al ver que había luz llamamos a la puerta. Esa misma noche, frente a la bocina de un viejo gramófono (y con una emoción tan profunda que era casi horror) oí la grabación, hecha por un aficionado, de la voz del viejo poeta recitando los versos que comienzan:

Voces ideales, tan amadas,
de aquellos que murieron,
y de aquellos
perdidos hoy para nosotros
como si estuvieran muertos;
a veces,
en lo hondo de un sueño,
nos hablan,
en el cerebro palpitante
un pensamiento los resucita...

Estos recuerdos fugitivos no explican nada, no iluminan nada; y sin embargo retornan una y otra vez cuando pienso en mis amigos, como si todo lo que rodeaba nuestras costumbres se hubiera impregnado de lo que ellos sentían, de los papeles que todos representábamos. El roce de los neumáticos en las olas del desierto, bajo un cielo azul y escarchado de invierno; o, en verano, el aterrador bombardeo de la luna que convertía el mar en fósforo, los cuerpos brillantes como latón, transformados en burbujas eléctricas; o la caminata hasta la última lengua de arena, cerca de Montaza, deslizándonos en la densa oscuridad verdosa de los Jardines del Rey; dejando atrás al amodorrado centinela, hasta llegar allí donde la fuerza del

mar se paralizaba bruscamente y las olas se arrastraban cojeando sobre la arena. O bien me veo andando, con ella del brazo, a lo largo de la dilatada galería, que una insólita niebla amarillenta ha oscurecido. Tiene la mano fría y la mete en mi bolsillo. Hoy, como no siente la menor emoción, me dice que está enamorada de mí, cosa que siempre se había negado a hacer. La lluvia se pone a sisear bruscamente en los grandes ventanales.

En sus ojos negros hay frialdad y diversión. En las cosas, un centro de tinieblas que tiembla y se transforma.

-Nessim me da miedo. Ha cambiado.

Nos detenemos frente a las pinturas chinas del Louvre.

-El sentido del espacio -dice con repugnancia.

Ya no hay forma, ni pigmento, ni lente: tan sólo un agujero por donde el infinito rezuma lentamente en la sala; un golfo azul donde estaba el cuerpo del tigre, vaciándose en la atmósfera inquieta de los talleres. Más tarde subimos la oscura escalera hasta el piso alto, para visitar a Sveva, poner un disco en el gramófono y bailar. La pequeña modelo pretende que su corazón se ha desgarrado porque Pombal ya no la quiere, después de un "torbellino romántico" que ha durado casi un mes.

Por su parte, mi amigo está un poco sorprendido de haber podido mantener esa relación con una sola mujer durante tanto tiempo. Se ha cortado mientras se afeitaba, y su bigote de esparadrapo le da un aire grotesco.

-Es una ciudad aberrante -dice furioso-. Estuve a punto de casarme con esa mujer. Es para enloquecer de rabia. Menos mal que el velo se levantó a tiempo. Ocurrió mientras la miraba; ella estaba desnuda frente al espejo. De golpe me dio asco, aunque admitía mentalmente que había cierta dignidad Renacimiento en esos pechos caídos, la piel cerosa, el vientre hundido y las pequeñas manos de campesina. Me senté en la cama y me dije: "¡Dios mío! ¡Es un elefante que necesita un lechada de cal!" Sveva llora en silencio tapándose con el pañuelo, mientras nos cuenta las promesas extravagantes de Pombal, que jamás se cumplirán.

-Era una relación extraña y peligrosa para un hombre que no toma las cosas en serio (oigo la voz de Pombal explicando). Como si su fría y sanguinaria caridad me hubiera devorado los centros locomotores y paralizado el sistema nervioso. Gracias a Dios estoy libre para concentrarme otra vez en mi trabajo.

Su trabajo lo preocupa. Al Consulado han empezado a llegar rumores sobre sus costumbres y opiniones. Tirado en la cama, planea una campaña gracias a la cual, además de obtener la cruz, ascenderá a un puesto donde gozará de mayor libertad de acción.

-He decidido que debo conseguir esa cruz. Voy a ofrecer una serie de fiestas, cuidadosamente graduadas. Cuento contigo, pues al principio

necesitaré unas cuantas personas corrientes para que mi patrón crea que está socialmente por encima de mí.

Claro que es un perfecto parvenu, y que ha hecho su carrera gracias a la fortuna de su mujer y a la adulación metódica de personajes poderosos. Lo peor de todo es que mi origen y mis antecedentes familiares le han provocado un innegable complejo de inferioridad. Todavía no ha decidido si me va a liquidar o no, pero ha estado sondeando el Quai d'Orsay para averiguar si estoy bien respaldado. Lo malo es esto: desde que murió mi tío, y que mi padrino el obispo se vio envuelto en el tremendo escándalo de los burdeles de Reims, no me siento tan seguro como antes. Tendré que arreglármelas para que el maldito se sienta superior a mí, y crea que necesito su patronazgo para ascender en la escala social. ¡Puah! Primero ofreceré una velada corriente, en la que sólo habrá una celebridad. ¡Ah!, ¿por qué habré entrado en la carrera? ¿Por qué no tendré una pequeña fortuna?

Todo esto lo oía yo en las lágrimas artificiales de Sveva, y después bajábamos otra vez la escalera ventosa, tomados del brazo, y yo no pensaba ni en Sveva ni en Pombal, sino en el pasaje donde Arnauti dice de Justine: "Como las mujeres que piensan por imperativos biológicos y sin ayuda de la razón. Qué error fatal entregarse a mujeres así: lo único que se oye es un suave ruido de masticación, como cuando el gato deshace el espinazo del ratón."

Las calles empapadas están resbaladizas, y el aire se ha puesto denso de humedad, una humedad ardientemente deseada por los árboles de los paseos públicos, las estatuas y otros visitantes. Justine ha cambiado de rumbo una vez más y camina despacio, la cabeza gacha, con su maravilloso vestido de seda y su capa bordeada de negro.

Se detiene ante una vitrina iluminada y me toma de los brazos para mirarme de frente, en los ojos.

-Creo que voy a marcharme -dice con voz tranquila y perpleja-. Algo le pasa a Nessim, pero todavía no sé qué es. Bruscamente las lágrimas inundan sus ojos, y añade:

-Es la primera vez que tengo miedo, y no sé por qué.

TERCERA PARTE

Aquella segunda primavera, el khamsin fue el peor que jamás haya conocido.

Antes de salir el sol, el cielo del desierto se tornaba de un marrón de arpillera, se iba oscureciendo lentamente, hinchándose como una magulladura, y dejando asomar por fin los relieves de las nubes, gigantescas octavas de color ocre que se apilaban sobre el delta como capas de ceniza al pie de un volcán. La ciudad se repliega en sí misma como si esperara la llegada de un huracán. Unas pocas ráfagas de viento, y una lluvia agria son los heraldos de la oscuridad que borra toda luz en el cielo. Y ahora, invisible en la tiniebla de las habitaciones cerradas, la arena empieza su invasión, aparece como por arte de magia entre las ropas cuidadosamente guardadas, entre los libros, sobre los cuadros y las cucharillas de té. Se mete en la cerradura, debajo de las uñas. El aire áspero solloza, reseca las mucosas de la garganta y la nariz, inyecta los ojos como en el comienzo de la conjuntivitis. Nubes de sangre seca recorren las calles como profecías; la arena se posa en el mar como los polvos en los rizos de una vieja peluca. Las estilográficas se tapan, los labios se agrietan., en las tablillas de las persianas se depositan finas películas blancas, como nieve reciente. Los faluchos fantasmales que recorren el canal van tripulados por espectros de cabeza vendada.

Cada tanto, una ráfaga cae verticalmente sobre la ciudad haciéndola girar y girar, hasta que todo, árboles, minaretes, monumentos y habitantes, parecen haber caído en el vórtice definitivo de una tromba gigantesca, que al final los devolverá suavemente al desierto de donde salieron, para retornar a la anónima superficie esculpida por las olas de las dunas...

No puedo negar que en ese momento los dos sentíamos un agotamiento espiritual que nos desesperaba, nos volvía temerarios y ávidos de descubrimientos. La culpa se apresura siempre hacia su complemento, el castigo, y sólo allí encuentra satisfacción. Un oculto deseo de expiación dictaba la locura de Justine, más intensa que la mía; quizá ambos sentía-mos oscuramente que, atados como estábamos de pies y manos uno contra el otro, sólo alguna catástrofe podría devolvernos a nuestra condición normal y vulgar. Eran días llenos de presagios y premoniciones, y nuestra ansiedad se alimentaba de ellos.

El tuerto Hamid me dijo un día que un misterioso visitante le había aconsejado que velara cuidadosamente por su amo, a quien amenazaba un grave peligro encarnado en un personaje importante. La descripción del hombre podía corresponder a Selim, el secretario de Nessim, pero también se aplicaba a cualquiera de los cincuenta mil habitantes de la provincia. Entre tanto la actitud del propio Nessim había cambiado, transformándose en una amabilidad solícita y pegajosa. Había abandonado su antigua reserva, se dirigía a mí en términos cariñosos que jamás había empleado, y me tomaba afectuosamente del brazo. A veces, mientras hablábamos, se ruborizaba de pronto, o bien se le llenaban los ojos de lágrimas y tenía que desviar el rostro para ocultarlas. Justine observaba todo eso con una preocupación que me resultaba penosísima. Pero la misma humillación y los reproches que cada

uno de nosotros se hacía por herirlo en esa forma, sólo servían para reforzar nuestra complicidad. Alguna vez Justine habló de marcharse; otra vez fui yo quien lo dijo. Pero ninguno de los dos podía moverse. Estábamos obligados a esperar el desenlace con un sentimiento de fatalidad y fatiga verdaderamente horrible.

Nuestras locuras no disminuían a pesar de esas advertencias, sino que, por el contrario, se multiplicaban. Una aterradora imprudencia regía nuestros actos, y nos conducíamos con la mayor despreocupación. Ni siquiera (y en esto me daba cuenta de que yo había perdido todo dominio de mí mismo) teníamos la esperanza de escapar al destino que nos aguardaba. Lo único que nos preocupaba locamente era no compartirlo juntos, vernos separados a la hora de la expiación... Me daba cuenta de que en esa sed de martirio nuestro amor se mostraba en su aspecto más hueco e imperfecto.

-Pienso que a veces debe repugnarte -me dijo una vez Justine- mi impura mezcla de ideas contradictorias, mi preocupación enfermiza por Dios y mi total incapacidad para obedecer a la más mínima orden moral de mi naturaleza, como por ejemplo la de ser fiel al hombre a quien adoro. Tiemblo por mí misma, querido mío. Si pudiera escapar a la aburridora y clásica judía histérica... Si pudiera salirme de su piel...

En esa época, mientras Melissa seguía un tratamiento en Palestina (para el cual yo había pedido dinero prestado a Justine), escapamos varias veces por muy poco. Cierto día Justine y yo conversábamos en el gran dormitorio de su casa. Volvíamos de bañamos en el mar, y nos habíamos metido bajo la ducha fría para quitamos la sal de la piel. Justine estaba sentada en la cama, desnuda bajo la toalla de baño que la envolvía como una túnica. Nessim se había ido a El Cairo, donde debía pronunciar por radio una alocución en beneficio de una obra de caridad. Más allá de la ventana, los árboles movían sus polvorientas copas en el aire húmedo del estío, y se escuchaba el rumor apagado de la circulación en la Rue Fund.

Desde el pequeño receptor negro instalado junto a la cama nos llegaba la voz tranquila de Nessim convertida por el micrófono en la voz de un hombre prematuramente envejecido. Las frases hueras perduraban en el silencio hasta atestar el aire de lugares comunes. Pero la voz era hermosa, era la voz de alguien que se ha despojado deliberadamente de todo sentimiento. A espaldas de Justine se abría la puerta que daba al cuarto de baño. Más atrás, en una pared blanca como de clínica, había otra puerta que daba a una escala de incendio, pues la casa había sido diseñada en torno a un patio circular, de manera que sus cuartos de baño y sus cocinas se conectaban mediante una red de escalerillas de hierro como las que se ven en la sala de máquinas de un navío. Súbitamente, mientras la voz seguía hablando y nosotros escuchábamos, nos llegó un ruido de pasos leve y juvenil en la escalera exterior al baño, unos pasos que eran sin duda los de Nessim.. o los de cualquiera de los cincuenta mil habitantes de la provincia. Mirando por encima de los hombros de Justine, vi que en los vidrios esmerilados de la puerta se dibujaban la cabeza y los hombros de un hombre pequeño y esbelto, con un sombrero blando cuya ala le bajaba sobre los ojos. La imagen iba precisándose como se precisa una fotografía en la cubeta de revelar. Se detuvo, con una mano apoyada en la falleba. Viendo la

dirección de mi mirada, Justine volvió la cabeza. Su brazo desnudo me rodeó los hombros mientras observábamos, con una calma absoluta cuyo centro, semejante a un corazón que late precipitado, era una afiebrada e importante excitación sexual, la negra figura detenida ahí entre dos mundos, proyectándose como en una pantalla de radioscopia. Nos hubiera descubierto en una actitud insensata, como si fueran a fotografiarnos, y con una expresión que no era de miedo sino de alivio inocente.

La figura permaneció allí largo rato, como sumida en profunda meditación, quizá escuchando. Luego meneó despacio la cabeza, y tras una pausa giró sobre sí misma con aire de perplejidad, para desaparecer lentamente de los cristales. Tuve la impresión de que, al volverse, deslizaba algo en el bolsillo derecho de la chaqueta. Oímos sus pasos que se iban perdiendo poco a poco, en una triste escala descendente, mientras bajaba por la escalerilla hasta el patio. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero nos volvimos con profunda atención hacia el pequeño receptor negro desde donde la voz de Nessim seguía fluyendo con una gentileza y una cortesía imperturbables. Parecía imposible que pudiera estar en dos lugares a la vez. Sólo cuando el locutor anunció que se trataba de una emisión previamente grabada, comprendimos. ¿Por qué no había abierto la puerta?

La verdad es que era presa de la vertiginosa incertidumbre que, en una naturaleza apacible, sigue a la decisión de obrar. Algo se había ido acumulando en él durante ese tiempo, poco a poco, hasta que su peso se había vuelto insoportable. Tenía conciencia del profundo cambio interior que acabaría por arrancarlo a esa larga parálisis de amor impotente que hasta entonces había guiado sus actos. La idea de una acción repentina y concreta, de un factor que se tradujera en el bien o en el mal, se le había presentado como una novedad embriagadora. Se sentía (me lo dijo más tarde) como un jugador que arriesga todo lo último que le queda de su fortuna en un solo golpe desesperado. Pero la naturaleza de su acción no estaba aún decidida. ¿Qué forma asumiría? Una maraña de atormentadas fantasías lo acosaba.

Dos corrientes principales habían concluido en ese deseo de obrar; por una parte, los informes de sus agentes acerca de Justine habían alcanzado tales proporciones que no podía seguir ignorándolos; por otra parte, lo torturaba una idea nueva y horrible que por algún motivo no se le ocurriera hasta entonces: la de que Justine había terminado por enamorarse. Toda su personalidad parecía cambiada; por primera vez se había vuelto reflexiva, meditabunda, y llena de ésos ecos de ternura que una mujer puede permitirse dedicar al hombre a quien no ama. También él, como se ve, había estado recorriendo las páginas de Arnauti.

"En un principio creí que debía dejarla que luchara por avanzar hacia mí a través de la jungla del Impedimento. Cada vez que me asaltaba la idea lacerante de su infidelidad, hacía lo posible por recordar que Justine no era una buscadora de placer sino una cazadora de dolor en busca de sí misma... y de mí. Si alguien lograba liberarla de sí misma llegaría a ser accesible a todos los hombres, y por consiguiente a mí que era quien tenía el máximo derecho sobre ella. Pero cuando empecé a ver que se fundía como un sorbete en pleno verano, se me ocurrió algo horrible: que aquél que anulara el Impe-

dimento debería quedarse con ella para siempre, pues le daría la paz que precisamente ella buscaba con frenesí a través de nuestros cuerpos y nuestros destinos. Por primera vez los celos, multiplicados por el temor, me dominaron sin tregua."

Siempre me resultó fantástico que incluso en aquel momento Nessim estuviera celoso de todo el mundo, salvo del verdadero objeto de la preocupación de Justine, es decir de mí. A pesar de las pruebas abrumadoras, no se atrevía a sospechar de mí. No es el amor el ciego, sino los celos. Pasó mucho tiempo antes de que Nessim se decidiera a creer en la frondosa documentación que sus espías habían reunido en torno a nosotros, en torno a nuestras citas y nuestra conducta. Pero a esa altura, los hechos se presentaban con una claridad tal que no quedaba la menor posibilidad de error. El problema estaba en saber lo que haría conmigo. "No me refiero tan sólo a la carne; usted se había convertido en una mera imagen interpuesta entre mi luz y yo mismo. A veces lo imaginaba agonizando, a veces marchándose. No estaba seguro. La misma incertidumbre era tan excitante que me embriagaba."

Pero paralelamente a esas preocupaciones había otras, los problemas póstumos que Arnauti había sido incapaz de resolver y que Nessim había estudiado durante años con una curiosidad típicamente oriental. Estaba muy cerca del hombre con el parche negro en el ojo, mucho más cerca que ninguno de nosotros. Y esa constituía otra situación frente a la cual Nessim no sabía con certeza cómo proceder. Si Justine estaba tratando realmente de liberarse de aquel hombre, ¿qué sentido tenía que él, Nessim, se vengara en la persona de ese ser misterioso? Y por otro lado, ¿qué hacer si yo me preparaba a ocupar el lugar que dejaría libre la imagen del otro?

Pregunté a Selim, sin andarme con rodeos, si había estado en mi departamento para prevenir al tuerto Hamid. No contestó en seguida, pero luego, agachando la cabeza, murmuró: -Mi amo no está en sus cabales estos días.

Entre tanto, mis propios asuntos habían tomado un giro absurdo e inesperado. Una noche llamaron a la puerta. Era un gallardo oficial del ejército egipcio, de botas resplandecientes y turbante, que llevaba un gigantesco matamoscas con mango
de ébano bajo el brazo. Yussuf Bey hablaba un inglés casi perfecto, que dejaba caer con descuido, eligiendo cada palabra de la manera más impecable; en su rostro negro como el carbón, lucían unos dientes pequeños y perfectos como perlas. Tenía el aire conmovedor y solemne de una sandía parlante que acabara de salir de Cambridge. Hamid trajo el tradicional café y una copa de licor pegajoso, y mientras bebíamos, el oficial me dijo que un gran amigo mío, que ocupaba un puesto importantísimo, deseaba verme lo antes posible. Pensé en seguida en Nessim, pero la sandía me aseguró que mi amigo era inglés y funcionario. No estaba en condiciones de revelar nada más. Su misión era confidencial. ¿Quería yo acompañarlo y visitar a mi amigo?

Una gran desconfianza me invadió. Alejandría, en apariencia tan pacífica, no era en realidad un sitio seguro para los cristianos. La semana

anterior Pombal me había contado la historia del vicecónsul sueco, cuyo automóvil había sufrido un desperfecto en la carretera de Matrugh. El vicecónsul había dejado a su mujer en el auto mientras iba a pie hasta el teléfono más cercano para pedir que le enviaran otro coche desde el consulado. A su regreso, la había encontrado sentada en el mismo lugar donde la había dejado... pero sin cabeza. Acudió la policía, y se hicieron investigaciones prolijas en el distrito. Entre los interrogados había algunos beduinos acampados en las inmediaciones. Mientras negaban acaloradamente toda relación con lo sucedido, la cabeza perdida cayó del delantal de una de las mujeres. Los beduinos habían tratado de arrancarle los dientes de oro que afeaban la sonrisa oficial de la señora. Este tipo de incidente no era tan raro como para que resultase agradable recorrer los barrios desconocidos de la ciudad al anochecer, y no me sentía nada contento cuando subí con el oficial a un automóvil militar conducido por un chófer uniformado, y vi que íbamos hacia los barrios peor afamados de la ciudad. Yussuf Bey acariciaba su bigotillo bien recortado con el aire de un músico que afina su instrumento. Era inútil insistir en hacerle preguntas, y yo no quería traicionar mi ansiedad. Acabé por rendirme en secreto, encendí un cigarrillo y observé cómo fluía a nuestro paso la cinta cambiante de la Corniche.

El auto se detuvo y el oficial me llevó a pie por un dédalo de callejuelas y atajos próximos a la Rue Des Soeurs. Si su propósito era el de extraviarme, lo logró casi en seguida. Marchaba con paso liviano y seguro, canturreando en voz baja. Por último desembocamos en una calle suburbana llena de tiendas, y nos detuvimos frente a una gran puerta tallada que el oficial empujó después de hacer sonar la campanilla. Un patio con una palmera raquítica; el sendero que lo atravesaba estaba iluminado por dos débiles linternas posadas en el suelo. Lo cruzamos y subimos unas escaleras hasta quedar debajo de una lamparilla esmerilada que arrojaba una cruda luz sobre una puerta alta y blanca. El oficial llamó, entró y saludó con un solo movimiento. Lo seguí a. una habitación muy grande, bastante elegante y cálidamente iluminada, con el piso bien lustrado y cubierto por hermosas alfombras árabes. En un ángulo, ante un escritorio lleno de incrustaciones, vi a Scobie que parecía montado en una bicicleta anticuada e incómoda, y cuyo gesto de suficiencia e importancia se superponía a la sonrisa de bienvenida con que me acogió.

-Dios mío -exclamé.

El viejo pirata soltó un cloqueo de mal actor, y dijo:

-¡Por fin, hombre, por fin!

No se levantó para recibirme; siguió instalado en su incómoda silla de respaldo alto, el turbante en el cráneo, el cazamoscas sobre las rodillas, y un aire bastante impresionante. Observé una nueva estrella en su hombro, testimonio de vaya a saber qué ascenso de categoría y de poder.

-Siéntese -me dijo, con un torpe movimiento de la mano que hacía pensar en un gesto del Segundo Imperio.

El oficial se marchó sonriendo. Me daba la impresión de que Scobie no se sentía demasiado cómodo en ese ambiente tan lujoso. Se hubiera dicho que estaba a la defensiva.

--Les pedí que lo trajeran -me dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro teatral- por una razón especialísima.

Sobre el escritorio había una pila de ficheros verdes, y un cubretetera con un curioso aspecto espectral. Me senté. Scobie se levantó entonces rápidamente y abrió la puerta. Del otro lado no había nadie. Puso el cubretetera sobre la mesita del teléfono, y volvió a sentarse. Echándose hacia adelante, eligió las palabras, revolvió su ojo de vidrio con un aire solemne de conspirador y me dijo:

-Ni una palabra a nadie, viejo. Jure que no dirá nada. Juré.

-Me han nombrado jefe del Servicio Secreto.

Las palabras silbaban un poco entre los dientes postizos. Asentí, estupefacto. Scobie respiró profundamente, como si le quitaran un gran peso de encima, y prosiguió:

-Está por estallar una guerra, viejo. Información interna. Apoyó su largo dedo índice en la sien.

-Está por estallar una guerra. El enemigo trabaja noche y día, amigo mío, infiltrado entre nosotros.

No podía discutir sus afirmaciones. Sólo cabía maravillarse ante el nuevo Scobie que estaba viendo, tan parecido a la ilustración de una revista escandalosa.

-Usted puede ayudarnos a liquidarlos -prosiguió con aire perentorio-. Queremos que se ponga de nuestro lado. Sonaba muy bien, y esperé más detalles.

-La pandilla más peligrosa está aquí, en Alejandría -dijo el viejo, con una voz sonora y crujiente a la vez-, y usted se halla justamente en el medio. Todos son amigos suyos.

A través de las cejas fruncidas y del ojo de vidrio que se revolvía excitado, entreví de pronto la imagen de Nessim en una súbita intuición, Nessim sentado ante su gran escritorio en la fría oficina de muebles de acero, mirando un teléfono que sonaba, la frente cubierta de gotas de sudor. Esperaba un mensaje referente a Justine... una nueva puñalada. Scobie meneó la cabeza.

-No es tanto él -dijo-. Desde luego también está complicado, pero el jefe es un tal Balthazar. Mire lo que ha encontrado la censura.

Sacó una ficha de una de las cajas verdes y me la alcanzó. Balthazar tiene una letra bellísima, y la tarjeta era evidentemente suya, pero no pude

dejar de sonreír y ver que al dorso figuraba tan sólo el pequeño diagrama del bustrofedón, en forma de tablero de ajedrez. En las casillas había caracteres griegos.

-El maldito está tan seguro que envía sus mensajes por correo -dijo Scobie.

Estudié el diagrama, tratando de recordar lo poco que había aprendido sobre la escritura secreta.

-Es un sistema basado en la enésima potencia. Imposible leerlo -dijo Scobie en un susurro-. Se reúnen regularmente para intercambiar sus informaciones. Lo sabemos con toda certeza.

Mientras sostenía delicadamente la tarjeta entre los dedos, me pareció que escuchaba la voz de Balthazar diciendo: "La misión del pensador es sugerir; la del santo, callar su descubrimiento."

Scobie se había reclinado en su asiento con evidente satisfacción. Se pavoneaba como un palomo con el buche hinchado. Quitándose el turbante, lo examinó con una superioridad llena de complacencia, y lo puso sobre el cubretetera. Luego se rascó el cráneo hendido con los dedos huesudos.

-Imposible descifrar el código -dijo-. Tenemos docenas de tarjetas como esas -agregó, mostrándome un fichero lleno de copias fotostáticas-. Todos los especialistas en códigos secretos se han estrellado contra ellas, incluso los especialistas de la universidad. No hay nada que hacer, viejo. Sus palabras no me sorprendían. Deposité la tarjeta entre las copias fotostáticas, y lo miré.

-Aquí es donde usted interviene --me dijo con una mueca-, siempre que esté de acuerdo. Queremos que descifre el código, aunque le lleve años. Huelga decir que la recompensa será más que generosa. ¿Qué le parece?

¿Qué podía parecerme? La idea era demasiado deliciosa para dejarla pasar. Además, mi trabajo en la escuela había sido tan irregular en los últimos meses que estaba seguro de que no me renovarían el contrato. Siempre llegaba tarde, después de una cita con Justine, y no me preocupaba por corregir los trabajos de los alumnos. Me había vuelto irritable y mal-humorado con los colegas y las autoridades. Ahora se me presentaba la oportunidad de independizarme. Oí en mi recuerdo la voz de Justine diciendo: "Nuestro amor se ha convertido en una cita terriblemente inexacta de un proverbio popular", en el mismo momento en que me inclinaba hacia adelante y hacía un gesto de asentimiento. Scobie soltó un suspiro de alivio y alegría, y una vez mas entró en la piel del pirata. Confió la oficina a un tal Mustafá, que parecía vivir en algún rincón del negro teléfono (Scobie miraba siempre el receptor mientras hablaba, como si fuera un ojo humano). Salimos juntos, y un auto de la policía nos llevó hacia el mar. Los restantes detalles de mi empleo podían discutirse frente a la botellita de coñac que esperaba oculta en el aparador, junto a la cama de Scobie.

Decidimos bajar del auto en la Corniche, y seguir a pie el resto del trayecto bajo una luna agresiva y brillante, observando cómo la ciudad vieja se disolvía y volvía a armarse en los jeroglíficos de la niebla, aplastada por la inercia del desierto que la rodeaba, del verde delta aluvional que impregnaba sus huesos y creaba su escala de valores. Scobie charlaba como una cotorra. Me acuerdo que lamentaba haber quedado huérfano a una edad tan temprana. Sus padres habían muerto en circunstancias dramáticas, que le daban gran motivo de reflexión.

-Mi padre fue uno de los promotores del automovilismo, viejo. Las primeras competiciones en carretera, a un máximo de veinte millas por hora... imagínese el resto. Tenía un landó, me-parece verlo sentado al volante, con sus grandes bigotes. El coronel Scobie, Comandante del regimiento de lanceros. Mi madre iba a su lado, viejo. No lo abandonaba nunca, ni siquiera en las carreras. Le servía de mecánico. Los periódicos los fotografiaban siempre a la salida, envueltos en velos como los colmeneros. Sólo Dios sabe por qué los primeros automovilistas usaban siempre esos velos; el polvo, supongo.

Pero los velos habían sido su perdición. Al tomar una curva en la tradicional carrera Londres-Brighton, el velo de su padre se había soltado, enredándose en el eje delantero del auto y arrastrándolo consigo hasta arrojarlo por tierra, mientras su compañera se estrellaba de frente contra un árbol. -El único consuelo es que ese era el modo de terminar que hubiera preferido. Llevaban un cuarto de milla de ventaja. Siempre me han encantado las muertes ridículas, y me costaba una enormidad contener la risa mientras Scobie describía esa desgracia haciendo girar prodigiosamente su ojo de vidrio. Pero mientras hablaba y yo lo escuchaba, una parte de mi pensamiento seguía un camino paralelo, y se ocupaba de la nueva tarea que iba a emprender, calculando la libertad que me ofrecía. Esa misma noche Justine se encontraría conmigo cerca de Montaza; el lujoso automóvil zumbaría como una falena en la penumbra de la carretera que las palmeras refrescaban. ¿Qué diría Justine de la novedad? Estaría encantada, por supuesto, al verme libre de los grilletes de mis trabajos habituales. Pero una parte de su ser se lamentaría en secreto al pensar que esa liberación sólo serviría para darnos mayores oportunidades de concretar, de definir plenamente nuestra autenticidad, de entregarnos sin disimulo a nuestros jueces. Esa era otra paradoja del amor: lo que había servido para aproximarnos más -el bustrofedón-, nos hubiera separado para siempre si hubiésemos tenido las virtudes que esa escritura simbolizaba, enclaustrándonos en nuestra individualidad que se cernía sobre la imagen apasionada del otro. -Entre tanto -como habría de decir Nessim con ese tono tranquilo, lleno del sombrío recato que trasunta la voz de quienes han amado de verdad y no han sido correspondidos-, entre tanto yo me hallaba en el vórtice de una vertiginosa excitación que sólo podía encontrar remedio en la acción; pero aún no alcanzaba a discernir la manera de actuar. A los arrebatos de confianza en mí mismo sucedían depresiones tan profundas que me parecía imposible arrancarme de ellas.

Con la vaga sensación de que me estaba preparando para una prueba, como un atleta, empecé a tomar lecciones de esgrima y aprendí a tirar con

pistola automática. Estudiaba la composición y los efectos de los venenos en un manual de toxicología que me había prestado el doctor Fuad Bey.

Los sentimientos que se acumulaban en él ya no admitían ningún análisis. Los períodos de embriaguez y arrebato fueron seguidos de otros en que se sentía agobiado, como la primera vez, por el peso de su soledad; para ese profundo sufrimiento espiritual no encontraba todavía una expresión, ya fuese en la pintura o en sus propios actos. Rumiaba incesantemente sus aros de juventud, plenos de una riqueza que lo acosaba; la sombría casa de su madre entre las palmeras y las poinsettias de Abukir; el agua resbalando y deslizándose junto a las murallas del viejo fuerte, los días de su primera infancia sintetizados en emociones singulares que surgían de sus recuerdos visuales. Se aferraba a esos recuerdos con un terror y una lucidez que jamás había experimentado antes. Y todo el tiempo, detrás de la pantalla de la depresión nerviosa -pues la acción incompleta que meditaba le producía la misma impresión que un coitus interruptus- palpitaba el germen de una exaltación deliberada e irrefrenable. Era como si se sintiera impulsado a acercarse cada vez más... ¿a qué? No podía decirlo; pero en ese punto lo invadía su viejo temor de volverse loco, perturbando su equilibrio físico al punto de acometerle crisis de vértigo que lo obligaban a andar a tientas como un ciego, buscando un sillón o un sofá donde dejarse caer. Se quedaba así, jadeando un poco mientras el sudor le cubría la frente, sintiendo a la vez el alivio de que su lucha interior no fuera perceptible para quienes lo miraban por casualidad.

También entonces empezó a descubrirse repitiendo en voz alta ciertas frases que su conciencia se negaba a escuchar.

"Muy bien -le oyó decir Justine delante del espejo-, ¡de manera que te estás poniendo neurasténico!" Y más tarde, cuando salía bajo un cielo constelado, con su smoking de corte perfecto, Selim que esperaba en el volante del auto le oyó agregar: "Creo que esa zorra judía me ha devorado la vida "

A veces llegaba a alarmarse al punto de buscar, si no la ayuda, por lo menos el aplazamiento que significaba el contacto con otros seres humanos: un médico que le recetó un tónico a base de fósforo y un régimen que no siguió. El espectáculo de un grupo de carmelitas, tonsurados como mandriles, cruzando Nebi Daniel, lo incitó a reanudar su interrumpida amistad con el padre Paul, que le había parecido en otro tiempo un hombre profundamente feliz, metido en su religión como una navaja en un estuche. Pero los consuelos verbales que ahora podía ofrecerle esa especie de bestia feliz, afortunada y desprovista de toda imaginación, le dieron náuseas.

Una noche se arrodilló junto a su cama -no lo hacía desde los doce años- con la deliberada intención de rezar. Se quedó así largo rato, mentalmente aturdido, la lengua trabada, incapaz de formar una sola palabra, un solo pensamiento. Lo dominaba una horrorosa inhibición, una especie de parálisis mental. Se quedó así hasta no poder más, hasta sentir que estaba a punto de ahogarse. Entonces se tiró en la cama y se cubrió la cabeza con las sábanas mientras murmuraba juramentos entrecortados y quejas involuntarias, sin saber de qué región de su ser brotaban.

No obstante, en su apariencia exterior no se advertían señales de esa lucha; sus palabras seguían siendo secas y mesuradas a pesar de la fiebre que quemaba su pensamiento. El médico lo felicitó por sus excelentes reflejos, y le aseguró que en su orina no había exceso de albúmina. Alguna jaqueca de vez en cuando sólo era indicio del petit mal, o de cualquiera de las otras indisposiciones características de los ricos y los holgazanes.

Por su parte, Nessim aceptaba ese sufrimiento mientras fuera gobernado por su conciencia. Lo único que lo aterraba era la sensación de total soledad, una soledad real pero que, bien lo sabía, jamás podría transmitir a sus amigos o a los médicos, para quienes esas anomalías del comportamiento no eran más que síntomas de una afección corporal.

Trató febrilmente de dedicarse otra vez a la pintura, pero sin resultado. La conciencia de sí mismo actuaba como un veneno que se mezclaba a los colores, haciendo de sus pinturas algo muerto y apagado. Cada vez que tomaba los pinceles tenía la penosa impresión de que una mano invisible le tiraba de la manga todo el tiempo, frenándolo, quitándole toda libertad y soltura de movimientos.

Asediado por ese amenazador crepúsculo de los sentimientos, y en un vano esfuerzo por recobrar el equilibrio y la compostura, reanudó una vez más la tarea de terminar el Palacio de Verano, como llamaba en broma al conjunto de cabañas y caballerizas de estilo árabe situadas en Abusir. Tiempo atrás, en el curso de una cabalgata a Benghazi por la costa vacía, había descubierto una ondulación del desierto a menos de una milla del mar, donde surgía un manantial entre las espesas arenas, deslizándose rumbo a las playas desoladas antes de ser absorbido y tragado por las dunas. Los beduinos, con esa aridez de verdor que se ocultaba en el corazón de todos los amantes del desierto, habían plantado allí una palmera y una higuera, cuyas raíces se habían afianzado en las rocas de donde surgía el hilo de agua. Mientras daba descanso a los caballos a la sombra de aquellos árboles jóvenes, Nessim contempló maravillado el panorama lejano del viejo fuerte árabe y la gran cicatriz blanca de la playa solitaria donde las olas golpeaban noche y día. Las dunas formaban allí un largo valle que su imaginación empezó a poblar de palmeras susurrantes e higueras verdes cuya sombra espesa, como ocurre siempre cerca de los manantiales, parece envolver la cabeza con un lienzo húmedo. Durante un año dejó que el lugar madurara en su imaginación; solía cabalgar hasta allí para estudiar el terreno en diferentes épocas y climas, hasta conocer perfectamente sus características. No había dicho ni una palabra a nadie, pero abrigaba la secreta idea de levantar una casa de verano para Justine, un oasis en miniatura donde ella pudiera guardar sus tres caballos árabes y pasar la época de los grandes calores entregada a sus diversiones favoritas: los baños de mar y la equitación.

El manantial había sido ahondado y canalizado; el agua llenaba la cisterna de mármol en el centro del pequeño patio pavimentado de áspera arenisca, en torno al cual se alzaban la casa y las caballerizas. A medida que crecía el caudal de agua aumentaba también el verdor; la sombra engendró las formas erizadas y abstractas de los cactos y la exuberancia silvestre del

maíz. Con el tiempo llegaron a cultivarse melones, que eran allí como exquisitos desterrados de Persia. Una caballeriza de severo estilo árabe daba la espalda a los vientos invernales, y una serie de depósitos y pequeños salones con ventanas enrejadas y persianas de hierro negro se disponían en forma de L.

Dos o tres dormitorios exiguos, no más grandes que las celdas de los .monjes medievales, daban directamente a una hermosa habitación central oblonga, de techo bajo, que servía de salón y comedor; en el fondo se alzaba la chimenea maciza y blanca, decorada en su dintel con los motivos de los ceramistas árabes. En la parte opuesta había una mesa y bancos de piedra que recordaban los refectorios de los antiguos monjes del desierto. Desmentían la severidad de la estancia las lujosas alfombras persas y los enormes cofres tallados y dorados, de cerraduras curvadas y aplicaciones de cuero lustrado. En todo se advertía esa estudiada simplicidad que constituye el más alto refinamiento del gusto. En las severas paredes enjalbegadas, cuyas ventanas con rejas ofrecían extraordinarias vistas de la playa y el desierto, colgaban algunos trofeos de caza o de la vida contemplativa: un pendón de lanza árabe, un mandala búdico, algunas azagayas en exilio, un arco que todavía se usaba para cazar liebres, un gallardete de yate. No había libros, salvo un viejo Corán con tapas de marfil y broches de metal deslustrado, pero sí varios juegos de cartas en el alféizar de las ventanas, incluyendo el Gran Tarot para aficionados a la adivinación y un juego de paciencia. En un ángulo, un viejo samovar satisfacía el único gusto que Justine y Nessim compartían: el té.

Los trabajos avanzaron lentamente y con muchas vacilaciones, hasta que Nessim, incapaz de seguir guardando su secreto, llevó a Justine a visitar la casa. Ella no había podido contener las lágrimas mientras recorría las hermosas habitaciones, asomándose a las ventanas para apresar, ya una imagen del mar de esmeralda rompiendo en la playa, ya una visión atormentada de las dunas que se perdían hacia el este en la línea del horizonte. Se sentó luego bruscamente junto al fuego de ramas espinosas, vestida todavía de amazona, y escuchó el nítido y suave tamborileo del mar en las dilatadas playas, mezclado con los relinchos y el golpear de cascos de los caballos del otro lado del patio. Moría el otoño, en la penumbra húmeda empezaban a brillar las luciérnagas, y les alegró pensar que aquel oasis albergaría otras vidas además de las suyas.

Nessim había comenzado la obra, y a Justine le tocaba terminarla. La pequeña terraza bajo la palmera fue ampliada hacia el este y protegida por una pared a fin de atajar el avance implacable de las arenas que durante el invierno ventoso sepultarían bajo una capa de seis pulgadas las piedras del patio. Un seto de enebros proporcionó una capa de humus cobrizo, que con el tiempo se convertiría en suelo firme y permitiría el desarrollo de los arbustos y más tarde de los árboles.

Justine tuvo buen cuidado, además, de recompensar las atenciones de su marido favoreciendo lo que constituía entonces su pasatiempo preferido: la astronomía. En un ángulo del cuerpo de edificios en forma de L hizo instalar un pequeño observatorio con un telescopio de treinta aumentos. Nessim pasaba allí las noches de pleno invierno con su vieja abba de color

herrumbre, contemplando gravemente a Betelgeuse o examinando tablas astronómicas como un astrólogo medieval. Sus amigos podían contemplar la luna desde allí, o bien, modificando la posición del tubo, percibir vagamente las nubes nacaradas que la ciudad parecía exhalar a lo lejos.

Como era lógico, pronto hubo que pensar en un guardián, y nadie se sorprendió cuando Panayotis hizo su aparición y se instaló en un cuartito contiguo a las caballerizas. Aquel viejo, con su barba de pope y sus ojillos penetrantes, había sido maestro en Damanhur durante veinte años. Luego se ordenó y pasó nueve años en el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Era imposible saber el motivo que lo había llevado al oasis, porque en algún momento de su vida aparentemente monótona le habían cortado la lengua. A juzgar por los signos con que respondió a las preguntas, cabía deducir que había iniciado una peregrinación a pie al pequeño santuario de San Menas, que se alzaba más al oeste, y que en el curso de su viaje había pasado por el oasis. Como quiera que fuese, su decisión de quedarse allí no parecía fortuita. Era exactamente lo que Nessim necesitaba, y a cambio de un modesto salario se quedó todo un año como guardián y jardinero. Era un viejecito muy vigoroso, activo como una hormiga, terriblemente celoso de todo el verdor nacido de su trabajo y de su ingenio. A él se debió la plantación de melones, y hasta llegó a persuadir a una parra de que se enroscara en las jambas de la puerta principal. Su risa era un cloqueo inarticulado, y escondía la cara, por timidez, en las mangas andrajosas de su vieja sotana de muñidor. Su locuacidad griega, no pudiendo manifestarse por la vía ordinaria, confluía en sus ojos donde chispeaba y danzaba a la menor observación o pregunta. ¿Qué más se podía pedir a la vida, parecía decir, que ese oasis junto al mar? ¿Qué más, en efecto?

Tal era la pregunta que Nessim se repetía mientras el automóvil avanzaba zumbando hacia el desierto, y Selim, el de cara de halcón, permanecía impasible en el volante. Pocas millas antes del fuerte árabe, la ruta se aparta de la costa para penetrar en el interior, y antes de llegar al oasis hay que salir del macadam y flanquear la línea de dunas rígidas y escamosas, como claras de huevo batidas a punto de nieve, sembradas de centelleantes fragmentos de mica. Cada vez que las ruedas delanteras del auto amenazan hundirse en las dunas, el lecho de arenisca friable que sirve de espina dorsal al promontorio les proporciona un nuevo punto de apoyo. Nessim sentía la embriaguez de avanzar cortando ese mar de crepitante blancura, como un cúter con viento en popa.

Desde hacía tiempo Nessim pensaba -aunque la sugestión la hubiera hecho Pursewarden- recompensar la abnegación del viejo Panayotis con el único regalo que el anciano podía comprender y aceptar. Traía ahora en su portafolios una dispensa del Patriarca de Alejandría para que Panayotis pudiera erigir en su casa una capilla consagrada a San Arsenio. La elección del santo había sido casual, como debería serlo siempre. En una tienducha de El Cairo, Clea había encontrado entre montones de trastos viejos un icono del siglo dieciocho de excelente calidad, que representaba a San Arsenio, y lo había regalado a Justine para su cumpleaños.

Tales eran los tesoros que desempaquetaron ante los ojos inquietos y calculadores del viejo. Les llevó tiempo hacerle comprender lo que le traían,

porque entendía mal el árabe y Nessim no sabía griego. Por fin, después de mirar una vez más la dispensa, el viejo juntó las manos y levantó la cabeza sonriendo; parecía a punto de derrumbarse bajo el peso de la emoción que lo embargaba. Comprendía todo. Sabía ahora por qué Nessim se había pasado horas estudiando los fondos de las caballerizas y trazando planos en un papel. Le estrechó calurosamente las manos, profiriendo cloquos inarticulados. Nessim contemplaba emocionado y con cierta envidia maliciosa la plenitud de alegría que provocaba esa recompensa. Desde lo más profundo de la cámara oscura de su mente, estudiaba al viejo muñidor como si concentrándose pudiera sorprender la simplicidad de espíritu que le daban esa felicidad y esa paz.

"Por lo menos -pensaba Nessim-, trabajar aquí con mis propias manos me devolverá el equilibrio, me impedirá pensar." Y estudiaba las viejas manos apergaminadas del griego, lleno de admirativa envidia al pensar en el tiempo que habían matado para su benenficio, en los pensamientos que le habían ahorrado. Leía en ellas años y años de sana actividad corporal que encarcela los pensamientos y neutraliza el exceso de reflexión. Y sin embargo... ¿quién podía saber? Todos los años de enseñanza, luego la temporada en el monasterio, y ahora la larga soledad invernal que envolvía el oasis, cuando sólo la resonancia y el chapoteo del mar, los crujidos de las palmeras, acompañaban los pensamientos... Pensó que siempre había tiempo para las crisis espirituales, y siguió mezclando empecinadamente el cemento y la arena en un mortero de madera.

Pero ni siquiera allí conocería la soledad, pues Justine, con esa exasperante solicitud culpable que sentía ahora por el hombre a quien quería y sin embargo trataba de destruir, apareció con su trío de caballos árabes y plantó sus cuarteles de verano en el oasis. Un demonio familiar vivo, inquieto, caprichoso. Entonces, impulsado por la terrible angustia que me producía su ausencia, le envié a escondidas unas líneas diciéndole que volviera o si no que convenciera a Nessim de que me invitase al Palacio de Verano. Selim llegó puntualmente con el coche y me condujo al Palacio, sumido en un silencio comprensivo en el cual no se animó a insinuar la menor traza de desprecio.

Por su parte Nessim me recibió con estudiado afecto; en realidad se alegraba de tenernos cerca, de separarnos de la trama ficticia creada por los informes de sus espías, de juzgar por sí mismo si estábamos... ¿qué decir? "¿Enamorados?". La palabra implica una totalidad que faltaba a un amante; Justine se parecía a una diosa antigua en el sentido de que sus tributos proliferaban en el curso de su vida sin condensarse en una cualidad singular que pudiera ser objeto de amor o de odio. "Posesión", por otro lado, es una palabra demasiado fuerte: éramos seres humanos, no caricaturas a la manera de la Bronté. Pero no hay en nuestra lengua una palabra (como la tiene el griego moderno) capaz de expresar los matices del amor-pasión.

Además, como yo ignoraba el giro de los pensamientos de Nessim, era incapaz de apaciguar sus temores más íntimos, diciéndole que Justine estaba tejiendo conmigo la misma trama obsesiva que yo había seguido en las páginas de Arnauti. Justine se estaba creando un deseo alimentado secretamente de sí mismo, y que acabaría por gastarse como la mecha de

una lámpara o apagarse de golpe. Esto lo sabía sólo una parte de mi yo, pero allí descubrí lo que realmente faltaba a nuestra unión. No se fundaba en un sosiego de la voluntad. Y sin embargo, Justine parecía vivir por obra de magia, era una amante tan llena de ingenio y de encanto que uno se preguntaba cómo había podido enamorarse de otra mujer antes que ella y haber quedado satisfecho con ese amor.

Al mismo tiempo me asombraba comprobar que aquella parte de mí mismo que seguía unida a Melissa vivía su propia existencia autónoma y le pertenecía con tanta calma como seguridad, aunque no deseaba que volviera. Sus cartas eran largas y alegres, sin una sombra de reproche o de queja; todas sus palabras demostraban que tenía cada vez más confianza en sí misma. Me describía el pequeño sanatorio donde estaba internada con vivacidad y sentido del humor, y hablaba de los médicos y los demás pacientes como si estuviera pasando sus vacaciones en un hotel. Por las cartas se hubiera dicho que había crecido, que se había transformado en otra mujer. Yo le contestaba lo mejor que podía pero me era difícil disimular la negligencia y la confusión que reinaban en mi vida; me resultaba igualmente imposible aludir a la obsesión que era para mí Justine: nos movíamos en un mundo distinto de flores, libros o ideas, un mundo completamente ajeno a Melissa. Las circunstancias, no la falta de sensibilidad, le habían cerrado las puertas de acceso a ese mundo. "La pobreza excluye -decía Justine- y la riqueza aísla." Pero ella había logrado entrar en ambos mundos, el de la privación y el de la abundancia; por eso tenía la posibilidad de vivir con naturalidad.

Allí por lo menos, en el oasis, teníamos la ilusión de una felicidad que la vida de la ciudad nos negaba. Nos levantábamos temprano y trabajábamos en la capilla hasta que comenzaba el calor; entonces Nessim se retiraba al pequeño observatorio para ocuparse de sus negocios mientras Justine y yo nos dirigíamos a través de aquellas dunas como de plumas en dirección al mar donde pasábamos largo rato nadando y conversando. A una milla aproximadamente del oasis, la fuerza de las olas había levantado un circo de arena que rodeaba una laguna poco profunda, y a un costado, apoyada en el pecho de la duna, una choza de cañas, cubierta de hojas, ofrecía al bañista sombra y lugar para cambiarse. Pasábamos allí la mayor parte del día. Recuerdo que acabábamos de enterarnos de la muerte de Pursewarden y hablábamos de él con ardor y espanto, como si por primera vez intentáramos seriamente valorar un personaje cuyas características habían encubierto su verdadera naturaleza. Se hubiera dicho que al morir había abandonado su personaje terreno para asumir en cierto modo las grandiosas proporciones de su obra, que adquiría más relieve a medida que se iba desvaneciendo el recuerdo del hombre. La muerte proporcionaba un nuevo criterio y daba una nueva estatura intelectual al hombre brillante, ineficaz y a menudo tedioso con quien nos habíamos enfrentado. En adelante sólo podríamos verlo a través del espejo deformante de la anécdota o del prisma polvoriento del recuerdo. Tiempo después oí preguntar si Pursewarden era alto o bajo, si usaba o no bigote, y esos simples recuerdos eran los más difíciles de recobrar, los más inseguros. Entre quienes le habían conocido bien, unos aseguraban que tenía los ojos verdes, otros que los tenía castaños... Era pasmoso ver con qué rapidez la imagen se disolvía en la figura mítica que él mismo se había forjado en su trilogía Dios es un humorista.

Durante aquellos días de sol enceguecedor, hablábamos de él ansiosamente como si quisiéramos apresar y fijar el recuerdo del hombre antes de que se lo tragara el mito; hablábamos de él, confirmábamos y negábamos, comparábamos nuestras versiones como agentes secretos comunicando lo que sabíamos de una historia oculta, porque después de todo ese ser humano y falible nos había pertenecido, y el mito pertenecía al mundo. Entonces supe también que una noche, viendo bailar a Melissa,

Pursewarden le había dicho: "Si creyera que tengo alguna probabilidad de éxito le propondría casarme con ella mañana mismo. Pero es tan ignorante y está tan de

formada por la pobreza y la mala suerte que no me creerá y dirá que no."

Detrás de nosotros, paso a paso, Nessim nos seguía con sus temores. Un día encontré la palabra "Cuidado" ([13]) escrita con un palo en la arena junto a la laguna. La palabra griega me hizo pensar que había sido trazada por Panayotis, pero Selim también conocía el griego.

Poco después se produjo otro incidente que confirmó esa advertencia; un día que necesitaba una hoja de papel para escribir a Melissa, entré en el pequeño observatorio de Nessim y me puse a buscar en su escritorio. Advertí entonces que el telescopio ya no apuntaba al cielo sino a las dunas, allí donde la ciudad dormitaba entre las brumas de sus nubes perladas. Esto no tenía nada de raro, pues uno de nuestros pasatiempos favoritos era contemplar los minaretes más altos en la atmósfera condensada y variable de Alejandría. Me senté en el trípode y pegando el ojo al lente, traté de enfocar la débil imagen temblorosa y vibrátil del paisaje. A pesar de la firme base de piedra en que se asentaba el trípode, el gran aumento de los lentes y la bruma caliente daban una liviana vibración a la imagen, como si el paisaje respirara suavemente, sin ritmo. Me quedé pasmado al ver -temblorosa, saltarina, pero perfectamente nítida- la choza de caña donde menos de una hora antes nos habíamos abrazado, habíamos hablado de Pursewarden. Esa mancha de color amarillo brillante en la duna era la cubierta de una edición de bolsillo del Rey Lear que yo había dejado olvidada; de no haber temblado tanto la imagen seguramente hubiera podido leer el título en la tapa. Me quedé mirando aquella escena largo rato, sin respirar, y empecé a sentir miedo. Era como si de pronto, en una habitación oscura pero familiar que creemos vacía, una mano se tendiera para posarse en nuestro hombro. Salí del observatorio sigilosamente, con el papel y el lápiz, y me senté en un sillón frente al mar, preguntándome qué podía decir a Melissa.

Aquel otoño, cuando levantamos campamento y volvimos a la ciudad para pasar el invierno, no había nada resuelto, y la sensación de crisis se había incluso debilitado. Allí estábamos todos suspendidos, por así decirlo, en la solución brumosa de la vida cotidiana donde el futuro terminaría por cristalizarse en el drama que nos aguardaba. Tuve que hacerme cargo de mi nuevo trabajo para Scobie, y me puse a estudiar desesperadamente el detestable bustrofedón que Balthazar continuaba enseñándome entre dos partidas de ajedrez. Debo reconocer que traté de calmar mis escrúpulos de

[13] En griego (N. del D)

conciencia intentando primero decir la verdad al Servicio que dirigía Scobie, esto es, que la Cábala era una secta inofensiva dedicada a la filosofía hermética, y que sus actividades nada tenían que ver con el espionaje. La respuesta seca fue que no debía creer en lo que era evidentemente una fachada, y que me limitara a descifrar el código. Me pidieron informes detallados (le las reuniones, que presenté oportunamente, donde figuraban las disertaciones de Balthazar sobre Amón y Termes Trimegisto, imaginando con cierto placer malhumorado a los funcionarios que tenían que abrirse paso en aquel fárrago, a mil millas de distancia, en húmedos subsuelos. Pero me pagaban con generosidad; por primera vez pude enviar un poco de dinero a Melissa y hacer algunas tentativas de cancelar mi deuda con Justine.

Era interesante también descubrir quiénes, entre nuestros conocidos, formaban parte de la red de espionaje. Mnemjian, por ejemplo, era uno de ellos; su barbería era un centro general de información sobre la ciudad, y la elección era excelente. Cumplía sus funciones con extrema cautela y discreción, e insistía en afeitarme gratis; me descorazonó, mucho más tarde. enterarme de que preparaba pacientemente sus informes por triplicado para venderlos a otros servicios de espionaje.

Otro aspecto interesante del trabajo era nuestra facultad de ordenar allanamientos en las casas de nuestros aminos. Me divertí muchísimo haciendo allanar el departamento de Potn bal. El pobre tenía la calamitosa costumbre de llevarse a su casa los ficheros oficiales para trabajar durante la noche. Confiscamos toda una serie de documentos que deleitaron a Scobie, pues contenían informes detallados sobre la influencia francesa en Siria y una lista de los agentes de Francia en la ciudad. En una de esas listas encontré el nombre de Cohen, el viejo peletero.

Pombal quedó muy afectado por el allanamiento y durante casi un mes anduvo por las calles con recelo, mirando hacia atrás, convencido de que lo seguían. Además terminó por persuadirse de que alguien había pagado a Hamid para que lo envenenara, y en casa sólo comía los platos que yo había probado primero. Todavía esperaba que lo cambiaran de puesto y lo condecoraran, y tenía mucho miedo de que la pérdida de los ficheros perjudicara las dos gestiones, pero como habíamos tenido la precaución de dejarle las carpetas de los legajos, pudo incluirlas en la colección con una nota en la que se indicaba que los ficheros habían sido quemados "de acuerdo con las instrucciones recibidas".

En los últimos tiempos, sus cocktail-parties cuidadosamente graduados a los que invitaba en algunos casos a representantes de las esferas más humildes de la Sociedad, como la prostitución y las artes, habían tenido mucho éxito. Pero los gastos y el hastío de esas reuniones eran un tormento para él; recuerdo que una vez me explicó, con tono doliente, el origen de esas funciones:

-El cocktail-party, como su nombre lo indica, fue inventado por los perros. No es más que la costumbre de olisquearse el trasero, elevada a la categoría de ceremonia mundana.

Sin embargo, perseveró y al fin obtuvo como recompensa los favores de su Cónsul General que, a pesar de despreciarlo, le tenía cierto temor infantil. Incluso convenció a Justine, después de rogárselo varias veces en broma, de que hiciera una aparición en una de las reuniones para ayudarlo en sus planes de condecoración. Así fue como tuvimos ocasión de observar a Pordre y el pequeño círculo diplomático de Alejandría, gentes que en su mayoría daban la impresión de haber sido pintadas con soplete, tan anodinas y difusas eran sus personalidades oficiales.

El mismo Pordre era más un fantoche que un hombre, el modelo perfecto para un caricaturista. Tenía una cara larga, pálida, desencajada, y una espléndida cabellera plateada con la que solía presumir. Sin embargo, parecía un lacayo. La falsedad de sus gestos (su solicitud y las muestras exageradas de amistad que prodigaba a simples conocidos) eran insoportables, y me permitieron comprender el lema que mi amigo había compuesto para el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, y que según él serviría también de epitafio para la tumba de su representante ("Su mediocridad fue su salvación"). Todo esto, claro está, ocurría algunos años antes de que Pordre alcanzara la celebridad gracias a sus negociaciones sobre la flota francesa. Pero me cuesta creer que hubiera cambiado, en lo más mínimo; su personalidad, débil como una lámina de oro, estaba dada por ese mero barniz de cultura que los diplomáticos llegan a adquirir con más facilidad que el resto de los mortales.

La fiesta resultó perfecta, y cuando Nessim lo invitó a cenar en su casa, el viejo diplomático tuvo un auténtico arrebato de entusiasmo. Nadie ignoraba que el Rey era con frecuencia huésped de Nessim, y el viejo estaba ya meditando los términos de un mensaje que empezaría: "Mientras cenaba con el Rey la semana pasada, hice girar la conversación en torno a... El Rey dijo... Yo contesté..." Sus labios empezaron a agitarse, mientras los ojos se le iban poniendo bizcos, y cayó en uno de esos trances públicos que lo habían hecho célebre y de los que despertaba con un sobresalto y una sonrisa de pescado a modo de excusa, para estupefacción de sus interlocutores.

Por mi parte me parecía extraño volver a visitar el minúsculo departamento donde había pasado casi dos años, y recordar que allí, en esa misma habitación, había encontrado por primera vez a Melissa. El departamento había sufrido grandes transformaciones a manos de la última amante de Pombal. Gracias a ella había ahora paneles de madera pintados de blanco y zócalos de color castaño. Los viejos sillones que habían ido perdiendo poco a poco la estopa a través de sus desgarrones, tenían un nuevo tapizado de gruesa tela adamascada con un motivo de fleur-de-lis, y los tres viejos sofás habían sido desterrados para dejar más espacio. Sin duda los habían vendido o roto en pedazos. "En alguna parte -pensé citando un poema del viejo poeta- esos trastos destartalados seguirán viviendo..." ¡Qué avara es la memoria, y con cuánta amargura se aferra a la materia primera de su tarea cotidiana!

El dormitorio anodino de Pombal había tomado un vago aire fin de siécle, y brillaba de limpieza. Oscar Wilde lo hubiera aceptado como escenario para el primer acto de una comedia. Mi habitación había vuelto a convertirse en desván, pero todavía estaba allí la cama contra la pared, junto

al lavabo de hierro. Naturalmente, la cortina amarilla había desaparecido, reemplazada por una tela blanca, mortecina. Apoyé la mano en la herrumbrada cabecera de hierro de la vieja cama, y me apuñaleó en pleno corazón el recuerdo de Melissa volviendo hacia mí sus cándidos ojos en la penumbra del cuartito. Mi dolor me avergonzó y me sorprendió. Y cuando Justine entró en la pieza tras de mí, cerré violentamente la puerta y empecé a besarla en la boca, en el cabello y la frente, aprentándola entre mis brazos hasta quitarle el aliento, para que no sorprendiera las lágrimas en mis ojos. Pero se dio cuenta al instante y, devolviéndome los besos con ese maravilloso ardor que sólo la amistad puede infundir a nuestras acciones, murmuró: "Ya sé, ya sé..."

Después, liberándose suavemente, me hizo salir del cuarto y cerró la puerta tras de nosotros.

-Tengo que hablarte de Nessim -murmuró-. El miércoles, la víspera del día en que volvimos del Palacio de Verano, salí a pasear sola a caballo por la orilla del mar. Había grandes bandadas de gaviotas, y de pronto vi el auto a lo lejos, que corría a tumbos entre las dunas. Selim conducía. Al principio no alcancé a darme cuenta de lo que estaban haciendo. Nessim iba sentado atrás. Pensé que el auto se atascaría en la arena, pero no: siguieron a toda velocidad hasta cl borde del agua, donde la arena es firme, y empezaron a acelerar a lo largo de la playa, acercándose a mí. Yo no estaba en la playa sino en una hondonada, a unos cincuenta metros del mar. Cuando pasaron a toda carrera a mi lado y las gaviotas alzaron el vuelo, vi que Nessim llevaba en la mano la vieja carabina de repetición. La levantó y disparó varias veces contra la bandada de gaviotas, hasta agotar la carga. Tres o cuatro pájaros cayeron en el mar, pero el auto no se detuvo. Un segundo después había desaparecido. Supongo que había un camino que llevaba de la playa a los senderos más firmes, y de ahí a la carretera principal, porque cuando regresé media hora más tarde el auto ya estaba allí. Nessim había ido al observatorio; la puerta estaba cerrada con llave, y cuando llamé respondió que estaba ocupado. Pregunté a Selim cuál era el significado de lo que acababa de ver, pero se limitó a encogerse de hombros y señalar la puerta de Nessim. "Sus órdenes eran esas", fueron sus únicas palabras. Pero mi querido, si hubieras visto la cara de Nessim cuando apuntó la carabina...

Al recordarlo, alzó sus largos dedos hasta posarlos en sus mejillas, como si quisiera modificar la expresión de su rostro. En la habitación contigua se hablaba amablemente de la política mundial y de la situación en Alemania. Nessim se había instalado con gracia en la silla de Pordre. Pombal se tragaba los bostezos, que volvían a salir desagradablemente convertidos en eructos. Mi pensamiento estaba todavía colmado por el recuerdo de Melissa. Aquella misma tarde le había enviado algún dinero, y me reconfortaba la idea de que podría comprarse algunas ropas elegantes, o gastarlo de la manera más absurda.

-El dinero -decía Pombal en tono travieso a una señora de cierta edad extraordinariamente parecida a un camello afligido-. Sí, hay que asegurarse una fuente de ingresos, porque sólo con dinero puede hacerse dinero. Sin duda madame conoce el proverbio árabe que dice: "Con la riqueza se puede

comprar riqueza, pero la pobreza alcanza apenas para comprar el beso del leproso."

-Tenemos que irnos -dijo Justine.

Clavando la mirada en sus cálidos ojos negros, sentí al despedirme que ella adivinaba hasta qué punto el recuerdo de Melissa se había posesionado de mí; su apretón de manos me transmitió su simpatía y su consuelo.

Supongo que fue esa misma noche, mientras Justine se vestía para ir a cenar, cuando Nessim entró en su cuarto y se dirigió a su imagen en el espejo.

-Justine -dijo con tono firme-, no quiero que pienses que me estoy volviendo loco, o algo por el estilo, pero... ¿ha sido Balthazar algo más que un amigo para ti?

Justine estaba colocándose una cigarra de oro en el lóbulo de la oreja. Lo miró largo rato antes de contestarle con el mismo tono ecuánime y sereno:

-No, querido. -Gracias.

Nessim miró largo rato su propia imagen, de frente, sin reservas. Después suspiró, y extrajo del bolsillo del chaleco de su smoking una llavecita de oro en forma de ankh.

-No alcanzo a imaginarme cómo ha podido llegar a mis manos -dijo, enrojeciendo intensamente y tendiéndole el objeto para que lo viera. Era la llave del reloj, cuya pérdida tanto había preocupado a Balthazar.

Justine la contempló, y miró luego a su marido con un leve aire de sorpresa.

-¿Dónde estaba? -preguntó.

-En el estuche de los gemelos de camisa.

Justine siguió arreglándose lentamente, mirando con curiosidad a su marido, que a su vez seguía escrutando su rostro con la misma fría y deliberada precisión.

-Tengo que encontrar la manera de devolvérsela. Quizá la dejó caer en alguna ocasión. Pero lo más raro es...

Volvió a suspirar.

-No me acuerdo.

Para ambos era evidente que Nessim la había robado. Girando sobre sus talones, él agregó:

-Te espero abajo.

Mientras la puerta se cerraba sin ruido, Justine examinó con curiosidad la llavecita.

En aquella época Nessim había empezado ya a recorrer el gran ciclo de sueños históricos que venían a reemplazar en su espíritu los sueños de infancia, y en los que la Ciudad se precipitaba como si hubiera encontrado por fin un sujeto sensible a través del cual pudiera expresar los deseos y anhelos colectivos que constituían lo más profundo de su cultura. Veía al despertar las torres y los minaretes impresos contra el cielo agotado y polvoriento, y sobre ellos, como en montage, las huellas gigantescas de la memoria histórica que yace detrás de los recuerdos de la personalidad individual, y es su mentor, su guía; más aún, su inventora, puesto que el hombre es tan sólo una extensión del espíritu del lugar.

Todo eso lo perturbaba, pues no tenía nada que ver con los sueños de las horas nocturnas. Las visiones se superponían a la realidad e irrumpían en su espíritu al despertar, como si la membrana de su conciencia se desgarrara de pronto para dejarlos entrar.

Paralelamente a esas construcciones gigantescas -galerías semejantes a las de Palladio, extraídas de sus lecturas y meditaciones sobre su propio pasado y el de la ciudad-, lo dominaban las crisis cada vez más agudas de su odio irracional contra la verdadera Justine a quien tan poco había conocido, la amiga consoladora y la amante abnegada. Eran muy breves pero tan violentas que, considerándolas justamente como el reverso del amor que sentía por Justine, empezó a tener miedo de lo que pudiera ocurrirle no a ella sino a sí mismo. Por la mañana, en el estéril y blanco cuarto de baño, tenía miedo de que lo afeitaran. Muchas veces, al inclinarse sobre él para ajustarle la toalla blanca, el pequeño barbero advirtió que los ojos de Nessim estaban llenos de lágrimas.

Pero mientras la galería de sueños históricos ocupaba el primer plano de su espíritu, las imágenes de sus amigos y relaciones, palpables y reales, deambulaban por ella entre las ruinas de la Alejandría clásica, poblando un asombroso espacio-tiempo histórico como personajes vivientes. Laboriosamente, a la manera de un pasante de escribano, registraba en su diario todo lo que veía y sentía, y ordenaba al impasible Selim que lo copiara a máquina.

Vio el Museion, por ejemplo, con sus artistas hoscos, espléndidamente pagados, que trabajaban para crear los figurines mentales de sus fundadores; y más tarde, entre los solita rios y los sabios, el filósofo, anhelando pacientemente que el mundo asumiera una modalidad especial y privada, inútil para cualquiera salvo para él... pues en cada etapa de su desarrollo el hombre resume el entero universo y lo ajusta a su propia naturaleza profunda, mientras cada pensador, cada pensamiento, fecunda nuevamente la totalidad de ese universo.

Las inscripciones de los mármoles del Museion murmuraban como labios, a medida que avanzaba entre ellas. Balthazar y Justine estaban allí, esperándolo. Había ido a su en cuentro, deslumbrado por el claro de luna y las sombras que caían como chorros de las columnatas. Oía sus voces y pensaba, mientras emitía el suave silbido que Justine no dejaría de

reconocer: "Hay una especie de vulgaridad mental en vivir convencido de los primeros principios, como lo está Balthazar." Oyó la voz del viejo que decía: "Y la moralidad no es nada si se limita a ser una forma de la buena conducta."

Avanzó lentamente bajo las arcadas, acercándose a ellos. Las losas de mármol estaban rayadas de luna y de sombra como una cebra. Justine y Balthazar se habían sentado sobre la tapa de un sarcófago de mármol, mientras más allá, en las tinieblas inexorables de un patio exterior, Pursewarden iba y venía por el césped elástico silbando una frase de Donizetti. Las cigarras de oro en las orejas de Justine la transformaron de pronto en la proyección de uno de sus sueños, y Nessim los vio a ambos envueltos vagamente en túnicas de profundos pliegues esculpidos por la luz de la luna. Con una voz torturada por la paradoja que duerme en el corazón de todas las reliáiones, Balthazar estaba diciendo:

-En un sentido, claro está, hasta la prédica del Evangelio es un mal. He ahí uno de los absurdos de la lógica humana. Por lo menos puede afirmarse que no es el Evangelio sino la prédica lo que nos pone en contacto con las potencias de las tinieblas. Y por eso la Cábala vale tanto para nosotros, pues lo único que propone es una ciencia de la Atención Justa. Le habían hecho lugar sobre el asiento de mármol, pero una vez más, antes de que pudiera llegar hasta ellos, el punto de apoyo de su visión se alteró y se interpusieron otras escenas incongruentes, inoportunas, al margen del tiempo histórico y la verosimilitud ordinaria.

Vio con perfecta claridad el santuario que la infantería había elevado en honor de Afrodita de las Palomas en esa desolada costa aluvional. Estaban hambrientos, y la marcha los había extenuado, agudizando la visión de la muerte que habita el alma del soldado hasta que surge ante él, brillante, con una exactitud y una magnificencia insoportables. Las bestias de carga sucumbían por falta de pienso, y los hombres por falta de agua. No se atrevían a detenerse en las fuentes y manantiales envenenados. Los onagros, que rondaban fuera del alcance de las flechas, los exasperaban con la promesa de una carne que jamás conseguirían, mientras la columna marchaba a través de la vegetación rala de aquellas riberas espinosas. A pesar de los presagios desfavorables, debían seguir avanzando hacia la ciudad. La infantería marchaba semidesnuda, aunque nadie dudaba de que fuera una locura. Sus armas los seguían en carros que se retrasaban siempre. La columna dejaba tras de sí el agrio olor de los cuerpos sucios: sudor, orina de bueyes, los honderos macedonios ventoseaban como machos cabríos.

Sus enemigos eran de una elegancia que los dejaba sin aliento: jinetes de blancas armaduras, que aparecían y desaparecían como nubes en su camino. De más cerca se veía que eran hombres envueltos en mantos purpúreos, con túnicas bordadas y estrechos pantalones de seda. Llevaban cadenas de oro en torno a los cuellos morenos y pulseras en el brazo que lanza la jabalina. Eran deseables como mujeres. Tenían voces agudas y frescas. ¡Qué contraste con los honderos, veteranos insensibilizados por las campañas, conscientes tan sólo de los inviernos que les helaban las sandalias, o de los veranos en que el sudor endurecía las suelas hasta volverlas como de mármol! La promesa del oro y no la pasión los había

arrastrado a esa aventura, que soportaban con el estoicismo de todos los mercenarios. La vida se había convertido en una correa sin sexo que se hincaba cada vez más en la carne. El sol los había resecado y agotado, el polvo enronquecía sus voces. Los gallardos cascos emplumados se recalentaban demasiado a mediodía. África, que en cierto modo habían imaginado como una prolongación de Europa -una extensión de términos, ele referencias a un pasado definitivo- no había tardado en manifestarse como algo diferente: una tierra aborrecible y tenebrosa donde el graznido de los cuervos competía con las secas exclamaciones de los hombres agotados, y la risa asomaba a los labios como un chillido de babuino.

A veces tomaban algún prisionero -un solitario y aterrado cazador de liebres- y se asombraban al ver que era humano como ellos. Lo despojaban de sus andrajos, y contemplaban sus órganos genitales con interés obstinado, sin entender nada. A veces saqueaban un pueblo o la propiedad de algún rico en las colinas; entonces comían carne de delfín conservada en tinajas (soldados borrachos en un establo, comiendo entre los bueyes, tambaleándose, adornados con guirnaldas de ortigas y bebiendo en copas de oro o de cuerno). Todo eso ocurría antes de que llegaran al desierto...

En el cruce de los caminos habían ofrecido un sacrificio a Heracles (y de paso habían asesinado a los dos guías, para sentirse más seguros); pero a partir de ese momento todo ha bía empezado a andar mal. Sabían en lo más hondo de sí mismos que jamás llegarían a la ciudad para ponerle sitio. ¡Ah, Dioses, y que jamás se repitiera el vivac invernal en las colinas! ¡Dedos y narices gangrenados por el frío! ¡Y las razzias! En la memoria de su memoria, Nessim escuchaba todavía el crujido de los pasos del centinela yendo y viniendo en la nieve a lo largo de todo el invierno. En ese territorio los enemigos llevaban altos gorros de piel de zorro, y túnicas de cuero que les cubrían las piernas. Eran silenciosos y formaban parte, al igual que la vegetación, de los abismos vertiginosos y los aterradores senderos de la gran vertiente.

Con una columna en marcha, la memoria se vuelve una industria, fabrica sueños que los males comunes unen en una comunidad de ideas nacida de la privación. Nessim sabía que ese hombre silencioso estaba pensando en la rosa que había encontrado en su lecho el día de los Juegos. Aquel otro no podía olvidar al hombre de la oreja rota. El sarmentoso erudito incorporado a las filas, se sentía tan fuera de lugar en la guerra como una bacinilla en un banquete. Y el soldado gordo, que conservaba ese curioso olor a bebé, el bromista cuyas salidas hacían estallar de risa a la vanguardia... Estaba pensando en un nuevo depilatorio egipcio, en una cama que llevaba la marca "Heracles" como garantía de suavidad, en palomas blancas de alas recortadas, revoloteando en torno a la mesa del banquete. Siempre lo habían recibido en la puerta del prostíbulo con grandes carcajadas y una lluvia de babuchas. Había otros que soñaban con placeres menos comunes: cabelleras empolvadas con albayalde, o bien colegiales desnudos, marchando en doble fila al amanecer, rumbo a la escuela del maestro de cítara, mientras la nieve caía espesa como harina. En las groseras lupercales campesinas, llevaban entre los rugidos de la multitud el gigantesco falo de cuero, pero una vez iniciados tomaban en silencio, temblando, la ofrenda de sal y el falo. Sus sueños proliferan en él, y al

escucharlos abría su memoria a su conciencia, magnífica y pródigamente, como quien se abre una arteria.

Era extraño caminar junto a Justine en ese abigarrado claro de luna otoñal, vadeando tan enfermizo flujo de recuerdos; sentía que su cuerpo físico los desplazaba y alejaba por obra de su peso y su densidad. Balthazar se había apartado para que él pudiera sentarse, y seguía hablando a Justine en voz baja. (Bebieron solemnemente el vino, y salpicaron sus túnicas con las heces. Los generales acababan de decirles que no llegarían nunca, que jamás encontrarían la ciudad.) Y recordó vívidamente cómo Justine, después de hacer el amor, se sentaba en la cama con las piernas cruzadas y empezaba a echar las cartas del tarot, siempre a mano en el anaquel de los libros, como si quisiera calcular la buena suerte que aún les quedaba después de la última zambullida en el helado río subterráneo de la pasión que ella no podía dominar ni saciar. ("Los espíritus desmembrados por el sexo", había dicho una vez Balthazar, "no alcanzan la paz hasta que la vejez y la impotencia los persuaden de que el silencio y la tranquilidad no tienen nada de hostiles".)

Toda la discordancia de sus vidas, ¿daba la medida de la ansiedad que habían heredado de la ciudad o de la época? "¡Oh, Dios mío! -estuvo a punto de exclamar-. ¿Por qué no abandonamos esta ciudad, Justine, y buscamos una atmósfera menos impregnada de desarraigo y de fracaso?" Las palabras del viejo poeta acudieron a su espíritu, sofocadas como por el pedal de un piano, para hervir y resonar en torno a la frágil esperanza que su pensamiento había arrancado de un oscuro sueño.

No hay tierra nueva, amigo mío, ni mar nuevo, pues la ciudad te seguirá.
En las mismas calles te enredarás interminablemente,
los mismos suburbios del espíritu
irán pasando de la juventud a la vejez,
y en la misma casa acabarás lleno de canas... La ciudad es una jaula.
Ningún puerto te espera mejor que éste,
ningún barco habrá de llevarte... ¡Ah! ¿No comprendes que al arruinar tu vida entera
en este sitio, la has malogrado
en cualquier parte de este mundo? ([14])

"Mi problema -se dijo serenamente Nessim, mientras se tocaba la frente para ver si tenía fiebre- es que la mujer a quien amé me dio una satisfacción perfecta que jamás tuvo nada que ver con su propia felicidad." Y pensó en todos los engaños e ilusiones que se confirman ahora a través de manifestaciones físicas. Quiero decir que había castigado a Justine, le había pegado hasta que le dolió el brazo y el bastón se le rompió en la mano. Todo eso era un sueño, por supuesto. Sin embargo, al despertarse había sentido el brazo dolorido e hinchado. ¿Qué se podía creer cuando la realidad se burlaba de la imaginación en esa forma?

[14] En las notas finales figura una traducción completa del poema.

Al mismo tiempo, claro está, reconoció que el sufrimiento, como cualquier enfermedad, era una forma aguda de la presunción, y las enseñanzas de la Cábala se sumaron como un viento de popa para henchir el desprecio que sentía por sí mismo. Como los ecos distantes de la memoria de la ciudad, podía oír la voz de Plotino que no hablaba de una fuga de las intolerables contingencias temporales, sino de un avance hacia una nueva luz, una nueva ciudad de la Luz. "Pero ese viaje no lo harán los pies. Mira en ti mismo, retírate en ti mismo y mira." Ese era el único acto del que ahora se sabía absolutamente incapaz.

Me asombra, al redactar estos pasajes, que toda esa transformación interior fuese apenas visible en la zona superficial de su vida, incluso para aquellos que lo conocían íntimamente. No había ningún punto de apoyo, apenas una sensación de algo hueco, como una melodía muy conocida tocada por instrumentos que desafinan ligeramente. Verdad es que en esa época Nessim había empezado a dar fiestas con una prodigalidad hasta entonces desconocida en la ciudad, incluso entre las familias más ricas. La gran residencia no estaba jamás vacía. La vasta cocina desierta y polvorienta, donde tantas veces habíamos ido a cocer un huevo o beber un vaso de leche después de un concierto o una pieza de teatro, estaba ocupada ahora por una legión permanente de cocineros que parecían cirujanos o actores con sus gorros inmaculados. Las salas del piso alto, la gran escalinata, las galerías y salones que antes se devolvían los ecos del lúgubre latir de los relojes, estaban patrullados por esclavos negros que ejecutaban sus importantes tareas con la majestad de los cisnes. Llevaban ropas blancas e impecables, con olor a plancha, ceñidas por cinturones escarlatas y broches de oro en forma de cabeza de tortuga -el emblema de Nessim. Los convencionales turbantes rojos coronaban sus blandos ojos de marsopas y sus manos de gorilas se perdían en los guantes blancos. Eran silenciosos como la muerte misma.

Si Nessim no hubiera sobrepasado en prodigalidad a los principales personajes de la sociedad egipcia, se habría podido pensar que luchaba por abrirse camino. La casa estaba perpetuamente atenta al dibujo preciso, semejante a un helecho, de un cuarteto de cuerdas, o a las zambullidas de náufragos de los saxofones que gemían en la noche como maridos engañados.

Las vastas y magníficas salas de recepción se abrían a recintos y rincones inesperados que aumentaban su capacidad ya considerable, y en algunas ocasiones hubo cenas tan refina das como absurdas a las cuales asistieron doscientos o trescientos comensales, que observaban al huésped perdido en la contemplación de una rosa puesta en una fuente. Pero su distracción no era de las que se notan, pues a los lugares comunes de la conversación podía responder con una sonrisa tan sorprendente como un ejemplar entomológico raro cuyo nombre científico se desconoce, y que alguien descubre al levantar un vaso colocado boca abajo.

¿Qué más puedo agregar? Las menudas extravagancias de su vestimenta eran apenas perceptibles en un hombre cuyo destino había sido siempre extrañamente adverso al gusto por los viejos pantalones de franela y las chaquetas de tweed. Con su smoking de piel de tiburón frío como el hielo

y su kamarband escarlata ceñido a la cintura, parecía lo que hubiera debido ser siempre: el banquero más rico y apuesto de la ciudad, el auténtico hijo del arroyo. Todos se daban cuenta de que por fin había asumido su verdadero papel. Así debía vivir alguien de su condición y fortuna. El cuerpo diplomático era el único que olía en esa repentina prodigalidad alguna razón oculta, un complot, quizá el secuestro del Rey, y se precipitaba a sus salones con estudiada amabilidad. Por debajo de los rostros displicentes o afectados de los invitados se sentía latir la curiosidad, el deseo de estudiar los motivos e intenciones de Nessim, pues el Rey se había vuelto un asiduo visitante de su casa.

Pero nada de eso hacía avanzar la situación central. Parecía como si la acción que Nessim había estado premeditando creciera como una estalactita, con una lentitud tan extraor dinaria que quedaba tiempo de sobra para que todo el resto llenara los intervalos, para que los cohetes trazaran sus surcos de chispas en el cielo de terciopelo, penetrando cada vez más en la noche donde yacíamos Justine y yo, encerrados en nuestro abrazo y en nuestro espíritu. En el agua serena de las fuentes se distinguía la salpicadura de los rostros humanos, incendiados por esas estrellas áureas y escarlatas que ascendían al cielo silbando como cisnes sedientos. En la sombra, su mano caliente en la mía, yo observaba el cielo otoñal convulsionado por los destellos de colores, con la calma de alguien para quien hubieran cesado todos los inmerecidos dolores de este mundo, como ocurre con el dolor físico cuando se prolonga demasiado y acaba por expandirse desde un lugar determinado a una vasta zona del cuerpo o de la mente. Los bellísimos surcos de los cohetes en el cielo oscuro nos llenaban de un sentimiento de acuerdo absoluto con la naturaleza de ese mundo del amor que bien pronto iba a abandonarnos.

Aquella noche estuvo llena de extraños relámpagos, y apenas habían terminado los fuegos artificiales cuando desde el desierto, hacia el este, resonó lejanamente un trueno que envolvió con su caparazón el melodioso silencio. Empezó una llovizna joven y refrescante, y de golpe la oscuridad se llenó de siluetas que corrían a refugiarse en los salones iluminados, con las faldas recogidas hasta las rodillas y exclamaciones de gozo. Durante un segundo las luces imprimieron sus cuerpos desnudos contra los materiales transparentes que los cubrían. Por nuestra parte nos volvimos en silencio a la glorieta detrás de los fragantes setos, y nos sentamos en el banco de piedra en forma de cisne. La riente y locuaz muchedumbre pasaba junto a la glorieta, buscando la luz; nosotros permanecíamos mecidos por la oscuridad, sintiendo en la cara el suave picoteo de la lluvia. Los últimos cohetes fueron encendidos a manera de desafío por hombres vestidos de smoking, y a través de los cabellos de Justine miré cómo los pálidos cometas ascendían reluciendo en las tinieblas. Envuelto en el placer de los colores, saboreé la cálida, inocente presión de su lengua en la mía, de sus brazos en los míos. La inmensidad de esa dicha... No podíamos hablar, pero nos mirábamos intensamente, los ojos llenos de lágrimas contenidas.

Desde la casa llegó el estallido seco de las botellas de champaña y las risas de los invitados.

-Ahora no pasa ni una velada a solas. -¿Qué le ocurre a Nessim?

-No lo sé. Cuando tenemos algo que esconder, nos convertimos en actores y obligamos a actuar a todos los que nos rodean.

En verdad, en la superficie de su vida en común, seguía moviéndose el hombre de siempre, el mismo hombre gentil, afable y puntual. Pero de alguna manera horrible, todo había cambiado, y él ya no estaba allí.

-Nos hemos abandonado uno al otro -murmuró Justine con voz apenas inteligible, mientras se apretaba aún más contra mí, y nuestros besos, en el límite extremo de los sentidos, eran como resúmenes de todo lo que habíamos compartido y que aún reteníamos precariamente en nuestras manos, antes de que volara a las tinieblas circundantes y nos olvidara para siempre. Y sin embargo era como si a cada nuevo abrazo ella se estuviera diciendo: "Quizá a través de esto, que me hace tanto daño y que ojalá no termine nunca... quizá a través de esto encontraré otra vez el camino que me llevará hasta Nessim." Una intolerable depresión me invadió de pronto.

Más tarde, recorriendo el estridente barrio indígena con sus luces brutales y su olor a carne y a mugre, me pregunté, como siempre me había preguntado, adónde nos llevaba el tiempo. Y como para poner a prueba la validez de las emociones en las que tanto amor y tanta ansiedad podían sustentarse, penetré en una barraca iluminada que tenía por decoración un pedazo de cartel de propaganda cinematográfica, una enorme mitad de cara de alguna actriz, tan desprovista de sentido como la panza de una ballena muerta, y me instalé en el banquillo destinado al cliente para esperar mi turno, como si estuviera en la peluquería. Una cortina sucia me separaba de la habitación interior, y desde allí me llegaban sonidos sofocados, como de criaturas desconocidas para la ciencia no precisamente repulsivas sino incluso bastante interesantes, como ocurre con las ciencias naturales para aquel que ha renunciado a toda pretensión de cultivar su sensibilidad. Por supuesto, estaba borracho y cansado; tan borracho de Justine como del Pol Roget de cuerpo de papel de seda.

Había un turbante en una silla, y sin darme cuenta me lo puse. Estaba tibio y pegajoso, y el tafilete interior se me pegó en la frente. "Quiero saber lo que eso significa", me dije mirándome en un espejo rajado y pegado con bordes de sellos postales. Me refería, claro está, al fenomenal entrelazamiento del sexo, a ese acto de penetración que puede llevar a un hombre a desesperarse por causa de una criatura dotada de dos senos y de un croissant, para emplear el término pintoresco del Levante. Allá adentro, el ruido había aumentado hasta convertirse en un gemido y un crujido, una ardiente voz humana sumándose a los estremecimientos de una cama desvencijada de madera. Tal era presumiblemente el mismo acto indiferenciado que Justine y yo compartíamos con el resto del mundo. ¿Dónde estaba la diferencia? ¿Hasta qué punto nuestros sentimientos nos habían distanciado de la verdad' de ese acto simple, libre, bestial? ¿Hasta qué punto era responsable la traidora inteligencia, con su interminable catalogue raisonné del corazón? Deseaba contestar a una pregunta sin respuesta posible, pero en mi ansia de certidumbre me parecía que sorprendiendo el acto en su forma natural, motivado científicamente por dinero y no por amor, aún no contaminado por la reflexión, quizá lograra

descubrir la verdad de mis propios sentimientos y deseos. Impaciente por librarme del peso de la pregunta, alcé la cortina y entré silenciosamente en el cubículo apenas alumbrado por la llama baja de una vacilante lámpara de kerosene.

En la cama había una confusa masa de carne moviéndose en varias partes al mismo tiempo, ondulando vagamente como un hormiguero. Me llevó algún tiempo identificar las piernas blancuzcas y velludas de un hombre ya viejo, y distinguirlas de las de su compañera: una blancura verdosa, una convexidad femenina con cabeza de boa constrictor, coronada por mechones de enredado pelo negro que se derramaba por los bordes del colchón mugriento. Mi súbita aparición debió de darles la impresión de un allanamiento policial, pues fue seguida de un jadeo de sorpresa y un silencio absoluto. Era como si el hormiguero se hubiera quedado vacío de golpe. El hombre gimió, miró sorprendido hacia donde yo estaba y después, como para evitar que lo reconociera, sepultó la cara entre los senos enormes de la mujer. Imposible explicarles que lo único que yo había venido a investigar era precisamente el acto que estaban cumpliendo. Me adelanté resueltamente hacia la cama y aparentando un vago aire de objetividad científica, me apoyé con las manos en el herrumbrado borde inferior de la cama y me puse a contemplar, no a la pareja, pues apenas si percibía su existencia, sino a mí mismo y Melissa, a mí mismo y Justine. La mujer volvió hacia mí sus grandes ojos negros, azorados, y murmuró algo en árabe.

Yacían allí, como las víctimas de un terrible accidente, torpemente ensamblados, como si de una manera incoherente, experimental, fueran la primera pareja de la historia humana que ensayara ese medio especial de comunicación. Su postura, tan ridícula y grotesca, parecía el resultado de una primera tentativa que quizá, después de siglos de experiencias y ensayos, evolucionaría hacia una actitud de los cuerpos tan maravillosa y armónica como un paso de ballet. Y sin embargo yo sabía que esa postura, la trágica y ridícula postura de la penetración, había sido fijada para siempre, inmutablemente. De ella surgían todos los aspectos del amor que el ingenio de los poetas y los locos había utilizado para destilar las sutiles distinciones de sus filosofías. De ella surgían los enfermos y los maniáticos, de ella también el asco y el desaliento de los viejos cónyuges, atados espalda contra espalda, por así decirlo, como perros que no consiguen separarse después de la cópula.

Mi carcajada convulsa y sofocada me sorprendió, pero tranquilizó a mis especimenes. El hombre levantó el rostro y escuchó atentamente, como para asegurarse de que ningún policía era capaz de reír en esa forma. La mujer volvió a explicar y sonrió.

-Espere un momento -dijo, señalando la cortina con una mano blancuzca y manchada-. No tardaré mucho. Como si su tono fuera una reprimenda, el hombre, impulsado no por el placer sino por la mera cortesía, inició algunos movimientos convulsivos a la manera de un paralítico que tratara de caminar. Su expresión era la de quien en un acceso de amabilidad se levanta en un tranvía atestado para ceder su asiento a un mutilé de la guerre. La mujer gruñó y sus dedos se aferraron a los bordes del colchón.

Dejándolos ahí, torpemente acoplados, salí riendo a la calle para continuar la recorrida del barrio donde zumbaba la vida ridícula y concreta de hombres y mujeres. Había cesado de llover y la tierra húmeda exhalaba el delicioso, torturante perfume del barro, los cuerpos y el jazmín. Eché a andar despacio, profundamente perturbado, describiéndome a mí mismo todo ese barrio de Alejandría, pues estaba seguro de que pronto quedaría olvidado y sólo volvería a visitarlo aquel cuyos recuerdos hubieran pasado a ser propiedad de la ciudad febril, y perduraran en el espíritu de los viejos como rastros de perfume en la manga de un traje. Alejandría, capital del Recuerdo.

La callejuela era de una terracota cocida y perfumada, húmeda ahora por la lluvia pero no empapada. La bordeaban en toda su longitud las barracas pintarrajeadas de las prostitutas cuyos excitantes cuerpos de mármol se exponían modestamente frente a cada casa de muñecas, como delante de un altar. Se sentaban en plena calle, en trípodes como las sibilas, calzando pantuflas de colores. La originalidad de la iluminación daba al conjunto de la escena una tonalidad de fábula eterna, pues en vez de estar alumbradas desde lo alto por bombillas eléctricas, las lámparas de carburo posadas en tierra proyectaban hacia arriba un juego de ávidas y fascinantes sombras violáceas en los huecos y aleros de las casas de muñecas, en las narices y ojos de sus habitantes, en la irresistible suavidad de aquella tiniebla como de pieles. Caminé muy despacio entre esos extraordinarios capullos humanos, diciéndome que una ciudad, lo mismo que una persona, colecciona sus predisposiciones, sus apetitos y sus temores. Llega a la madurez, lanza sus profetas, y declina hacia la inanidad, la vejez, o peor aún, la soledad. Sin darse cuenta de que su ciudad natal se estaba muriendo, los vivos se sentaban ahí en mitad de la calle, como cariátides que soportaran las tinieblas, los dolores del futuro sobre sus párpados; vigías insomnes, cazadores de inmortalidad a lo largo del fatídico transcurso del tiempo.

Había allí una barraca pintarrajeada, íntegramente decorada con flores de lis dibujadas minuciosamente, con exactitud, sobre un fondo de color durazno. Sentada a la puerta, una negra gigantesca de unos dieciocho años, vestida con una bata de franela roja que le daba un vago aire de pupila de una escuela misionera. Llevaba sobre la negra, encrespada cabellera, una corona de narcisos deslumbrantes. Las manos humildemente recogidas en el regazo formaban un racimo de dedos sobre el delantal. Era como un conejo negro y sobrenatural, instalado a la entrada de su cueva. Al lado había una mujer frágil como un pétalo, y más allá otra que parecía el resultado de una fórmula química, desteñida por la anemia y el humo del tabaco. En todos los frágiles tabiques parduscos aparecía la huella de una mano con los dedos separados, el talismán destinado a alejar los terrores que acechan en las tinieblas, más allá del barrio iluminado. Al pasar entre las barracas iba escuchando sus invitaciones, que no eran gritos humanos, sino suaves arrullos de palomas, voces apacibles que vertían en la calle la serenidad y la calma del claustro. No era el sexo lo que ofrecían desde su monótona reclusión entre los amarillentos resplandores de las lámparas, sino que, como auténticas moradoras de Alejandría, proponían el olvido profundo de la procreación, a través del placer físico asumido sin repugnancia.

Las casas de muñecas temblaron y oscilaron un segundo bajo el empuje de una ráfaga de viento marino que invadió la calle y se aplastó contra, los frágiles tabiques y las ropas en desorden. Una de las casas no tenía siquiera una cortina que separara la entrada del interior, y mirando hacia adentro se alcanzaba a divisar un patio con una palmera raquítica. Al resplandor de un fuego de virutas que ardía en un balde, tres muchachas sentadas en taburetes, envueltas en quimonos andrajosos, hablaban en voz baja y tendían sus manos hacia el mortecino calor de la llama. Parecían tan ausentes, tan remotas como si hubieran estado sentadas en tomo a un vivac en las estepas.

(En lo más hondo de mi mente podía ver al mismo tiempo las grandes barras de hielo que enfriaban las botellas de champaña de Nessim, entre resplandores de un azulado verdoso, como viejas carpas en un estanque familiar. Y como si quisiera vigorizar mi memoria, me puse a oler la manga de mi chaqueta buscando la huella del perfume de Justine.)

Entré por último en un café vacío y bebí una taza de café servida por un saidi cuyo grotesco estrabismo parecía duplicar todos los objetos sobre los cuales se posaban sus ojos. En un rincón, acurrucada sobre un baúl y tan inmóvil que al principio resultaba invisible, había una mujer muy vieja que fumaba un narguile y de cuando en cuando emitía una burbuja de sonido, semejante al arrullo de una paloma. En ese café me puse a pensar en toda la historia, desde el principio hasta el final, empezando por la época anterior a mi encuentro con Melissa, y terminando en una muerte cercana, absurda y prosaica, en alguna ciudad que me era ajena. He dicho que me puse a pensar toda la historia, pero por raro que parezca no la pensaba como una historia personal, individual, sino más bien unida a la trama de la historia del lugar. Me la describía a mí mismo como un fragmento del comportamiento de la ciudad en perfecta armonía con todo lo que había sucedido antes y todo lo que sucedería después. Era como si el ambiente de la ciudad hubiera envenenado sutilmente mi imaginación, y no pudiera responder a los acentos personales e individuales. Había llegado a perder la capacidad de sentir el acicate del peligro. Mi mayor preocupación, cosa bastante típica, era el manojo de notas manuscritas que quedaría abandonado a mis espaldas. Siempre había detestado lo incompleto y lo fragmentario. Decidí que por lo menos debería destruirlas antes de dar otro paso adelante. Me levanté... y en ese mismo instante me di cuenta bruscamente de que el hombre que había visto en la barraca era Mnemjian. ¿Cómo no reconocer sus espaldas contrahechas? La idea me persiguió mientras atravesaba el barrio buscando las calles principales rumbo al mar. Atravesé ese espejismo de callejuelas entrecruzadas, como quien cruza un campo de batalla en el que hubieran sucumbido todos los amigos de su juventud; y sin embargo no podía dejar de percibir con delicia cada perfume y cada sonido; un deleite de sobreviviente. En un ángulo había un tragador de fuego con la cara vuelta hacia el cielo, echando por la boca una columna de llamas que se iba volviendo negra de humo en los bordes y parecía abrir un agujero en la tiniebla. De tiempo en tiempo tomaba un trago de una botella de petróleo, alzaba nuevamente la cabeza y arrojaba llamas de dos metros de altura. En todos los rincones las sombras violáceas caían y naufragaban, preñadas de experiencia humana, salvajes y a la vez tiernamente líricas. Y tuve una prueba de mi madurez al comprobar que ya

no sentía esa desesperante compasión de mí mismo, sino el deseo de ser reclamado por la ciudad, de inscribirme en sus recuerdos triviales o trágicos, si tal era su voluntad.

También era típico que, una vez en mi departamento y habiendo desenterrado los cuadernos de ejercicios de tapas grises donde había garabateado mis notas, no tuviera ya el menor interés en destruirlas. Muy por el contrario, me instalé bajo la lámpara y me puse a escribir otras, mientras Pombal, desde la otra mecedora, peroraba acerca de la vida.

"Una vez en mi cuarto me quedo callado, escuchando las profundas resonancias de su perfume: un olor compuesto quizá de carne, heces y hierbas, todo ello entretejido en el espeso brocado de su ser. Mi amor es de una índole muy peculiar, porque no siento que poseo a Justine, y ni siquiera aspiro a desear esa posesión. Es como si sólo nos uniéramos a través de la autoposesion, asociándonos en una etapa común de nuestro desarrollo. En realidad ultrajamos el amor, pues hemos probado que los lazos de la amistad eran todavía más fuertes. Estas notas, cualquiera que sea el ánimo con que se las lea, sólo aspiran a ser un comentario obstinado y tierno sobre un mundo en el que he nacido para compartir mis momentos de mayor soledad -los del coito- con Justine. Imposible acercarme más a la verdad.

"Hace poco, cuando por una razón u otra me resultaba difícil verla, llegué a tener tal nostalgia de su presencia que hice todo el recorrido hasta Pietrantoni para comprar un frasco de su perfume. En vano. La amable vendedora me humedeció las manos con todas las marcas que había en la tienda, y una o dos veces me pareció que lo había identificado. Pero no. Siempre faltaba algo... la carne supongo, que el perfume se limitaba a vestir. La resaca del cuerpo, ése era el elemento que faltaba. Cuando, desesperado, mencioné el nombre de Justine, la muchacha me señaló en seguida el primero de los perfumes que habíamos probado. '¿Por qué no me lo dijo antes?', se quejó en tono de reproche profesional; parecía querer decir que todo el mundo salvo yo conocía el perfume que usaba Justine. Pero no pude reconocerlo, y descubrí con sorpresa que Jamais de la vie no era uno de los perfumes más caros o exóticos.

"(Cuando llevé a casa el frasquito que había aparecido en el bolsillo del chaleco de Cohen, el alma en pena de Melissa estaba aún prisionera en él. Aún se la podía percibir.)"

Pombal estaba leyendo en voz alta ese extenso y terrible pasaje de Moeurs que se titula El maniquí habla. "En todos mis choques fortuitos con el animal macho, jamás había te nido tregua, cualesquiera que fuesen las experiencias a las que sometiera mi cuerpo. Veo siempre en el espejo la imagen de una furia envejecida, gritando: *j'ai raté mon propre amour -mon amour á moi. Mon amour-propre, mon propre amour. Je l'ai raté. Je n'ai jamais souffert, jamais eu de folie simple. et candide.*"

Se interrumpió para decirme tan sólo:

-Si eso es verdad, te estás aprovechando de una simple enfermedad para ser su amante.

Su observación me golpeó como si fuera el filo de un hacha descargada con una inmensa fuerza inconsciente. Cuando se aproximó la época de las grandes cacerías anuales en el lago Mareotis, Nessim empezó a sentir un alivio extraordinario y como sobrenatural. Se daba cuenta por fin de que su decisión debía tomarla entonces o nunca. Tenía el aire de un hombre que ha conseguido sobrevivir a una grave enfermedad. ¿Había podido equivocarse hasta ese punto, aunque lo hiciera inconscientemente? Durante siete largos años de matrimonio se había repetido cada día: "Soy muy feliz", y sus palabras habían resonado con la fatalidad de un reloj sobre el que se cierne el silencio. Ahora ya no podía seguir repitiéndolas. Su vida en común era semejante a la de un cable eléctrico enterrado en la arena que, inexplicablemente, se rompe en un punto imposible de ubicar, sumiéndolos en una insólita e impenetrable oscuridad.

En sí misma, esa locura tenía poca cuenta de las circunstancias. Parecía superponerse, no a personas torturadas más allá de los límites de lo soportable, sino tan sólo a una situación determinada. De una manera muy real todos la padecíamos, aunque sólo Nessim la ponía en acción, ejemplificándola en su propia persona de carne y hueso. El breve intervalo que precedió a la gran cacería en el lago Mareotis duró quizá un mes, a lo sumo un poco más. Para aquellos que no conocían íntimamente a Nessim, su comportamiento continuó siendo normal. Y sin embargo las alucinaciones se multiplicaban a un punto tal que, leyendo sus notas, se tiene la impresión de estar mirando bacterias a través de un microscopio: pululación de células sanas que, como en el cáncer, han perdido toda lucidez y renuncian a su poder de mantenerse dentro de sus propios límites.

La misteriosa serie de mensajes cifrados transmitidos por los hombres de las calles que encontraba a su paso, eran para él signos irrefutables de una intervención sobrenatural, cargada de amenazas de castigos invisibles... aunque no hubiera podido decir si esos castigos caerían sobre él o sobre otros. El tratado de Balthazar, con sus páginas amarillentas en el escaparate de una librería: y ese mismo día, tropezar con la tumba de su padre en el cementerio judío, lleno de esos nombres característicos grabados en las lápidas y que son como el eco de toda la melancolía de los judíos europeos en exilio.

Después, la cuestión de los ruidos en el cuarto de al lado: algo como una respiración jadeante, y de pronto la resonancia simultánea de tres pianos. Sabía que ésas no eran alucinaciones sino eslabones de una cadena oculta, sólo lógica y persuasiva para una inteligencia que hubiera transcendido los límites de la causalidad. Cada vez era más difícil pretender que estaba cuerdo, por lo menos con arreglo a los criterios de la conducta normal y corriente. Pasaba por esa Devastatio que ha descrito Swedenborg.

El fuego había empezado a producir extraordinarias imágenes. Para probarlo bastaba encender una y otra vez el carbón y descubrir paisajes y rostros aterradores en las brasas. También lo obsesionaba el lunar en la muñeca de Justine. Durante las comidas, luchaba de tal manera contra el deseo de tocarlo, que palidecía, a punto de desmayarse.

Una tarde, una sábana arrugada empezó a respirar y siguió así durante media hora, tomando la forma del cuerpo que cubría. Una noche Nessim despertó al oír un susurro de alas, y vio una criatura semejante a un murciélago, con la cabeza en forma de violín, posada a los pies de la cama. Pero también contaban los contraataques de los poderes benéficos: un mensaje traído por una coccinela que se había paseado por su cuaderno de apuntes; la música de Pan, de Weber, ejecutada diariamente entre las tres y cuatro en un piano de la casa contigua. Sintió que su espíritu se había convertido en el campo de batalla entre las fuerzas del bien y del mal, y que su obligación consistía en mantener sus nervios en extrema tensión a fin de reconocerlas; pero no era una tarea fácil. El mundo de los fenómenos había empezado a hacerle tales jugarretas que incluso sus sentidos tendían a negar la realidad, a creerla ilusoria. Estaba amenazado de colapso mental.

Una vez su chaleco empezó a latir, colgado en el respaldo de una silla, como si lo habitaran corazones ajenos. Apenas se le acercó, los latidos cesaron, negándose a continuar delante de Selim a quien entre tanto había llamado. Ese mismo día vio sus iniciales grabadas en oro contra una nube que se reflejaba en la vitrina de una tienda de la Rue St. Saba. Todo parecía quedar probado.

Esa misma semana descubrió a un desconocido en el café At Aktar, en la mesa del rincón habitualmente reservada a Balthazar. Bebía una copa de arak... la misma que él había tenido intención de pedir. El hombre se le parecía extraordinariamente, pero como si fuese una caricatura; se volvió hacia el espejo y sonrió dejando al descubierto sus blancos dientes. Nessim se apresuró a salir del café.

Mientras recorría la Rue Fuad, sintió que el pavimento se convertía en 'una masa esponjosa bajo sus pies; se había hundido ya hasta la cintura cuando la alucinación cesó. A las dos y media de esa tarde despertó de un sueño afiebrado, se vistió y salió a la calle para confirmar la irresistible intuición de que tanto Pastrudi como el café Dordali estaban vacíos. Así era, y el descubrimiento lo llenó de un sentimiento de alivio y de triunfo, pero duró poco, pues al volver a su cuarto sintió de golpe como si le arrancaran el corazón del pecho con ayuda de una bomba neumática. Había terminado por odiar y temer esa habitación. Se quedaba allí largo tiempo escuchando hasta que volvían a empezar los ruidos: el roce de alambres desenrollados sobre el piso, y las quejas de un animal muy pequeño, sus chillidos sofocados mientras lo metían en un saco. Luego, claramente, el golpe seco de una maleta al cerrarse, y la respiración de alguien parado contra la pared, junto a la puerta, escuchando el menor sonido. Nessim se quitó los zapatos y fue de puntillas hasta el balcón, tratando de distinguir algo en el cuarto contiguo. Le pareció que el amenazador intruso era un hombre ya viejo, flaco y de cara alargada, con los ojos hinchados y rojizos de un oso. Le resultó imposible comprobar esas presunciones. Pero al despertar la misma mañana en que debía enviar las invitaciones para la gran cacería, vio con horror desde el balcón que dos individuos sospechosos, vestidos con ropas árabes, ataban una soga a una especie de polea en el tejado. Al ver a Nessim, lo señalaron con el dedo y se hablaron en secreto. Luego empezaron a bajar a la calle algo muy pesado, envuelto en un abrigo de pieles. Las manos de Nessim temblaban mientras escribía con su letra suelta los nombres en las grandes

tarjetas de cartulina, escogiéndolos de una larga lista mecanografiada que Selim había dejado en el escritorio. A pesar de todo se sonrió al recordar cuánto espacio dedicaba la prensa local al memorable acontecimiento, la gran cacería en al lago Mareotis. No obstante sus preocupaciones, no quería dejar nada librado a la casualidad, y aunque el solícito Selim estaba allí para ayudarlo, apretó los labios e insistió en escribir todas las invitaciones de su puño y letra. La mía, cargada con todos los presagios del desastre, me miraba ahora desde la repisa de la chimenea. A mi vez yo la contemplaba con una atención disminuida por la nicotina y el vino, reconociendo que ahí, de alguna manera indefinible, estaba la resolución hacia la cual todos habíamos estado avanzando. ("Donde acaba la ciencia, empiezan los nervios." Moeurs.)

-Me imagino que no aceptarás. ¿Verdad que no irás? Justine empleó un tono tan brusco que me di cuenta de que sus ojos habían seguido la dirección de los míos. Se me acercó en la débil luz del alba, y mientras me hablaba mantenía la vista clavada en la puerta, tras de la cual Hamid respiraba pesadamente.

-No tentarás a la Providencia, ¿verdad? Dímelo.

Y como para completar su persuasión, se quitó la falda y los zapatos, y se tendió suavemente a mi lado, tibios el cabello y la boca, insinuantes los nerviosos movimientos de un cuerpo que se apretaba contra mí como si estuviera herido, como si necesitara aliviar sus llagas incurables. Y pensé entonces, sin fanfarronería, que ya no podía seguir privando a Nessim de la satisfacción que esperaba de mí, de la resolución final de su problema. Por debajo de ese sentimiento corría una sensación de alivio que llegó casi a alegrarme, hasta que vi la triste y grave expresión de mi compañera. Yacía junto a mí, toda ella resumida en la mirada de sus ojos negros tan maravillosamente expresivos, como si estuviera asomada a la ventana más alta de sus recuerdos. Supe que estaba mirando los ojos de Melissa, los turbados y cándidos ojos de aquella que, al ir creciendo el peligro que nos amenazaba diariamente, se acercaba cada vez más a nosotros. Después de todo, la más perjudicada por la solución que premeditaba Nessim sería Melissa. ¿Quién, si no ella? .Me puse a reflexionar, siguiendo la férrea cadena de besos forjada por Justine, retrocediendo en mi recuerdo, paso a paso, como un marinero que baja por la cadena del ancla hasta alcanzar las más negras profundidades en la memoria de un gran puerto de aguas estancadas...

Entre muchos fracasos, cada cual escoge aquel que menos compromete su orgullo. Los más tenían que ver con el arte, la religión y las gentes. Había fracasado en el arte (se me ocurrió en ese mismo momento) porque no creía en la discontinuidad de la personalidad humana. (Pursewarden anota; "Una persona, ¿es continuamente ella misma, o lo es una y otra vez de una manera consecutiva, a una velocidad tal que produce la ilusión de una estructura continua, como el parpadeo de las viejas películas mudas?") No creía lo bastante en la autenticidad de la gente, y por lo tanto no podía retratarla con éxito. ¿Y la religión? No me interesaba ninguna religión en la que hubiera la más mínima huella propiciatoria ¿y en cuál no la había? Mal que le pesara a Balthazar, me parecía que en el mejor de los casos las

iglesias }` las sectas eran escuelas donde se aprendía a luchar contra el miedo. Pero el último, el peor fracaso (hundí la boca en el negro y viviente cabello de Justine) era el fracaso con la gente, nacido de un desasimiento espiritual cada vez mayor que si bien me dejaba en libertad de simpatizar, me vedaba la posesión. De una manera tan progresiva como inexplicable mi capacidad de amar disminuía mientras aumentaba en proporción contraria mi abnegación, mi capacidad de entrega que es la mejor parte del amor. Comprendí horrorizado que en eso se basaba el dominio que ejercía ahora sobre Justine. Como mujer, naturalmente deseosa de posesión, estaba condenada a perseguir y tratar de apoderarse de esa parte de mí mismo que estaría por siempre fuera de su alcance, el último y penoso refugio que eran para mí la risa y la amistad. Esa especie de amor la desesperaba, en un cierto sentido, porque yo no dependía de ella; y la necesidad de poseer, en caso de no ser satisfecha, transforma en poseído al propio .espíritu. ¡Qué difícil resulta analizar estas relaciones que se ocultan bajo la piel de nuestras acciones! Porque amar es un mero lenguaje epidérmico, y el sexo no es más que terminología.

Y para definir mejor esa triste vinculación que tanto dolor me había causado, vi que el dolor mismo es el único alimento de la memoria; porque el placer termina en sí mismo, y todo lo que me había legado era una fuente de continua salud, un desasimiento pródigo en vida. Yo era como una batería de pilas secas. Sin compromiso alguno, era libre de circular en el mundo de los hombres y las mujeres como el guardián de los verdaderos derechos del amor, que no es ni pasión ni costumbre -que sólo sirven para calificarlo-, sino la divina intromisión de un inmortal entre los mortales, Afrodita con todas sus armas. Así sitiado, me definía y realizaba por obra de aquella cualidad que, claro está, me hería más a fondo: la abnegación. Eso era lo que Justine amaba en mí, y no mi personalidad. Las mujeres son ladronas sexuales, y ella quería robarme ese tesoro de desasimiento, la piedra preciosa escondida en la cabeza del sapo. Veía la marca de ese desprendimiento a lo largo de toda mi vida, con sus discordancias, sus casualidades, su desorden. Mi valor no residía en nada de lo que llevaba a cabo o de lo que poseía. Júsline me amaba porque yo era para ella algo indestructible, un ser humano ya formado y que no podía quebrar. La obsesionaba el sentimiento de que incluso mientras estaba haciendo el amor con ella mi deseo más grande era morir. Y eso le resultaba insoportable.

¿Y Melissa? Como es natural, carecía de la intuición de Justine en lo que a mí se refería. Sólo sabía que mi fuerza la sostenía allí donde ella era más débil, en sus contactos con el mundo. Atesoraba cualquier manifestación de mis debilidades humanas: costumbres desordenadas, incapacidad en materia de dinero, y cosas por el estilo. Amaba mis debilidades porque entonces podía serme útil, mientras que Justine las dejaba completamente de lado, como algo desprovisto de todo interés. Había adivinado otro tipo de fortaleza. Sólo le interesaba lo que yo no podía ofrecerle como regalo ni ella podía robarme. Lo que se entiende por posesión no es más que eso: guerrear apasionadamente para conquistar cualidades ajenas, luchar por apoderarse de los tesoros de la personalidad del contrincante. ¿Pero qué otro fin puede tener esa guerra que no sea la destrucción y la desesperanza?

Y sin embargo, cuán intrincadas son las razones que mueven a los hombres: Melissa había de ser quien arrancara a Nessim de su refugio en el mundo de la fantasía, para arras trarlo a una acción que, bien lo sabía él, todos lamentaríamos amargamente, puesto que nos llevaba la vida. Sí, fue ella quien, impulsada por la violencia de su propia infelicidad, se acercó una noche a la mesa de Nessim, que frente a una copa de champaña vacía observaba el cabaret con aire pensativo, y ruborizándose, temblándole las pestañas artificiales, murmuró aquellas cinco palabras: "Su mujer le es infiel", que desde entonces quedaron vibrando en su mente como un cuchillo recién clavado. Desde luego, hacía tiempo que recibía nutridos informes sobre ese hecho tan temido, pero las páginas que leía eran como noticias periodísticas de una catástrofe acaecida muy lejos, en un país desconocido. Ahora se enfrentaba con un testigo ocular, una víctima, un sobreviviente...

La resonancia de esa breve frase estimuló su capacidad de sentir. Todos los informes escritos se alzaron bruscamente ante él, aullando.

El camarín de Melissa era un cubículo maloliente, lleno de tubos de desagüe de las letrinas. Tenía un mísero pedazo de espejo y un pequeño estante forrado con puntilla de papel blanco donde guardaba la serie de cajas de polvos y de lápices que tan mal utilizaba para maquillarse.

La imagen de Selim, reflejada en ese espejo, se deformaba y parpadeaba bajo la luz de gas como un espectro de las profundidades. Habló con una claridad incisiva, reflejo de

la de su amo, pero en esa voz parodiada Melissa adivinó algo de la ansiedad que sentía el secretario por el único ser humano a quien realmente adoraba, y ante cuyos problemas reaccionaba como la copa en la mesa de espiritismo. ``í

Melissa empezaba a tener miedo, porque sabía que con arreglo a la ley no escrita de la ciudad, las ofensas a los poderosos eran castigadas rápida y horriblemente. Se espantó de lo que acababa de hacer, y mientras procuraba disimular las ganas de soltar el llanto, empezó a quitarse las pestañas artificiales con dedos temblorosos. Pero no había manera de rechazar la invitación. Acabó por ponerse las pobres ropas i que eran todo su lujo, y arrastrando la fatiga como un pesado paquete, siguió a Selim hasta el gran automóvil que esperaba en la sombra y se sentó junto a Nessim que esperaba en el volante. El auto echó a andar lentamente en la densa noche crepuscular de Alejandría cuyas calles, tanto era su pánico, no alcanzaba a reconocer. Costearon un mar de zafiro, y se desviaron hacia el interior, dejando atrás los arrabales, rumbo al lago Mareotis y las aglomeraciones bituminosas de Mex, en las que el haz de los faros iba arrancando capas sucesivas de tinieblas, poniendo en descubierto las menudas escenas íntimas de la vida egipcia: un borracho cantando, una figura bíblica montada en una mula, huyendo con dos niños de la furia de Herodes, un estibador ordenando sacos rápidamente, como quien distribuye naipes. Melissa miraba emocionada esas escenas, porque detrás empezaba el desierto, su vacío resonante como una caracola. En todo ese tiempo su compañero no había dicho una palabra, y ella no se había atrevido ni siquiera a mirar en su dirección.

Cuando las líneas puras y aceradas de los médanos surgieron bajo la luna, Nessim detuvo el automóvil. Buscando la libreta de cheques en el bolsillo, se dirigió a ella con voz temblorosa y los ojos preñados de lágrimas.

-¿Cuánto cuesta su silencio?

Melissa se volvió hacia él, y al distinguir por primera vez la bondad y la tristeza de su rostro moreno, sintió que su miedo era reemplazado por una vergüenza infinita. En la expresión de Nessim reconocía esa debilidad en favor del bien que jamás podría convertirlo en un enemigo de alguien como ella.

Apoyó una mano tímida en su brazo, y dijo:

-Estoy tan avergonzada... Perdóneme, por favor, no sabía lo que decía.

Y su fatiga la dominó de tal manera, que la emoción que amenazaba trocarse en lágrimas acabó en un bostezo. Entonces ambos se miraron como si se comprendieran por primera vez, y. reconocieran mutuamente su inocencia. Durante un minuto fue casi como si acabaran de enamorarse el uno del otro a fuerza de puro alivio.

El auto volvió a tomar velocidad, al igual que su silencio, y pronto corrió por el desierto hacia donde lucían aceradamente las estrellas y se alzaba un horizonte teñido de negro por el trueno de la resaca. Con esa extraña criatura soñolienta a su lado, Nessim pensó una y otra vez: "Gracias a Dios no soy un genio, porque un genio no tiene a nadie en quien confiar."

Las miradas furtivas que le lanzaba le permitían estudiarla, y por lo tanto estudiarme a mí en ella. Su belleza debió de desarmarlo y perturbarlo, como me había ocurrido a mí, pues más tarde, hablando de ella, dijo que su belleza era de las que hacían presentir terriblemente que Melissa había nacido para ser blanco de las fuerzas más destructoras. Recordó sobresaltado una anécdota de Pursewarden en la que figuraba Melissa, pues aquél la había encontrado, al igual que Nessim, en el mismo cabaret mortecino. Pero esa noche ella estaba sentada en un círculo de bailarinas, vendiendo billetes para los bailes. Pursewarden, que estaba admirablemente borracho, la invitó a bailar y después de un momento de silencio, se dirigió a ella con su tono melancólico y autoritario a la vez:

-Comment vous défendez-vous contre la solitude?

Melissa lo miró con ojos en los que se acumulaba todo el candor de la experiencia, y repuso suavemente:

-Monsieur, je suis devenue la solitude méme.

Pursewarden quedó lo bastante impresionado como para recordar y repetir luego la frase a sus amigos, añadiendo:

-En ese momento pensé que muy bien podía uno enamorarse de una mujer así.

Sin embargo, se cuidó de volver a encontrarse con ella, porque el libro que escribía marchaba muy bien, y en ese despertar de una simpatía le pareció descubrir una añagaza de la parte de su carácter menos dispuesta a trabajar. En esa época escribía acerca del amor, y no quería perturbar las ideas que se había formado al respecto. ("No puedo enamorarme", le hace decir a un personaje, "pues pertenezco a una antigua sociedad secreta... la de los comodines." Y en otro pasaje, hablando de su matrimonio: "Descubrí que además de fastidiar a otra persona, me fastidiaba a mí mismo; en cambio ahora que estoy solo no fastidio a nadie más que a mí. ¡Oh alegría!")

Justine seguía inclinada sobre mí, observando mi expresión mientras yo recomponía mentalmente esas escenas abrasadoras.

-Encontrarás algún pretexto -repitió con voz ronca. No irás.

Selim había insistido particularmente en eso, y había abandonado la habitación sofocando un sollozo. Me parecía imposible encontrar una salida a la situación.

--Cómo quieres que me niegue? -dije-. ¿No ves que es imposible?

El auto había corrido por el desierto en la noche cálida y sin viento. Invadidos por una súbita simpatía, Nessim y Melissa seguían sin hablar. En el último declive, antes de Burg El Arab, Nessim cortó el contacto y dejó que el auto saliera del camino.

-Venga --dijo-. Quiero mostrarle el Palacio de Verano de Justine.

Tomados de la mano recorrieron el camino hasta la casa. El guardián dormía, pero Nessim tenía la llave. Aunque las habitaciones olían a humedad, a abandono, estaban ilumi nadas por los reflejos de las dunas blancas. Nessim no tardó en encender un fuego en la gran chimenea, y luego de sacar su viejo abba de un armario, se envolvió en él, se sentó junto a las llamas y preguntó:

-Melissa, ¿quién la mandó perseguirme?

Era una broma, pero se olvidó de sonreír y Melissa se puso roja de vergüenza y se mordió los labios. Largo rato permanecieron gozando del calor del fuego y de la sensación de estar compartiendo algo... su desesperanza.

(Justine apagó el cigarrillo y se levantó lentamente de la cama. Echó a andar por la alfombra, de un lado al otro. El miedo la dominaba, y me di cuenta de que sólo con un esfuerzo lograba reprimir uno de sus característicos arranques.)

-He hecho muchas cosas en la vida - dijo a su imagen en el espejo-. Cosas malas, quizá. Pero nunca las hice despreocupadamente, nunca las derroché. Los actos me han parecido siempre mensajes, deseos del pasado

que se proyecta hacia el futuro, que invitan a descubrirse a uno mismo. ¿Me habré equivocado? ¿Me habré equivocado?

No era a mí a quien dirigía la pregunta, sino a Nessim. Resulta mucho más fácil hacer al amante las preguntas destinadas al marido.

-En cuanto a los muertos -agregó poco después-, siempre he creído que para ellos los muertos somos nosotros. Ellos se han reunido con los vivos, después de esta absurda excursión por la casi vida.

Hamid había empezado a moverse y Justine, aterrada, se apresuró a vestirse.

-De manera que tienes que ir -me dijo tristemente-, y yo también. Sí, tienes razón, debemos ir.

Y volviéndose hacia el espejo para completar su arreglo, agregó: "Otra cana...", mientras estudiaba atentamente su rostro refinado y maligno.

Observándola así, presa por un instante en un rayo de sol que se colaba a través del vidrio sucio, no pude dejar de decirme una vez más que nada había en ella capaz de gobernar o modificar el lado meramente intuitivo de su naturaleza, resultado de su apasionada introspección. No tenía ni la educación ni la inteligencia suficiente para batallar contra los imperativos de su violento corazón. Sus dones eran los que podemos encontrar a veces en los videntes analfabetos. En ella, todo lo que parecían ideas era material prestado: incluso su observación sobre los muertos, que aparece en un pasaje de Moeurs. Había extraído lo más significativo de los libros, no a través de la lectura sino escuchando los incomparables discursos de Balthazar, Arnauti y Pursewarden cuando hablaban de ellos. Era una condensación de todos los escritores y pensadores que había amado y admirado. Pero, ¿qué mujer inteligente hace otra cosa?

Nessim había tomado ahora las manos de Melissa entre las suyas (unas manos sin fuerza, frías, como hostias), y empezó a interrogarla acerca de mí con avidez, como si su verdadera pasión fuera yo y no Justine. Siempre nos enamoramos de la persona elegida por el ser que amamos. ¿Qué no daría yo por saber todo lo que le dijo, ella ganándose cada vez más su simpatía con su candor, sus inesperadas reservas? Todo lo que sé es que concluyó con una observación estúpida: "Ni siquiera ahora son felices; se pelean horriblemente, Hamid me lo dijo la última vez que lo vi." Me imagino que tenía suficiente experiencia como para darse cuenta de que esas peleas eran la verdadera esencia de nuestro amor; sin embargo, creo que sólo era capaz de sentir el egoísmo de Justine, esa falta casi monstruosa de interés por los demás que caracterizaba a mi déspota. Carecía por completo de caridad espiritual, condición indispensable para merecer la buena opinión de Melissa. En realidad, no era humana: nadie que se dedique enteramente a su ego lo es. ¿Qué podía yo encontrar en ella? Me lo pregunté por milésima vez. Y sin embargo Nessim, al empezar a explorar y a amar a Melissa como una prolongación de Justine, recortaba perfectamente la situación desde el punto de vista humano. Melissa buscaría en él las cualidades que, según imaginaba, yo debía de haber encontrado en su mujer. Los cuatro, aunque

no lo reconociéramos, nos complementábamos recíprocamente, estábamos inextricablemente atados. ("Los que hemos viajado mucho y amado mucho; los que hemos... no diré sufrido, pues a través del sufrimiento hemos alcanzado siempre la autonomía, sólo nosotros apreciamos el complejo mundo de la ternura, y comprendemos el estrecho vínculo que existe entre el amor y la amistad." Moeurs.)

Hablaban ahora como podrían hacerlo dos hermanos condenados, transmitiéndose el sentimiento de alivio que experimentan aquellos que hallan a alguien capaz de compartir preocupaciones inconfesadas. En mitad de esa simpatía, una inesperada sombra de deseo empezó a agitarse, apenas un espectro de deseo, hijo bastardo de la confesión y el alivio. En cierto sentido prefiguraba su propio amor, que llegaría más adelante y sería mucho menos horrible que el nuestro -el mío y de Justine-. El amor es tanto más auténtico cuando nace de la simpatía y no del deseo, porque sólo así no deja heridas. Amanecía ya cuando cesaron de hablar, rígidos y helados, pues el fuego se había apagado mucho rato antes, y recorrieron el sendero húmedo hasta el automóvil, avanzando bajo el pálido amanecer color de lavanda. Melissa había encontrado un amigo y un protector, y en cuanto a Nessim, estaba transfigurado. La sensación de contar con una nueva simpatía lo transformaba mágicamente en el hombre de antes, es decir, en un hombre capaz de actuar (por ejemplo, de asesinar al amante de su mujer si se le antojaba).

Recorriendo aquella costa tan pura, a la que pertenecían tan entrañablemente, vieron tenderse los primeros rayos del sol de horizonte a horizonte, por encima del oscuro y poderoso Mediterráneo, cuyos bordes tocaban simultáneamente y en ese mismo instante Cartago, la santa, la perdida, y Salamina en Chipre.

Allí donde el camino se abre paso entre las dunas rumbo al mar, Nessim disminuyó la velocidad y, sin darse bien cuenta de lo que decía, propuso que tomaran un baño. En su repentina metamorfosis sentía el súbito deseo de que Melissa lo viera desnudo y aprobara su belleza, durante tanto tiempo olvidada como un traje bien cortado en un armario.

Desnudos, riendo, chapotearon en el agua tomados de la mano hasta entrar en el mar helado, mientras la suave luz del sol matinal les entibiaba al mismo tiempo las espaldas. Era como la primera mañana del mundo. También Melissa había arrojado junto con sus ropas la última carga fatigosa de la carne, y se había vuelto la bailarina que era; la desnudez le daba siempre plenitud y equilibrio, cualidades que le faltaban en el cabaret.

Así estuvieron largo rato, tendidos uno junto al otro en perfecto silencio, buscando el futuro a través de las tinieblas de sus sentimientos. Nessim comprendió que acababa de ganar la obediencia total de Melissa, y que ella era desde ahora su amante en el más amplio sentido de la palabra. Reanudaron el regreso a la ciudad, felices e incómodos al mismo tiempo, pues sentían un hueco en el corazón mismo de su felicidad. Y como no tenían ningún deseo de reintegrarse a la vida que cada uno llevaba por su lado, prolongaban el momento, el auto avanzaba despacio, y hasta el silencio parecía alargarse entre sus palabras de cariño.

Nessim acabó por recordar un café de barrio en Mex, donde podrían comer un huevo duro y beber café. Aunque era muy temprano, el propietario griego estaba despierto y dispuso unas sillas debajo de una higuera seca, en un patio lleno de gallinas y de sus magros excrementos. Más allá del patio no se veían más que las chapas de zinc de los depósitos y las fábricas. La única presencia del mar era un olor rancio y sonoro de hierro recalentado y alquitrán.

Nessim dejó por fin a Melissa en la esquina que ella le había señalado, y se despidió de una manera "perfectamente seca", temeroso quizá de que algún empleado de su oficina pudiera verlo. (Eso último se me ocurre a mí, pues la expresión "perfectamente seca" que usa en su diario parece un tanto fuera de lugar.) El rumor inhumano de la ciudad lo rodeó una vez más, devolviéndolo a sus antiguos sentimientos y preocupaciones. En cuanto a Melissa, bostezando, muerta de sueño, y con su absoluta naturalidad, se alejó de Nessim para entrar en la capilla griega y encender una vela al santo. Se persignó de izquierda a derecha, como hacen los ortodoxos, y echó hacia atrás un mechón de pelo mientras se inclinaba sobre el icono, encontrando en el sabor de bronce de su beso todo el consuelo de un hábito que le venía de la olvidada infancia. Guando se volvió, cansada, vio que Nessim estaba a su lado. Su rostro tenía una palidez mortal, y la miraba fijo, con una curiosidad suave y ardiente a la vez. De pronto Melissa comprendió todo. Se abrazaron con una especie de angustia, sin besarse, apretando simplemente sus cuerpos uno contra el otro, y de golpe Nessim empezó a temblar de fatiga. Le castañeteaban los dientes. Melissa lo llevó hasta una silla del coro donde permaneció un momento profundamente perturbado, luchando por hablar y pasándose la mano por la frente como quien ha estado a punto de ahogarse. No tenía nada que decir, pero su incapacidad para articular las palabras hicieron temer a Melissa que estuviera al borde de un ataque. Alcanzó a murmurar: "Es terriblemente tarde, casi las seis y media." Apretando la mano de Melissa contra su mejilla, donde empezaba a asomar la barba, se levantó y, titubeando como un viejo, buscó su camino hasta el pórtico y el sol, mientras ella, desde adentro, lo seguía con los ojos.

Nunca la luz del alba había parecido tan hermosa a Nessim. La ciudad brillaba como una piedra preciosa. Los estridentes teléfonos, cuya resonancia llenaba los grandes edificios de piedra donde los hombres de negocios vivían realmente, llegaban a sus oídos como el canto de grandes y fecundos pájaros mecánicos. Una inesperada lluvia matinal había lavado los árboles del parque. Resplandecientes, pare cían enormes gatos felices entregados a la tarea de acicalarse Mientras subía al quinto piso en el ascensor y hacía algunas torpes tentativas por mostrarse presentable (tocándose el mentón ennegrecido por la barba, ajustándose la corbata), Nessim miró su imagen en el mal espejo, sorprendido por los nuevos sentimientos y creencias que aquellas breves escenas habían suscitado en él. Pero debajo de todo ello, doliendo como un diente o un dedo infectados, seguían presentes aquellas cinco palabras con que Melissa lo había apuñalado. Vagamente se daba cuenta de que Justine había muerto para él; su imagen interior había pasado a ser un grabado, un relicario que se podía llevar eternamente sobre el corazón. Siempre resulta amargo abandonar la vida de antes por una nueva, y toda mujer es una nueva vida, compacta,

autónoma y su¡ generis. Como persona, Justine se había desdibujado. Ya no deseaba poseerla más, sino liberarse de ella. De mujer que había sido, acababa de transformarse en una situación.

Llamó a Selim, y le dictó algunas monótonas cartas de negocios con una calma tan sorprendente, que la mano del joven secretario tembló mientras estenografiaba pulcramente las palabras. Quizá Nessim nunca pareció tan aterrador a Selim como en ese momento, sentado ante su gran escritorio lustrado, frente a la serie de resplandecientes teléfonos.

Después de ese episodio, Nessim no vio a Melissa durante cierto tiempo, pero le escribió largas cartas que arrojó al excusado en vez de enviarlas. Por alguna razón fantástica le parecía necesario explicar y justificar a Justine ante Melissa, y cada una de sus cartas empezaba con una larga y penosa exégesis del pasado de Justine y del suyo propio. Sentía que sin ese preámbulo le sería imposible referirse a la forma en que Melissa lo había cautivado. Desde luego, no defendía a su mujer ante Melissa, que no le había hecho la menor crítica (fuera de aquella frase), sino ante todas las nuevas dudas sobre Justine que se le presentaban después de su experiencia con Melissa. Así como mi propia experiencia con Justine había iluminado y revalorado a Melissa, de la misma manera a Nessim le bastaba mirar los ojos grises de Melissa para ver nacer una Justine nueva e insospechada. La verdad era que empezaba a asustarlo la latitud que podía llegar a tener su odio. Comprendía que el odio no es más que el amor irrealizado. Envidiaba la unilateralidad del juicio de Pursewarden, quien en la guarda del último libro que había dado a Balthazar había escrito aquellas burlonas palabras:

Lo que piensa Pursewarden de la vida
N. B. La comida es para comer
El arte es para artear Las mujeres son para...
Fin
RIP

Y cuando volvieron a encontrarse, en circunstancias muy diferentes... Pero no tengo el valor de continuar. He analizado profundamente a Melissa en el fondo de mi inteligen cia y de mi corazón, y me resulta insoportable el recuerdo de lo que Nessim encontró en ella, esas páginas cubiertas de borrones y modificaciones. Los celos sexuales son una bestia extraña, capaz de alojarse en cualquier parte, incluso en la memoria. Aparto el rostro a la sola idea de los tímidos besos de Nessim, de los de Melissa que elegían en Nessim la boca más cercana a la mía...

Extraje de un paquete una tarjeta de cartulina en la cual, después de no pocas dificultades, había conseguido que un impresor de mala muerte estampara mi nombre y dirección. Escribí en ella:

El señor ..... acepta complacido la amable invitación del señor ..... a una cacería de patos en el lago Mareotis.

Se me ocurrió que era la oportunidad de aprender algunas verdades importantes sobre el comportamiento humano.

El otoño ha cedido por fin paso al claro escenario del invierno. Un mar bramante se estrella en las defensas de piedra a lo largo de la Corniche. Las aves migratorias se multiplican en las aguas superficiales del lago Mareotis. El agua pasa del dorado al gris, asume su pigmentación de invierno. Los invitados se reúnen al atardecer en casa de Nessim: prodigiosa colección de automóviles y trajes de caza. Empieza entonces el largo empacar y desempacar de cestos de mimbre y estuches de carabinas, con el correspondiente acompañamiento de cocteles y emparedados. Se inicia la comparación de escopetas y cartuchos, conversación inseparable de la vida del cazador; frases sueltas, sin importancia, llenas de ciencia. El amarillento atardecer sin luna se va ahondando; el sol se pone lentamente en el lila vidrioso del cielo. El aire está fresco, claro como hielo cristalino.

Justine y yo nos movemos en la tela de araña de nuestras preocupaciones como dos personas ya separadas. Ella lleva un traje de amazona de terciopelo, chaqueta de bolsillos profundos y en diagonal, sombrero de suave velours caído sobre la frente: un sombrero de colegiala, botas de cuero. No nos miramos de frente, y nos hablamos con un tono impersonal, hueco. Me duele horriblemente la cabeza. Justine me ha prestado su arma de repuesto, una magnífica y liviana escopeta Purdy perfectamente adecuada para alguien tan inexperto como yo.

Se oyen risas y aplausos cuando se echan las suertes para formar los distintos grupos de cazadores. Deberemos apostarnos en diversas zonas del lago, y aquellos a quienes les toque la parte más occidental tendrán que hacer un largo rodeo en auto a través de Mex y las orillas del desierto. Los jefes de cada grupo van sacando de un sombrero los nombres de los invitados escritos en tiras de papel. Nessim ha extraído ya el de Capodistria, que lleva una elegante chaqueta de cuero con puños de pana, pantalones de gabardina kaki y calcetines a cuadros. Usa un viejo sombrero de tweed con una pluma de faisán, y una bandolera llena de cartuchos. Le toca luego a Ralli, el viejo general griego con sus bolsas cenicientas bajo los ojos y zurcidos pantalones de montar; a Pallis, el encargado de negocios de Francia, que se ha puesto una chaqueta canadiense, y finalmente a mí.

Justine y Pombal deberán reunirse con el grupo de Lord Errol. Ya no cabe la menor duda de que estaremos separados. Bruscamente, por primera vez, me da miedo el resplandor inexpresivo de los ojos de Nessim. Nos instalamos en los vehículos. Selim está sujetando las correhuelas de un pesado estuche de escopetas de piel de cerdo. Le tiemblan las manos. Una vez tomadas todas las disposiciones, arrancan los motores de los automóviles y, a esa señal, sale de la casa una nube de criados trayendo las copas de champaña de la despedida. Ese instante de distracción permite a Justine cruzar hasta nuestro auto y, con el pretexto de alcanzarme un paquete de cartuchos, oprimirme el brazo con todas sus fuerzas, clavarme durante un segundo sus ojos negros y brillantes con una expresión que muy bien podría tomar por alivio. Hago lo que puedo por sonreír.

Salimos sin prisa, con Nessim en el volante, y vemos los últimos rayos del sol cuando salimos de la ciudad para correr a lo largo de las dunas en dirección de Abukir. Todo el mundo está de muy buen humor; Ralli habla

hasta por los codos, y Capodistria nos entretiene con anécdotas de su padre que era increíblemente chiflado. ("Lo primero que hizo al volverse loco fue presentar una demanda contra sus dos hijos, acusándolos de ilegitimidad deliberada y pertinaz.") De cuando en cuando alza un dedo para tocar la compresa de algodón que un parche negro mantiene sujeta al ojo. ¿Cómo puede ser que hasta entonces no hubiera yo reconocido en Capodistria al autor de la infelicidad de Justine, al hombre del parche negro en el ojo? Pallis acaba de ponerse un gorro de cazador con grandes orejeras, que le dan un aire de conejo galo pensativo. De cuando en cuando sorprendo los ojos de Nessim en el espejo del parabrisas; me sonríe.

Cuando llegamos a orillas del lago es ya el crepúsculo. El viejo hidrodeslizador zumba y ruge esperándonos. Está atestado de señuelos para la cacería. Nessim escoge un par de escopetas de caza de caño muy largo y dos trípodes antes de reunirse con nosotros en el barquichuelo de fondo plano; pronto surcamos la desolada extensión del lago circulando por los cañaverales, para llegar a la aislada cabaña donde hemos de pasar la noche. El horizonte va desapareciendo a medida que avanzamos por la penumbra de los canales en nuestro ruidoso hidrodeslizador, perturbando a los habitantes del lago con el rugido de los motores; por todas partes asoman como escabeles los islotes cubiertos de juncos, con su promesa de refugio. Una o dos veces se abre ante nosotros una larga perspectiva de agua libre, y vislumbramos la agitación de las aves que levantan el vuelo, de los patos que parecen arrastrarse sobre la superficie. Más cerca, los zigzagueantes cormoranes semejan criaturas de una tienda de antiguallas, con sus picos ávidos llenos de juncos. En la vasta extensión que nos rodea, las prolíficas colonias del lago empiezan a posarse para pasar la noche. Apenas callan los motores del hidrodeslizador, el silencio se llena del silbo y el graznido de los patos.

Una suave brisa se levanta y riza el agua en torno a la pequeña cabaña de madera, en cuya galería se han sentado los cargadores que nos esperan. La oscuridad se ha acentuado bruscamente, y en las voces de los boteros resuenan inflexiones secas, chispeantes y alegres. Los cargadores son seres primitivos que vagabundean de isla en isla lanzando gritos salvajes, la galabeah atada por arriba de la cintura como si fuesen insensibles al frío. Se los ve moverse en la penumbra, grandes y negros, como tallados en la oscuridad. Nos ayudan a subir uno por uno hasta la galería, y luego se marchan en sus barcas de fondo plano para instalar los señuelos, mientras entramos en la habitación interna donde ya se han encendido las lámparas de petróleo. Llega de la cocina .: el perfume estimulante de la comida, que olemos apreciativamente a tiempo que nos despojamos de escopetas, bandoleras y botas. Los deportistas se entregan luego al tric-trac, al chaquete y a las charlas de cazadores, la conversación' masculina más fascinante y absorbente del mundo. Ralli unta sus remendadas botas con grasa de cerdo. El guiso es excelente, y el vino tinto nos ha puesto a todos de buen humor.

Hacia las nueve, todos estamos dispuestos a dormir. Nessim va y viene en la oscuridad, dando las últimas instrucciones a los cargadores y preparando el viejo reloj herrumbrado para que nos despierte a las tres de la madrugada. El único que no parece dispuesto a dormir es Capodistria. Sigue

allí sentado, sumido en sus reflexiones, mientras paladea el vino y fuma un cigarro. Hablamos todavía un rato de cosas sin importancia, hasta que de pronto Capodistria empieza a criticar el tercer volumen de la obra de Pursewarden, que acaba de aparecer en las librerías.

-Lo que más me asombra -dice-, es que presenta una serie de problemas espirituales como si fueran la cosa mas corriente, y los ilustra por medio de sus personajes. He esta do reflexionando sobre Parr, el personaje sensualista. ¡Cómo se me parece! Su panegírico de la vida voluptuosa es extraordinario, como en ese pasaje donde dice que la gente sólo ve en nosotros al mujeriego despreciable que rige nuestros actos, pero ignora la sed de belleza que corre por debajo. El sentirse como fulminado por un rostro que quisiéramos devorar rasgo por rasgo. Ni siquiera hacer el amor con el cuerpo que prolonga hacia abajo ese rostro nos da respiro o descanso. ¿Qué se puede hacer con seres como nosotros?

Suspira, y bruscamente se pone a hablar de la Alejandría de otros tiempos. Se refiere ahora en tono de resignación y bondad a esos lejanos días en los que se ve a sí mismo viviendo con la serenidad y la soltura de un joven.

-Nunca conocí íntimamente a mi padre. Su espíritu era mordaz, pero quizá esa ironía disimulaba las heridas de su alma. Cuando se es capaz de decir cosas tan agudas que fuerzan la atención y el recuerdo ajenos, no se es un hombre vulgar. Una vez, hablando del matrimonio, dijo: "Con la institución del matrimonio se ha legitimizado la desesperanza." Y esto: "Cada beso es la conquista de una repulsión." Su concepción de la vida me parecía muy coherente, pero después se volvió loco y todo lo que queda de él son unas pocas anécdotas, algunas palabras. Ojalá yo pudiera dejar tanto como él.

Me quedo un rato despierto en la estrecha tarima de madera, pensando en lo que ha dicho Capodistria. Todo es oscuridad y silencio, salvo la voz baja y rápida de Nessim que habla en la galería con los cargadores. No alcanzo a entender sus palabras. Capodistria permanece unos instantes más en la oscuridad, terminando su cigarro, y después trepa pesadamente a la tarima del lado de la ventana. A juzgar por los ronquidos de Ralli, los otros ya están durmiendo. Mi temor ha cedido una vez más a la resignación; al borde del sueño, pienso todavía un instante en Justine antes de que su recuerdo se deslice en un limbo poblado solamente por lejanas voces soñolientas y el chapoteo quejumbroso de las aguas del gran lago.

Reina completa oscuridad cuando la mano de Nessim me sacude suavemente por los hombros. El reloj despertador ha fallado, pero la habitación ya está llena de siluetas que se desperezan, bostezan y bajan de las tarimas. Los cargadores, que han dormido acurrucados como perros en la galería exterior, sé apresuran a encender las lámparas de petróleo, a cuya luz espectral tomamos un frugal desayuno de café y emparedados. Bajo hasta el embarcadero y me lavo la cara en el agua helada del lago. En torno de nosotros se cierne la oscuridad mas completa. Todo el mundo habla en voz baja, como si se sintiera el agobio de esas tinieblas. Las ráfagas de viento hacen temblar la cabaña, construida sobre frágiles pilotes.

Cada uno de nosotros dispone de una barca y un auxiliar para cargar las armas.

-Faraj irá con usted -me dice Nessim-. Es el más experimentado y digno de confianza de todos.

Le doy las gracias, y miro ese rostro bárbaro y negro debajo del turbante sucio, un rostro serio, inexpresivo. Faraj toma mis escopetas y mi equipo y se dirige en silencio hacia la barca negra. Despidiéndome con un susurro, me embarco a mi vez. Faraj da un golpe de remo para entrar en el canal, y súbitamente penetramos en el corazón de un diamante negro. El agua está cuajada de estrellas, Orión muy baja, Capella emitiendo regueros de chispas. Durante largo rato nos deslizamos sobre ese diamantino tapiz de estrellas en el más absoluto silencio, roto tan sólo por la succión del lodo en la pértiga. Viramos luego bruscamente para entrar en un canal más ancho, una franja de pequeñas olas viene a chapotear en nuestra proa, y las ráfagas de viento traen gusto de sal del mar invisible.

En el aire hay ya una sospecha de alborada mientras surcamos la oscuridad de este mundo perdido. Al acercarnos a un paraje más abierto se ve el imperceptible dibujo de las islas como una barba de juncos y cañas brotando del agua. Y ya nos llega de todas partes a la vez la múltiple algarabía de los patos y el agudo chillido de las gaviotas que vuelan hacia el mar. Faraj gruñe y orienta la barca hacia la isla más próxima. Tendiendo las manos en la oscuridad, alcanzo a aferrar el borde helado del tonel más cercano, en el que me introduzco trabajosamente. El puesto consiste en dos barriles atados uno contra el otro y envueltos en altos juncos para disimularlos. El cargador mantiene quieta la barca mientras lo libero de todos mis avíos. Ahora lo único que queda es esperar el alba, que empieza a alzarse lentamente en alguna parte y se abre camino en esas tinieblas inanes.

El frío muerde cruelmente, y ni siquiera mi grueso abrigo me protege lo suficiente. He dicho a Faraj que me ocuparé yo mismo de cargar las armas, pues no quiero que tenga la escopeta de repuesto y los cartuchos en el otro barril. No puedo dejar de sentirme avergonzado mientras le hablo, pero mis nervios se tranquilizan. Faraj asiente con un gesto de su cara inexpresiva y va a meterse con la barca en el cañaveral contiguo, camuflado como un espantapájaro. Nos quedamos a la espera, mirando hacia la parte más alejada del lago; el tiempo dura siglos.

De pronto, en el extremo del largo corredor, mi visión se ahonda en algo que empieza a separarse con un pálido estremecimiento: una lista de un amarillo de ranúnculo se va espesando gradualmente hasta convertirse en un rayo que va cayendo despacio a través de las espesas masas de nubes acumuladas en oriente- A nuestro alrededor crecen el vaivén y la agitación de las colonias de pájaros. Con lentitud, con dificultad, como una puerta que se entreabre, el amanecer se cierne sobre nosotros mientras las tinieblas se repliegan. Un instante más, y como una escalinata de delicados botones de oro desciende suavemente del cielo para tocar el horizonte, y orientar los ojos y los espíritus perdidos en un espacio informe. Faraj bosteza

ruidosamente y se rasca. Un rosa intenso, un oro viejo cálido. Las nubes viran al verde y al amarillo. El lago empieza a despertar.

Las negras siluetas de las cercetas cortan mi campo visual hacia el este.

-Ya es la hora -murmura Faraj, pero mi reloj pulsera me dice que todavía debemos esperar cinco minutos. Tengo los huesos empapados de oscuridad. El suspenso y la inercia luchan por la posesión de mi adormilada inteligencia. Se ha convenido en que la cacería no empezará antes de las cuatro y media. Cargo despacio la escopeta y coloco la bandolera sobre el barril contiguo, al alcance de la mano.

-Ya es la hora -repite Faraj, en tono más apremiante. Muy cerca se oye un chapoteo y la fuga precipitada de algunos pájaros escondidos. Una pareja de negretas invisibles parece inmovilizada, perpleja, en el centro del lago. Estoy a punto de decir algo cuando desde el sur me llegan las primeras descargas, como un chasquido lejano de pelotas de cricket.

Empiezan a pasar algunas aves solitarias, una, dos, tres. La luz aumenta y va virando del rojo al verde. Las nubes han comenzado a moverse, dejando en descubierto las enor mes cavidades del cielo. Van desnudando la mañana como quien pela un fruto. Cuatro bandadas de patos se forman como puntas de flechas y se alzan a doscientas yardas. Cruzan sobre, mí en el ángulo más indicado, y pruebo a abrir el fuego con el cañón derecho, para tener una idea de la distancia. Como de costumbre, vuelan más alto y más rápido de lo que parece. Los minutos van pasando como latidos del corazón.

Se oyen otras escopetas más cercanas, y todo el lago está ya alerta. Los patos pasan ahora en grupos cada vez más frecuentes -tres, cinco, nueve-, volando al ras y a gran velocidad. Sus alas zumban mientras ascienden hacia el cielo con los cuellos tendidos. Mucho más arriba viajan las bandadas de ánsares, agrupados como escuadrillas a contraluz, volando lenta y suavemente. Las descargas conmueven los aires y los acosan al pasar, haciéndolos derivar en una lenta curva hacia el mar abierto. Aún más arriba, y lejos del alcance de las municiones, vuelan las hileras de patos silvestres, y sus plañideros graznidos resuenan claramente sobre las aguas ya asoleadas del lago.

Casi no hay tiempo para pensar, porque las cercetas y los ánades silban como dardos sobre mi cabeza; empiezo a tirar lenta y metódicamente. La caza es tan abundante que con frecuencia resulta difícil elegir el blanco en el brevísimo instante en que se ofrece a la mira del arma. Una que otra vez me sorprendo tirando al azar en medio de una bandada. Todo pájaro alcanzado de lleno da una especie de brinco, gira sobre sí mismo, queda un instante suspendido, y luego cae graciosamente como un pañuelo de la mano de una dama. Los juncos se cierran sobre sus cuerpos pardos, pero el incansable Faraj está ya entregado como loco a la tarea de buscar las presas. Algunas veces se tira al agua con su galabeah levantado hasta el estómago. La cara le brilla de excitación, y de cuando en cuando suelta un alarido estridente.

Las aves acuden ahora de todas partes, en todos los ángulos y a todas las velocidades posibles. Las escopetas ladran, su estruendo se confunde en el oído mientras acosan a los pájaros en todas direcciones, haciéndolos ir y venir sobre el lago. Ciertas bandadas, aunque todavía ágiles, están manifiestamente agotadas y han sufrido severas pérdidas; algunas aves solitarias parecen haberse vuelto locas de terror. Un ánade muy joven y tonto se posa un instante sobre la barca, casi al alcance de las manos de Faraj; de pronto adivina el peligro y huye dejando un reguero de espuma. Dentro de mis modestas posibilidades no hago tan mal el papel aunque la excitación me impide dominarme y tirar con la deliberación necesaria. El sol ya está bastante alto, y las nieblas nocturnas se han disipado por completo. Dentro de una hora mis pesadas ropas me harán sudar. Los rayos solares brillan sobre las aguas del lago, donde las aves siguen huyendo. Las barcas estarán ya repletas de los cadáveres mojados de las víctimas, la sangre correrá por los picos rotos y manchará las tablas, las maravillosas plumas marchitadas por la muerte.

Aprovecho lo mejor posible las municiones que me quedan, pero a las ocho y cuarto he disparado ya el último cartucho. Faraj sigue entregado a su labor, buscando afanosa mente, con la obstinación de un perro de caza, los pájaros que puedan haber quedado metidos entre los juncos. Enciendo un cigarrillo, y por primera vez me siento libre de la sombra de presagios y premoniciones; libre de respirar, de pensar por mí mismo una vez más. Es extraordinario cómo la perspectiva de la muerte se cierra sobre el libre ejercicio de la inteligencia como una cortina de acero, separándola del futuro, que sólo se alimenta de esperanzas y deseos. Toco mi barba naciente, y pienso con nostalgia en un baño caliente y un buen desayuno. Faraj continúa buscando empeñosamente entre los cañaverales. El tiroteo va raleando, y en algunos sectores ha cesado por completo. Pienso con un dolor sordo en Justine, perdida en alguna parte, del otro lado del agua asoleada. No me preocupa demasiado su seguridad, pues ha llevado como cargador a mi fiel sirviente Hamid.

Me invade de pronto una liviana alegría, y grito a Faraj que cese la búsqueda y regrese con la barca. Obedece sin ganas, y por fin empezamos a cruzar el lago a través de los canales y corredores de juncos, en dirección de la cabaña.

-Ocho yuntas... poco dice Faraj, pensando en las bolsas repletas que encontraremos cuando regresen Ralli y Capodistria.

-Para mí es suficiente -le digo-. Soy un pésimo tirador. Nunca he cazado tanto como hoy.

Entramos en la maraña de pequeños canales que bordean el lago como una red. Allá lejos, contra la luz, distingo una barca que avanza hacia nosotros, y en la que termino por reconocer la silueta familiar de Nessim. Lleva su viejo gorro de piel de topo, con las orejeras recogidas y abotonadas en lo alto. Le hago señas, pero no me contesta. Está sentado en la proa, pensativo, sujetándose las rodillas con las manos.

-¿Cómo le ha ido, Nessim? -grito-. Yo cacé ocho yuntas y perdí uno.

Las barcas están muy cerca una de otra, pues llegamos a la boca del último canal que conduce a la cabaña. Nessim espera que sólo nos separen unos metros para decirme con extraña serenidad:

-¿Se ha enterado ya? Un accidente. Capodistria... Mi corazón se contrae.

-¿Capodistria? -tartamudeo.

Nessim conserva la extraña serenidad de quien descansa después de un enorme derroche de energía.

-Ha muerto dice, y oigo el rugido del hidrodeslizador, del otro lado de los cañaverales. Nessim asiente en dirección del sonido, y agrega con la misma voz tranquila: -Lo llevan de vuelta a Alejandría.

Se me ocurren mil lugares comunes, mil preguntas convencionales, pero por largo rato soy incapaz de articular una palabra.

En la galería, los otros cazadores se han reunido con un aire turbado y casi vergonzoso; dan la impresión de un grupo de colegiales desaprensivos cuyas tontas travesuras han acarreado la muerte de un compañero. En el aire queda todavía el espeso cono de sonido del hidrodeslizador. A cierta distancia se oyen gritos y el motor de los autos que arrancan. Los cuerpos amontonados de los patos, que en otras circunstancias habrían provocado animados comentarios, llenan los rincones de la cabaña con un aire anacrónico y absurdo. Parecería que la muerte es una cuestión relativa. Sólo estábamos preparados para aceptar una parte de ella cuando penetramos con nuestras armas en el lago tenebroso. La muerte de Capodistria cuelga en el aire tranquilo como un mal olor, como una broma pesada.

Ralli era el encargado de ir a buscarlo, y fue quien encontró el cuerpo boca abajo en las aguas poco profundas, con el parche negro flotando a su lado. No cabía la menor duda de que había sido un accidente. El cargador de Capodistria es un viejo flaco como un cormorán, que está ahora en la galería, encorvado sobre un plato de guisantes. Le es imposible dar una versión coherente de lo sucedido. Es oriundo del Alto Egipto, y tiene el aire, entre loco y cansado, de uno de los padres del desierto.

Ralli está muy nervioso, y bebe grandes tragos de coñac. Repite su historia por séptima vez, simplemente porque necesita hablar para calmar sus nervios. El cuerpo no podía haber estado mucho tiempo en el agua,. y sin embargo la piel parecía la de las manos de una lavandera. Cuando lo alzaron para meterlo en el hidrodeslizador, la dentadura se le escapó de la boca y golpeó en las tablas del fondo, asustando a todo el mundo. Ese incidente parece haber impresionado a Ralli. De golpe me invade una gran fatiga, y empiezan a temblarme las rodillas. Me apodero de un jarro de café hirviente, y después de sacarme las botas, me tiendo en la tarima más cercana. Ralli sigue hablando con ensordecedora persistencia, y su mano libre dibuja formas expresivas en el aire. Los otros lo observan con una vaga curiosidad desanimada, perdido cada uno en sus propias reflexiones. El

cargador de Capodistria sigue comiendo ruidosamente como un animal hambriento, parpadeando a la luz del sol. No tarda en aparecer una barca con tres agentes de policía que luchan por mantener el equilibrio. Nessim observa sus evoluciones con una imperturbabilidad en la que hay un ligero matiz de satisfacción, como si sonriera para sí. Resuenan las botas y las culatas de los fusiles en los peldaños de madera; los policías empiezan a anotar nuestras declaraciones en sus libretas. Traen consigo un aire de grave sospecha que se cierne sobre todos nosotros. Uno de ellos se ocupa de esposar al cargador de Capodistria, antes de ayudarlo a subir a la barca. El criado ofrece sus puños a las esposas de acero con la blanda incomprensión que se advierte en las caras de los monos viejos cuando se les obliga a realizar actos humanos que han aprendido pero que no comprenden.

Es casi la una antes de que la policía haya terminado su tarea. Los otros dos grupos habrán regresado hace rato a la ciudad, donde se habrán encontrado con la noticia de la muerte de Capodistria. Pero eso no es todo.

Uno tras otro vamos pasando a la orilla con nuestros equipos. Los autos nos esperan, y empieza un largo regateo con los cargadores y los boteros a quienes hay que pagar. Se devuelven las escopetas y se distribuyen las presas, y en medio de toda esa confusión veo a mi sirviente Hamid que avanza tímidamente a través de la muchedumbre, con su único ojo clavado en la luz del sol. Se me ocurre que me "está buscando, pero no es así: se acerca a Nessim y le entrega un pequeño sobre azul. Quiero describir esta escena con toda exactitud. Nessim toma el sobre distraídamente con la mano izquierda, mientras la derecha coloca una caja de cartuchos en el depósito de los guantes. Mira la escritura del sobre con aire ausente, y luego vuelve a mirarla con más atención. Entonces, con los ojos fijos en el rostro de Hamid, respira hondo y abre el sobre para leer el mensaje. Lo examina durante un minuto y vuelve a meterlo en el sobre. Mira en torno con un brusco cambio de expresión, como si le hubiera acometido una 'náusea y buscara con los ojos un rincón donde vomitar. Se abre paso entre la gente, apoya la cabeza en el ángulo de una tapia de barro, y deja escapar un breve sollozo jadeante, como un corredor agotado. Luego vuelve al automóvil, perfectamente tranquilo y con los ojos secos, para completar los preparativos. El brevísimo incidente pasa inadvertido para el resto de los invitados.

Las nubes de polvo nos envuelven a medida que vamos saliendo rumbo a la ciudad; la salvaje banda de boteros grita y nos saluda con las manos, riendo con las bocas abiertas como tajadas de sandía llenas de trocitos de oro y marfil. Hamid abre la portezuela del auto y trepa como un mono.

-¿Qué pasa? -pregunto.

Retorciendo sus pequeñas manos con un gesto de súplica en una actitud que significa: "No eches la culpa a, portador de malas noticias", me contesta con voz velada y conciliatoria:

-Amo, la señora se ha ido. Hay una carta para ti en casa. Siento como si la ciudad entera se hubiera desplomado sobre mi cabeza. Llego a pie a mi departamento, andando sin rumbo como deben andar los sobrevivientes de una ciudad después de un terremoto, asombrados de que todo aquello tan

familiar haya cambiado. Rue Pirua, Rue de France, la mezquita Terbana (armario con olor de manzana), Rue Sidi Abu El Abbas (helados y café), Anfuchi, Ras El Tin (Cabo de los Higos), Ikingi Mariut (los dos recogiendo flores, yo convencido de que ella no puede amarme), la estatua ecuestre de Mohamed Alí en la plaza... El pequeño y cómico busto del general Earle, muerto en el Sudán en 1885... Un anochecer colmado de golondrinas... Las tumbas en Kom El Shugaffa, oscuridad y suelo húmedo, los dos asustados por las tinieblas... Rue Fuad, la antigua Vía Canópica entre Rue Rosette... Hutchinson alteró todo el sistema de las aguas de la ciudad al cortar los malecones... La escena en Moeurs cuando Arnauti trata de leerle el libro que está escribiendo sobre ella. "Se ha sentado en el sillón de mimbre, con las manos sobre el regazo como si posara para un retrato, pero en su rostro crece por momentos una mirada de horror. Al final no puedo seguir resistiendo, y arrojo el manuscrito a la chimenea, gritando: ¿De qué sirven estas páginas escritas por un corazón traspasado, si no eres capaz de comprender nada?" En mi imaginación veo a Nessim subiendo a toda carrera la gran escalinata, para encontrarse con Selim que contempla azorado los armarios vacíos y una mesa de tocador como barrida por el zarpazo de un leopardo.

En el puerto de Alejandría las sirenas aúllan y gimen, las hélices de los barcos remueven y mascan las aguas verdes y aceitosas de los muelles. Balanceándose y danzando ociosa mente, respirando sin esfuerzo como si formasen parte de la sístole y diástole de la misma tierra, los yates proyectan sus mástiles contra el cielo. En alguna parte, en el corazón de la experiencia, hay un orden y una coherencia que llegaríamos a sorprender si fuéramos bastante atentos, bastante amorosos o pacientes. ¿Será todavía tiempo?

CUARTA PARTE

La desaparición de Justine era una novedad a la que había que acostumbrarse. Cambiaba toda la trama de nuestras relaciones. Era como si al irse hubiera aflojado la clave de un arco; entre sus ruinas, por así decirlo, Nessim y yo nos veíamos frente a la tarea de rehacer una relación que Justine había creado y que su ausencia convertía en algo hueco, donde resonaban los ecos de una culpa que en adelante se cernería sobre nuestro afecto.

Cualquiera podía darse cuenta del sufrimiento de Nessim. Su rostro tan expresivo había cobrado un aire macilento, la palidez de un mártir de la iglesia. Viéndolo, recordé vívidamente mis propios sentimientos en mi último encuentro con Melissa, antes de que emprendiera el viaje rumbo a la clínica de Jerusalén donde ya llevaba casi un año. Recordaba la franqueza y la bondad con que me dijo:

-Todo ha terminado... No se repetirá nunca más... Por lo menos esta separación.

Su voz se volvió ronca y húmeda, desdibujando las aristas de las palabras. En ese momento estaba muy enferma. La lesiones habían vuelto a abrirse.

-El tiempo necesario para volver a pensar en nosotros... Si yo pudiera ser Justine... Sé que piensas en ella mientras haces el amor conmigo... No lo niegues... Ya sé, ya sé, querido... Estoy celosa hasta de tu imaginación... Es horrible tener que hacerse reproches, además de todo lo otro... Pero no te preocupes. -Se sonó temblando, y trató de sonreír--.

-Me hace tanta falta descansar... Y ahora Nessim se ha enamorado de mí.

Posé la mano sobre su boca tan triste. El taxi vibraba indiferente, como alguien que sólo vive de sus nervios. En torno a nosotros caminaban las mujeres de los alejandrinos, elegantes, como fantasmas bien lubricados. El conductor nos observaba por el espejo, con gesto de espía. Quizá pensaba que las emociones de los blancos eran extrañas y excitaban la sensualidad. Nos miraba como se mira a los gatos cuando se acoplan.

-Nunca te olvidaré.

-Tampoco yo. Escríbeme.

-Ya sabes que volveré, si quieres.

-Por supuesto. Mejórate. Melissa, es necesario que te cures. Te esperaré. Empezaremos una nueva vida. Aquí dentro está todo intacto. Estoy seguro.

Las palabras que dicen los amantes en esos momentos están cargadas de emociones que todo lo deforman. Sólo sus silencios tienen la cruel precisión que los devuelve a la ver dad. Nos quedamos callados,

con las manos enlazadas. Melissa me abrazó, e hizo señas al conductor para que arrancara. "Con su partida, la ciudad se convirtió para él en algo extraño que consumía sus nervios -escribe Arnauti-. Cada vez que su recuerdo asomaba en alguna esquina familiar, volvía a nacer instantáneamente, llena de vida, superponiéndose a todos los ojos y manos de las calles y las plazas. Antiguas conversaciones brincaban para herirlo de lleno en las mesas de los cafés donde alguna vez se habían sentado, mirándose en los ojos como leopardos. A veces ella se le aparecía algunos pasos adelante, en la callejuela sombría. Se detenía para ajustar la correa de una sandalia, y él llegaba a su lado con el corazón saltándole en el pecho, para encontrarse con otra mujer. Algunas puertas parecían estar esperando su aparición. El se apostaba cerca, y las miraba obstinadamente. Otras veces lo dominaba la irresistible convicción de que ella estaba a punto de llegar en un tren determinado; corría a la estación y se abría paso entre la muchedumbre, como quien vadea un paso. O bien se sentaba en la sofocante sala de espera del aeródromo, pasada medianoche, observando las llegadas y salidas, por si ella estuviera a punto de darle una sorpresa. Era así como dominaba su imaginación y le enseñaba la debilidad de la mera inteligencia, y él arrastraba consigo la conciencia de su pesada compañía, como un niño muerto del que no nos decidimos a separarnos."

La noche que siguió a la partida de Justine hubo una tormenta eléctrica de rara intensidad. Yo había errado durante horas bajo la lluvia, atenaceado no sólo por sentimientos que no era capaz de dominar, sino también por el remordimiento al imaginarme lo que estaría sintiendo Nessim. Confieso que no me animaba a volver a mi departamento vacío, por temor de dejarme arrastrar al camino que Pursewarden había seguido con tanta facilidad y sin la menor premeditación. Cuando llegué por séptima vez a la Rue Fuad, sin chaqueta y sin sombrero bajo la lluvia torrencial, vi luz en la alta ventana de Clea, y obedeciendo a un impulso toqué el timbre. La puerta se abrió con un gemido, y penetré en el edificio silencioso, dejando atrás la negra calle, el golpeteo ensordecedor de la lluvia en las canaletas y el chapotear de las alcantarillas inundadas.

Clea me abrió la puerta y le bastó una ojeada para darse cuenta de mi estado. Me hizo entrar, quitarme las ropas empapadas y envolverme en la bata azul. La estufita eléctrica era fina bendición, y Clea se apresuró a preparar café bien caliente.

Se había puesto un pijama, y tenía el cabello recogido para acostarse. En el piso había un ejemplar de *A Reboujs* junto al cenicero donde todavía ardía un cigarrillo. Los relámpagos seguían recortando la ventana, e iluminaban la grave fisonomía de Clea con sus fogonazos de magnesio. Los truenos rodaban y aullaban en los cielos tenebrosos, más allá de la ventana. En la tranquilidad de la habitación me era posible exorcizar en parte mi terrores hablando de Justine. Al parecer, Clea estaba enterada de todo, pues nada puede ocultarse a la curiosidad de los alejandrinos. En realidad sabía todo acerca de Justine.

-Ya te habrás dado cuenta - me dijo en un momento dado- que ella era la mujer de quien te dije una vez que estuve tan enamorada.

Le costó un gran esfuerzo pronunciar esas palabras. Estaba de pie junto a la puerta, con una taza de café en la mano, con su pijama azul a rayas. Cerró los ojos para hablar, como si esperara que la golpearan en la cabeza. De sus cerrados párpados se deslizaron las lágrimas, resbalando suavemente a los lados de la nariz. Me hizo pensar en un cervatillo con una pata rota.

Un rato después hablé de marcharme, pero la tormenta seguía en toda su furia y mis ropas estaban tan empapadas como al comienzo.

-Te puedes quedar aquí conmigo -dijo Clea.

Y con una dulzura que me apretó la garganta, agregó: -Pero, por favor... no sé cómo decírtelo... por favor no trates de tocarme.

Nos acostamos juntos en el angosto lecho, hablando de Justine mientras la tormenta agotaba sus fuerzas descargando contra la ventana un diluvio que venía de la costa. Clea se había calmado, y mostraba una resignación de una elocuencia emocionante. Me contó muchas cosas del pasado de Justine que era la única en conocer y hablaba de ella con admiración y ternura, como se habla de una reina adorada y exasperante a la vez. Refiriéndose a las tentativas de Arnauti en el terreno del psicoanálisis, me dijo como si la divirtiera:

-Justine no era realmente inteligente, sabes, pero tenía la astucia de un animal acorralado. No estoy segura de que comprendiera demasiado el objeto de aquellas investigaciones. Pero aunque se mostraba evasiva con los médicos, era muy franca con los amigos. Por ejemplo, toda esa correspondencia acerca de las palabras "Washington D. C.", que tanto les preocupaba, ¿te acuerdas? Una noche en que estábamos aquí acostadas, le pedí que hiciese asociaciones libres a partir de esas palabras. Es innecesario decir que Justine tenía absoluta confianza en mi discreción. Sin vacilar (era evidente que había estado pensando en eso, aunque no había dicho nada a Arnauti) me contestó:

"-Cerca de Washington hay una ciudad que se llama Alejandría. Mi padre hablaba siempre de ir a visitar a unos parientes que vivían allí. Tenían una hija, llamada Justine, de la misma edad que yo. Se volvió loca y la encerarron. Un hombre la había violado.

"Le pregunté entonces por 'D. C.', y contestó: "-Da Capo. Capodistria."

No sé cuánto tiempo duró nuestra conversación, y en qué momento nos quedamos dormidos, pero nos despertamos a la mañana siguiente, estrechamente abrazados, y descubrimos que la tormenta había pasado. La ciudad estaba lavada y reluciente. Desayunamos rápidamente, y me fui a la tienda de Mnemjian para hacerme afeitar, recorriendo las calles cuyos colores avivados por la lluvia destellaban, cálidos y magníficos, en

el aire sereno. Todavía llevaba la carta de Justine en el bolsillo, pero no me atreví a leerla otra vez para no echar a perder la tranquilidad espiritual que me había dado Clea. Sólo la frase inicial seguía resonando en mi recuerdo, con una persistencia obsesionante: "Si regresas vivo del lago, encontrarás esta carta que te escribo."

Sobre la repisa de la chimenea del salón hay otra carta, en la que me ofrecen un contrato de dos años como profesor en una escuela católica del Alto Egipto. En seguida, sin pensar, redacto una respuesta afirmativa. Esto cambiará todo una vez más, me liberará de las calles de la ciudad que han empezado a acosarme de tal manera en los últimos tiempos que hasta sueño que las recorro en todas direcciones interminablemente, buscando a Melissa entre las luces inciertas del barrio árabe.

Cuando despache mi carta de aceptación empezará una nueva etapa, pues ella marca mi separación de la ciudad en la que tantas cosas me han sucedido, cosas de importancia tan enorme que han terminado por avejentarme. Pero durante un tiempo, todavía, la vida seguirá corriendo hacia adelante a lo largo de las horas y los días. Las mismas calles, las mismas plazas arderán en mi imaginación como el Faro arde en la historia. Ciertas habitaciones donde hice el amor, ciertas mesas de café donde la presión de unos dedos en mi muñeca me dejaban hechizado, sintiendo a través de las calles recalentadas los ritmos de Alejandría que penetraban en los cuerpos, como besos hambrientos, como palabras tiernas murmuradas por voces que el deslumbramiento enronquecía. Para aquel que estudia el amor, esas separaciones son una escuela, amarga pero necesaria para la propia madurez. Ayudan a despojarse mentalmente de todo, salvo del ávido deseo de vivir más.

El panorama que nos rodea empieza también a sufrir una sutil transformación, pues hay otros que también se despiden. Nessim se va de vacaciones a Kenya. Pombal ha logrado por fin la cruz y un puesto en la cancillería de Roma, donde no dudo de que será más feliz. Todo ello es pretexto para una serie de fiestas de despedida, pero en ellas se siente pesar la ausencia de la única persona cuyo nombre ya nadie menciona: Justine. También está claro que una guerra mundial se nos acerca arrastrándose a través de los pasillos de la historia, duplicando nuestros afectos recíprocos y nuestro amor a la vida. El olor nauseabundo y dulzón de la sangre está suspendido en el aire que empieza a oscurecerse, y contribuye a aumentar la excitación, el cariño y la frivolidad. Esa nota había faltado hasta ahora.

En la gran casa, cuya fealdad he llegado a detestar, los candelabros iluminan las reuniones con las cuales se despide mi amigo. Todos están allí, los rostros y las historias que he llegado a conocer tan bien: Sveva de negro, Clea de oro, Gaston, Claire, Gaby. Advierto que en las últimas semanas el cabello de Nessim se ha teñido levemente de gris. Ptolomeo y Fuad discuten con la vivacidad de los viejos amantes. En tomo a mí, la típica animación alejandrina crece y disminuye en el torbellino de conversaciones brillantes y fútiles como copas de champaña. Las mujeres de Alejandría, con su maldad tan estilizada, han acudido a

despedir a alguien que terminó por cautivarlas permitiéndoles que lo compadecieran. En cuanto a Pombal, está más grueso, más seguro de sí mismo desde que lo han ascendido. Su perfil tiene ahora algo de neroniano. Sotto voce se confiesa preocupado por mí; hace varias semanas que casi no nos vemos, y acaba de enterarse de mi proyecto de ir a trabajar como profesor.

-Deberías volver a Europa -repite con insistencia. Esta ciudad va a acabar con tu voluntad. ¿Y qué puede ofrecerte el Alto Egipto? Un calor del demonio, polvo, moscas, un trabajo de mala muerte... Después de todo no eres Rimbaud.

Las caras que ondulan en torno a nosotros, de brindis en brindis, me impiden contestarle, y me alegro, porque no tengo nada que decir. Me limito a mirarlo con una apatía extraordi naria, asintiendo con la cabeza. Clea me toma de la mano y me lleva a un lado para decirme en voz muy baja:

-Una esquela de Justine. Está trabajando en un *kibbutz* en Palestina. ¿Se lo digo a Nessim?

-Sí. No. No sé.

-Me pide que no lo haga.

-Entonces no.

Tengo demasiado orgullo para preguntarle si hay algún mensaje para mí. Los huéspedes se han puesto a cantar "For He's a Jolly Good Fellow", con gran variedad de ritmos y acentos. Pombal enrojece de placer. Me libro suavemente de la mano de Clea, para reintegrarme al corro de invitados. El pequeño cónsul general se pavonea y gesticula junto a Pombal; su alivio ante la partida de mi amigo es tan inmenso, que se ha transformado en un paroxismo de amistad y pesar. El grupo consular inglés tiene el aire desconsolado de una familia de pavos en plena muda. Madame de Venuta marca el compás con una mano elegantemente enguantada. Los sirvientes negros, de largos guantes blancos, se mueven veloces de grupo en grupo, como eclipses de luna. Me sorprendo a mí mismo pensando que si me fuera de aquí, iría a Italia o quizá a Francia. Empezar otra clase de vida, no una vida de ciudad; quizá en una isla de la bahía de Nápoles... Pero me doy cuenta de que aquello que no se ha resuelto en mi existencia no es el problema de Justine sino el de Melissa. Es extraño, pero el futuro, si existe un futuro, ha sido siempre de ella por derecho propio. Y sin embargo me siento incapaz de tomar una decisión, o por lo menos de esperar. Siento que debo aguardar pacientemente hasta que los superficiales episodios de nuestra historia vuelvan a coincidir, hasta que otra vez marchemos al mismo paso. Pueden pasar años, quizá los dos tengamos el cabello blanco cuando se produzca el reflujo. O quizá la esperanza morirá apenas nacida, destrozada como un barco por la corriente de los acontecimientos. Tengo tan poca fe en mí mismo. El dinero que me ha dejado Pursewarden está todavía en el Banco; no he tocado un solo

centavo. Con esa suma podríamos vivir dos años en algún lugar barato a pleno sol.

Melissa sigue escribiéndome cartas a la vez animosas e indiferentes, que me cuesta enormemente contestar, como no sea con quejumbrosas referencias a todo lo que me pasa y a mi imprevisión. Una vez que me haya marchado de la ciudad, me resultará más fácil. Veré abrirse un camino nuevo. Le escribiré con absoluta franqueza, expresando todos mis sentimientos, incluso aquellos que jamás podrá comprender exactamente, estoy convencido.

-Volveré para la primavera -dice Nessim al barón Thibault- y pasaré el verano en Abu El Suir. Estoy decidido a retirarme durante dos años. Me he dedicado demasiado a los negocios, y no vale la pena.

A pesar de la palidez de su rostro, se advierte una calma renovada en sus facciones, que traduce un sosiego de la voluntad; el corazón podrá seguir desesperado, pero los nervios han acabado por tranquilizarse. Está débil, como todo convaleciente, pero se ha curado. Charlamos y bromeamos un rato; no cabe duda de que nuestra amistad irá restableciéndose con el tiempo, puesto que ahora los dos podemos girar sobre un fondo común de infelicidad.

-Justine -empiezo a decirle, y Nessim contiene el aliento por un segundo, como quien se clava una espinilla debajo de una uña-, Justine ha escrito desde Palestina.

Asiente rápidamente, cón un gesto como para apartarme.

-Ya sé. Encontramos sus huellas. No hay necesidad de... Le estoy escribiendo. Puede quedarse allá todo lo que quiera. Volverá cuando le parezca bien.

Sería absurdo privarlo de la esperanza y el consuelo que esa idea debe de darle, pero estoy seguro de que ella no volverá jamás para aceptar la misma situación. Cada frase de su carta lo demuestra a las claras. No somos precisamente nosotros los abandonados, sino una forma de vida que amenazaba su razón: la ciudad, el amor, la suma de todo lo que hemos compartido. ¿Qué habría escrito Justine a Nessim?, me pregunto al recordarlo apoyado en la pared enjalbegada, sacudido por un breve sollozo entrecortado.

En esas mañanas de primavera en que la isla se va levantando lentamente del mar a la luz del primer sol, me paseo por las playas desiertas tratando de evocar mis recuerdos sobre esos dos años pasados en el Alto Egipto. Es extraño que pueda recobrar tan poco de esa época perdida, cuando todo lo que toca a Alejandría perdura con tanta claridad. Pero quizá no es extraño, pues en comparación con mi vida en la ciudad. esa nueva existencia carecía de todo brillo y nada sucedía en ella. Recuerdo las agobiadoras tareas escolares, los paseos por las llanuras fértiles en que las abundantes cosechas se nutren con los huesos de los muertos; el negro y fangoso Nilo arrastrándose por su delta rumbo al mar; los campesinos

enfermos de bilharziosis, cuya paciencia y nobleza brillan a través de sus harapos como si fueran reyes destronados; los cantos de los patriarcas de las aldeas, el ganado ciego haciendo girar lentamente las norias con los ojos vendados contra la monotonía... ¿Hasta qué punto puede empequeñecerse el mundo? A lo largo de todo ese período no leí nada, no pensé en nada, no fui nada. Los sacerdotes de la escuela eran bondadosos y me dejaban tranquilo en mis ratos libres, sospechando quizá mi repulsión por las sotanas, por las ceremonias del Santo Oficio. Los niños, claro está, eran un suplicio, pero todo maestro sensible lleva grabadas en el corazón las terribles palabras de Tolstoy: "Cuando entro en una escuela y veo una multitud de niños sucios y harapientos, pero que me miran con sus ojos límpidos y muchas veces angelicales, me domina una impresión de inquietud y de terror, como si estuviera viendo seres que se ahogan."

Por más que toda correspondencia me pareciera irreal, mantenía un contacto esporádico con Melissa, cuyas cartas me llegaban puntualmente. Clea escribió una o dos veces, y tuve la sorpresa de recibir un mensaje del viejo Scobie, que parecía un poco fastidiado por extrañar tanto mi ausencia. Sus cartas estaban henchidas de animadversión hacia los judíos (a los que siempre llamaba con sarcasmo "los retajados") y, por raro que parezca, hacia los pederastas pasivos (que calificaba de "hermas", es decir, hermafroditas). No me sorprendió enterarme de que el Servicio Secreto lo había despedido, y que ahora tenía tiempo de sobra para pasarse el día en la cama con lo que él llamaba "una botella de tónico". Pero se sentía muy solo, y por eso escribía.

Todas esas cartas me prestaban ayuda. El sentimiento de irrealidad había alcanzado un grado tal que muchas veces desconfiaba de mi memoria, y llegaba a preguntarme si una ciu dad como Alejandría había existido alguna vez. Las cartas eran un cable que me mantenía unido a una existencia en la que una gran parte de mí mismo ya no estaba comprometida.

Tan pronto terminaba mis tareas, me encerraba en mi cuarto y me tiraba en la cama; al lado tenía la caja de jade llena de cigarrillos de hachís. Si los sacerdotes podían criticar mi manera de vivir, mi trabajo de profesor no dejaba el menor resquicio a la crítica. Hubiera sido difícil reprocharme un excesivo deseo de soledad. El padre Racine hizo una o dos tentativas para arrancarme a ella. Era el más sensible e inteligente de todos, y quizá pensó que mi amistad le ayudaría a aliviar su propia soledad intelectual. Me dio lástima, y lamenté no estar en condiciones de responder a sus tentativas, pero me sentía invadido por un embotamiento creciente, por una apatía mental que retrocedía ante cualquier relación o contacto. Una o dos veces lo acompañé en sus paseos por las orillas del río (se dedicaba a la botánica) y lo escuché disertar con liviana brillantez sobre su especialidad. Pero yo había perdido toda afición al paisaje; su chatura, su indiferencia al cambio de las estaciones, me alejaban de él. El sol parecía haber calcinad , rnis deseos; nada me interesaba: ni la comida, ni la compañía, ni siquiera las palabras. Prefería quedarme en la cama mirando el cielo raso, oyendo los sonidos que venían de los cuartos de los profesores: el padre Gautier estornudando, abriendo y cerrando persianas, el padre Racine repitiendo incansablemente la misma frase musical en su flauta, las meditaciones armónicas del órgano desmoronándose en la som-

bra de la capilla. Los espesos cigarrillos calmaban el espíritu, lo vaciaban de toda preocupación.

Un día, cuando cruzaba el patio, Gautier me llamó y me dijo que alguien quería hablarme por teléfono. Me costó comprender, dar crédito a mis oídos. Después de tan largo silencio, ¿quién podía telefonearme? ¿Nessim, quizá?

El teléfono estaba en el estudio del director, una habitación imponente, llena de muebles elefantinos y hermosas encuadernaciones. El receptor crepitaba débilmente sobre un papel secante. Gautier bizqueó un poco y me dijo con repugnancia:

-Es una mujer. Habla desde Alejandría.

Pensé que sería Melissa, pero me sorprendió reconocer la voz de Clea que surgía en la incoherencia de mis recuerdos.

-Te llamo desde el hospital griego. Melissa está aquí, muy grave. Creo que va a morir. .

Mi sorpresa y mi confusión debieron de traducirse en cólera porque agregó:

-Melissa no quería que te avisara. No quería que la vieras enferma... tan delgada como está. Pero tienes que saberlo. ¿Puedes venir en seguida? Quiere verte ahora.

Mi imaginación me representó el traqueteo del tren nocturno, con sus interminables paradas en pueblos polvorientos, el calor y la suciedad. El viaje me llevaría toda la noche. Me volví a Gautier y le pedí permiso para ausentarme durante todo el fin de semana.

-Concedemos permiso en circunstancias excepcionales -me contestó pensativo-. Si usted fuera a casarse, por ejemplo, o si alguien hubiera enfermado gravemente.

Juro que la idea de casarme con Melissa no me había pasado por la cabeza antes de oír esas palabras.

Pero también me acosaba otro recuerdo, mientras llenaba mi pobre valija. Los anillos, los anillos de Cohen, estaban todavía en mi estuche de gemelos, envueltos en papel marrón. Me quedé mirándolos un momento, preguntándome si también los objetos inanimados tendrían un destino al igual que los seres humanos. ¡Malditos anillos! Sí, era como si hubiesen estado esperando ansiosamente todo el tiempo, como personas, esperando alguna vulgar culminación en el dedo de alguien apresado por un *mariage de convenance.* Me los guardé en el bolsillo.

Los acaecimientos distantes, transformados por el recuerdo, adquieren un brillo pulido porque se los ve aislados, desconectados de todos los detalles anteriores y siguientes, de las fibras y envolturas del

tiempo. También los protagonistas de esos hechos sufren una metamorfosis, se van hundiendo lentamente y cada vez más en el océano de la memoria, como cuerpos pesados, y en cada nivel del descenso, el corazón de los hombres les da un valor, un sentido distintos.

La defección de Melissa no me angustiaba demasiado; sentía rabia, una furia deliberada que nacía, me imagino, del arrepentimiento. Las enormes perspectivas del futuro que, a pesar de toda vaguedad, había poblado con su imagen, se desplomaban para siempre; y sólo entonces comprendía hasta qué punto me había estado alimentando de ellas. Era como tener una importante cuenta bancaria, a la que podría recurrir llegado el día. Y de golpe me encontraba en plena bancarrota.

Balthazar me esperaba en la estación con su minúsculo automóvil. Me estrechó la mano.con ruda simpatía, y me dijo en tono indiferente:

-Melissa murió anoche, pobre muchacha. Le di morfina para aliviarla. En fin.

Suspiró, mirándome de reojo.

-Lástima que usted no tenga la costumbre de llorar. *ça aurait été un soulagement.*

-Soulagement grotesque.

-Approfondír les émotions... les purger.

-Tais-toi, Balthazar, cállese.

-Ella estaba enamorada de usted, supongo.

-Je le sais.

-Elle parlait de vous sans cesse. Cléa a été avec elle toute la semaine.

-Assez.

En el suave aire matinal, la ciudad nunca me había parecido más arrebatadora. Recibí la brisa del puerto en mis mejillas barbudas como si fuera el beso de un viejo amigo. El lago Mareotis brillaba aquí y allá entre las palmeras, entre las chozas de barro y las fábricas. Encontré en las tiendas de la Rue Fuad todo el esplendor y la novedad de París. Me di cuenta de que en el Alto Egipto me había convertido en un perfecto provinciano; ahora Alejandría me daba la impresión de una capital. En el cuidado jardín las niñeras empujaban los cochecitos, y los pequeños jugaban con sus aros. Los tranvías pasaban chirriando y resonando.

-Hay otra cosa -me dijo Balthazar mientras acelerábamos la marcha-. Se trata de la hija de Melissa... la hija de Nessim. Me imagino que usted estará enterado. La han llevado a la villa de verano.

Apenas entendía sus palabras, tan embriagado me sentía por la belleza de la ciudad casi olvidada. Delante de la municipalidad estaban sentados los escribas profesionales, con sus tinteros, plumas y folios de papel sellado. Se rascaban, charlaban amablemente. Trepamos el montículo en cuya cima se alzaba el hospital, después de franquear la larga espina dorsal de la Vía Canópica. Balthazar seguía hablando cuando salimos del ascensor y nos internamos en los largos y blancos corredores del segundo piso.

-Nessim y yo estamos distanciados. Cuando Melissa volvió, él se negó a verla, con una especie de repugnancia que me pareció inhumana y no alcancé a comprender. No sé... Nessim está tratando de que alguien adopte a la niña. Me imagino que casi ha llegado a odiarla. Piensa que Justine no volverá jamás a su lado si él conserva la hija de Melissa. En cuanto a mí -agregó lentamente-, veo las cosas de esta manera: Por obra de uno de esos terribles desplazamientos de los que solamente el amor parece capaz, la hija que Justine perdió fue devuelta por Nessim, pero no a Justine sino a Melissa. ¿Se da cuenta?

La sensación de familiaridad fantasmal que me asaltaba en ese momento se debía a que nos estábamos aproximando al cuartito donde yo había visitado a Cohen moribundo. Naturalmente, Melissa estaría tendida en la misma cama de hierro angosta, en el rincón junto a la pared. Es propio de la realidad imitar al arte hasta ese punto.

En el cuarto había algunas enfermeras que hablaban quedo en torno a la cama y se ocupaban de los biombos, pero bastó una palabra de Balthazar para que se marcharan precipitadamente. Tomados del brazo nos quedamos en la puerta, mirando. Melissa estaba muy pálida y como marchita. Le habían sujetado la mandíbula con tela adhesiva y le habían cerrado los ojos; daba la impresión de haberse quedado dormida en mitad de un tratamiento de belleza. Me alegró de que tuviera los ojos cerrados; habría temido su mirada.

Durante un rato me quedé a solas en el pesado silencio de la habitación pintada de blanco, y de golpe me acometió una gran turbación. Uno no sabe cómo comportarse con los muertos; su rigidez, su infinita sordera son tan estudiadas... Se está ante ellos con la misma incomodidad que ante los reyes. Tosí, tapándome la boca con la mano, y anduve de un lado a otro de la habitación, mirando a veces a Melissa con el rabillo del ojo, recordando mi confusión aquella vez que había ido a visitarme con un ramo de flores. Me hubiera gustado deslizar el anillo de Cohen en su dedo, pero la habían amortajado y tenía los brazos bien sujetos a los lados. En este clima los cadáveres se descomponen con tal rapidez que es preciso arrojarlos casi sin ceremonias a la tumba. Dos veces murmuré su nombre, acercando los labios a su oreja. Después encendí un cigarrillo y me senté en una silla junto a ella, para estudiar largamente su cara, comparándola con todas las otras caras de Melissa que colmaban mi memoria y habían fijado allí su identidad definitiva. Pero su cara de ahora no se parecía a ninguna de aquéllas, y sin embargo las coronaba, las concluía. Esa carita blanca era el último término de una serie. Más allá sólo había una puerta cerrada.

En momentos así uno se desespera buscando un gesto que pueda estar a la altura de ese terrible reposo marmóreo de la voluntad que se lee en el rostro de los muertos. Pero en la valija de trastos de las emociones humanas no hay nada que sirva. "Terribles son los cuatro rostros del amor", escribió Arnauti en alguna parte. Mentalmente prometí a la figura yacente en la cama que me quedaría con la niña si Nessim estaba dispuesto a separarse de ella, y luego de cerrar ese pacto silencioso besé su alta y pálida frente y la abandoné a los cuidados de quienes la prepararían para la tumba. Me alegró salir de la habitación, romper un silencio tan deliberado e intimidante. Supongo que los escritores somos crueles. Los muertos no se preocupan de eso. Pero los vivos podrían salvarse si pudiéramos arrancar el mensaje enterrado en el corazón de toda experiencia humana.

("En otros tiempos los navíos faltos de lastre cargaban tortugas y las embarcaban vivas, metidas en barriles. Las que sobrevivían al terrible viaje eran vendidas a los niños para que jugaran con ellas. Los cuerpos putrefactos de las otras iban a parar a las aguas del muelle. No eran tortugas las que faltaban entonces.")

Caminé por la ciudad sin esfuerzo, liviano, como un prisionero que acaba de fugarse. Los ojos violetas de Mnemjian derramaron lágrimas violetas mientras me abrazaba calurosamente. Me afeitó él mismo, y cada uno de sus gestos expresaba una simpatía y una ternura consoladoras. Por las calles inundadas de sol los ciudadanos de Alejandría, cada uno sumergido en un mundo de relaciones y temores personales, infinitamente distantes de todo lo que en ese momento ocupaba mi mente y mis sentimientos. La ciudad sonreía con una indiferencia desgarradora, como una cocotte fresca y dispuesta después de la oscuridad nocturna.

Sólo me quedaba una cosa por hacer: entrevistarme con Nessim. Me alegró enterarme de que llegaría a la ciudad esa misma noche. Pero también aquí el tiempo habría de depararme una sorpresa, porque el Nessim que vivía en mis recuerdos de dos años atrás había cambiado mucho.

Nessim empezaba a envejecer como las mujeres: sus caderas y su rostro se habían ensanchado. Caminaba ahora con el peso del cuerpo cómodamente instalado sobre las plantas de los pies, como si su cuerpo hubiera pasado por una docena de embarazos. La curiosa liviandad de su peso había desaparecido. Lo que es más, irradiaba de él un encanto vulgar, mezclado de preocupación, que en un principio me lo volvió casi irreconocible. Su antigua timidez desconfiada, tan encantadora, había sido reemplazada por un aire tontamente autoritario.

Apenas había tenido el tiempo de recibir y analizar esas nuevas impresiones, cuando Nessim sugirió que fuéramos juntos al "Étoile", el cabaret donde Melissa había bailado en otros tiempos. Agregó que el cabaret había cambiado de propietario, como si esto fuera una excusa para ir la misma noche en que enterraban a Melissa. A pesar de mi escándalo y mi sorpresa, acepté sin vacilar, movido tanto por la

curiosidad que me inspiraban sus sentimientos como por el deseo de discutir con él la cuestión de la niña.

Cuando descendimos por la angosta escalera sofocante hasta la pista de baile bañada de luz blanca, se alzó un clamoreo y las muchachas acudieron hacia Nessim como si fueran cucarachas. Evidentemente se había convertido en el perfecto "habitué" del lugar. Les abrió los brazos con una carcajada, mientras se volvía hacia mí buscando mi aprobación. Luego, tomándolas una por una de la mano, les hizo palpar voluptuosamente el bolsillo interior de su chaqueta, para que apreciaran el volumen de la billetera repleta. Su gesto me recordó de pronto una noche en que una mujer encinta me abordó en las callejuelas más tenebrosas, y al querer zafarme, me tomó una mano y la apoyó en su vientre hinchado como para darme una idea del placer que me ofrecía (o quizá para que yo comprendiera su miseria y su necesidad). Observando a Nessim, recordé de golpe la trémula palpitación del corazón de un feto en su octavo mes.

Me resulta difícil describir la extrañeza que sentí, sentado junto a ese vulgar doble del Nessim que había conocido en otros tiempos. Lo estudié atentamente, pero él evitaba mirarme de lleno y reducía su conversación a meros lugares comunes, subrayados por bostezos que ocultaba tras una mano llena de sortijas. Una que otra vez, sin embargo, detrás de esa nueva fachada se entreveía la antigua timidez, pero escondida, como un hermoso físico puede quedar escondido en una montaña de grasa. Zoltan, el mozo, me dijo en los retretes:

-Desde que su mujer se murió, se ha convertido en otro hombre. Toda Alejandría lo dice.

En realidad se había convertido en lo que era Alejandría. Más tarde Nessim se encaprichó en llevarme en su auto a Montaza, bajo la luz de la luna. Nos quedamos largo rato callados en el auto, fumando, viendo romper en la arena las olas iluminadas por la luna. Durante ese silencio comprendí la verdad acerca de Nessim. En realidad no había cambiado nada. Simplemente, se había puesto una máscara nueva.

A comienzos del verano recibí una larga carta de Clea, con la cual puedo muy bien cerrar este memorial de introducción a Alejandría.

"Quizá te interese el relato de mi breve encuentro con Justine hace pocas semanas. Como antes, habíamos cambiado algunas líneas desde nuestros respectivos países, y al enterarse de que iría a Siria pasando por Palestina, ella misma sugirió que nos encontráramos. Me dijo que iría a la estación de la frontera donde el tren de Haifa se detiene media hora. La colonia en que trabaja queda cerca de allí, y no le sería difícil llegar. Podríamos charlar un momento en el andén. Acepté.

"En un primer momento me costó reconocerla. Ha engordado mucho de cara, y el pelo mal cortado le cuelga como colas de ratón Sospecho que se cubre la cabeza con un pañuelo. No queda en ella el menor rastro de su antigua elegancia, de su chic. Se diría que sus facciones se han

ensanchado, que van cobrando el típico aire judío, que los labios y la nariz tienden a juntarse. Me sorprendió al principio el brillo de sus ojos y su manera casi jadeante de respirar y de hablar, como si tuviera fiebre. Como te puedes imaginar, las dos sentíamos una timidez terrible.

"Salimos de la estación y fuimos a sentarnos al borde de un torrente seco, donde crecían unas pocas flores raquíticas. Tuve' la impresión de que Justíne había elegido ese lugar para la entrevista, quizá porque le encontraba la austeridad necesaria. No sé. En el primer momento no aludió ni a Nessim ni a ti, sino que se puso a hablar de su nueva vida. Me dijo que el 'servicio de la comunidad' le había dado una felicidad nueva y perfecta; su tono sugería una especie de conversión religiosa. No te sonrías. Ya sé que es difícil mostrarse paciente con los débiles. Aseguraba que en las agobiadoras faenas de esa colonia comunista había logrado una 'nueva humildad'. (¡Humildad! La última trampa que espera al ego en busca de la verdad absoluta. Me dio asco, pero no dije nada.) Describió el trabajo de la colonia con palabras vulgares, sin la menor imaginación, como podría hacerlo una campesina. Noté que sus manos, antes tan bien cuidadas, estaban callosas y ásperas. Me dije que al fin y al cabo la gente tiene derecho a hacer de su cuerpo lo que le da la gana, pero sentí vergüenza del mío, resplandeciente de limpieza y ,ocio, de buena comida y baños. Dicho sea de paso, Justine no se ha vuelto marxista; es tan sólo una mística del trabajo, a la manera de Panayotis en Abu El Suir. Cuanto más la miraba y pensaba en la persona fascinante y cruel que alguna vez había sido para todos nosotros, más difícil me resultaba comprender que se hubiera convertido en esa pequeña campesina regordeta, de manos ásperas.

"Supongo que los hechos no son más que una especie de comentario de nuestros sentimientos: podemos deducir éstos de aquellos. El tiempo nos lleva (si tenemos la audacia de imaginarnos como egos autónomos, capaces de plasmar su futuro personal) gracias al impulso de esos sentimientos íntimos que escapan a nuestra conciencia. ¿Demasiado abstracto para ti? Entonces me he expresado mal. Quiero decir que en este caso, .una vez curada (le las aberraciones mentales producidas por sus sueños y sus temores, Justine se desinfló como un globo. La fantasía ha ocupado durante tanto tiempo el primer plano de su vida, que ya no le queda ninguna reserva. Y no es sólo que la muerte de Capodistria haya suprimido al primer actor de ese teatro de sombras chinescas, al carcelero principal. La enfermedad misma la había mantenido activa, y al cesar sólo le dejaba un agotamiento total. Por decirlo así, junto con su sexualidad Justine ha extinguido todas sus razones de vida, y hasta su lucidez mental. Quienes se ven arrastrados de esa manera hasta las fronteras del libre albedrío tienen que buscar en alguna parte, tomar decisiones absolutas. Si no se hubiera tratado de una alejandrina -es decir, una escéptica-, este viraje hubiera asumido la forma de una conversión religiosa. ¿Cómo expresar estas cosas? No es cuestión solamente de ser feliz o infeliz. Todo un sector de nuestra vida se precipita de golpe al mar, como quizá te sucedió a ti con Melissa. Pero (y así es como actúa en la vida la ley compensadora que paga el bien con el mal y el mal con el bien), la liberación de Justine liberó simultáneamente a Nessim de las inhibiciones que regían su vida pasional. Pienso que Nessim creyó siempre

que mientras Justine viviera, él no sería capaz de soportar la más ínfima relación humana con otra mujer. Melissa le probó que se equivocaba, o por lo menos así lo creyó él; pero con la partida de Justine las viejas angustias volvieron, y Nessim sintió una repugnancia invencible por lo que había hecho... a Melissa.

"Los amantes no están nunca bien aparejados, ¿no te parece? Siempre hay uno que proyecta su sombra sobre el otro, impidiendo su crecimiento, de manera que aquel que queda en la sombra está siempre atormentado por el deseo de escapar, de sentirse libre para crecer. ¿No te parece que éste es el único lado trágico del amor?

"Es decir que, si desde otro punto de vista, Nessim planeó la muerte de Capodistria (como se ha murmurado y creído en todas partes), no podía haber elegido un camino más desastroso. No cabe duda de que hubiera sido muchísimo más sensato matarte a ti. Quizá confiaba en que al librar a Justine de su íncubo (como lo había esperado Arnauti antes que él), ella quedaría en libertad de amarlo. (Así lo dijo una vez, tú me lo contaste.) Pero sucedió justo lo contrario. Su acto, o más bien el del pobre Capodistria, sin quererlo, representó para Justine una especie de absolución, con la cual ella lo recuerda no ya como un amante sino como una especie de sumo sacerdote. Habla de Nessim con una *reverencia* que a él le produciría horror. Justine no volverá jamás. ¿Cómo podría volver? Y si lo hiciera, Nessim se daría cuenta en seguida de que la ha perdido para siempre, puesto que aquellos que mantienen una relación confesional con nosotros no pueden amarnos, jamás podrán amarnos de verdad." (De ti, Justine dijo simplemente, encogiéndose de hombros: 'Tenía que olvidarme de él.')

"Pues bien, tales son algunos de los pensamientos que me acompañaron mientras el tren corría hacia la costa entre plantaciones de naranjos; el libro que había elegido para leer durante el viaje, el último tomo de Dios *es un humorista* daba mayor acuidad a mis meditaciones. ¡Cómo ha crecido Pursewarden desde su muerte! Antes era como si él se interpusiera entre sus libros y nuestra comprensión de su contenido. Ahora veo que todo lo que encontrábamos enigmático en el hombre se debía a una imperfección nuestra. Un artista no vive una vida personal como nosotros; la oculta, obligándonos a acudir a sus libros si queremos alcanzar la auténtica fuente de sus sentimientos. Por debajo de todas las preocupaciones de Pursewarden acerca del sexo, la sociedad y la religión (todas las abstracciones fundamentales que son un motivo de parloteos para nuestro cerebelo) hay sencillamente un hombre *torturado más allá de lo soportable por la falta de ternura del mundo.*

"Y esto me devuelve a mí misma, porque también yo he ido cambiando de un modo extraño. Mi antigua vida independiente se ha transformado en algo un tanto hueco, un tanto vacío. Ya no responde a mis necesidades profundas. En lo más hondo de mí misma, las corrientes han cambiado de dirección. No sé por qué, querido amigo, pero hacia ti se vuelven cada vez más mis pensamientos en estos últimos tiempos. ¿Puedo serte franca? ¿Crees posible una amistad que nada tenga que ver con el amor, una amistad que podríamos buscar y

encontrar? No quiero hablar más de amor: la palabra y sus convenciones se me han vuelto odiosas. ¿Pero sería posible llegar a una amistad todavía más profunda, infinitamente profunda y, sin embargo, sin palabras y sin ideales? Parecería necesario encontrar a un ser humano al cual se puede ser fiel, no con el cuerpo (eso se lo dejo a los sacerdotes) sino con el espíritu culpable. Pero quizá no te interesen demasiado en estos momentos esta clase de problemas. Una o dos veces he sentido el absurdo deseo de ir a buscarte y ofrecerte mi ayuda para cuidar a la niña. Pero me parece que no necesitas de nadie, y que valoras tu soledad más que cualquier otra cosa..."

Siguen unas pocas líneas más, y un saludo cariñoso. Las cigarras chirrían en los grandes plátanos, y el Mediterráneo se extiende ante mí en todo el esplendor estival de su azul magnético. En alguna parte, más allá del tembloroso horizonte malva está África, Alejandría todavía presente, todavía dueña de mis afectos por obra de los recuerdos que poco a poco se van fundiendo en el olvido; recuerdos de amigos, de cosas acaecidas hace mucho tiempo. La lenta irrealidad del tiempo empieza a arrebatarlos, borrando sus contornos, y a veces llego a preguntarme si estas páginas relatan las acciones de hombres y mujeres de carne y hueso, o si son tan sólo la historia de unos pocos objetos inanimados que precipitaron el drama a su alrededor: un parche negro, una llave de reloj y un par de alianzas sin dueño... Pronto será de noche y el cielo transparente se cubrirá de un denso polvo de estrellas estivales. Estaré aquí, como siempre, fumando junto al agua. He decidido no contestar la última carta de Clea. No quiero seguir forzando a nadie, no quiero hacer promesas, pensar la vida en términos de pactos, resoluciones, compromisos. Clea interpretará mi silencio según sus propias necesidades y deseos, y vendrá o no vendrá; ella es quien debe decidirlo. ¿Acaso no depende todo de nuestra manera de interpretar el silencio que nos rodea?

Tonos del paisaje: horizontes recortados, nubes bajas, suelo de perla con sombras marcadas y violetas. Pereza. Sobre el lago, cuero y limón. Verano: cielo de arcilla arenoso. Otoño: grises de magulladura. Invierno: arenas de un blanco escarchado, cielos claros, magníficos paisajes de estrellas.

SINTESIS CARACTEROLOGICAS

Sveva Magnani: petulancia, descontento.
Georges Pombal: oso amigo de la miel, sedantes carnales.
Teresa di Petromonti. Berenice maquillada.
Ptolomeo Dándolo: astrónomo, astrólogo, Zen.
Fuad El Said: piedra lunar negra.
Josh Scobie: piratería.
Justine Hosnani: flecha en la oscuridad.
Clea Montis: agua estancada de la pena.
Gaston Phipps: nariz en forma de calcetín, sombrero negro.
Ahmed Zananiri: estrella polar del crimen.
Nessim Hosnani: guantes muy suaves, rostro como cristal despulido.
Melissa Artemis: Nuestra Señora de la tristeza.
S. Balthazar: fábulas, trabajo, ignorante.

Pombal dormido, de smoking. A su lado, sobre la cama, una bacinilla repleta de billetes de banco ganados en el Casino.

Da Capo: "Cocinarse en la sensualidad como una manzana al horno."

Improvisación oral de Gaston Phipps:

"El amante, como un gato frente a un plato de pescado Quisiera irse, pero no compartirlo."

¿Accidente o tentativa de asesinato?
Justine viaja al Cairo en el Rolls, a toda velocidad por la ruta desierta. Los faros se apagan bruscamente. A ciegas, el gran automóvil se sale de la carretera y, silbando como una flecha, va a clavarse en un médano. Parecería que alguien había limado los cables hasta no dejar más que un hilo. Nessim se reúne con ella media hora más tarde. Se abrazan llorando. (Del diario de Justine.)

Balthazar dice de Justine: "Ya verá usted que su imponente presencia reposa en los frágiles cimientos de una timidez infantil."

Clea estudia siempre su horóscopo antes de tomar una decisión. La horrible fiesta, según el relato de Clea. Viaja en auto con Justine, y descubren una caja de cartón en la carretera. Como están retrasadas, la ponen en el asiento trasero y no la abren hasta llegar al garaje. Dentro hay un niño muerto, envuelto en papel de diario. ¿Qué hacer con ese homúnculo marchito? Los órganos están perfectamente formados. Van a llegar los huéspedes, hay que apresurarse, Justine lo mete en un cajón del armario de

la sala. La fiesta es un gran éxito. Purserwarden habla de su trilogía de "novelas en n-dimensiones": "El impulso hacia adelante de la narración es contrarrestado por referencias al pasado, lo cual produce la impresión de que el libro no transcurre de a hacia b, sino que está por encima del tiempo y gira lentamente sobre su eje a fin de abarcar la totalidad de la estructura. No todas las cosas llevan hacia otras nuevas, algunas remiten hacia atrás, a cosas ya acontecidas. La unión del pasado y el presente con la veloz multiplicidad del futuro volando hacia nosotros. Por lo menos esa era mi intención..."

-Entonces, ¿cuánto va a durar este amor? (En broma.)
-No sé.
-¿Tres semanas, tres años, tres décadas...?
-Eres como todos los otros... Tratas de **abreviar la eternidad** *con cifras. (Dicho con calma, pero con honda sinceridad.)*

Acertijo: un ojo de pavo real. Besos tan inexpertos que hacen pensar en los primeros trabajos de imprenta.

Acerca de la poesía: "Me gusta la sorda resonancia de los alejandrinos." (Nessim.)

Clea y su anciano padre, a quien adora. Cabellos blancos, muy erguido, ojos en los que hay una secreta lástima por la joven diosa soltera que ha engendrado. La noche de fin de año bailan juntos en el Cecil, con urbana cortesía. Él baila el vals como un autómata.

El amor de Pombal por Sveva: nacido de un alegre mensaje que lo dejó fascinado. Cuando despertó, ella se había marchado, pero no sin antes atarle la corbata en el miembro: un nudo perfecto. El mensaje lo cautivó de tal manera que se vistió en seguida y fue a proponerle matrimonio, conmovido por su sentido del humor.

Pombal era enternecedor cuando se ocupaba de su pequeño automóvil, que amaba entrañablemente. Recuerdo con qué paciencia lo lavaba a la luz de la luna.

Justine: "Vivo asombrada de la fuerza de mis emociones... Arranco el corazón de un libro con los dedos, corno si fuera una hoja tierna."
Lugares: calle con galerías cubiertas. Toldos. Platería, palomas en venta. Purserwarden tropezó en un cesto y llenó la calle de manzanas. Mensaje en ¡in ángulo del periódico. Después, el taxi cerrado, los cuerpos ardientes, la noche, la densidad de los jazmines.

Un cesto de codornices se abre en el mercado. En vez de escaparse, van saliendo despacio, como miel derramada. Las atrapan fácilmente otra vez.

Tarjeta postal de Balthazar: "La muerte de Scobie fue de lo más divertida. Lo que habrá gozado él mismo. Tenla los bolsillos llenos de cartas de amor a su ayudante Hassan, y la brigada de represión del vicio fue a llorar sobre su tumba. Gorilas negros sollozando como niños.

Una demostración de afecto verdaderamente alejandrina. Como es natural, la fosa era demasiado pequeña para el ataúd. Los sepultureros se habían ido a almorzar, y hubo que llamar a unos cuantos agentes de policía. La confusión de siempre. El ataúd se ladeó, y el viejo estuvo a punto de salirse de él. Alaridos. El cura estaba furioso. El cónsul inglés casi se muere de vergüenza. Pero toda Alejandría estaba allí, y se divirtió enormemente."

Pombal bajando majestuoso por la Rue Fuad, borracho perdido a las diez de la mañana, vestido de etiqueta, capa y sombrero de copa. En la pechera de su camisa, escritas con lápiz de labios, estas palabras: "Torche-cul des républicains."

(Museo)
Alejandro con los cuernos de Amón (locura de Nessim). ¿Se identificaba a sí mismo con A. a causa de los cuernos?

Justine reflexiona tristemente ante la estatua de Berenice que llora a su hijita divinizada por los sacerdotes: "Me pregunto si eso sirvió de consuelo a su dolor, o si en cambio le dio una especie de permanencia."
Lápida de Apolodoro, a quien se ve entregando un juguete a su hijo. "Esa imagen es para llorar" (Pursewarden). "Están todos muertos. Y de todo ello no queda nada."

Aurelia suplicando a Petesucos, el dios-cocodrilo... La leona sosteniendo una flor de oro...

Ushabti... pequeñas figuras de servidores, que se supone ayudarán a la momia en el mundo subterráneo.
En cierta manera, ni siquiera la muerte de Scobie pudo alterar la imagen que de él teníamos. Hacía mucho que yo me lo imaginaba ya en el Paraíso, los ñames tiernos como nalgas de niños; la noche cayendo sobre Tobago con su profunda respiración azul, más suave que el plumaje de los loros. Flamencos de papel con toques de oro, subiendo y bajando en el cielo, rozándose con los bambúes negros. Su pequeña choza de cañas, con la cama de mimbre, junto a la cual está todavía el tan reverenciado aparador de su vida terrenal. Clea le preguntó una vez: "¿No echa de menos el mar, Scobie?" El viejo contestó simplemente, sin vacilar: "Todas las noches me embarco en sueños."
Copié y le di las dos traducciones de Cavafy que le habían gustado, aunque no tenían nada de literales. Ahora existe ya un canon para sus textos, establecido por las excelentes traducciones de Mavrogordato, y en cierto sentido el poeta ha quedado libre para que otros poetas trabajen sobre su obra. Yo he procurado trasplantar más que traducir, pero ignoro si los resultados valen la pena.

LA CIUDAD

Te dices: Me marcharé
a otra tierra, a otro mar,
a una ciudad mucho más bella
de lo que ésta pudo ser o anhelar...

Esta ciudad donde cada paso aprieta el nudo corredizo,
un corazón en un cuerpo enterrado y polvoriento.
¿Cuánto tiempo tendré que quedarme,
confinado en estos tristes arrabales
del pensamiento más vulgar?
Dondequiera que mire se alzan las negras ruinas de mi vida.
Cuántos años he pasado aquí
derrochando, tirando, sin beneficio alguno...
No hay tierra nueva, amigo, ni mar nuevo,
pues la ciudad te seguirá.
por las mismas calles andarás interminablemente,
los mismos suburbios mentales van de la juventud a la vejez,
y en la misma casa acabarás lleno de canas...
La ciudad es una jaula.
No hay otro lugar, siempre el mismo puerto terreno,
y no hay barco
que te arranque a ti mismo. ¡Ah! ¿No comprendes
que al arruinar tu vida entera
en este sitio, la has malogrado
en cualquier parte de este mundo?

LOS DIOSES ABANDONAN A ANTONIO

Cuando de pronto, a medianoche, oigas
pasar el tropel invisible,
las voces cristalinas,
la música embriagadora de sus coros,
sabrás que la Fortuna te abandona,
que la esperanza cae,
que toda una vida de deseos
se deshace en humo.
¡Ah, no sufras por algo que ya excede el desengaño!
Como un hombre desde hace tiempo preparado,
saluda con valor a Alejandría que se marcha.
Y no te engañes, no digas
que era un sueño,
que tus oídos te confunden,
quedan las súplicas y las lamentaciones para los cobardes,
deja volar las vanas esperanzas,
y como un hombre desde hace tiempo preparado,
deliberadamente, con un orgullo y una resignación dignos de ti y de la ciudad
asómate a la ventana abierta
para beber, más allá del desengaño,
la última embriaguez de ese tropel divino.
y saluda, saluda a Alejandría que se marcha.

LAWRENCE DURREL SIGUE ESCRIBIENDO DESDE SU SANTUARIO FRANCÉS EN SOMMIERES

Francia, (Reuter)

El novelista inglés Lawrence Durrell sigue escribiendo, a pesar de su enfermedad, desde un tranquilo santuario francés que lo cautivó por primera vez, hace más de 30 años. El autor de "El Cuarteto de Alejandría", vive modestamente en Sommieres, un pintoresco pueblo rodeado de viñedos, cerca de Nimes, en el sur de Francia. Durrell, es un hombre pequeño, de apariencia frágil que sufre de enfisema, una enfermedad que dificulta la respiración. Se mueve con lentitud y tiene un leve jadeo al hablar. Pero sus ojos azules brillan constantemente de curiosidad y la conversación es fluida e interesante. Su enfermedad le impide escribir todo lo que él quisiera. "No escribo todos los días, tengo que estar en cierto estado de ánimo", dijo Durrell. "Es algo voluptuoso, casi me siento culpable de estar haciéndolo", agregó.

Durrell se instaló en Sommieres en 1957 y unos años después compró su casa actual. Escondida por un alto muro que rodea el oscuro jardín, bajo la sombra de los árboles, parece el tipo de casa encantada que inspira historias de terror entre los niños. "Llegué aquí casi por accidente. Estaba en quiebra. Quería vivir en Francia, a la cual consideraba un santuario, y probar suerte escribiendó",recordó. "Nadie quería la casa, así que la compré barata, dijo Durrell. Cada año el agua de las inundaciones llegaba hasta la mitad de las paredes. Pero yo sabía que estaban construyendo un dique aguas arriba. Ahora sólo se inunda el sótano", agregó. En su interior la casa brinda una agradable atmósfera de cosas desvencijadas. Hay algunas fotos de amigos: El vagabundo "Blanco", héroe de una película que hizo Durrell para televisión, y del herborista local Ludo Chardenon, sobre quien escribió "El hombre de la planta mágica". Está dispuesto a jurar sobre la efectividad de los remedios de Ludo. En la mesa del pasillo hay un busto hueco de un hombre tocado con varios sombreros y bonetes. "Es Dante en plena borrachera", bromea Durrell al desenroscar una bufanda tejida con la que envuelve su cuello antes de enfrentar el penetrante viento otoñal.

El escritor inglés se casó cuatro veces, y ahora comparte su gran casa con su compañera, Francoise Kesisman, a quien conoció cuando ella abrió, hace varios años, un restaurante en Sommieres. La conversación pasa constantemente del inglés al francés, que Durrell pronuncia con mucha elegancia, a pesar de que, según él, lo habla mal. Famoso por su obra maestra de cuatro novelas que ha sido traducida a 20 idiomas, Durrell también ha incurrido en libros de viaje -incluyendo "Limones amargos" y "Reflexiones sobre una Venus marina"- y en la poesía. También ha publicado su correspondencia con su amigo, el novelista y revolucionario del sexo, Henry Miller, muerto en 1980.

Su último libro, sobre Provenza, será publicado a fines del próximo año. Durrell expresa admiración por sus compatriotas Graham Greene y Anthony Burgess, escritores que también eligieron vivir cerca del Mediterráneo: Grenne en Antibes y Burgess en el principado de Mónaco. Durrell no ha conocido personamente a ninguno de los dos. "Graham Greene es un heroe para mi. Su lenguaje es ciaro y honesto", afirma. El hermano menor de

Durrell, el famoso zoólogo Geral Durrell, es fuente constante de bromas. Lawrence se asombr de la atención que muchos le prestan por ser el hermano de Gerald. El libro humorístico de Gerald "Mi familia y otros animales", sobre la vida de la familia Durrell en la isla griega d Corfú, antes de la guerra, fue un éxito internacional d librería, como muchos de sus posteriores libros sobre anima les, y también vive cerca de Nimes. Lawrence

George Durrell nació en la India, donde su padre trabajaba como ingeniero de ferrocarriles. Sus padres eran británicos pero vivieron siempre fuera de su patria. Durrell fue enviado a estudiar a Inglaterra a los 12 años y el resto de su familia siguió sus pasos tras la muerte del padre Al preguntarle por qué suele describirse a sí mismo como un irlandés, Durrell admitió: "Es un poco una farsa par fastidiar a los ingleses, que a veces son muy aburridos. Es más bien un estado de ánimo. En realidad no tengo parentescos sanguíneos que lo justifiquen". Nunca ha vuelto a India. "Obviamente está presente en mi en un sentido literario, y he leído mucho sobre ella. Pero no quiero volver. Me puedo llegar a desilusionar. Y en los que respecta a Gran Bretaña, sólo vuelvo como turista", dijo. Aunque no pertenece a ninguna religión confesó estar fascinado por el budismo.